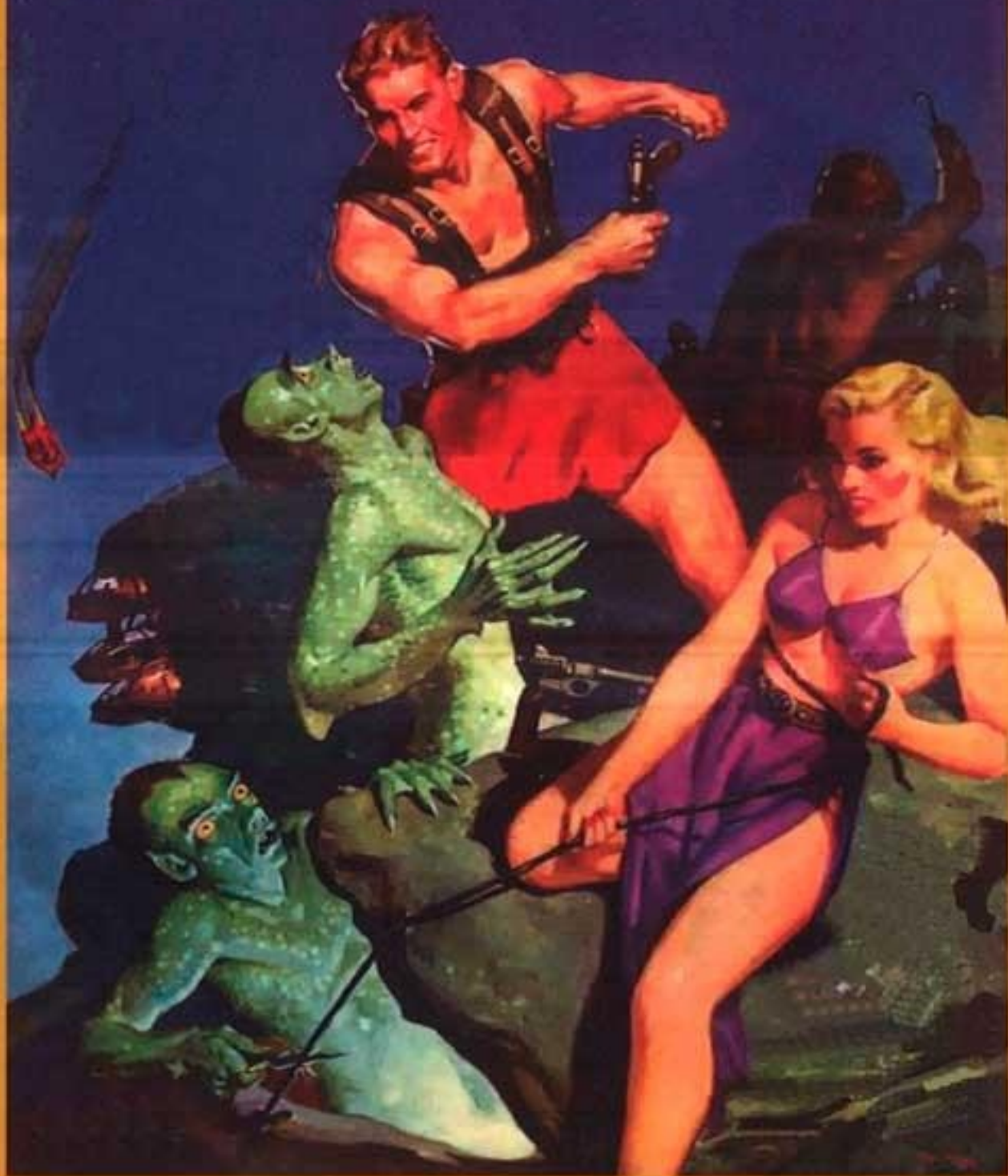


LOS LIBROS DE  
**Harsoom**

# LAS BRUMAS DE VENUS



LEIGH BRACKETT  
EDICIÓN ILUSTRADA

Lectulandia

Una vez más, Barsoom lo ha vuelto a hacer, publicando un libro que, sencillamente, no existe en ninguna otra editorial del mundo; pues, por extraño que resulte, ni siquiera en su país de origen se ha hecho jamás el intento de aunar en un volumen las diferentes piezas del presente ciclo.

Una vez publicados los tres volúmenes dedicados al Marte particular de la autora Leigh Brackett, le llega ahora, y aquí, el turno a su ciclo de Venus. Algunos de los cuentos más célebres de Leigh Brackett, incluyendo «Lorelei of the red mist», que escribió en colaboración con Ray Bradbury, además de una gran cantidad de inéditos, como los dedicados a la «Legión Estelar» o el fascinante «Citadel of Lost Ships», inspiración de muchos cuentos posteriores de autores más modernos. El Venus de Leigh Brackett nada tiene que ver con los fríos datos astronómicos actuales, sino que nos presenta al Venus romántico de la Edad de Oro del Space Opera, un mundo prodigioso, con grandes océanos de aguas opalescentes, e incluso otros de brumas de gas carmesí, que se pueden navegar o en los que se puede bucear... tierras de pantanos infranqueables y criaturas letales, nativos semihumanoides de diferentes razas, mujeres fascinantes y duros aventureros, cansados y cínicos, pero honestos y valerosos. En resumen, lo mejor de la reina del Space Opera. Aventuras al por mayor y mucho, mucho, sentido de la maravilla.

**Lectulandia**

Leigh Brackett

# **Las brumas de Venus**

ePub r1.0

Titivillus 19.09.2018

Título original: *Lorelei of the red mist* (Planet Stories, Verano de 1946); *The Moon That Vanished* (Thrilling Wonder Stories, Octubre 1948); *The vanishing Venusians* (Planet Stories, Primavera 1945); *The Blue Behemoth* (Planet Stories, Mayo 1943); *The Stellar Legion* (Planet Stories, Invierno 1940); *The Dragon-Queen of Jupiter* (Planet Stories, Verano 1941); *The Citadel of Lost Ships* (Planet Stories, Marzo 1943); *Terror out of space* (Planet Stories, Verano de 1944)

Leigh Brackett, 1940

Traducción: Pedro Cañas Navarro

Ilustraciones: Frank Kelly Freas, Virgil Finlay, Hannes Bok

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# LAS BRUMAS DE VENUS



LEIGH BRACKETT

*Introducción y traducción:*  
*Pedro Cañas Navarro*

*Ilustraciones interiores:*  
*Frank Kelly Freas, Virgil Finlay, Hannes Bok y otros*





## *Tabla de contenidos*

Introducción:

*por Pedro Cañas Navarro*

## *Las brumas de Venus*

La sirena de la bruma roja

La luna que desapareció

Los venusianos evanescentes

La legión estelar

La reina dragón de Venus

La ciudadela de las naves perdidas

El terror que vino del espacio

*Epílogo*

## *Introducción*

Leigh Brackett no se limitó a desarrollar sus historias sobre el planeta Marte, también las desarrolló en Venus, Mercurio, los asteroides, Ganímedes y planetas de otros sistemas solares.

Para ella, como para la generalidad de los autores de la época pulp, Venus es un planeta tropical cubierto de nubes que se encuentra poblado por numerosas razas inteligentes. En los pantanos viven tanto pueblos reptiloides como auténticamente humanos (véase ciclo de la guerra de los pantanos); en las comarcas de más allá del mar Rojo y de las montañas de la Nube Blanca, se encuentran ciudades pobladas por humanos con un nivel de desarrollo comparable a la edad antigua de la Tierra, mientras que en las mesetas y tierras altas, existen ciudades más civilizadas, como Sila. Existen plantas inteligentes (“*Terror en el espacio*” y “*Los venusianos evanescentes*”) así como otros seres inteligentes (“*El viaje de la Starhope*”), pero su influencia en el devenir del sistema será nula

A continuación os vamos a presentar una serie de relatos, que se desarrollan en Venus, en un Venus que, como hemos indicado en el párrafo precedente, se adapta a los criterios extendidos entre los escritores de Ciencia Ficción de principios y mediados del siglo pasado, un planeta brumoso y que en algún sentido se corresponde a la Tierra en etapas de desarrollo correspondientes a la era secundaria, un planeta de húmedas selvas, pantanos y mares cubiertos por las nubes plomizas por donde caminan, vuelan y nadan tremendos dragones a los que se enfrentan valientes guerreros. Incluso Asimov consideró este modelo de Venus acuático en una novela del ciclo juvenil sobre el ranger del espacio, concretamente en “*Lucky Starry los océanos de Venus*”.

A este mundo en formación llegarán los terrestres, o torranos como le gustaba llamarnos a nuestra autora, y comenzarán a interactuar con las poblaciones nativas. Sobre esta relación tratan las historias que se recogen en este volumen.

En primer lugar será preciso situar estas historias dentro del devenir futuro de nuestro sistema solar tal y como lo entendía Leigh Brackett, por ello comenzaremos estudiando brevemente como se desarrolló la segunda expansión terrestre.

La segunda expansión terrestre, en la que se desarrollan la mayoría de las obras de Leigh Brackett, tanto en Venus como en Marte y en los demás mundos, tiene dos direcciones; por una parte se realizan expediciones hacia los mundos exteriores, normalmente satélites de los planetas gigantes (“*La danzarina de Ganímedes*”, en donde encontrarán la famosa ciudad de Komar), Titán donde moran los baraki, al



mismo Júpiter... y por otra, la Tierra comienza a inmiscuirse en la política de los pueblos de Marte y Venus; esta política pasará rápidamente a ser una política clara de colonización con movimiento de poblaciones.

También en esta época comienzan a explorarse los asteroides, muchos de los cuales son habitables: *“El lago de los que partieron para siempre”*, *“El pirata del agua”*, *“Esclavos de la noche infinita”*, *“Tierra de nadie en el espacio”* ... Estas dos últimas historias son posteriores al tiempo tratado en esta obra ya que se desarrollan en la era de las guerras interplanetarias.

Al principio de esta época, o al final de la anterior, comienza a estructurarse el comercio sobre las llamadas ciudades comerciales: Vhia en Venus, N’York en la Tierra y Kahora en Marte. Estas ciudades serán la base del Triángulo, del que se hablará posteriormente.

Veamos, para cada uno de los planetas interiores, cómo se desarrolla esta penetración terrestre.

En Marte, los gobernantes de la Tierra comienzan a inmiscuirse ligeramente, sólo controlando a los terrestres, en *“La joya de Marte”* y *“Los últimos días de Shandakor”*. Más adelante envían investigadores (*“Marte menos Bisha”*), luego directamente agentes secretos para seguir de cerca los movimientos políticos (*“La reina de las catacumbas marcianas”* de la serie de Stark; esta obra es posterior a *“La joya de Marte”*, pues cita cuestiones expuestas en la misma, e inmediatamente anterior a *“La amazona negra de Marte”* de la serie de Stark); y terminan diseñando sistemas de irrigación, en principio para los marcianos (*“El camino a Sinharat”*, en esta historia se recuerda la insurrección tratada en la primera obra citada de Stark). Las autoridades terrestres obligan a la liga de las ciudades estado-marcianas a firmar un tratado desigual. (*“La sacerdotisa roja de la Luna Loca”*). Esta primera época es cubierta en el libro *“La llegada de los terranos”* al que corresponden las cinco historias citadas, que no son de la serie de Stark. Las primeras aventuras marcianas de Stark se intercalan en el tiempo cubierto por este libro, ya que, como se ha indicado, hay referencias mutuas.

La parte inicial de *“La espada de Rhiannon”* también se desarrolla en esta época por la cita a una famosa taberna, la de madam Kan, en Jekkara<sup>[1]</sup>. Así mismo *“El velo de Astellar”* se desarrolla en los mismos años, al existir también una mención a la citada taberna. Más adelante se volverá sobre esta cuestión.

La política de colonización sigue adelante, en *“El enigma de Marte”*, donde se ve como la pobre gente de la Tierra y Venus emigra a Marte; Marte, lógicamente precisa mucha agua, de ahí el problema que se presenta con *“El pirata del agua”*, que finalmente es resuelto; la acción de esta historia se desarrolla en el año 2418 d.C.

Con relación a Venus, los gobiernos de la Tierra, que al igual que los demás planetas no tiene un gobierno unificado, inician una política de colonización con los estados civilizados venusianos. Stark también visitará Venus, después de sus anteriores aventuras en Marte (*“La Hechicera de Venus”*) y, como veremos más

adelante, se nos informará de que ha luchado en este planeta.

La colonización llega a ser más importante que en Marte, quizá debido a la abundancia de agua, en “*Los venusianos evanescentes*” se habla de un grupo de más de 3.000 colonos arrastrándose por los pantanos.

A esta época pertenece la afamada guerra de los pantanos, Esta guerra se presentó como una guerra defensiva de los colonos establecidos en los pantanos de Venus, la realidad es que fue (bueno será, je, je...) una guerra de exterminio para que las grandes empresas, la Terro-Venusiana de metales entre ellas, se apoderaran de los ricos yacimientos minerales situados en el interior de los pantanos venusianos.

En el primer número de Barsoom se publicó el relato de Leigh Brackett titulado *La Legión Estelar (The Stellar Legión, Planet Stories, invierno de 1940)*; en ella se narra un episodio de la Guerra de los Pantanos que, como se ha indicado en el párrafo precedente, enfrentaron, ¿o enfrentarán? a las autoridades del Triángulo, es decir a la tenue estructura política formada por la Tierra, Marte y Venus, bajo el control absoluto de la Tierra, con las tribus salvajes, humanas o no, cuyo hogar ancestral son los pantanos venusianos.

Se mire por donde se mire, se trata de una guerra colonialista del más puro estilo; aparentemente, se pretende desalojar de los pantanos a sus habitantes para que estas tierras puedan ser drenadas y ocupadas por colonos que las transformarán en cultivables; ya se sabe el avance de la civilización exige algunos sacrificios. Pero la cuestión no es tan sencilla; si leemos “*La reina de las catacumbas marcianas*”, en el número tres de Barsoom, nos enteramos de que quien está detrás de la guerra es la Terro-Venusiana de metales, empresa minera que pretende explotar los pantanos venusianos. Stark luchará del lado de las tribus de los pantanos, si bien tendrá que retirarse ante la traición de alguno de sus compañeros.

Supongo que la historia os sonará y no me refiero precisamente a la que aparece en Barsoom. Se invade un país, por el bien de los invadidos claro está, se asesina a innumerables civiles y se mata, en lucha desigual, a los guerreros que los defienden para traer...la verdadera religión, el progreso, el socialismo, la democracia, los derechos de las mujeres... Por supuesto, lo que realmente se pretende es poder, oro, petróleo... quizá exterminar a algún pueblo o religión que el devenir de la Historia ha convertido en molesto para quienes verdaderamente mandan.

Por cierto y parodiando a Brecht no puedo dejar de pensar que hoy en España “Otra vez se vuelve oír hablar de liberar a los pueblos, Anna no llores...”

Brackett siguió narrando esta guerra en “*La reina dragón de Venus*”. Sobre esta historia, (“*The Dragón Queen of Júpiter*” Planet Stories, verano de 1941), es preciso indicar varias circunstancias. En primer lugar, al igual que en la precedente, los protagonistas son legionarios. La legión de que se nos habla es similar a la francesa y al Tercio de Extranjeros español; en ella se mezclan aventureros y gente que huye, bien de algún hecho desagradable de su vida, bien de la miseria. Leigh Brackett debía haber leído alguna novela sobre la Legión Extranjera Francesa, posiblemente de P. C.

Wren, quien escribió la trilogía de Beau y otras muchas con temas muy parecidos, de ahí que emplee la expresión francesa *cafard*, que no es marciana ni venusiana como alguien ha dicho. En segundo lugar, la perspectiva con la que se ve a los venusianos ha cambiado; ahora los atacantes son humanos y la amazona voladora que los dirige, promete algún tipo de relación con el tejano Tex; ya no son monstruos de ojos rojos, a destruir, como en la historia precedente.

Por cierto supongo que os habréis percatado que la historia originalmente se situaba en Júpiter, quizá por error; en posteriores publicaciones, la propia autora la resituó en Venus, algo que por el contexto era evidente.

El cambio de perspectiva sobre esta guerra se produce en otra historia posterior, La ciudadela de las naves perdidas (*"The Citadel of Lost Ships"*, Planet Stories, marzo de 1943). La guerra ya ha terminado y los vencidos son deportados. El protagonista de esta historia peleará por los habitantes de los pantanos a fin de lograr un lugar donde puedan vivir con dignidad, o simplemente vivir.

No deja de ser interesante el poco tiempo en que se produce el cambio en de opinión de nuestra autora de 1940 a 1943. Posiblemente la Guerra hizo que muchos puntos de vista cambiaran rápidamente. Por cierto, su marido, Hamilton, fue a alistarse voluntario y entre que ya era mayor, (tenía 37 años), y que era excesivamente delgado, lo rechazaron como no apto.

Mercurio sigue siendo colonizado a duras penas, comenzando a llegar mineros a este planeta. Estos mineros exterminan a la tribu de aborígenes que ha criado a Stark. Con todo, la colonización no penetra en el lado oscuro, (*"Los demonios del Lado Oscuro"*). Algunos colonos retornan al salvajismo y constituyen sociedades semif feudales en los valles incomunicados (*"Sanach, el Último"*)

A lo largo de este período se produce la "guerra" contra los androides, realmente es una especie de genocidio... si los androides fueran seres humanos en algún sentido, que son cazados en los mundos humanos, incluso en Ganímedes. La historia de los androides se recoge en dos novelas, *"La danzarina de Ganímedes"* y *"La joya de Bas"*.

En esta época quedará constituido definitivamente el Triángulo que agrupa, de una forma laxa, a los pueblos de Marte, La Tierra y Venus, así como sus colonias, pero no debe olvidarse que ninguno de los planetas se encuentra unificado, sino divididos en naciones, aunque más o menos tengan instituciones comunes; esta situación sigue manteniéndose en tiempos de la I Guerra Interplanetaria.

También en este período, se sitúa una de las historias de Leigh Brackett, correspondientes a su universo, que se desarrollan fundamentalmente en la Tierra, *"El híbrido"*.

Podemos decir que la mayor parte de los relatos de Brackett pertenecen a este período, no muy extendido en el tiempo y vinculados entre sí, por la vida de Stark y también por una taberna de Jekkara, la casa de madame Kan, que debió ser famosa en todo el sistema, y en especial entre los legionarios, pues es citada una y otra vez en

numerosos relatos.

## *Venus y Amtor*

Quizá conviniera comparar el Venus desarrollado por Leigh Brackett y el que perfiló el maestro Burroughs, es decir Amtor. Ambos mundos se corresponden a la idea canónica del Venus de la época pulp; como se ha dicho anteriormente se trata de mundos cubiertos de nubes, con poderosos océanos en los que pulula una vida salvaje y mucho más extraña que la de la Tierra.

Partiendo de esta base común explicaremos los principales parecidos y diferencias entre ambos mundos de ficción.

En relación con los parecidos específicos, no los genéricos a los que se ha hecho referencia podemos citar los siguientes:

Existencia de seres inteligentes de origen vegetal: *Huyendo en Venus* de Burroughs y *Los venusianos evanescentes* y *Terror en el espacio* de Brackett.

Enormes bestias que recuerdan a los dinosaurios de la tierra: *Carson de Venus* de Burroughs y el *Behemoth azul* de Brackett.

La existencia de hombres peces, si bien en Brackett tienen una marcada nota poética mientras que en Burroughs son una simple parodia.

Existencia de muertos vivientes en ambos planetas. En los dos, explicados de forma “científica”, no sobrenatural.

Sin lugar a dudas, la principal diferencia consiste en que mientras Amtor es un mundo aislado, cuyo aislamiento llega al extremo de que sus habitantes ni siquiera conocen la existencia de otros mundos, ni siquiera los pueblos más cultos, el Venus de Brackett es un mundo integrado en el sistema solar, uno de los tres componentes del Triángulo, en el que se establecen colonos terrestres mientras que colonos venusianos emigran a Marte.

Otra diferencia interesante a señalar es que en Amtor existen diferentes sistemas políticos fácilmente identificables con los terrestres; en este aspecto, Amtor se aparta de la generalidad de sociedad de Burroughs, que en general son monarquías absolutas. En el Venus de la Brackett no existe ninguna doctrina política que merezca su estudio.

Con relación a la historia “*Lorelei of the Red Mist*” debe hacerse un comentario. Fue escrita en colaboración con el joven Ray Bradbury. Brackett escribió la primera parte y Bradbury la terminó, añadiéndole los toques macabros que tiene. Esta colaboración ocurrió en la siguiente forma. Nuestra autora ya había escrito la mitad, más o menos, cuando Howard Hawks la contrató para escribir el guión de “*The Big Sleep*” en 1945, por ello convenció a su joven amigo Ray Bradbury para que la

terminara. Desafío al lector a que encuentre el punto de ruptura entre los escritos de ambos autores, aunque, como se verá al leer la historia, Bradbury no llegó a entender uno de los elementos fundamentales del relato.

## *Historias recogidas en este volumen*

A continuación, se relacionan las historias que componen este volumen, indicando, en el caso de que existan traducciones anteriores donde han sido publicadas.

**Lorelei of the red mist** (escrita en colaboración con Ray Bradbury).

Planet Stories, Verano de 1946.

Publicada en “*Tres x infinito*”, Galaxia 9, Ediciones Vértice, 1964.

**The Moon That Vanished**

Thrilling Wonder Stories, Octubre 1948

Inédita en español hasta la fecha.

**The vanishing Venusians**

Planet Stories, Primavera 1945.

Publicado en “*La edad de oro 1944-45*”. Martínez Roca, Gran Súper-Ficción. 1989.

**The Blue Behemoth**

Planet Stories, Mayo 1943

Inédita en español hasta la fecha.

**The Stellar Legión**

Planet Stories, Invierno 1940

Barsoom 1, diciembre de 2006.

**The Dragon-Queen of Venus** (originalmente, *The Dragon-Queen of Jupiter*)

Planet Stories, Verano 1941

Barsoom 9, otoño 2009.

**The Citadel of Lost Ships**

Planet Stories, Marzo 1943

Inédita en español hasta la fecha.

**Terror out of space**

Planet Stories, Verano de 1944

Publicada en “*El planeta oculto*”, Edhasa, 1964.

Todos los relatos, han sido traducidos por Pedro Cañas Navarro, autor de la presente introducción y de las que anteceden a las diversas historias.



SUMMER

# PLANET

STRANGE ADVENTURES  
ON OTHER WORLDS  
—THE UNIVERSE OF  
FUTURE CENTURIES

## STORIES 20c



*Startling... Spellbinding...  
an epic of universes  
as yet unknown...*

### LORELEI *of the* RED MIST

by LEIGH BRACKETT *and* RAY BRADBURY





*En el comienzo, la Tierra no intentó colonizar Venus; ni siquiera inmiscuirse en sus asuntos; fueron determinados terrestres, por su cuenta, los que iniciaron la exploración de este mundo.*

*Se trataba de un mundo muy atrasado, en el que sus elementos más civilizados no habían superado las estructuras económicas y sociales de la Edad Antigua, siendo la base política la ciudad estado. Los venusianos no ven con ninguna simpatía la presencia de los terruños; prueba de ello es que se niegan a proveerlos de mapas, lo que hace azaroso cualquier viaje a través del planeta.*

*Por cierto, esta historia que el lector se dispone a disfrutar fue terminada por Bradbury, al que en algunas publicaciones se atribuyó la autoría en exclusiva.*

*La historia que sigue a continuación se desarrolla en el mismo inicio de la colonización de Venus. A estas regiones misteriosas llegará el terrestre Starke, (no Stark), y encontrará un mundo de ensueño; allí vivió un guerrero bárbaro llamado Conan, en un lugar llamado Crom Dhu...*

*Por cierto, el extraño Mar Rojo de Venus ya le resultará conocido a los lectores de las historias de Eric John Stark, ya que “La encantadora de Venus” se desarrolla en ese mar, no de agua sino de gas rojo, denso y respirable.*

*No se debe olvidar que, a pesar de los muertos vivientes y demás parafernalia, esta es una historia de ciencia-ficción, no de fantasía.*



### *La sirena de la bruma roja*

*Murió, para despertar en un nuevo cuerpo. Se encontró, siendo un hombre rico y poderoso, en un mundo de extraña hermosura. Se regocijó de su buena suerte... hasta que descubrió que su nuevo cuerpo era odiado por todos en aquel extraño planeta, que su alma estaba poseída por Rann, diosa diabólica de Falga, quien le usaba para su propio interés.*

Los cacharos de la compañía eran buenos. Eran muy buenos. Sin embargo, Hugh Starke comenzó a pensar que quizá esta vez no iba a poder escaparse.

Su cuerpo, relativamente pequeño pero nervudo y bien constituido, se inclinó sobre el cuadro de mandos y forzó, hasta la última onza de potencia, los motores del Kallman. El templado cielo nocturno de Venus pasaba de largo por las ventanillas, mostrando los jirones de las nubes de color índigo. Starke no estaba muy seguro ya de dónde se hallaba. Venus era un planeta fronterizo, y más que nada, una gran incógnita, excepto para los venusianos, quienes no enviaban ningún mapa de su situación y principales accidentes de su territorio. Starke sabía que se estaba acercando demasiado y de un modo peligroso a las Montañas de la Nube Blanca. La espina dorsal de este planeta, que se alzaba a lo alto hacia la estratosfera, una trampa magnética. Dios sabía lo que había más allá. Quizá ni siquiera Dios estuviera seguro.

Parecía que se estaba alejando de unas montañas, o que ya se encontraba muy por encima de ellas. Las otras alternativas a la huida, eran la muerte bajo las armas de la policía especial de la Terro-Venusiana de Minas Sociedad Anónima<sup>[2]</sup>, o sufrir cadena perpetua en los bloques de celdas de la prisión lunar, como un delincuente común.

Starke decidió seguir hacia adelante.

Ocurriera lo que ocurriera, él se había lanzado al espacio con el mayor botín que un lobo solitario hubiera conseguido en la historia. La nave que transportaba las nóminas de la Terro-Venusiana de Minas, casi un millón de créditos. Apretó con fuerza los pedales que se hallaban bajo sus pies y cerró la boca haciendo entrechocar los dientes. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie igualara esto.

Los indicadores de masa empezaron a agitarse con fuerza. De pronto y mostrándose al principio como una forma vaga apareció una sombra de color púrpura oscuro; eran las Montañas de la Nube Blanca que aparecieron ante él como una muralla. Starke verificó la posición de las naves espaciales que le perseguían. No había medio de pasar entre las montañas. Al fin dijo con firmeza:

—¡De acuerdo, condenados! —y lanzó el Kallman, en ángulo, hacia el espeso cielo azul.

Después de esta decisión sus recuerdos no fueron muy claros. Las caprichosas fuerzas magnéticas que siempre resultaban ser un azar en Venus, habían dejado inútiles sus instrumentos. Pasó por el ojo de una aguja y los hombres de la Terro-Venusiana no. Estaba libre y con un millón de créditos en el bolsillo.

Allá abajo, a lo lejos, en la oscuridad virginal, vio a su través una mancha de color carmesí oscuro, como si alguien hubiese manchado aquel lugar con un dedo ensangrentado. El Kallman se sumergió hacia allí. El cuadro de control lanzaba chispas y pequeñas llamas azules, los mandos de los reactores se estaban fundiendo y luego lo único que se oyó fue el silbido del aire al golpear el casco que caía.

Hugh Starke se sentó inmóvil y esperó...

Antes de abrir los ojos, supo que estaba muriendo. No sentía ningún dolor, no sentía nada, pero sabía que se estaba muriendo. Se sentía como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Parte de él se había separado y ya no estaba con él. Mejor dicho, todavía estaba con él pero ya no estaba ligado a él en absoluto.

Levantó los párpados. Había un techo. Un techo bastante alto y amplio. Era de piedra negra con vetas de color rojo y ámbar ahumado. Nunca había visto esto con anterioridad.

Su cabeza estaba inclinada hacia la derecha, Dejó que su vista se dirigiera hacia abajo. Vio tapices oscuros, más piedra negra y tres arcos elevados que daban paso a una balconada. Más allá de la balconada estaba el cielo, nublado y velado con niebla roja. Bajo la niebla, extendiéndose desde una oscura línea de acantilados, se extendía un océano. No era de agua ni en él se producían olas, pero no había otra palabra para llamarlo. El respirar aquella niebla roja quemaba en su interior más profundo. Pequeños remolinos de llamas se movían bajo la superficie en reposo, enviando chispas como si fueran las ondulaciones de una piedra arrojada al agua.

Cerró los ojos nuevamente, los apretó y movió la cabeza, notando que estaba en forma y percibiendo también la textura de una piel bajo su espalda. Hizo un gesto con la cabeza que más bien pareció de alivio. Con los ojos entreabiertos, vio que yacía en un lecho alto, lleno de sedas y suaves pieles curtidas. Su cuerpo estaba cubierto. Casi se alegró de no poder verlo. Le parecía que en aquellos momentos, no era lo más importante ver un cuerpo que ya nunca podría volver a usar, y que, al fin y al cabo, no había sido una maravilla. Pero estaba acostumbrado a él, y no quería verlo ahora, porque sabía que no lo vería del mismo modo que otras veces.

Dirigió su vista hacia los pies de la cama y vio a la mujer. Estaba vigilándole

desde una silla de mucho peso y muy tallada. Sobre la silla colgaba una piel blanca como una ráfaga de nieve que resaltaba sobre la oscuridad de la madera. Ella sonrió y dejó que él la mirara. Starke empezó a notar el latido débil de una vena en su mandíbula,

Era alta y esbelta, y las curvas de su cuerpo eran insolentes. Llevaba una especie de chaquetón de seda de araña de color gris pálido, sujeta a su cuerpo por un ceñidor enjorado; estos eran todos sus adornos. Su cara era alargada, con facciones muy finamente talladas que le daban un aire misterioso y ligeramente divertido. Sus labios, sus ojos, y sus sedosos cabellos que flotaban al aire, tenían la misma sombra, pálida y fría, del aguamarina.

Su piel era blanca, sin ningún tinte rosáceo. Sus hombros, sus antebrazos, la larga curva plana de sus muslos, el verde pálido de sus pezones, estaban salpicados de pequeñas partículas que brillaban como polvo diamantino. Al moverse lanzaba chispas contra la piel blanca, como si de un hada se tratase. Una criatura de espuma, luz de luna y agua profunda. Sus ojos no se separaban de los de Starke, y no eran humanos, pero sin embargo, él sabía que le habrían impactado si él hubiera sido capaz de sentir algo por debajo de su cuello.

Quiso hablar, pero no tenía fuerza ni para mover la lengua. La mujer se inclinó hacia delante, y como si su gesto hubiera sido una señal, cuatro hombres salieron de entre las sombras de los tapices que cubrían el muro. Eran como ella. Tenían los ojos pálidos y extraños como los de la mujer.

Ella dijo en el líquido lenguaje venusiano:

— Tu cuerpo está muriendo. Pero tú no morirás. Ahora dormirás y te despertarás en un cuerpo extraño y en lugar desconocido. No tengas miedo. Mi mente estará con la tuya y te guiará, no temas. No puedo explicártelo ahora, no ha llegado el momento, pero no tengas miedo.

Contrajo sus labios mostrando sus dientes en lo que podía haber sido una sonrisa, pero no lo era; era algo más lobuno y más amargo, como su rostro.

Los ojos de la mujer comenzaron a derramar frío en su cerebro. Eran como dos pequeños ríos deslizándose a través de los canales de sus propios ojos y luego se extendían sobre la tranquila superficie verde plateada de su torturado cerebro. Su cerebro se relajó. Parecía que estuviese flotando sobre el agua; luego, las dos corrientes gemelas se convirtieron en un solo torrente, amplio y arrollador, y su mente, o su yo, aquello que era su más íntimo ser, se desvaneció.

\*\*\*

Tardó mucho, mucho tiempo en recobrar el conocimiento. Le daba la impresión de que le hubieran hecho trozos y luego los hubieran juntado para formar aquel

cuerpo. Algo en su interior le decía que, desde el primer momento que despertara y abriera los ojos, se tendría que arrepentir de haberlo hecho. Lo tomó con calma y luchó por hacerse a la idea.

Recordaba su nombre, Hugh Starke. Recordaba el asteroide minero donde había nacido. Recordaba los bloques de celdas de la Luna donde, en cierta ocasión, estuvo a punto de morir. Nada tenían que envidiar estos momentos a aquellos otros. Recordó su rostro ilustrando la mitad de los tablonos de anuncios entre Mercurio y el Cinturón<sup>[3]</sup>. Recordó haber oído noticias sobre él mismo en los partes televisados, como si fuera el coco, para asustar a los niños. Pensó en sí mismo cometiendo el primer delito, un muchacho bajo y raquítico de dieciocho años, golpeando con una llave inglesa a un adulto que estaba intentando robarle la comida.

Lo demás llegó rápidamente. El trabajo en la Terro-Venusiana de Minas, el intento de escapada que no lo fue, las Montañas de la Nube Blanca. Y luego la caída...

La mujer.

Ahora recordaba... Su cerebro saltó de momento a unas ideas más claras. Luz, claridad, un sentimiento desnudo de realidad barrió todo su yo. Se encontraba perfectamente, con los ojos cerrados, y su imaginación fija en la imagen de aquella mujer resplandeciente de cabello de un color verde mar y el sonido de aquella voz que decía: *No morirás; cuando despiertes te hallarás en un cuerpo extraño, no temas...*

Tenía miedo, Sentía pinchazos en su piel y los escalofríos recorrían su cuerpo. Sintió un nudo en el estómago. Sentía como si su piel, su estómago y todo él no estuviera adaptado, como una nueva chaqueta a la que todavía no le has dado forma.

Abrió los ojos cautelosamente.

Vio un cuerpo que yacía extendido a su lado sobre un montón de paja sucia. Era el suyo; se dio cuenta, porque podía apreciar las punzadas de la paja en su espalda y el picor de los animalillos que se arrastraban, le mordían y se volvían a arrastrar.

Era un cuerpo poderoso, bien construido y lleno de músculos más desarrollados que los de su cuerpo anterior. A todas luces, aquel cuerpo no había estado muerto de hambre durante los primeros veintitantos años de su vida. Estaba completamente desnudo. El clima y la violencia habían escrito su historia sobre aquella piel semejante a bronce, tal como revelaban las señales y cicatrices que se extendían aquí y allá, pero ningún miembro le faltaba. Tenía vello negro y fuerte sobre el pecho, las piernas y los brazos, y sus manos vigorosas siempre parecían estar dispuestas para matar...

Era un cuerpo humano. Ya era algo. Había tantas otras cosas y cuerpos en que se podía haber convertido y que no hubieran sido designados como humanos, por el esnobismo racial. Como, por ejemplo, la innominada y brillante criatura que le sonreía con sus extraños y pálidos labios.

Starke cerró los ojos nuevamente.

El intangible yo que era Hugh Starke yació tumbado boca abajo en la oscuridad de un caparazón alienígena, tranquilo concentrado, esperando. El pánico se arrastraba sobre él con sus suaves zarpas negras. Paseaba alrededor de su yo agazapado y lo olía, le acariciaba y le daba palmadas, gimoteando y luego atacándole con sus garras afiladas. Después de un rato, el pánico se fue, de vacío.

Los labios, que ahora eran los labios de Starke, se estrecharon en una ligera y cruel sonrisa. Había estado una vez, durante seis meses en las criptas solitarias de la Luna. Si un hombre podía resistir aquello y salir de allí sano y por su propio pie, podía aguantar cualquier cosa. Hasta esto.

Se le ocurrió pensar entonces, para rebajar su tensión, que tal vez la mujer y los cuatro compañeros habían evitado el shock por medio de sugestión hipnótica. Su subconsciente comprendió y aceptó el cambio. Sólo su mente consciente seguía aterrorizada.

Hugh Starke maldijo a la mujer, con gran detalle, en siete lenguas y otros dialectos extraños. Estaba en un principio encolerizado al pensar que alguna dama pudiese jugar con él de aquel modo, pero luego pensó: *¡Qué demonios, estoy vivo y, al parecer, he salido ganando en el negocio!*

Abrió los ojos de nuevo, en secreto, sobre su nuevo mundo.

Se hallaba en uno de los extremos de un salón cuadrado de piedra de buen tamaño, con dos filas rectas de pilares de madera, cortados de algún oscuro bosque venusiano. Había bancos rústicos y mesas. Algunas hogueras habían estado ardiendo aquí y allá sobre los hogares de piedra, en el espacio que mediaba entre los pilares. Ahora solo había cenizas. El humo que se alzaba había pulido el oro y el bronce de los escudos que colgaban de las paredes y columnas, oscureciendo las hojas de las espadas largas, las lanzas, los tapices, las pieles y los trofeos.

Todo estaba muy tranquilo en el salón. En el exterior, en algún lugar, se estaba produciendo una lucha. Una lucha tenaz, y cruel. Aquel ruido no llegaba a romper el silencio. Al contrario, lo hacía todavía más profundo.

En el salón, había dos hombres además de Starke.

Estaban cerca de él, sobre un estrado bajo. Uno de ellos, sentado en un trono alto y tallado, inmóvil, con sus grandes manos apoyadas sobre la mesa que tenía enfrente. El otro estaba acurrucado en el suelo, a sus pies. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, de tal modo que su melena de pelo blanquecino escondía su cabeza. Tenía un arpa entre los muslos. Era un hombre pequeño; dado su color albino, debía proceder de los bordes de los pantanos<sup>[4]</sup>. Starke se volvió de nuevo hacia el hombre que estaba sobre la silla.

El hombre habló con aspereza:

—¿Por qué ella no dice nada?

El arpa lanzó un repentino y amargo acorde.

Starke apenas se daba cuenta de nada. Toda su atención se dirigía hacia el que estaba hablando. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Sus músculos se pusieron

tensos y preparados. Tenía en su boca un sabor amargo. Lo reconoció. Era el sabor del odio.

Anteriormente no había visto a aquel hombre, pero sus manos se retorcieron con ansias de matar.

Era un hombre enorme, de casi siete pies de altura y con los músculos de un caballo de tiro, pero a pesar de su peso, su cuerpo desnudo, aparte de un faldellín de cuero con remaches de oro, daba la impresión de ser ágil y rápido en sus movimientos como un galgo. Tenía el rostro cuadrado, donde se apreciaban perfectamente sus fuertes huesos, y todavía era joven. Era un rostro que, en otra época, había sido amante del vino, de las risas y de las muchachas bonitas. Ahora había olvidado estas cosas, excepto, quizá, el vino. Lo que su rostro reflejaba era rigidez y crueldad, y parecía alguien que siempre hubiera estado en una jaula. Starke había visto este aspecto antes en los bloques de celdas de la Luna. Tenía una cicatriz blanca que atravesaba su frente. Bajo ella, los ojos azules estaban hundidos en sus cuencas y aparecían oscuros tras sus párpados medio cerrados. El hombre estaba ciego.

Fuera, en la distancia, los hombres gritaban y morían.

Starke fue dándose cuenta de un dolor y de una opresión que cada vez se hacía más fuerte en su cuello. Levantó la mano con mucho cuidado de no remover la paja. Sus dedos encontraron una barba larga y enmarañada, la siguió con sus dedos y llegó a tocar una pesada banda de metal.

El nuevo cuerpo de Starke llevaba collar, como un perro peligroso.

Había una cadena atada al collar. Starke no pudo encontrar el lugar por donde estaba sujeta la cadena. Todo aquello lo habían llevado a cabo con sumo cuidado. Su cuerpo no parecía gustar mucho allí. Tenía el cuello sujeto e irritado.

La sangre comenzó a calentarse en la cabeza de Starke. Ya había llevado cadenas antes. Y no le gustaban. Especialmente alrededor del cuello.

Una puerta se abrió de pronto en el otro extremo de la habitación. La niebla y una luz diurna rojiza se extendieron sobre el suelo de piedra negra. Entró un hombre. Era grande, medio desnudo, rubio y ensangrentado. Arrastraba una larga espada sobre las banderas. Su pecho estaba abierto por una herida que dejaba ver el hueso y que él intentaba cerrar con su mano libre.

—Un mensaje de Beudag —dijo—. Nos han hecho retroceder hasta la ciudad, pero por el momento mantenemos la Puerta en nuestras manos.

Nadie habló. El hombrecillo movió en señal de asentimiento su blanca cabeza. El hombre con el pecho hendido dio media vuelta y salió de nuevo, cerrando la puerta tras de sí.

Un cambio peculiar se operó en Starke al oír mencionar el nombre de Beudag. Nunca lo había oído anteriormente, pero quedó grabado en su mente como una punta de lanza, cargada con extrañas emociones. No podía identificar la clase de sentimiento que le proporcionaba, pero lo cierto era que le había hecho olvidar al

hombre ciego que estaba al lado. El odio que momentos antes había sentido, se enfrió. Starke se relajó en una especie de tranquilidad helada, que le hacía sentir el sopor de una serpiente cobra que estuviera durmiendo. No preguntó nada. Se limitó a esperar a Beudag.

De repente, el hombre ciego golpeó con la mano sobre la mesa y se levantó.

—¡Romna —gritó—, dame mi espada!

El hombrecillo le miró. Tenía los ojos lechosos y un rostro que recordaba al de un bulldog amistoso. Al fin respondió:

—No seas loco Faolan.

Faolan respondió suavemente:

—Maldito seas. Dame mi espada.

Los hombres morían al otro lado de la habitación, otros no morían, pero todo se desarrollaba en silencio. La piel de Faolan estaba llena de sudor, un sudor de ansiedad que corría por todo su cuerpo. De pronto hizo un movimiento brusco hacia Romna.

Romna le evitó; había lágrimas en sus pálidos ojos. La piel de Faolan brillaba con el sudor. Se dirigió dando traspiés hacia Romna. Había lágrimas en sus ojos pálidos. Dijo con rudeza:

—Solo sabes ponerte en medio. Siéntate.

—Ya encontraré la forma de participar —respondió Faolan.

La voz de Romna se elevó hasta el punto de ser un chillido agudo:

—¡Cállate, cállate y siéntate!

Faolan se asió al borde de la mesa y se inclinó sobre ella. Temblaba y cerraba los ojos; las tibias lágrimas escapaban por sus párpados. El bardo se volvió e hizo vibrar el arpa hasta que sus cuerdas gritaron como si fuera una mujer.

Faolan dio un profundo suspiro. Fue irguiéndose lentamente dando vueltas alrededor del trono, y después se dirigió hacia Starke.

—Estás muy tranquilo, Conan —dijo—. ¿Qué es lo que ocurre? Deberías estar contento, Conan. Deberías reírte y hacer sonar tu cadena, lleno de felicidad. Vas a tener lo que querías. ¿O acaso estás triste porque ya no tienes mente para comprender lo que ocurre?

Se detuvo y fue palpando el suelo cubierto de paja, con el pie calzado con una sandalia, hasta que encontró el muslo de Starke. Starke yacía inmóvil.

—Conan —dijo el ciego amablemente, apretando el vientre de Starke con su pie—. Conan el perro, el traidor, el carnicero, el del cuchillo en la espalda. ¿Te acuerdas de lo que le hiciste a Falga, Conan? No, ahora no te acuerdas. He sido un poco brusco contigo y ahora ya no te acuerdas. Pero yo lo recuerdo Conan, yo sí que lo recuerdo. Mientras viva en la oscuridad, lo recordaré.

Romna hizo vibrar nuevamente las cuerdas del arpa y éstas lloraron, derramando lágrimas salvajes en memoria de los hombres fuertes y valientes muertos por la traición. Faolan comenzó a temblar, un temblor animal pero poco profundo, y todos los músculos de su cuerpo quedaron tensos. Los trazos de su rostro parecían haber



adquirido forma, del mismo modo que el acero la adquiere bajo los efectos constantes del martillo que lo golpea. De repente, cayó de rodillas. Sus manos golpearon con nerviosismo los hombros de Starke, fueron resbalando hasta confluír en la garganta de Starke y allí se juntaron.

Fuera, el sonido de la lucha pareció morir en la distancia para Starke.

De pronto éste se movió con rapidez. Como si la hubiera visto anteriormente y hubiera sabido el lugar exacto donde se encontraba, su mano se abalanzó sobre la pesada cadena, la hizo girar en el aire y golpeó.

Parecía que iba a ser un golpe mortal. Starke deseaba con todo su corazón hacer saltar los sesos de la cabeza de Faolan. Pero en el último segundo abandonó la idea y alcanzó a aquel gran hombre en la parte posterior de la cabeza. Faolan gritó y cayó a un lado, al mismo tiempo que Romna se levantaba. Había dejado caer el arpa y sacó un cuchillo. Sus ojos manifestaban sorpresa.

Starke dio un salto. Después retrocedió sin dejar de mover la cadena, para aviso de los demás. Su nuevo cuerpo se movía magníficamente. En su exterior todo iba bien, pero en el interior de su cuerpo, su estructura psiconeural había estallado en una verdadera guerra civil. Estaba furioso consigo mismo por no haber matado a Faolan. Estaba furioso consigo mismo por haber perdido el control y haber querido matar a un hombre sin razón suficiente. Odiaba a Faolan y al mismo tiempo no le odiaba, puesto que no le conocía suficientemente. El entrenado cerebro calculador y carente de emociones de Starke, estaba sometido a una ola de reacciones emocionales sin fundamento.

No había comprendido que sus actos no tenían fundamento, hasta que su mente, acostumbrada durante muchos años al más amargo control, le impidió llegar a matar. Ahora recordaba la voz de la mujer diciendo: *Mi mente estará contigo, yo te guiaré...*

De modo que alguien le consideraba un mercenario, ¿eh? Simplemente un soldado alquilado al que se pagaba con un cuerpo nuevo, a cambio de acabar con dos vidas. Sí, con dos. Pues también estaba Beudag, fuera quien fuera; ahora Starke sabía qué fría y extraña emoción le había conducido hasta allí arriba.

—Detente —dijo Starke con voz ronca— . ¡Deten todo...! Un mercenario... Diabla de ojos verdes, esta vez no elegiste al tipo adecuado.

Durante un breve instante la vio de nuevo, inclinada hacia delante, con su cabello semejante a una corriente de agua sobre sus hombros, donde formaba espuma y desprendía chispas. Sus ojos, pálidos como el mar, no podían ocultar una risa burlona y de provocativa admiración. Starke la oyó decir claramente:

—Quizás no tengas otra oportunidad, Hugh Starke. Ellos conocen a Conan aunque tú no le conozcas. Además, no tiene mucha importancia que así sea. El fin será el mismo para todos ellos; es simplemente una cuestión de tiempo. Tú puedes salvar tu nuevo cuerpo o no, como quieras —sonrió—. Me gustaría que lo hicieras. Es un buen cuerpo. Lo conocí antes de que la mente de Conan se destrozara y dejara el cuerpo vacío.

Un súbito pensamiento apareció en la mente de Starke:

—Mi caja, el millón de créditos.

—Ven y consíguelos —dijo ella y se marchó. La mente de Starke quedó vacía, sin ningún deseo extraño arrastrándose en su interior. Faolan seguía acurrucado en el suelo sujetándose la cabeza. Dijo:

—¿Quién habla?

Romna, el bardo estaba mirando. Sus labios se movían, pero no emitía ningún sonido. Starke respondió:

—Yo hablaba. Yo, Hugh Starke. No soy Conan, ni nunca he oído hablar de Falga, y le golpearé en la cabeza al primero que se me acerque.

Faolan le miró sin moverse. Su rostro estaba blanco, su respiración era un simple jadeo en su garganta. Romna, comenzó a maldecir, muy suavemente, como si no pensara lo que decía. Starke les contemplaba.

Las puertas del otro extremo de la habitación se abrieron de golpe de par en par. Una pesada niebla rojiza se introdujo junto con la luz del día a través de las banderas y con la niebla y la luz penetró una masa de cuerpos que se empujaban con el ardor de la batalla, trayendo con ellos el olor a sangre.

Starke sintió cómo el corazón se encogía bajo el fornido pecho de Conan, al ver la figura de quien conducía aquella tropa.

—¡Beudag! —gritó Romna.

Era alta. Toda ella tenía la constitución y los músculos de una leona; caminaba con una arrogancia cuajada de resentimiento, y su pelo era como una llama de fuego ensortijada. Tenía los ojos azules ardientes y brillantes, como los había tenido Faolan seguramente en otro tiempo. Se parecía a Faolan. Vestía como él, con faldellín de cuero y sandalias, con su magnífico cuerpo desnudo por encima de la cintura.

Llevaba una larga espada colgada a la espalda, cuya empuñadura asomaba por encima del hombro izquierdo. La había estado usando. Su piel estaba cubierta de sangre y mugre. Tenía un corte largo en el muslo y otro a través de su vientre plano, y aunque quería disimularlo, un amargo cansancio aparecía sobre ella como una pesada carga.





—Les hemos detenido, Faolan —dijo ella—. No pueden romper la Puerta de la ciudad, podemos mantenernos en Crom Dhu mientras tengamos comida. Y el mar nos alimenta —se echó a reír pero sonaba como una risa hueca—. ¡Dioses, qué cansada estoy!

Después se detuvo debajo del estrado. Fue recorriendo con su mirada, semejante a una llamarada azul, cuanto tenía delante, pasando por Faolan, luego llegó a Romna, hasta al fin elevarla al encontrar el cuerpo de Starke, donde se detuvo.

Bajo la barbilla de Starke, el pulso comenzó a latir con fuerza, aunque esta vez su cuerpo se sentía fuerte, y el pulso, al latir, semejaba el redoble de un tambor.

—Ha recuperado la mente —dijo Romna.

Se produjo un largo y pesado silencio. Nadie se movió en el salón. Después, los hombres que se encontraban a la espalda de Beudag, todos fornidos guerreros vestidos con faldellines, empezaron a acercarse al estrado, hablando en voz baja los unos a los otros, hasta que aquello se convirtió en el aullido de una multitud. Faolan se levantó, se puso frente a ellos y les gritó para que callaran.

—¡Me pertenece a mí! Dejadle solo.

Beudag se acercó al estrado con un movimiento gracioso y ligero:

—No es posible —dijo—. Destrozaron su cerebro por medio de la tortura. Desde entonces no fue más que un idiota babeante que apenas era capaz de alimentarse a sí mismo. Y ahora, de pronto, ¿decís que es normal otra vez?

—Ya sabes que soy normal —dijo Starke—, Puedes verlo en mis ojos.

—Sí.

No le gustó a Starke el modo que ella asintió a esta afirmación.

—Escucha, mi nombre es Hugh Starke. Soy terrestre. No es el cerebro de Conan el que ha vuelto. Es otro cerebro. Me reencarné en este nuevo cuerpo. Lo que él hiciera antes, no lo sé, ni soy responsable de ello.

—No recuerda a Falga —dijo Faolan—, No recuerda los drakkars en el fondo del mar —Rio con fuerza.

Romna agregó tranquilamente:

—Sin embargo, no te mató. Lo podía haber hecho fácilmente. ¿Te hubiera perdonado Conan?

—Sí, —dijo Beudag—, lo hubiera hecho, si hubiera tenido un plan mejor. La mente de Conan era como una serpiente. Se arrastraba en la oscuridad y nunca se sabía dónde iba a golpear.

Starke empezó a contarles cómo había sucedido todo, con la cadena balanceándose de modo despreocupado en su mano. Mientras hablaba, vio, sobre un pulido estante que colgaba del estrado, el reflejo de un rostro. Más que nada, era una masa de pelo anudado, colocado sobre un esqueleto de huesos grandes y marcados. La boca era sensual, con una especie de sonrisa triste. Los ojos amarillos. Ojos brillantes y crueles de un halcón asesino.

Starke se percató con horror, que el rostro que veía le pertenecía a él.

—Una mujer con el cabello de color verde pálido... —dijo Beudag suavemente.

—Rann —intervino Faolan, mientras el arpa de Romna lanzó un acorde semejante a la maldición de un arcipreste.

—Su pueblo tiene este poder —dijo Romna—. Son capaces de apoderarse del alma de un hombre e introducirla en una araña para luego pisarla.

—Son muchos los poderes que poseen. Quizás Rann siguió el alma de Conan, donde quiera que fuese, y le indicó lo que debería decir, y luego la trajo de vuelta...

—Escucha —intervino Starke malhumorado—. Yo no pedí...

De repente, sin ningún aviso, Romna esgrimió la espada de Beudag y la arrojó contra Starke.

Starke hizo una finta para evitar el impacto. Miró a Romna con unos horribles ojos amarillos.

—Muy bien. Encadéneme de modo que no pueda luchar y mátame desde lejos.

No recogió la espada. Nunca había usado una. La cadena que le tenía apresado le parecía mejor, no habiendo mucha diferencia entre ella y un pesado cinturón o un cable, que en ocasiones había tenido que manejar.

—¿Ese es Conan? —preguntó Romna.

Faolan se apresuró a preguntar:

—¿Qué ha ocurrido?

—Romna le arrojó mi espada a Conan. La esquivó y la dejó en el suelo — los ojos de Beudag se estrecharon —. Conan podía atrapar una espada al vuelo asiéndola por la empuñadura, y era el mejor luchador de todo el Mar Rojo, a excepción de ti, Faolan.

—Intenta engañarnos. Rann le guía.

—Al Infierno con Rann —Starke hizo restallar su cadena—. Ella lo que quiere es que os mate a los dos, y todavía no sé por qué. Ya lo sé, podría haber matado con toda facilidad a Faolan, pero no soy un asesino. Nunca maté a nadie, como no fuera para salvar mi cuello. Sin embargo, no le maté, a pesar de Rann, y no quiero saber nada de vosotros, ni tampoco de Rann. ¡Todo cuanto deseo es irme de aquí!

—Su acento no es el de Conan —dijo Beudag—. El aspecto de sus ojos es distinto también. En su voz hay una nota extraña.

Romna la miró. Hizo pulsar unas cuantas cuerdas de su arpa y dijo:

—Hay un medio por el que podrás estar segura de si es Conan o no.

Las mejillas de Beudag se enrojecieron de repente. Romna se hizo a un lado para dejarle paso. Sus ojos brillaban con una sonrisa maliciosa.

Beudag sonrió, con la sonrisa de un gato furioso, mostrando los dientes pero sin humor en la expresión. Se dirigió hacia Starke, con la cabeza erguida, las manos sueltas y vacías apoyadas en los costados. Starke se puso en tensión y notó cómo la sangre se movía placenteramente en aquellas venas prestadas.

Beudag le besó.

Starke dejó caer la cadena. Tenía algo mejor que hacer con sus manos.

Al cabo de cierto tiempo, él levantó la cabeza para respirar y ella dio un paso atrás susurrando misteriosamente:

—No es Conan.

El salón se había quedado vacío. Starke se había lavado y afeitado. Su nuevo rostro no tenía mal aspecto. De hecho, tenía un aspecto endiabladamente bueno. Además, nadie le conocía en todo el Sistema. Era un rostro que podía poseer un millón de créditos y al que nadie haría preguntas. Era un rostro que podía divertirse mucho con un millón de créditos.

Ahora de lo único que tenía que preocuparse era de salvar su cuello, encima del cual estaba la bonita cara que tenía ahora y obtener que la diablesa llamada Rann le devolviera el millón de créditos.







Continuaba encadenado, pero le habían limpiado la paja, y ahora vestía un faldellín de cuero y un par de sandalias. Faolan estaba sentado en su trono, bebiendo de una jarra de vino. Beudag estaba tendida sobre una alfombra de pieles a su lado. Romna estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con los ojos adormilados, dejando que sus dedos, al deslizarse por las cuerdas del arpa, produjeran una música que distraía a quien la escuchaba. Parecía un vidente. Starke conocía las marismas. No se sorprendió.

—Este hombre está diciendo la verdad —dijo Romna—. Pero hay otro espíritu que le persigue y acucia, el de Rann. No te fíes de él.

—Yo no confiaría ni en uno de los dioses con el cuerpo de Conan —respondió Faolan.

—Pero ¿qué es todo esto? —dijo Starke —, Toda una lucha en el exterior y esa dama Rann intentando introducir un asesino en el interior. ¿Y qué ocurrió en Falga? Nunca oí en todo este maldito océano hablar de un lugar llamado Falga.

El bardo apartó las manos de las cuerdas.

—Yo te lo explicaré Hugh Starke. Y entonces tal vez no quieras estar en el cuerpo en que hoy te encuentras.

Starke hizo una mueca. Luego miró a Beudag. Ella le estaba mirando con una extraña intensidad a través de sus párpados entornados. La expresión de Starke cambió. Comenzó a sudar ¡Separarse de su cuerpo, maldición! ¡Este era un cuerpo de verdad! Su antiguo cuerpo pequeño y fibroso, que ahora era un cadáver, nunca había sido así.

—Al principio, en el Mar Rojo —dijo el bardo—, hubo una raza de gentes que todavía tenían aletas y escamas. Eran anfibios, pero al cabo de un tiempo hubo una parte de los de su raza que quiso quedarse para siempre en tierra. Hubo una disputa, una batalla y algunos de ellos abandonaron el mar para siempre, y se establecieron a lo largo de la costa. Con el tiempo, perdieron sus aletas y la mayor parte de sus escamas. Tenían poderes mentales y ansiaban mandar. Subyugaron a las razas humanas y casi las redujeron a la esclavitud. Odiaban a sus hermanos que todavía vivían en el mar y sus hermanos les odiaban a ellos.

»Al cabo de un tiempo llegó un tercer pueblo al Mar Rojo. Eran merodeadores procedentes del Norte. Asaltaron, esclavizaron y robaron cuanto pudieron. Se establecieron en Crom Dhu, la Piedra Negra, construyeron drakkars e hicieron pagar tributo a las ciudades costeras.

»Pero el pueblo esclavo no quería luchar contra los merodeadores. Querían luchar contra ellos y destruir al pueblo del mar. Los llegados del Norte eran humanos y la

sangre tira a la sangre. A los recién llegados también les gustaba gobernar y este es un país rico. Así, al pasar el tiempo, llegó el momento en que desearon dejar de ser guerreros nómadas para convertirse en constructores de su propia nación.

»Así pues, los merodeadores, el pueblo del mar, y los esclavos, estos últimos atrapados entre los otros dos, comenzaron su lucha por la tierra.

Los dedos del bardo acariciaron las cuerdas de forma que estas sonaron como si fueran corazones sombríos. Starke vio que Beudag todavía estaba observándole, valorando cada cambio de expresión de su rostro. Romna prosiguió:

—Había una mujer llamada Rann, que tenía el pelo color verde y gran belleza; gobernaba al pueblo del mar. Había un hombre llamado Faolan, el de las Naves, y su hermana Beudag, cuyo nombre significa Daga Enfundada. Y había un hombre llamado Conan.

El arpa dejó oír un sonido, como el que hace la de una hoja de espada al golpear, como si el bardo tuviese que recordar la historia.

—Conan era un gran luchador y un gran amante. Era el segundo en el mando después de Faolan y Beudag le amaba, y eran felices. Después, Conan fue hecho prisionero por el pueblo del mar en una escaramuza y Rann le vio. Y él vio a Rann.

Hugh Starke tenía un ligero recuerdo del rostro sonriente de Rann, cuando le decía en voz baja: *Es un buen cuerpo, yo lo conocí antes...*

Los ojos de Beudag eran como dos piedras de vitriolo azul bajo sus estrechos párpados.

—Conan permaneció largo tiempo en Falga con Rann, la del Mar Rojo. Luego volvió a Crom Dhu, y dijo que había escapado y que había descubierto un medio para atacar los drakkars en el puerto de Falga, por la retaguardia de la flota de Rann y que desde allí sería fácil apoderarse de la ciudad y de Rann con ella. Conan y Beudag estaban casados.

Los ojos amarillos de halcón de Starke se dirigieron hacia Beudag, que continuaba estirada como una joven leona llena de poder y belleza. Comenzó a sentir un músculo debajo de la barbilla. Beudag se sonrojó profundamente pero con lentitud. De pronto cambió un poco su color. Su mirada parecía vacía.

—Así pues los drakkars salieron de Crom Dhu a través del Mar Rojo. Y Conan les condujo a una emboscada en Falga, y más de la mitad se hundieron. Conan pensó que su barco estaba libre de la venganza de quienes había vencido y que por tanto era poseedor de Rann y de todo cuanto ella le había prometido, pero Faolan vio lo que ocurría y fue tras él. Lucharon y Conan golpeó con la espada la frente de Faolan y le cegó; pero Conan perdió el combate y Beudag les trajo a los dos aquí.

»Conan fue encadenado desnudo en la plaza del mercado. La gente tenía mucho cuidado en no matarle. De cuando en cuando, le hacían otras cosas peores. Al cabo de un tiempo enloqueció, y Faolan le trajo aquí y le tuvo encadenado, donde pudiese oír su balbuceo y el arrastrar de sus cadenas. Esto le ayudaba a soportar la oscuridad y hacerla más llevadera.

»Pero después del asunto de Falga, las cosas fueron de mal en peor para Crom Dhu. Se perdieron demasiados hombres y demasiados barcos. Ahora las gentes de Rann nos tienen aquí como en una ratonera. No pueden entrar, pero tampoco nosotros podemos salir, y esto continuará así hasta que... —el arpa volvió a lanzar aquella amarga pregunta y enmudeció.

Después de uno o dos minutos, Starke dijo con calma:

—Sí, comprendo. Estáis en una situación de empate técnico. Y Rann pensó que si yo llegaba a matar a los líderes, vuestro pueblo se rendiría — y luego comenzó a maldecir—: ¡Qué ardides más sucios! Y quién le dijo a ella que se sirviese de mí... —Hizo una pausa. *Después de todo, pensó, yo estaba muerto. Y además, un cuerpo nuevo y un atractivo millón de créditos.* ¡Bah!, al Infierno con Rann. El no le había pedido que lo hiciera. Y aparte de todo, él no era ningún asesino a sueldo. Y además, ¿qué derecho tenía ella para imbuirle cosas que ni siquiera había pensado nunca? Especialmente para hacérselas a alguien como Beudag.

Starke todavía no era el sicario de nadie.

¿Cómo y dónde se suponía que Hugh Starke iba a romper su compromiso? Romperlo era fácil, el problema es que posiblemente supusiera una espada larga atravesándole el vientre. Estaba en el punto justo y tendría que tomar una decisión.

De todos modos empezaba a pensar que ojalá no hubiera visto nunca la nave con las pagas de la Terro-Venusiana, pues de ese modo no habría llegado nunca a ver las Montañas de la Nube Blanca.

Al parecer, todo el mundo estaba esperando que dijera algo y por fin se decidió:

—Por regla general, cuando hay un encuentro como éste y la lucha no se decide por ninguno de los dos bandos, se suele echar mano de un tercer bando. ¿No hay alguien a quien se pueda pedir ayuda?

Faolan sacudió, en sentido negativo, su basta barba pelirroja:

—El pueblo esclavo podría levantarse, pero no tienen armas y no están acostumbrados a la lucha. No harían más que hacerse asesinar y eso no nos ayudaría en nada.

—¿Y esos otros que, esos que... las gentes que viven en el mar? Y además, ¿qué es ese mar? Unas radiaciones que se emiten desde aquí pusieron mi nave a la deriva y me arrojaron en medio de este maldito lío.

Beudag dijo perezosamente:

—No sé qué es esto. Los mares que nuestros antepasados navegaron, eran mares de agua, pero éste es diferente. Flotará en sus aguas un barco, si sabes cómo construir el casco, muy delgado, de un metal blanco que extraemos del pie de las colinas. Pero cuando se nada en él, es algo así como estar en una nube de burbujas. El entrechocar de esas burbujas parece que lance un sonido metálico, y cuanto más profundizas en él, más extraño aparece ante tus ojos, oscuro y lleno de fuego. En ocasiones he permanecido en sus profundidades durante horas, cazando bestias que viven allí.

—¿Durante horas? —dijo Starke—. Entonces tendréis trajes para bucear,

—¿Qué son esos trajes? —Starke se lo explicó. Ella movió la cabeza sonriendo—. ¿Por qué te preocupas por eso? No hay ningún problema para respirar en ese océano.

—Maldición —respondió Starke—. Aunque condene mi alma, esto debe ser un gas pesado y radioactivo, con una tensión superficial a presión atmosférica, lo suficientemente grande como para hacer flotar un casco ligero de una sustancia que tenga un contenido elevado de oxígeno, sin que la mezcla resulte peligrosa. Entonces, ¿por qué no va alguien allí y trata de convencer a las gentes del mar para que os ayuden? Según dijisteis, son enemigos de la rama de la familia de Rann.

—Nosotros tampoco les gustamos —dijo Faolan—. Nosotros estamos en la parte sur del mar. Incluso en ocasiones hacen naufragar nuestros barcos —su boca dibujó un gesto de amargura que quería ser una sonrisa—. ¿Querrías ir tú para pedirles ayuda?

A Starke no le convencía el modo de hablar de Faolan, Dijo:

—No era más que una sugerencia.

Beudag se levantó estirándose y haciendo una mueca que reflejaba el dolor que le infligían las heridas:

—Faolan, vamos a dormir.

Él se levantó y puso la mano sobre el hombro de la mujer. Una de las cuerdas del arpa de Romna lanzó un sutil sonido que más bien parecía de burla. Los ojos del bardo estaban velados y soñolientos. Beudag no miró a Starke... o a Conan.

—¿Y yo qué? —dijo Starke.

—Tú permanecerás encadenado —dijo Faolan—, Todavía tenemos mucho tiempo para pensar. Mientras tengamos comida y el mar nos alimente.

Siguió a Beudag a través de una cortina de entrada que había a la izquierda. Romna se levantó lentamente colocando con el arpa sobre su hombro blanco. Luego se quedó, en pie, mirando fijamente los ojos de Starke a la luz mortecina de los fuegos.

—No sé —murmuró.

Starke esperó sin hablar. Su cara no presentaba ninguna expresión.

—A Conan le conocíamos. A Starke no le conocemos. Quizás hubiera sido mejor si hubiera vuelto Conan —acarició la empuñadura de su cuchillo, en el cinturón, como distraídamente—. No sé. Quizá hubiera sido mejor para todos nosotros si te hubiera cortado la garganta antes de que volviera Beudag.

La boca de Starke hizo una mueca. No era exactamente una sonrisa.

—Ves —dijo con mucha seriedad el bardo—, para ti, que procedes del Exterior, ninguno de todos estos asuntos tiene importancia, excepto si en algo te afecta, pero nosotros vivimos en este pequeño mundo y morimos en él. Para nosotros todo es importante.

Ahora tenía el cuchillo en su mano, lo alzó brillando al reflejar los restos de la luz de la hoguera sobre su hoja, luego lo bajo y lo volvió a alzar otra vez.

—Tú luchas por ti, Hugh Starke. Rann lucha, aunque sirviéndose de ti, yo no sé.

La mirada de Starke seguía fija.

Romna se encogió de hombros y apartó el cuchillo.

—Todo está escrito por los dioses —dijo suspirando— y espero que no hayan hecho mal su trabajo al redactar estas escrituras.

Se fue. Starke comenzó a temblar ligeramente. En el salón, el silencio era total. Miró su collar, los remaches del mismo, cada uno de los eslabones de la cadena y el hierro encastrado al que estaba sujeta. Luego se sentó en la alfombra de piel que habían puesto para él, en lugar de la paja. Hundió su rostro entre sus manos y comenzó a maldecir, lo que siguió haciendo durante varios minutos, luego golpeó el suelo con los puños. Después se tendió y permaneció tranquilo. Pensó que Rann hablaría con él, pero no lo hizo.

Las horas, silenciosas y amargas, que atravesaba, hicieron mella en su corazón, dándose cuenta de que esas horas eran peores que cualquiera de las que hubiera pasado en las criptas de la Luna.

Ella llegó sigilosamente con una vela en la mano. Era Beudag, Daga Enfundada. Starke no dormía. Se levantó y permaneció a la espera. Ella dejó la vela sobre la mesa, se adelantó un poco más y luego se detuvo. Llevaba una túnica larga y blanca, que se estrechaba un poco sobre la cintura y luego caía hasta los tobillos. Su cuerpo, erguido y adorable, parecía realzado místicamente por las sombras que formaban la sutil luz parpadeante.

—¿Quién eres? —susurró—. ¿Qué eres?

—Un hombre. No soy Conan. Quizá ya no soy tampoco Hugh Starke, solo un hombre.

—Amé al hombre llamado Conan hasta que... —contuvo la respiración y se acercó más. Puso su mano sobre el brazo de Starke y aquel contacto pasó a través de Starke como si fuera fuego blanco. La limpia y cálida fragancia que se desprendía la mujer sabía dulce en la garganta de Starke. Los ojos de la mujer buscaron los suyos.

—Si Rann tenía esos poderes tan grandes, ¿no es posible que Conan se viese obligado a hacer lo que hizo? ¿No sería posible que Rann se apoderase de la mente de Conan y le modelase a su capricho, quizá sin que él se diese cuenta?

— Podría ser.

—Conan era de temperamento ardiente y amante de las peleas, pero él...

—No creo que hubieras podido amarle si no hubiera sido honrado —dijo Starke, muy despacio.

La mano de la mujer continuaba sobre su antebrazo. Ella seguía mirándole; entonces la mano de Beudag se puso a temblar y luego empezó a llorar sin hacer ningún ruido. Starke la acercó delicadamente hacia él. Sus ojos brillaban a la luz de la vela.

—Lágrimas de mujer —dijo ella con impaciencia al cabo de un momento. Intentó

separarse de él—. He estado combatiendo durante mucho tiempo, he sido derrotada y estoy cansada.

El dejó que se separara, pero no demasiado.

—¿Todas las mujeres de Crom Dhu luchan como los hombres?

—Si lo desean, sí. Siempre ha habido doncellas guerreras. Después de ocurrir lo de Falga, yo tenía que luchar para no pensar — tocó el collar sobre el cuello de Starke y dijo —: y para no ver.

Starke pensó en Conan en la plaza del mercado y le veía sacudiendo su cadena, balbuceando en el salón de Faolan, y en Beudag viendo aquellas escenas. Starke apretó con sus dedos, con fuerza. Luego pasó suavemente sus manos por los brazos de la mujer y fue subiéndolas lentamente hasta llegar a sus torneados hombros, para después acariciar su cuello. Ella llevaba el pelo suelto y podía sentir cómo su rojizo cabello le quemaba las manos.

—Tú no me amas... —susurró ella.

—No.

—Hugh Starke, eres un hombre honrado.

—Y tú quieres que te bese.

—Sí.

—Beudag, eres una mujer honrada.

Los labios de la mujer estaban hambrientos, apasionados, humedecidos por la amargura de las lágrimas. Al cabo de unos instantes, Hugh sopló y apagó la vela...

\*\*\*

—Yo podría amarte, Beudag.

—No del modo que yo quiero.

—Sí, del modo que tú quieres. Nunca dije esto a una mujer antes de ahora. Pero tú tampoco eres como ninguna mujer que haya conocido. Y yo soy un hombre diferente.

—Es extraño, tan extraño. Eres Conan y no lo eres.

—Yo podría amarte Beudag, si viviera.

Las cuerdas del arpa lanzaron un tenue suspiro en la obscuridad. Este ligero sonido sobresaltó a Beudag, que suspiró y se levantó de la alfombra de pieles. En un minuto encontró pedernal y acero y encendió la vela. Romna el bardo estaba de pie junto a la cortina que cubría la entrada a la habitación, observándoles. Finalmente dijo:

—Vas a dejarle marchar.

Beudag respondió:

—Sí.

Romna asintió. No parecía sorprendido. Caminó por el estrado, dejó el arpa sobre la mesa y pasó a otra habitación. Casi inmediatamente volvió con una sierra para metales.

—Inclina tu cuello —Le dijo a Starke.

El metal del collar era blando. Cuando lo hubo cortado, Starke introdujo sus dedos cerca de los dos extremos y lo abrió sin problemas. Su antiguo cuerpo no hubiera podido nunca hacer esto. Su antiguo cuerpo no podría haber hecho un montón de cosas. Pensó que, en realidad, Rann no le había engañado mucho con el cambio. No, no mucho.

Se levantó, mirando a Beudag. La cabeza de la muchacha estaba inclinada hacia delante con el rostro velado por su brillante cabello rojizo.

—Sólo hay una forma posible de salir de Crom Dhu —dijo ella sin ninguna emoción en su voz—. Hay un pasadizo a través de la roca que conduce a un puerto secreto, lo bastante amplio como para albergar uno o dos esquifes. Quizás amparado por la noche y la niebla, puedas deslizarte a través del bloqueo de Rann. O quizás puedas subir a bordo de uno de sus barcos y de ese modo llegar a Falga —Tomó la vela y dijo—. Te llevaré allí abajo.

—Espera —respondió Starke—. ¿Y tú qué vas a hacer?

Ella le miró sorprendida.

—Yo me quedo, por supuesto.

Él la miró a los ojos:

—Va a ser muy difícil que nos podamos conocer, de este modo.

—Tú no puedes quedarte aquí, Hugh Starke. La gente querría despedazarte desde el momento que salieras a la calle. Hasta llegarían a asaltar nuestro salón para poder hacerse contigo. Mira allí —dejó a un lado la vela y le condujo hacia una estrecha ventana, apartando la piel que la cubría.

Starke pudo ver callejuelas serpenteantes que descendían, con bastante pendiente, hasta el mar oscuro. Los drakkars estaban destrozados y hundidos en el puerto. Fuera, en la lejanía unas luces parpadeantes se movían entre la niebla, eran otros barcos, los barcos de Rann

—Allí —dijo Beudag— está el continente. Crom Dhu está conectada a ella por una lengua rocosa. Los pueblos del mar poseen las tierras que se extienden más allá, pero nosotros podremos permanecer sobre ese puente rocoso mientras vivamos. Tenemos agua y alimento suficiente procedente del mar. Pero no hay tierras de cultivo, ni caza en Crom Dhu. Dentro de poco tiempo, estaremos desnudos, sin cueros ni lino que nos sirvan de abrigo y tendremos que vivir sin grano ni frutos. Estamos vencidos a menos que los dioses hagan un milagro, y estamos vencidos como consecuencia de lo que ocurrió en Falga. Ya puedes imaginar lo que siente el pueblo.

Starke miró las oscuras calles y las casas silenciosas apoyadas las unas contra las otras, y las luces parpadeantes luchando contra la niebla.

—Sí —respondió— ya me doy cuenta.

—Además, está Faolan. No sé si todavía cree tu historia. Ni sé si le interesa.

Starke asintió:

—Pero ¿no vendrás conmigo?

Ella se volvió de golpe, cogió la vela, dirigiéndose al Bardo le dijo:

—¿Tú vienes Romna?

El bardo asintió, cargando el arpa sobre su hombro. Beudag echó a un lado la cortina de una pequeña arcada que había al final de la habitación. Starke la atravesó con Romna tras él y Beudag, delante, con la vela. Ninguno hablaba.

Anduvieron por un estrecho pasadizo, atravesando habitaciones y armerías. Se detuvieron un momento mientras Starke escogía un cuchillo, y Romna susurró:

—¡Esperad!

Escuchó atentamente. Starke y Beudag también pusieron sus oídos en tensión. No se oía nada en aquella habitación. Romna se encogió de hombros, y dijo:

—Me pareció oír unas sandalias que arañaban la roca.

Continuaron adelante.

El pasadizo se encontraba detrás de una puerta de madera, y conducía hacia abajo, con bastante inclinación, a través de la roca, un camino sencillo y estrecho, sin galerías laterales ni ramificaciones. En algunos trechos había escaleras sinuosas. El final del pasadizo parecía una pequeña repisa, junto a una ensenada, en el interior de una caverna abierta en la piedra negra. Beudag dejó la vela a un lado.

Había dos pequeños esquifes, contruidos de un metal ligero, atados a unos anillos que estaban sujetos a la repisa. Los dos largos remos se hallaban apoyados en la pared de la cueva. Estaban contruidos de un metal diferente, fundido de una forma extraña. Beudag dejó uno en la bancada del bote más cercano. Luego se volvió hacia Starke. Romna desapareció entre las sombras de la boca del túnel.

—Adiós, hombre sin nombre — dijo Beudag, tranquilamente.

—¿Tiene que ser adiós?

—Ahora yo soy el jefe, en el puesto de Faolan. Además éste es mi pueblo —sus dedos se apretaron contra las muñecas del hombre—. Si pudieras... —sus ojos parecieron reflejar un destello de esperanza, después dejó caer su cabeza y dijo—: Había olvidado de que no eres uno de los nuestros. Adiós.

—Adiós, Beudag.

Starke la abrazó y encontró su boca. La besó casi con crueldad. Los brazos de la muchacha le apretaron también con fuerza, con los ojos entornados y soñadores. Las manos de Starke se deslizaron hacia arriba, hasta la garganta y se cerraron allí.

Ella se echó hacia atrás, con el cuerpo curvado como un arco de acero. Había fuego en sus ojos mientras miraba a los de Starke, pero sólo durante un instante. Sus dedos apretaron expertamente sobre los centros nerviosos vitales y la cabeza de Beudag cayó pesadamente hacia delante, sin fuerza, en el momento que Romna llegaba junto a la espalda de Starke y colocaba la punta del cuchillo sobre su



garganta.

Starke le cogió por la muñeca y apartó el cuchillo. La sangre corrió por su pecho, pero el corte no había afectado la arteria. Se retiró hacia atrás sobre la piedra. Romna no pudo separarse a tiempo. Dio un salto que le hizo perder el resuello pero no el cuchillo. Starke rodó con él. El hombrecillo no era enemigo para él. Era fuerte y rápido, pero Starke le superaba ampliamente en cuanto a la altura. Starke podía recordar los días en los que Romna no le habría parecido pequeño. Golpeó la mandíbula del bardo con su puño. La cabeza de Romna chocó con fuerza con la piedra. Soltó el cuchillo. Parecía que había abandonado la lucha. Starke se levantó. Estaba sudando y respiraba pesadamente y no a causa del esfuerzo. Sentía su boca llena de saliva como la de un perro, Le dolían los músculos y su vientre estaba rígido y caliente por el esfuerzo, Sus ojos amarillos tenían una mirada extraña.

Se volvió hacia Beudag.

La mujer yacía de espaldas sobre la roca negra. La luz de la vela derramaba oro pálido sobre su piel morena, bordeando el hondo hueco que se extendía entre sus pechos y festoneaba su redondeada caja torácica. Starke se puso de rodillas sobre su cuerpo y con todo su peso ahogó la respiración de la mujer. La miró. El sudor corría por su cara. Volvió a coger su garganta entre sus manos.

Observó cómo la sangre daba vida a sus mejillas. Vio las venas que se marcaban sobre la frente. Observó cómo aquellos labios rojos se amorataban. Ella se defendió un poco, pero sin fuerzas, como alguien que se mueve en un sueño. Starke respiraba pesadamente, como un animal, por la boca abierta.

Luego, gradualmente, su cuerpo se fue poniendo rígido. Sus manos quedaron heladas, sin disminuir la presión que ejercían, pero sin aumentarla tampoco. Sus ojos amarillos se abrieron de par en par. Era como si intentara ver el rostro de Beudag y que éste estuviera escondido por densas nubes.

Tras él, en el túnel, se percibía el suave susurro de unas sandalias sobre la roca irregular. Sandalias que se movían lentamente. Starke no oía. El rostro de Beudag brillaba con fuerza, en medio de la densa niebla que se extendía debajo de donde Starke se encontraba, aquel rostro le parecía una blasfemia, distorsionado, amoratado

Las manos de Starke empezaron a abrirse.

Se abrieron lentamente. Los músculos de sus brazos y hombros parecían cables rígidos, como si hubiese estado cargando grandes pesos. Sus labios se apartaron y dejaron ver sus dientes. Inclino el rostro y el sudor resbaló por su cara brillando sobre los pechos de Beudag.

En esos momentos Starke estaba casi rozando el cuello de Beudag y ella comenzó a respirar trabajosamente.

Starke comenzó a reír. No era una risa agradable.

—Rann —susurró— ¡Rann, diablesa!

Casi cayó al separarse de Beudag, y cuando se puso en pie fue a apoyarse contra la pared. Temblaba violentamente.

—No hice uso de tu odio para matar, así que tú empleaste mi pasión.

La maldijo con un susurro silbante. Nunca, a lo largo de su vida no muy santa, había insultado a nadie de aquel modo.

Oyó el eco de una risa que bailaba en su cerebro.

Starke se volvió. Faolan de las Naves estaba de pie en la boca del túnel. Su cabeza estaba inclinada escuchando con sus oscuros ojos ciegos fijos en Starke como si le viese.

Faolan dijo con suavidad:

—Te oigo, Starke. Y oigo la respiración de los otros, pero no hablan.

—Ellos están bien. Yo no entendía qué había que hacer...

Faolan sonrió. Se adelantó, dejando la estrecha repisa. Sabía adonde iba y su sonrisa no era agradable.

—Oí vuestros pasos por el túnel cuando pasasteis cerca de mí habitación. Sabía que Beudag te conducía, y dónde, y por qué. Hubiera llegado aquí antes, pero es un camino muy difícil para hacerlo en la oscuridad.

La vela se encontraba en su camino y sintió su calor cerca de la pierna. Se detuvo para cogerla, pero sólo consiguió tirarla al suelo y todo quedó en la oscuridad. Muy oscuro. Sólo un tenue brillo apagado de la porción de océano que se encontraba en la boca de la caverna.

— Te quería a solas. En esta noche sobre todas las noches te quería a solas. Beudag lucha en mi lugar, Conan. Mi hombría necesitaba ponerse a prueba.

Starke tanteó a su alrededor, en la oscuridad, midiendo la distancia que le separaba del lugar en donde el esquife estaba atracado. No quería luchar contra Faolan. En su lugar, hubiera experimentado los mismos sentimientos. Starke lo comprendía perfectamente. No odiaba a Faolan, no quería matarle pero temía el poder de Rann, cuando aquélla se apoderaba del control de sus emociones. Starke no se perdonaría nunca si mataba a alguien sólo por dar gusto a Rann.

Se movió sigilosamente, intentando pasar por delante de Faolan para alcanzar el esquife. Faolan no hizo ningún signo de que le oyera. Starke no respiraba. Sus sandalias se posaban con más suavidad que copos de nieve. Faolan no se giró de golpe, dejó que Starke llegara a estar a menos de un pie de distancia, los dos se encontraban frente a frente.

La mano de Faolan salió disparada y agarró el pelo largo y negro de Starke. El ciego se echó a reír y se aproximó a su víctima.

Starke se dejó caer al suelo. Era la forma más rápida de liberarse de la presa. Pero Faolan era rápido y se abalanzó sobre Starke de forma que el terrestre no pudo hacer nada, solo golpearle las costillas sin hacerle daño. Era más grande que Starke y pesaba más; además, la oscuridad no le molestaba.

Starke enseñó los dientes con rabia. *¡Hermano tienes que darte prisa y salir de aquí!* Si no era así, aquella gata de ojos verdes... El peso bruto de Faolan le tiró al suelo. El brazo de Faolan aplastaba su cuello y con el otro puño golpeó el vientre de

su enemigo. Starke consiguió moverse.

Había luchado en muchos sitios. Había aprendido de los vagabundos y de los fogoneros<sup>[5]</sup> de las naves espaciales, de los marcianos de los canales bajos, de los nahalies de ojos rojos en los canalones de Lhi. No hizo uso de su cuchillo, empleó las rodillas, los pies, los codos y sus manos abiertas o como puños. Fue una buena pelea. Faolan era un gran luchador, pero Starke conocía más trucos.

Un golpe más, pensaba Starke. Un golpe más y estará fuera de combate. Se hizo hacia atrás para conseguir darlo, pero su talón tropezó con Romna que estaba tendido en el suelo. Se tambaleó y Faolan atinó a alcanzarle de lleno con un gancho. Starke cayó hacia atrás contra la pared de la cueva. Su cabeza chocó contra la roca y su cerebro se llenó de luces rojas, luego comenzó a ponerse pálido y a enfriarse, se bañó en algo que parecía agua clara de color verde plateado y se desvaneció....

Estaba cansado, terriblemente cansado. Le dolía mucho la cabeza. Quería descansar pero se daba cuenta de que estaba sentado haciendo algo que tenía que hacerse. Abrió los ojos.

Se hallaba sentado en la popa del esquife. El largo remo estaba apoyado en su cuerpo, y actuaba como si fuera una caña de timón. La pala del remo se hundía con fuerza a popa en el mar rojo, y allí donde tocaba el metal se levantaba un chisporroteo de fuego plateado y un remolino partículas brillantes. El esquife se movía con rapidez a través de la oscura niebla, a través de la niebla ensangrentada de la cálida noche venusiana.

Beudag estaba acurrucada en la proa, frente a Starke. Estaba atada con tiras del vestido blanco que había llevado. Unas marcas oscuras aparecían en su garganta. Miraba a Starke con la intencionada mirada, aunque carente de expresión, de una tigresa.

Starke miró a lo lejos. Había sangre en su faldellín y una mancha oscura sobre el pecho. No era sangre suya. Sacó lentamente el cuchillo de su funda. La hoja estaba embotada y cubierta de una costra; todavía estaba húmeda.

Starke miró a Beudag. Sus labios estaban secos e hinchados. Los humedeció y preguntó roncamente:

—¿Qué ha ocurrido?

Ella sacudió la cabeza, despacio y sin hablar. Sus ojos no pestañearon.

Un acceso de rabia y desesperación se apoderó de Starke de pronto y le hizo temblar. ¡Rann! Se levantó y se dirigió hacia adelante dejando el remo dirigirse hacia donde quisiera y se puso a desatar las muñecas de Beudag.

Una forma se fue acercando hacia ellos desde la niebla. Era un drakkar con dos filas de pesados remos que hacían saltar chispas de fuego a popa y un espolón de proa con la forma de una esbelta mujercita. Una mujer con pelo y ojos de agua marina se acercaba al esquife.

Una escalera de cuerda se deslizó por el costado. Había hombres que se alineaban a lo largo de la borda, hombres delgados, con una piel que brillaba como polvo de

nieve y el pelo de un color que se confundía con los lejanos bajíos.

Uno de ellos dijo:

—Sube a bordo, Hugh Starke.

Starke volvió al remo. Lo golpeó contra el mar, haciendo que la embarcación describiese rápidamente un arco para acercarse al barco de Rann.

Los ganchos de abordaje volaron, alcanzaron al esquife en la borda y en la bancada. En las manos de los hombres aparecieron arcos y, en las cuerdas de los arcos, afiladas flechas metálicas, con puntas semejantes al alambre espinoso.

El hombre repitió nuevamente con cortesía:

—Sube a bordo.

Starke terminó de desatar a Beudag. No respondió. No parecía tener nada que decir. Permaneció a su espalda mientras ella subía la escalera, y luego la siguió. El esquife quedó a la deriva. El drakkar viró, recuperando velocidad.

— ¿Adonde vamos? —preguntó Starke.

El hombre sonrió:

—A Falga.

Starke asintió. Descendió con Beudag a un camarote donde habían mullidos cojines cubiertos con seda de araña y paneles de madera oscura maravillosamente pintados con fantásticas escenas, que representaban el pasado del pueblo de Rann. Se sentaron uno frente a otro, pero sin hablarse.



Alcanzaron Falga al despuntar el pálido amanecer, una ciudadela con arrecifes de basalto que se elevaban a pico sobre el ardiente mar, con una amplia bahía en donde se extendía un puerto lleno de barcos. En el interior había campos verdes y, más allá, confundidas entre las eternas tinieblas de Venus, las Montañas de la Nube Blanca, que se alzaban hacia el espacio. Starke deseó no haber visto nunca las Montañas de la Nube Blanca. Luego, mirándose las manos delgadas y fuertes, apoyadas sobre sus largos muslos, se dijo que no estaba seguro de este pensamiento. Pensó en Rann que estaría esperándole. La rabia y la incertidumbre se confundieron en una violenta emoción que le hizo pasear nerviosamente.

Beudag estaba sentada tranquila, esperando. El drakkar se introdujo en la dársena, que estaba abarrotada de barcos, y se deslizó para colocarse a lo largo de un muelle de piedra. Unos hombres se apresuraron a realizar la maniobra lo antes posible. Eran humanos, pensó Starke, como Beudag y como él. Tenían el cabello semejante a plata brillante y la piel muy blanca propia de los pueblos de la meseta, así como sus bellas facciones y cuerpos esbeltos. Llevaban collares de cuero con remaches de metal e iban desnudos como animales; estaban delgados y encorvados por el trabajo. Aquí y

allá, un hombre con el cabello de pálido color verde azulado y arnés resplandeciente, se erguía como un dios sobre las masas que se afanaban a su alrededor.

Starke y Beudag saltaron a tierra. Igual podían ser prisioneros que huéspedes de honor, rodeados de una escolta de hombres del barco. Las calles subían desde el puerto, zigzagueando y subiendo locamente hasta los acantilados. Las casas se amontonaban unas sobre otras. Había empezado a llover, esa lluvia pesada y cargada de vapor, tan propia de Venus. El calor húmedo traía consigo el olor de la gente, de demasiada gente.

Fueron subiendo, hundidos hasta los tobillos en el agua que corría por las calles, que tenían tanta pendiente como si fueran escaleras. Niños desnudos y famélicos les miraban desde las casas y los estrechos callejones. En dos ocasiones pasaron por plazas de mercado, en donde mujeres con cara de desesperación iban y venían entre los puestos de alimentos, no muy apetitosos, para hacer la compra.

Había algo perverso en todo aquello. Al cabo de un rato, Starke se dio cuenta de que todo estaba en silencio. Aquella horda humana ni reía, ni cantaba ni gritaba. Ni siquiera los niños emitían un susurro. Starke comenzó a sentirse un poco enfermo. Aquellas gentes tenían unas miradas...

Miró a Beudag y continuaron alejándose.

Las calles que discurrían frente al mar terminaban en un borde de basalto, cortado a pico, sobre el que unas galerías formaban una auténtica colmena. La partida de Starke se introdujo por ellas y siguió subiendo. Fueron pasando de una a otra, llegando a cavernas inmensas, abiertas al mar. Había la misma masa de gente, el mismo olor y el mismo silencio. Los ojos brillaban en aquella penumbra, los pies desnudos se movían furtivamente sobre la piedra. En algún lado, un niño lloró débilmente, pero fue acallado rápidamente.

Terminaron saliendo a lo alto del acantilado, al aire libre y puro. Desde aquí pudieron ver una ciudad con amplias calles adornadas con árboles; pequeñas casas de piedra negra con jardines rodeados por muro, en donde surgían brillantes enredaderas, helechos gigantescos y flores, que trepaban por la cuesta. Hombres y mujeres desnudos trabajaban en los jardines o empujaban carros de estiércol por las calles, o iban a hacer recados deslizándose furtivamente por las calles principales, hacia los lugares en donde se encontraban las casas pequeñas.

El grupo se alejó del mar, dirigiéndose hacia el palacio de ébano que estaba colocado, como si fuera una corona, por encima de la ciudad. La lluvia vaporosa golpeaba el cuerpo desnudo de Starke, y desde la altura en que se hallaban, se podía percibir el olor de la lluvia a través del denso perfume de las flores. Se podía oler a Venus en la lluvia, oscura, primitiva y salvaje, viva con una fecundidad gigantesca y con flores de pasión en sus manos extendidas. Starke se colocó con las piernas extendidas, como si fuera una pantera. Sus ojos brillaban como el ámbar humeante.

Entraron en el palacio de Rann...

Ella les recibió en la misma habitación donde habían llevado a Starke tras la destrucción de su nave espacial. A través de la amplia arcada, Starke divisó el alto lecho donde su antiguo cuerpo había descansado antes de que la vida le abandonara. El mar rojo emitía sus vapores bajo la lluvia. Rann les contemplaba lánguidamente desde un cojín elevado empotrado en el muro, a través de los arcos abiertos de la galería. Sus piernas, largas y brillantes, se extendían sobre sus suaves sedas negras de araña. Llevaba en esta ocasión un tabardo amarillo pálido. Sus ojos tenían el color de un banco de arena visto a través del agua, parecían divertidos, pero misteriosos.

—De modo que conseguiste que lo hiciera, a pesar de todo —dijo Starke.

—Y tú estás enojado —La mujer rio mostrando la blancura de sus dientes aguzados como agujas. Su mirada mantuvo la de Starke. No había nada de casual en ello. Los ojos de halcón de Starke parecían tener un color amarillo líquido, como el oro, y no se movían.

Beudag se mantenía como una lanza de bronce, con los antebrazos cruzados por debajo de sus desafiantes pechos desnudos. Dos de los guardias del palacio de Rann permanecían tras ella.

Starke se encaminó hacia Rann.

Ella le observó acercarse, dejándole aproximarse lo suficiente como para poder tocarla si lo deseaba. Luego dijo astutamente:

—Es un buen cuerpo, ¿verdad?

Starke la miró por un momento y luego se echó a reír. Echó para atrás su cabeza y lanzó un grito, luego golpeó con su puño los poderosos músculos que se marcaban en su vientre. Finalmente, miró directamente a los ojos de Rann y dijo:

—Te conozco.

Ella asintió.

—Nos conocemos mutuamente. Siéntate, Hugh Starke —giró sus largas piernas a un lado para hacerle sitio, y erguida miró a Beudag. Starke se sentó. Él, sin embargo, no miró a Beudag.

—¿Se rendirá ahora tu pueblo? —dijo Rann.

Beudag no se movió ni pestañeó, luego respondió:

—Si Faolan está muerto, sí.

—¿Y si no lo está?

Beudag se puso rígida, Starke también.

—Entonces —dijo tranquilamente—, esperarán.

—¿Hasta que haya muerto?

—O hasta que tengan que rendirse



Rann asintió. Luego, dirigiéndose a los guardias, les dijo:

—Velad por que esta mujer sea bien alimentada y bien tratada.

Beudag y su escolta ya habían dado la vuelta para marcharse cuando Starke dijo:

—¡Esperad!

Los guardias miraron a Rann, que asintió mirando con curiosidad a Starke. Entonces éste preguntó:

—¿Está muerto Faolan?

Rann dudó, pero al fin sonrió y respondió:

—No. Eres muy mal pensado Starke. Le golpeaste con mucha fuerza pero no lo bastante. Puede morir... pero aún no está muerto —se volvió hacia Beudag y le dijo con cierta ironía —: No debes tener ningún resentimiento contra Starke. Yo soy la única que debería estar enfadada — volvió los ojos hacia Starke, pero éstos no daban muestra de estar coléricos.

—Hay otro asunto —dijo Starke—, Conan, o el que era Conan antes de ocurrir lo de Falga.

—El Conan de Beudag.

—Sí. ¿Por qué traicionó a su pueblo?

Rann le estudió, con sus extraños labios pálidos curvados y sus agudos dientes blancos resplandeciendo, malvados, como si fueran espinas. Luego se volvió hacia Beudag, que continuaba allí como una imagen esculpida, con sus débiles músculos en tensión, aunque sus ojos no eran precisamente los de una imagen.

—Puede que seas Conan o Starke —dijo Rann—, pero Beudag continúa siendo Beudag, ¿no es verdad? Pues bien, te lo diré. Conan traicionó a su pueblo porque yo le convencí para que lo hiciera. Al principio se opuso, pero no era tan duro como tu, Starke.

Se hizo el silencio. Por primera vez desde que entraran en la habitación, Hugh

Starke miró a Beudag. Al cabo de un momento ella suspiró, alzó la barbilla y sonrió profundamente y con desmayo. Los guardias la sacaron de la habitación caminando a su lado, pero ella iba más erguida y sus pasos eran más ligeros que los de los soldados.

—Bien —dijo Rann cuando hubieron salido—, ¿qué me cuentas sobre ti, Hugh Starke, también llamado Conan?

—¿Tengo alguna oportunidad?

—Yo siempre me guardo una baza para mí.

—Entonces devuélveme mi pasta y deja que me vaya al infierno.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Sabes que te podrías quedar aquí un poco más?

—¿Contigo?

Rann alzó sus hombros que presentaban la blancura de la nieve.

—No te prometo la mitad de mi reino, ni siquiera parte de él, pero podrías divertirte mucho.

—No tengo ningún sentido del humor.

—¿Y ni siquiera quieres ver lo que le ocurre a Crom Dhu?

Starke se levantó y respondió rudamente:

—Que Crom Dhu se vaya al infierno.

—Y Beudag.

—Y Beudag —se detuvo de pronto mirando los ojos de Rann con sus ojos amarillos que no prometían nada—. No. Beudag, no. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada.

—No me lo creo.

—Te lo repito, nada. Cualquier cosa que se le haga, será por voluntad de su propio pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que la pequeña Daga Enfundada descansará y estará bien alimentada y atendida durante unos cuantos días. Luego la embarcaré en mi propio barco y me reuniré con la flota que se encuentra ante Crom Dhu. Beudag será instalada confortablemente en el mascarón de proa, de modo que su pueblo la pueda ver claramente. Estará allí hasta que el Peñón se rinda. De su pueblo dependerá el tiempo que permanezca en el mástil. Se le dará poca agua pero la suficiente.

Starke la miró. La miró durante bastante tiempo y luego escupió deliberadamente sobre el suelo diciendo con una voz sin ninguna entonación: — ¿Cuándo puedo salir de aquí?

Rann rio, con una risita sencilla.

—Humanos —dijo— sois endiablidamente extraños. Pienso que nunca llegaré a comprenderos —Extendió la mano e hizo sonar un gong rodeado por un marco grabado. La nota suave y profunda tenía la triste cualidad de la nostalgia. Rann se dejó caer nuevamente sobre los cojines de seda y suspiró—. Adiós, Hugh Starke.



Hubo una pausa, tras la que luego repitió, con pesar:

—¡Adiós, Conan!



Hacía un tiempo magnífico sobre las orillas del Mar Rojo. Una de las galeras de Rann les había llevado hasta el borde del Océano del Sur, dejándoles en una playa estrecha e inhóspita bajo los acantilados. Desde allí se dirigieron hacia una elevación rocosa del terreno a la que subieron con sus pies, dos en el caso de Hugh Starke llamado Conan y cuatro y a cuatro patas los arrogantes hombres de Rann. Se suponía que actuaban a la vez como guías y de escolta. Eran corteses y mantenían el paso que marcaba Starke, que marchaba como si el demonio espolease sus talones. La diferencia era que ellos iban armados y Starke no.

A veces, muy débilmente, Starke sentía cómo la mente de Rann tocaba la suya con la delicadeza del terciopelo, pero sentía que era una garra. Otras veces despertaba de sus sueños con la imagen de aquella mujer en su imaginación, con los labios mostrando una burla y una secreta sonrisa. No le gustaba en absoluto.

Le gustaba menos la imagen que veía de la mujer, ya estuviera despierto o dormido. Pero había otra imagen a la que no podía mirar, la de una mujer alta con el pelo como fuego encendido alrededor de su cuello, caminando ligera y orgullosa entre sus guardias.

*Se le dará agua,* —había dicho Rann—. *No mucha pero la suficiente.*

Starke apretó la sólida estructura de la caja en la que estaba su millón de créditos y dejó que las millas se fueran deslizándose bajo sus sandalias.

A la quinta noche, uno de los hombres de Rann habló tranquilamente alrededor del fuego del campamento:

—Mañana —dijo— llegaremos al paso.

Starke se levantó, alejándose del grupo, hasta llegar al borde del acantilado que caía a pico hasta el mar ardiente. Se sentó. La niebla rojiza le envolvía como una bruma de sangre. Pensó en la sangre sobre los pechos de Beudag, el primer día que la vio. Pensó también en la sangre de su cuchillo, ennegrecida y seca. En la sangre humeante que había corrido hacía poco tiempo por las alcantarillas de Crom Dhu. La niebla tenía que ser necesariamente roja, pensó. De entre todos los malditos colores del universo tenía que ser roja. Roja como el cabello de Beudag.

Se cogió las manos y las miró, porque todavía podía sentir el calor sedoso del cabello de la mujer sobre su piel. Ahora en sus manos no había nada, solo las antiguas cicatrices blancas de las antiguas batallas que había luchado.

Se colocó los puños en las sienes y deseó volver de nuevo a su antiguo cuerpo,

aquel pequeño aborto enano que había conseguido sobrevivir, arañando, arrastrándose, gracias a la fuerza de su mente. Tenía una mente muy fuerte, según había dicho Rann. Pero una mente es una mente, no tiene emociones. Se la figuraba como algo frío y se preguntaba si controlaba completamente el cuerpo, porque el cuerpo era únicamente la maquinaria sin valor, que transportaba a la mente. Sí, sin valor, al menos el suyo. Las pocas mujeres con quienes había tratado en su vida, así se lo habían dicho. Pero, quizá por ello, con su antiguo cuerpo no había tenido nunca problemas.

Y ahora, sin embargo, los tenía.

Starke se levantó y caminó.

*Mañana llegaremos al paso.*

*Mañana nos habremos alejado del Mar Rojo. En el maldito Sistema hay nueve planetas, y en todos ellos hay mujeres. De todas las formas, de todos los colores y tamaños, humanas, semihumanas y Dios sabe qué. Un tío con un millón de créditos puede comprar a la mitad de esas mujeres y con el cuerpo de Conan, conquistar a la otra mitad. A fin de cuentas ¿qué es una mujer? Sólo una...*

Agua. Le darían agua. No mucha pero lo suficiente.

Conan se levantó, se asió a un saliente de una roca elevada y sus músculos se marcaron, como si fueran cuerdas.

—¡Oh, Dios! —susurró— ¿qué es lo que me pasa?

Amor.

No era Dios precisamente quien había respondido. Era Rann. La vio con toda nitidez en su mente, oyendo su voz como una campana de plata.

—Conan era un hombre, Hugh Starke. Lo tenía todo, cuerpo, corazón y cerebro. Sabía cómo amar, y para él no había mujeres, solo una mujer, cuyo nombre era Beudag. Yo le destruí, pero no fue fácil. No puedo destrozarte a ti.

Starke se mantuvo de pie durante un largo rato, sin moverse, salvo por los temblores que recorrían su cuerpo. Luego cogió la caja con el millón de créditos y la arrojó, todo lo lejos que pudo, sobre el borde del acantilado. La niebla roja se la tragó enseguida, no oyó cuando golpeó la superficie del mar. Quizá porque en aquel mar los cuerpos se hundían de forma diferente. En cualquier caso, no esperaba volverla a encontrar.

Se volvió por borde del acantilado, hacia el lugar en donde se encontraba una grieta o chimenea que conducía hacia abajo. Los cuatro hombres que llevaban el arnés de las tropas de Rann, salieron de la oscuridad de la noche y le rodearon. Las puntas de sus espadas brillaban con destellos rojizos.

Starke no llevaba sobre él más que el faldellín, las sandalias y un manto de tejido de araña tupido que le servía para protegerse de la lluvia.

—¿Os envía Rann? —les dijo.

Los soldados asintieron.

—¿Para matarme?

Asintieron nuevamente. La sangre desapareció del rostro de Starke, que quedó gris, como el bronce y la piedra. Su mano se dirigió hacia la garganta para desatar el broche de oro del manto.

Los cuatro hombres se acercaron a él como si fueran bailarines.

Starke soltó su manto y lo movió como si fuera un látigo, les golpeó el rostro. Quedaron confundidos durante un instante, un latido no más, pero fue suficiente. Starke dejó a dos de sus enemigos con sus espadas enredadas en el tupido manto, y tras ello se hizo a un lado. Algo con borde afilado se deslizó por sus costillas, él se agachó, agarró a uno de los soldados por los tobillos y empleó su cuerpo como si fuera una maza.

Aquel cuerpo era extrañamente ligero, como si los huesos que formaban su esqueleto no fueran más que rígidas membranas, como las de un pez. Sin embargo, de haber continuado luchando, hubiesen terminado con él en unos segundos. Eran luchadores entrenados y rápidos. Pero Starke no se quedó y aprovechó aquel momento de gracia para huir. Ellos corrieron tras él, casi tocándole los talones, con la punta de sus espadas casi rozando su espalda. Corrieron a lo largo de la estrecha lengua de tierra que se encontraba sobre el mar, hacia adelante, hacia adelante, en medio de aquella niebla roja y oscuro fuego que rodeaba a su cuerpo; cuando estuvo preparado, se lanzó en picado.

*Dios mío, pensó, mira que si me equivoco y debajo hay una playa...*

La respiración forzada parecía que iba a hacerle saltar los pulmones. Le dolían los oídos, que dejaron de percibir sonidos. Se protegió la cabeza con los brazos, poniendo juntos los pulgares y apretándolos. Inclino la cabeza hacia delante temiendo el golpe que se iba a producir. Cayó sobre la superficie del mar.

No se produjo ningún chapoteo al alcanzar esta superficie.

\*\*\*

Fuego que se elevaba con infinita pereza enrollándose a su alrededor, acariciando su cuerpo lentamente con chispas estremecedoras. Tenía un sentimiento de ligereza, como si su carne se hubiera unido a aquel fuego que no dejaba de moverse. Tuvo una sensación de ahogo, sin ninguna razón, que dio paso, poco a poco, a una extraña sensación de alegría. El impacto no le había supuesto ningún golpe, ni sentía ninguna presión. Simplemente como si hubiera golpeado suavemente algo acolchado. Tenía la impresión de haber caído en un lecho de aire comprimido. Starke se percataba de las vueltas que iba dando en aquella caída que lentamente, sin apresuramiento le llevó hasta el fondo. Más que un fondo, las partes superiores de un mundo cristalino que parecía ser un bosque. Eran como árboles exquisitamente moldeados en hielo, transparentes, manteniendo el centelleante fuego movedizo de aquel extraño mar.

Starke no creía que estos árboles fueran seres vivos, ni que lo hubieran sido nunca. Pensó que eran como el coral, o algún depósito mineral de forma caprichosa. Hermoso en cualquier caso, como algo que ves en un sueño. Hermoso, silencioso y de alguna forma, mortal.

No podría explicar la sensación de muerte que experimentaba. Nada se movía en medio de las corrientes rojas, entre los troncos. Nada se movía en los mismos árboles. Pero seguía teniendo esa sensación.

Se apercibió de que podía nadar con toda facilidad. O tal vez era más apropiado decir que volaba. El denso gas le permitía ascender casi neutralizando el peso de su cuerpo, de tal manera, que era fácil avanzar en todas direcciones cogiéndose a una de aquellas ramas cristalinas y usándola como una palanca para darse impulso hasta la siguiente.

Profundizó más y más en el corazón del Océano del Sur, pero nada se movía. Aquel bosque de hadas se extendía, sin límite, en todas las direcciones. Starke estaba asustado.

De repente la imagen de Rann apareció en su mente. Su rostro, que percibía con toda perfección, parecía que se burlaba.

—Voy a verte morir, Hugh Starke, pero antes de que mueras te enseñaré algo. Mira.

El rostro de la mujer se difuminó y en su lugar apareció Crom Dhu, que se alzaba desolada en medio de la niebla roja, los drakkars hundidos y destrozados en el puerto y toda la flota de Rann rodeando la ciudad, formando un círculo brillante.

Había un barco que destacaba sobre los demás. El buque insignia. La visión mental de Starke se concentró particularmente en éste y en la plataforma del mástil principal. La mujer que había allí, desnuda, erguida, con todo el cuerpo atado fuertemente por finos y crueles bramantes.

Una mujer de pelo rojo, ondeando al viento, con unos ojos azules que miraban directamente, como los de un halcón, hacia Crom Dhu.

Beudag.

La risa de Rann cubrió todo la imagen que se borraba y su voz sonó como una onda de agua helada:

—Hubieras hecho mejor —dijo— en aceptar morir por el honorable acero, como yo te ofrecí.

Ella desapareció y la mente de Starke quedó tan vacía y fría como la de un cadáver. Se halló nuevamente entre las ramas cristalinas y mirando atentamente en la dirección que le marcaba su instinto; su vista se oscureció.

Nunca hasta aquel momento había gritado ni rezado, en toda su vida.

Allí abajo, en medio de las vaporosas sombras del fondo del mar, parecía no transcurrir el tiempo, en aquellas confusas aguas<sup>[6]</sup> del mar. Podían haber pasado unos minutos o unas horas cuando Hugh Starke se dio cuenta de que estaba siendo perseguido.

Había tres seres deslizándose con facilidad por entre las ramas brillantes. Tenían los cuerpos de un color dorado pálido, casi fosforescentes. Eran del tamaño de los grandes sabuesos. Sus ojos eran enormes, parecían joyas colocadas en medio de sus estrechos rostros. Poseían cuatro miembros que podían ser piernas y brazos y que retraían sobre sus cuerpos de flecha. Tenían membranas plateadas que descendían desde la cabeza hasta los flancos y que movían a modo de alas, al tiempo que dirigían hábilmente su impulso con la ayuda de colas planas y poderosas.

Se podían haber acercado a él fácilmente, pero no parecían tener prisa en hacerlo. Starke tuvo el buen sentido de no alejarse rápidamente de allí. Continuó su camino tranquilamente, observándoles. Descubrió que las ramas cristalinas podían romperse, y escogió una de ellas que terminaba en una horquilla afilada y se la puso en el cinturón como si fuera una espada. No tenía la esperanza de que pudiera servirle de mucho, pero le hacía sentirse mejor.

Se preguntaba por qué aquellos seres no saltaban sobre él y terminaba todo. Parecían estar bastante hambrientos, a juzgar por el modo que tenían de mostrarle los dientes, pero continuaban guardando la misma distancia, en una especie de formación de media luna; algunas veces los de los extremos hacían una tentativa de lanzarse sobre él, pero no llegaban a desviarse bruscamente. Parecía que le estuvieran cazando...

Starke entornó los ojos y, de repente, comenzó a sentir mucho más miedo del que había sentido antes y del que creía era posible sentir.

Aquellos seres no le estaban dando caza, sino que le estaban conduciendo como si fuera ganado.

No podía hacer nada por evitarlo. Intentó detenerse, pero entonces ellos se precipitaron sobre él y le propinaron golpes secos. Trabajaban de forma coordinada; así, mientras Starke trataba de acuchillar a uno de ellos con su tosca arma, los otros le golpeaban como hubiera hecho un perro pastor. Si usando los talones o con su arma improvisada, hubiera tratado de desembarazarse de uno de ellos, los otros hubieran arremetido contra él como perros pastores a un recalcitrante carnero castrado.

Starke, como el carnero, se rindió a lo inevitable y se dejó conducir hacia el lugar



al que ellos le llevaban. Los sabuesos dorados mostraron sus dientes en una especie de risa animal y olfatearon el rastro de sangre que iba dejando entre las rojas espirales de fuego.

Al cabo del rato oyó una música.

Parecía proceder de algún tipo de arpa, con una extraña cualidad de vibración en sus notas. No se parecía a nada que hubiera oído antes. Quizá el gas, que era la sustancia que formaba aquel mar, era un conductor del sonido extraordinariamente bueno, con un coeficiente de difusión que hacía parecer que la música venía de todas partes a la vez; al principio era suave, como si sonara en un sueño; luego, conforme se aproximaba a la fuente, aumentó de intensidad, formando un rápido y ondulado flujo de melodía, que cubría sus nervios, produciéndole un demoníaco escalofrío de éxtasis.

Los sabuesos dorados comenzaron a inquietarse; sintiéndose excitados desplegaron sus alas brillantes, conduciéndole con más rapidez por entre las ramas de cristal.

Starke sentía cómo aquellas vibraciones repercutían en él, haciendo vibrar las fibras de sus músculos, que temblaban en sintonía con aquella arpa fantasmal. Supuso que no oía parte de aquella música, ya que su frecuencia era demasiado alta o baja para ser registrada por los oídos humanos. Pero aunque no la oyera, la sentía.

Comenzó a moverse con más rapidez, no a causa de los sabuesos, sino porque quiso hacerlo así. Aquel profundo temblor de su carne le excitaba. Comenzó a respirar con más fuerza, en parte a causa del esfuerzo y en parte a causa de alguna propiedad de la mezcla gaseosa que respiraba, y que le hacía sentirse como borracho.

El sonido del arpa le golpeaba y se clavaba en él; conforme avanzaba, la música se hizo profunda y más oscura. De improviso, vio claramente a Beudag, a la luz de las velas, medio velada y con aspecto místico en la tenebrosa mansión de Faolan; la mujer parecía ser de bronce pulido y sus cabellos sueltos eran fuego en torno a su cuello. El sufrimiento, como una gran espada, traspasó su corazón. La llamó por su nombre una vez y el sonido del arpa alejó su llamada. De pronto, en el corazón de Starke no hubo ni música ni bosque, solo frías cenizas.

En el tiempo que le llevó flotar desde la copa del último árbol hasta el suelo de la llanura, pudo verlo todo claramente. No tenía idea de cuánto había transcurrido, pero no importaba. Era uno de aquellos momentos en los que el tiempo perdía su significado.

El borde del bosque bajaba a lo lejos, formando una larga curva en aquel mar lleno de chispas. Fuera del bosque, la llanura cristalina que se extendía a lo lejos era de basalto negro, procedente de la erupción de algún volcán extinguido hace tiempo. ¿O no estaba extinguido? A Starke le pareció que la luz era más roja, más vital, como si se estuvieran acercando a su fuente de procedencia.

Miró más adelante; sobre la llanura, la luz parecía fundirse formando una cortina brillante que ondulaba al igual que los velos de calor danzan en la Zona Crepuscular

de Mercurio, al medio día. Por un breve instante, vislumbró una imagen al otro lado de la cortina, una ciudad, negra, brillante, con fantásticas torres, el gigantesco reflejo del sueño de un titán. Luego desapareció, y la amenaza inmediata que se encontraba en primer plano ocupó toda la atención de Starke.

Vio el rebaño, guardado por más sabuesos dorados. También vio al pastor, con un arpa silenciosa entre sus manos.

El rebaño se movía imperceptiblemente, era fosforescente.

Cien, doscientos guerreros, aparecieron flotando desde la rojiza oscuridad. Por parejas, de uno en uno, o bien en pálidos grupos. Los sabuesos dorados, con las alas extendidas y en silencio, se movían entre ellos a placer, dirigiéndolos en oleadas hacia la fantástica ciudad de ébano.

El pastor se puso en pie. Una fusta de obsidiana contrastaba con su pálido rostro de tiburón. Sus agudos ojos de aguamarina encontraron a Starke. Su mano plateada se dirigió hacia las cuerdas del arpa y dio un toque sobre ellas. La reverberación del toque se extendió, alcanzó a Starke y lo sacudió. Dejó caer su daga cristalina.

Ante sus ojos aparecieron pantallas de fuego, burbujas danzaron alrededor de sus oídos. Perdió el control muscular. Su oscura cabeza cayó sobre su pecho recubierto de vello. Sus ojos dorados pasaron a ser simplemente amarillos y su boca se abrió. Quiso luchar, pero no pudo. Aquel pastor era uno de los del pueblo del mar que había venido a ver, y de un modo o de otro lo vería.

Sangre oscura llenó sus ojos doloridos. Sintió que le empujaban, que le conducían, que forzaban su camino. Un sabueso dorado se deslizó a su lado y le presionó para que se incorporara a una corriente de aquel mar sangriento. Corrió hacia abajo, en donde se encontraba el pastor con un arpa como única arma.

Starke se preguntó, de forma confusa, si todos aquellos guerreros que se desplazaban formando aquel rebaño estaban muertos o vivos. Pero aún le esperaba otra sorpresa.

Todos eran hombres de Rann. Hombres de Falga. Hombres plateados con ardiente pelo verde. Hombres de Rann. Uno de ellos, un guerrero enorme con el color de la sal, erraba sin dirección fija de un lado a otro, dejándose arrastrar por las olas; sus ojos verdes no mostraban vida. Parecía muerto.

¿Qué negocio tenía el pueblo del mar con los guerreros muertos de Falga? ¿Qué significaban los sabuesos plateados y el arpa del pastor? Las preguntas se arremolinaron como si fueran limo levantado del fondo, en el cansado cerebro de Starke. Se arremolinaron y le dejaron atontado.

Starke se unió a la peregrinación.

Los sabuesos, dando hábiles revoloteos, le condujeron en medio del rebaño. Algunos cuerpos le rozaron. Cuerpos fríos. Tuvo ganas de gritar, pero las cuerdas vocales se contrajeron, aunque en su mente sí llegó a producirse aquel grito:

—¿Estáis vivos, hombres de Falga?

No hubo respuesta, solo el continuo movimiento de aquellos cuerpos pálidos

lentos de cicatrices. Sus ojos no sabían nada. Se habían olvidado de Falga. Habían olvidado a Rann, por quien tantas veces levantaron su espada. Sus lenguas balanceándose en la boca no pedían otra cosa sino poder dormir. Y lo estaban consiguiendo.

Un centenar, dos centenares, eran un extraño río humano que corría hacia la gigantesca muralla de la ciudad. Starke —o Conan— y sus crueles enemigos marchaban juntos. Con el rabillo del ojo, Starke vio como se movía el pastor. El pastor era como Rann y su pueblo, que, hacía ya mucho tiempo, habían abandonado el mar, para vivir en tierra firme. Sin embargo, el pastor parecía más frío, más semejante a un pez. Entre los dedos de sus manos había pequeñas membranas traslúcidas y más grandes entre los de los pies. Se podían ver unas pequeñas branquias, que parecían cicatrices, a la sombra de su barbilla córnea; se abrían y se cerraban en la corriente, tomando el alimento de aquel mar del color de la sangre.

El arpa habló y los sabuesos dorados obedecieron. El arpa habló y aquellos cuerpos se movieron inquietos como en una pesadilla. Una triple nota del arpa llamó la atención de Starke. Sus dedos se crisparon.

— ...y los muertos volverán a caminar...

Se produjo otro irónico acorde.

— ...y los hombres de Rann se levantarán de nuevo, pero esta vez contra ella...

Starke tuvo tiempo de sentir un ligero y breve escalofrío, antes de que la corriente le transportase hacia adelante. Un clamor de cuerpos muertos, sin piedad, moviéndose a su alrededor, los guerreros sin músculos de Falga, trataban de aplastarle, todos a la vez.

Hacía mucho tiempo, en un vasto mar, un titán había soñado con avenidas de piedra negra. Cada piedra tenía el tamaño de la altura de tres hombres. También había soñado con murallas tan altas que se perdían entre la niebla escarlata. También hubo otro sueño sobre jardines marinos en los cuales los peces colgaban como flores eróticas<sup>[7]</sup>, sobre tentáculos de tejido sensitivo. Bandadas de peces llenaban la base del jardín, como las colonias de flores crecen a la luz del sol. El jardín era muy variado, aquí, una especie de ameba, filtrada por el jugueteo jardinero, allí una flor ámbar; en otro lugar florecía una amatista...

Y el titán marino había soñado con edificios y balaustradas, torres sin ventanas en donde las criaturas se amontonaban como fantasmas con la piel recubierta de radio, que en sus manos alzadas llevaban mechones de cabellos verdes y, desde lo alto, miraban hacia abajo con curiosa insolencia. Mujeres con cuerpos brillantes, como algunos increíbles corales que habían sido recogidos y puestos sobre arcos, en lo alto de aquellas calles de piedra negra.

Starke esta solo. Los guerreros de Falga se habían ido siguiendo el viento que les conducía hacia un oscuro lugar subterráneo y se desvanecieron. Luego, con los sabuesos dorados a su espalda, las ligeras indicaciones del arpa y le condujeron hacia un pasadizo que desembocaba en una amplia habitación circular de piedra, uno de



cuyos extremos se abría a un gran salón. Alrededor del techo de ébano, pululaban bancos de peces. Su brillante fulgor iluminaba la habitación. Habían estado allí, reproduciéndose, comiendo y muriendo durante mil años dando luz a aquel lugar, y continuarían allí reproduciéndose y muriendo mil años más.

Los sonidos del arpa fueron muriendo hasta que sólo quedó de ellos un murmullo.

Starke se puso en pie. La fuerza volvió a él. Podía ver bien al hombre en el centro de la habitación. Demasiado bien.

El hombre se mecía en medio de la marea de fuego. Sus tobillos descamados estaban atados con cadenas de bronce forjado para que no pudiera escapar. Su cuerpo lo pedía. Y flotaba.

Hacía mucho tiempo que había muerto. Debido a la descomposición se había convertido en algo casi gaseoso que quería elevarse a la superficie del Mar Rojo. Las cadenas lo impedían. Sus brazos ondeaban como si fueran echarpes blanquecinos que a veces ocultaban rostro, también blanco. Su pelo negro oscilaba sobre su cabeza.

Era uno de los hombres de Faolan. Uno de los guerreros que habían ido a Falga a siguiendo a Conan.

Se llamaba Geil.

Starke le recordaba. Lo que había en él de Conan recordaba aquel nombre.

Los labios muertos se movieron.

—Conan. Qué agradable sorpresa. Conan. Te doy la bienvenida.

Las palabras eran crueles, los labios colgaban flácidos alrededor de la boca. A Starke le parecía que el odio y la ira amarga yacían dentro de las cuencas de aquellos ojos vacíos. Aquellos labios volvieron a hablar.

—Fui a Falga para ti y Faolan, Conan. ¿Recuerdas?

Parte de Starke lo recordaba y se retorció, presa de la agonía.

—Estamos todos aquí, Conan. Todos los nuestros. Clev y Manut y Bron y Aesur. ¿Recuerdas a Aesur que doblaba los metales sobre su espalda? Aesur está aquí, grande como un monstruo marino, esperando en un nicho. Frío y preparado, como un muelle. Los pastores del mar nos recogieron. Nos recogieron con un cierto propósito irónico. ¡Mira!

El dedo sin hueso se extendió en una dirección, como arrastrado por el viento, señalando.

Starke se dio la vuelta lentamente y su corazón comenzó a latir con fuerza, recordando un desigual redoble de un tambor roto. Su mandíbula se extendió rígida y su visión empezó a ser borrosa. La parte de él, que pertenecía a Conan, dio un grito. Conan tenía tanto de él y él tanto de Conan, que era imposible la separación. Habían crecido juntos, como una perla que se va formando capa tras capa y su sustrato. Starke gritó.

En el Salón que se encontraba debajo de aquella habitación circular había más de mil hombres.

En filas de cincuenta en fondo, hombro con hombro, los hombres de Crom Dhu

miraban, sin verlo, a Starke. Aquí y allá, un rostro se le hacía vagamente familiar. A su memoria acudían los antiguos nombres.

—¡Bron! ¡Cley! ¡Aesur!

Los fluidos propios de la descomposición de sus cuerpos se elevaban entre ellos, llegando por encima de los banderines. Todos ellos estaban encadenados, como Geil.



—Hemos hecho un pacto con los hombres de Falga —susurró Geil.

Starke se echó hacia atrás.

—¡Falga!

—En la muerte, todos los hombres son iguales —Le costó bastante tiempo decirlo. No tenía prisa. Los cuerpos muertos bajo el mar nunca tienen prisa, solucionan sus problemas y emplean su tiempo como quieren—. Los muertos sirven a aquellos que les dan una apariencia de vida. Mañana nos lanzaremos contra Crom Dhu.

—¡Estáis locos! Crom Dhu es vuestra patria. Es la patria de Beudag y Faolan.

—Y... —Le interrumpió, sin apresurarse, el cadáver flotante— de Conan, ¿eh? —se echó a reír y un remolino de burbujas cristalinas se elevó desde su boca muerta—. Especialmente de Conan. Conan que nos hundió en Falga...

Starke se movió con rapidez. Nadie podía detenerle. En un instante tuvo en su poder la espada corta que colgaba del cadáver. El pecho de Geil sirvió de funda, fría y silenciosa, para la espada. La hoja traspasó el cuerpo como un tenedor atraviesa la

mantequilla.

Fríamente, sin inmutarse, la voz de Geil volvió a hablar:

—Acuchíllame, despedázame. No me puedes matar otra vez. Hazme trozos, juega a ser carnicero. ¡Un costado, una mano, el corazón! Y mientras lo haces te explicaré nuestro plan.

Gruñendo, Starke volvió a esgrimir la espada. Con ciega violencia le dio a aquel cuerpo estocada tras estocada, mientras maldecía amargamente. El cadáver recibía cada golpe manchando un poco más de rojo aquel mar y mientras hablaba tras golpe, mientras el cuerpo atacado recibía inmutable los golpes, diciendo al mismo tiempo como la cosa más natural:

—Saldremos del mar para dirigirnos a Crom Dhu. Romna y los otros mirarán, nos reconocerán y nos abrirán las puertas de la ciudad de par en par, para darnos la bienvenida. ¡Piensa en la alegría, Conan! En el momento en que Bron y Manut y Aesur y yo y ¡tú mismo!, sí, tú mismo, Conan, volvamos a Crom Dhu.

Starke se imaginó vívidamente los que le decían, lo vio como en un tapiz tejido para él. Se echó hacia atrás, buscando aire para respirar. Algo le ahogaba. Veía lo que su espada había causado en el cuerpo de Geil. Y veía las grandes puertas de piedra de Crom Dhu abiertas. Pensó en la felicidad, en la emoción de Faolan y Romna, al ver a sus antiguos amigos que volvían. Viejos compañeros de remo a los que se creía muertos, otra vez vivos ¡Otra vez vivos dispuestos para ayudar! ¡Menuda perspectiva!

Con toda premeditación, Starke golpeó con fuerza a través de su enemigo.

La cabeza de Geil separada del su cuerpo flácido, comenzó a flotar, como si estuviera infinitamente cansada, hacia el techo. Mientras ascendía, tan pronto miraba el rostro a Starke como le mostraba la nuca, continuó su discurso de pesadilla.

—Y entonces, una vez dentro de las puertas de la ciudad, ¿qué ocurrirá, Conan? ¿Te lo imaginas? ¿Puedes imaginarte lo que haremos, Conan?

Starke miró a la nada, con la espada temblando en su mano. Desde lejos, volvió a oír la voz de Geil:

—...Mataremos a Faolan en su habitación. Morirá con la sorpresa dibujada en los labios. El arpa de Romna terminará enterrada en su vientre abierto en canal. Los últimos latidos de su corazón pulsarán las cuerdas que darán las últimas notas. En cuanto a Beudag...

Starke intentó alejar sus pensamientos de aquello, sin conseguirlo. El cuerpo de Geil ya no era algo que mereciera la pena mirar, pues lo había destrozado todo lo que había podido. El rostro de Starke parecía pintado de blanco. Aún pudo contestarle a aquel cráneo enloquecido.

—¡Mataréis a vuestro propio pueblo!

La cabeza de Geil descansaba como si estuviese suspendida del techo; un pez luminoso la alumbraba otorgándole un aire fantasmal a sus facciones y, al verlo, Starke no pudo reprimir un gesto de ansiedad y disgusto, mientras la cabeza decía:

—¿Nuestro pueblo? Pero si no tenemos pueblo. Ahora somos otra raza. La raza de los muertos. Cumplimos las órdenes de los pastores del mar.

Starke miró al salón y luego al muro circular.

—De acuerdo —dijo, sin inflexión en su voz—. Ven. Donde quiera que estés escondido hablando con un dispositivo de voz, sal. Ven aquí y habla claro.

Como respuesta, una parte de las piedras negras que recubrían el muro cayó en silencio. Starke vio una mesa larga y delgada de mármol negro. Seis figuras estaban sentadas tras ella en oscuros tronos artísticamente trabajados.

Todos eran hombres, desnudos excepto por unas vestiduras, con consistencia de velos, alrededor de su cintura. Miraron a Starke, sin manifestar ni odio ni curiosidad. Uno de ellos llevaba en sus brazos un arpa. Era el pastor que había hecho pasar a Starke a través de la puerta. Con aire divertido tocaba el arpa con sus dedos membranosos, obteniendo un sonido claro de una de las doscientas cuerdas del instrumento.

El pastor detuvo el impulso que Starke se había dado para dirigirse hacia ellos ¡con el sonido del arpa!

La espada que tenía en sus manos se puso al rojo vivo; la dejó caer.

El pastor del mar era el que había hablado a través de la cabeza. Starke asintió lentamente, pasándose la mano por la mejilla:

—¿Y luego?

La respuesta fue:

—Después los guerreros muertos marcharán hasta Falga. Allí el pueblo de Rann viendo a los guerreros será feliz, se pondrá histérico al descubrir que sus parientes y amigos han vuelto. Levantarán las defensas de Falga y la muerte se introducirá en su interior, disfrazada de resurrección.

Starke asintió lentamente, pasándose una mano por la mejilla:

—A esto en la Tierra le llamamos psicología. Buena psicología. ¿Pero conseguiréis engañar a Rann?

—Rann estará con los barcos en Crom Dhu. Mientras ella no esté, la población inocente dejará entrar alegremente a sus guerreros perdidos, con el mayor júbilo.

El pastor del mar tenía unos divertidos ojos verdes. Parecía un joven de diecisiete años, Engañosamente joven; si Starke no se equivocaba, el joven tenía casi dos siglos de edad. Así es como se vive, y el aspecto que se tiene cuando se está en el fondo del Mar Rojo. Había algo en sus emanaciones que conservaba parte de la juventud.

Starke entornó sus ojos de halcón ojos y dijo pensativamente:

— Tenéis todas las bazas. Ganaréis la partida. ¿Pero qué significa Crom Dhu para vosotros? ¿Por qué no os Emitáis a atacar, a Rann? Ella es una de los vuestros, sin embargo la odiáis más que a los Piratas. Sus antepasados abandonaron el mar para vivir en la tierra firme y nunca habéis dejado de odiarlos por esto.

El pastor se encogió de hombros:

—Realmente sentimos poco odio por Crom Dhu. Salvo que son por naturaleza

gentes de tierra, aunque naveguen en barcos y les guste saquear. Quizá un día les gustaría probar suerte en esta ciudad sumergida.

Starke extendió la mano:

—Nosotros también estamos luchando contra Rann. ¡No olvidéis que estamos de vuestra parte!

—Pero nosotros no estamos del lado de nadie —contestó el joven de pelo verde—, excepto del nuestro. Bienvenido al ejército que atacará Crom Dhu.

—¡Yo! ¡Por los dioses! ¡Antes muerto!

Con aire divertido, el joven dijo:

—Exactamente eso es lo que pretendemos. Hemos trabajado muchos años para perfeccionar nuestro plan. Nosotros no valemos mucho en tierra. Necesitábamos cuerpos que pudieran hacer nuestro trabajo. Así que, cada vez que Faolan perdía un barco, o lo perdía Rann, nosotros nos manteníamos a la espera con nuestros sabuesos dorados. Recogiendo, salvando, esperando hasta tener suficientes guerreros de cada bando. Ellos lucharán por nosotros, aunque no por mucho tiempo. La fuente de energía les dará una apariencia de vida. Una momentánea destreza eléctrica para caminar y combatir, pero una vez fuera del agua<sup>[8]</sup>, no durarán más de media hora, aunque será tiempo suficiente para conseguir que las puertas de Crom Dhu y Falga se nos abran.

Starke dijo:

—Rann encontrará algún medio de zafarse de vosotros. Id, primero contra ella y atacad Crom Dhu al día siguiente.

El joven consideró la proposición y dijo:

—Estás intentando influir en mí, si bien reconozco que tu proposición tiene sentido. Rann es más importante. De modo que primero caeremos sobre Falga y de esa manera tendrás un poco más de tiempo para tener falsas esperanzas.

Starke comenzó a sentirse mal nuevamente. La habitación le producía vértigo.

Suavemente, con toda delicadeza, Rann apareció de nuevo en su mente. Sintió como se deslizaba en su interior, como el leve roce de un helecho marino ondeando impulsado por las olas.

Intentó cerrar su mente pero no pudo evitar que el retazo de una imagen mental alcanzara su conciencia. Sus ojos de aguamarina reflejaban deseo, la imagen le preguntó.

—Hugh Starke, ¿estás de parte del pueblo del mar?

Su voz era suave. El sacudió la cabeza.

—Dime, Hugh Starke, ¿por qué estás intrigando contra Falga?

El no dijo nada. No pensó en nada y cerró los ojos.

Las uñas de Rann resplandecieron mientras le arañaba la mente.

—¡Dímelo!

Rann reía de forma desagradable, inclinándose más y más, hasta que su cuerpo brillante llenó todo el oscuro horizonte del cerebro de Starke.

—De acuerdo. Yo te di el cuerpo de Conan. Ahora te lo quitaré.

Le golpeó en su interior con una combinación del juego de sus ojos, del movimiento de sus labios y mostrando sus afilados dientes:

—¡Vuelve a tu antiguo cuerpo! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo, Hugh Starke! —dijo con una voz silbante— : ¡Vuelve! ¡Deja a Conan en su imbecilidad! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

El miedo se apoderó de él. Cayó de bruces temblando y sufriendo movimientos espasmódicos. Se podía luchar contra un hombre con una espada, pero ¿cómo se podía luchar contra alguien que se apoderaba del cerebro de uno? Comenzó a dar suspiros entrecortados, absorbiendo aire por los labios. Estaba chillando pero no se oía a sí mismo. La voz de la mujer parecía llegarle desde un universo exterior rojo, destruyéndole.

—¡Hugh Starke! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

¡Su antiguo cuerpo estaba muerto!

Y ella le estaba enviando de vuelta a él.

A través de aquella niebla roja, parte de su yo perdió el conocimiento, parte de su mente perdió el conocimiento.

Yacía en una meseta montañosa dominando el puerto de Falga, desde donde se encontraba no habría mucho trecho hasta Falga.

Una niebla rojiza serpenteaba a su alrededor. Los pájaros de la llama volaban fantasmalmente sobre sus ojos ciegos. Estaba en su antiguo cuerpo.

El olor a putrefacción golpeaba su olfato. La carne colgaba y se deslizaba grasienta sobre su esqueleto. Se sentía otra vez pequeño y feo. Los pájaros de la llama le mordisqueaban y le picaban entre las costillas. El dolor le envolvía por todas partes. El frío, la obscuridad, la nada, colmaban su ser. Estaba de nuevo en su antiguo cuerpo. Para siempre.

No quería esto.

La meseta y la niebla roja desaparecieron. Los pájaros de la llama también.

Yacía de nuevo sobre el suelo de los pastores del mar, luchando.

— Esto no es más que el comienzo — le dijo Rann —. La próxima vez te abandonaré en este cuerpo y en esa meseta. Y ahora, ¿me dirás cuáles son los planes del pueblo del mar? Continuarás viviendo en el cuerpo de Conan y será tuyo si me lo dices —Sonrió satisfecha—. Supongo que no quieres morir.

Starke intentó razonar lo mejor posible, pero todas las alternativas que consideraba le parecían erróneas. Con un suspiro dijo:

—Si te lo digo, matarás a Beudag.

—Su vida a cambio de lo que sabes, Hugh Starke.

Aquella respuesta de Rann fue demasiado rápida. Sonaba a traición y Starke no la creyó. Prefería morir. Esto lo resolvería todo y al menos Rann moriría también,

cuando el pueblo del mar desarrollase su estrategia. ¡Maldita sea! al menos la venganza merecería la pena.

Tosió y luego se echó a reír, levantando su débil cabeza y mirando al sorprendido pastor del mar. Su pequeño diálogo con Rann no había requerido más de diez segundos, pero le había parecido un siglo. El pastor del mar dio un paso adelante.

Starke intentó ponerse de pie.

—Tengo que hacerte una proposición; a ti, el del arpa. Rann está dentro de mí. Ahora. Si no me garantizas la seguridad de Crom Dhu y Beudag, le contaré algunas cosas sobre vuestros planes.

El pastor del mar esgrimió un cuchillo.

Starke sacudió la cabeza fríamente.

—Aparta eso de mí. Aunque consiguieras hundirlo en mi pecho no evitarías que le contara toda vuestra maldita estrategia a Rann.

El pastor bajó la mano. No era tonto.

Rann apareció nuevamente desgarrando el cerebro de Starke.

—¡Dímelo! ¡Dime sus planes!

Se sintió como un chico en una puerta giratoria. Starke se dio cuenta que estaba en el foco de la atención de los hombres del mar, se dio cuenta que aquellos hombres tenían miedo, que dudaban y estaban nerviosos.

—Moriré dentro de mi minuto — dijo Starke —. Prométeme la seguridad de Crom Dhu y moriré sin decirle nada a Rann.

El pastor del mar dudó, pero al fin levantó la palma hacia arriba y dijo:

—Lo prometo. No tocaremos a Crom Dhu.

Starke suspiró. Dejó caer la cabeza hacia delante hasta que golpeó el suelo. Luego se dio la vuelta y puso las manos sobre sus ojos.

—Hemos hecho un trato. Haced en mi nombre que Rann se sienta como en el infierno, ¿de acuerdo muchachos? Como en el infierno.

Mientras su mente se hundía en la más profunda obscuridad, vio cómo Rann le esperaba y débilmente le dijo:

—De acuerdo duquesa. Me hubieras matado aunque te hubiera dicho los planes del pueblo del mar. Estoy preparado. Emplea tus habilidades diabólicas para arrojarme a mi cuerpo en putrefacción. Lucharé contra ti todo el tiempo que me quede.

Rann gritó. Era un bonito grito de frustración. Luego empezaron los dolores. Durante el minuto que siguió, trabajó intensamente sobre su mente.

La parte de él que era Conan se aferraba con fuerza a su precioso cuerpo.

Volvió el olor a carne podrida, volvió la niebla sanguinolenta, volvieron los pájaros de la llama, cayeron sobre él formando espirales de chispas y humo abrasador, para aventar sus desnudas costillas.

Starke pronunció una última palabra, antes de que las tinieblas cayesen sobre él.

—Beudag.

No esperaba volver a despertar de nuevo.

\*\*\*

Sin embargo, volvió a despertar nuevamente.

Había un mar rojo a su alrededor. Yacía en una especie de lecho de piedra y el joven pastor del pueblo del mar estaba sentado a su lado mirándole y sonriendo delicadamente.

Starke no se atrevió a moverse durante un momento. Tenía miedo a que su cabeza se desplomase al hacer el menor movimiento y comenzara a girar como si fuera un gran pez, usando las orejas como aletas que la propulsaran.

—¡Oh, Señor! —dijo al girar un poco la cabeza.

La criatura del mar se removió:

—Venciste. Luchaste contra Rann y venciste.

Starke explicó con un gruñido:

—Me siento como algo que hubiera pasado por los intestinos de un gato salvaje. Ella se ha ido. Rann se ha ido —Rio—, Pero esto me entristece. Alguien me está aclamando. Rann se ha ido —sintió los fuertes músculos de su gran cuerpo atlético—. Rann quería engañarme, volverme loco. Sabía que no podía llevarme de nuevo a mi antiguo cuerpo, pero ella no quería que lo supiera. Ha sido todo como la pesadilla de un niño antes de nacer. O quizá tú no tengas los recuerdos que tengo yo —abrió los brazos de par en par como si se desperezara—. Esa mujer nunca volverá a tener mi cerebro en sus manos. He cerrado la puerta y me he tragado la llave —sus ojos se dilataron—. ¿Cómo te llamas?

—Linnl —dijo el hombre del arpa—. ¿No le contaste a Rann nuestra estrategia?

—¿Tú qué te crees?

Linnl sonrió sinceramente:

—Creo que me gustas, hombre de Crom Dhu. Creo que me gusta el odio que sientes por Rann y que me gusta la manera que has tenido de arreglártelas con este asunto tan difícil, queriendo matar a Rann y salvar a Crom Dhu, y estar tan decidido a morir para que se cumplan ambos deseos.

—Eso es mucho pensar ¿y qué hay de la promesa que me hicisteis?

—Se respetará.

Starke le dio la mano.

—Linnl, eres una persona cabal. Si alguna vez consigo volver a la Tierra, gracias a tu ayuda, nunca volveré a ser el cebo y que un pescador me arroje al mar sujeto a un anzuelo.

Había algo de histeria en este comentario. Satisfacción. Te golpean durante días, la gente hurga en tu cerebro como si fuera el mostrador de una tienda de saldos,



arañando en sus circunvoluciones; la mujer que amabas estaba muriéndose de hambre atada a un mascarón de proa de un barco y, para colmo, una señora con ojos verdes te había amenazado con que tu mente volviera a tu antiguo cuerpo destrozado por el accidente. Al menos ahora tenía un aliado.

No podía creerlo

Se echó a reír de un modo entrecortado y cerró los ojos.

—¿Dejarás que yo me las entienda con Rann a su debido tiempo?

Sus dedos se levantaron ansiosos y se cerraron sobre una figura imaginaria de Rann apretándola ahogándola.

Linnl dijo:

—Es tuya. Me gustaría tener el placer de hacerlo yo mismo, pero tú tienes más motivos para tomarte la venganza. Vámonos. Salimos ahora. Has estado dormido durante todo un período.

Starke se movió cautelosamente. Tenía miedo de romperse una pierna, sentía que si alguien le tocaba su cuerpo se podría desintegrar.

Optó por dejarse arrastrar, por lo que la marea hizo todo el trabajo. Después nadó cuidadosamente tras Linnl a través de tres pasadizos, cruzándose de vez en cuando con habitantes plateados de la ciudad que se deslizaban su lado.

Finalmente llegaron debajo de un vasto salón cuadrado. Flotando, aunque sujetos por las piernas con cadenas, los guerreros de Falga miraron con pálidos ojos a Starke y Linnl. De vez en cuando, las descargas de los peces luminosos al pasar por los intersticios de las paredes hacían pasar ondas de luz entre los guerreros. Los peces luminosos mariposearon brevemente y luego formaron una larga cuerda luminosa que formaba nudos de luz alrededor de los rostros muertos y que rápidamente los desató. Luego los peces luminosos extinguieron su luz, por lo que el mar volvió a tener su color rojo.

*Como si estuviera bañado en vino*, pensó Starke sin encontrarle ninguna nota humorística a la situación. Se inclinó hacia adelante y dijo:

—¡Hombres de Falga!

Linnl pulsó repetidas veces el arpa.

—¡Atended! —Un sordo murmullo salió de los labios de los mil cuerpos muertos —. ¡Vamos a saquear la ciudadela de Rann!

— ¡Rann! —Se oyó el sordo trueno de aquellas voces.

Tras un sonido del arpa, aparecieron los sabuesos dorados. Ellos tocaron las cadenas y los hombres de Falga, liberados por aquellos toques, danzaron en medio de aquella sustancia roja.



A través de una entrada que actuaba como una válvula, se produjo un efecto sifón, que hizo que los hombres fueran arrastrados hacia una gran galería volcánica. Starke fue junto a ellos. Miró hacia abajo, hacia un negro barranco en cuyo fondo flameaba un cráter volcánico.

Era la Fuente de la Vida del Mar Rojo. Aquí había comenzado hacía mil años. Aquí los salvajes ciclones de chispas y fuego desprendían energía, haciendo temblar las titánicas murallas negras de aquel jardín, formando corrientes y torbellinos que amenazaban atraerte hacia el interior y luego lanzarte violentamente hasta la superficie. La energía se desparramaba siguiendo determinadas líneas de fuerza, para ser arrojada a través de los capilares de aquella niebla encendida y formar cascadas de color que amenazaban con quemarte, pero solo te regocijaban y ¡te proporcionaban una agitada resurrección!

Afianzó sus pies y luchó para evitar la succión. Un increíble rayo de fuego surgió del barranco, pudo oírse un sonido mezcla de crujido y rugido.

Los hombres de Falga no lucharon contra la succión.

Avanzaban como antes, en silencio y quedaban suspendidos sobre la incandescencia.

La vitalidad de la Fuente se extendió hasta ellos. Parecía que primero tocase los dedos de los pies cubiertos con sandalias, y luego mediante un proceso de brillante ósmosis, iba alcanzando los miembros, la espalda y los órganos vitales dibujando su estructura, igual que el mercurio da la configuración del termómetro cuando aumenta la temperatura. Los huesos tomaban un brillo extraordinario como de marfil pulido, a través de la carne que de momento no era más gruesa que una película. Las costillas de un millar de hombres se extendían como las patas de arañas plateadas, contrayéndose y luego expandiéndose, las espinas dorsales se erguían y los hombros se aplanaban echándose hacia atrás. Sus ojos, lo último en ser alcanzado por el fuego, ahora estaban en ignición y refulgían como velas ante sepulcros. Las barbillas se irguieron; al terminar, la parte exterior de su piel había adquirido un brillo plateado.

Los resucitados, nadando a través de aquella tormenta de energía, como fragmentos de una pesadilla, iban saliendo, ya totalmente fríos, hasta alcanzar el lado más lejano del barranco, recordando el metal fundido que brotaba de un alto horno. Cuando se rozaban el uno con el otro, saltaban chispas purpúreas que iban de una cabeza a otra cabeza y de una mano a otra.

Linnl tocó el brazo de Starke:

—Ahora te toca a ti.

—No, gracias.

—¿Tienes miedo? —rio el pastor del arpa—. Estás cansado. Esto te dará nueva vida. Ahora te toca a ti.

Starke dudó sólo un momento. Luego dejó que la fuerza de la corriente le arrastrara. Tenía miedo. Maldito miedo. Una lengua de fuego le alcanzó mientras se acercaba al centro del barranco y de pronto se vio envuelto en capas de éxtasis.

Beudag le abrazaba con fuerza. Era su pelo rojizo el que le consumía, le rodeaba y le imprimía su marca. Era su calor el que llenaba su cuerpo, su pecho, su cabeza. Alguién lanzó en alguna parte un grito de goce animal de pasión incontenible. Alguién danzó, le apartó las manos e hizo que aquel calor, más fuerte que el del sol, calara más profundamente en su enorme cuerpo. Alguien sintió que el cansancio y la vejez abandonaban su cuerpo, siendo sustituidos por un nuevo sentimiento de calor y fuerza.

Ese alguien era Starke.

Esperando al otro lado del barranco, estaban los mil hombres de Falga. Aquello sonaba como mil arpas que comenzaran a tocar en aquel momento. Cuando Starke llegó al otro lado del barranco, las arpas comenzaron a marchar y los guerreros marcharon con ellas. Todavía estaban muertos, pero nadie lo hubiera dicho. No había espíritu en el interior de aquellos cuerpos que estaban movidos desde el exterior. Pero nadie lo notaría.

Dejaron atrás la ciudad. En filas ardientes, los soldados que iban a luchar eran conducidos por los sabuesos dorados y por las arpas lejanas hacia un lugar donde una enorme corriente interna los arrastraría.

Ellos también se introdujeron en aquella corriente para realizar un descansado viaje. Linnl iba a su lado sin dejar de tañer el arpa, y Starke se sintió succionado, pasando por las profundidades en donde yacían extraños monstruos que le miraban con ojos hambrientos. Pero el arpa les hacía retroceder.

Starke miró a los hombres.

—No saben lo que están haciendo —pensó—. Vuelven a su casa para matar a sus padres y a sus hijos y para incendiar Falga, y no lo saben. Sus rostros, de medio vivos, medio muertos, se agitaban pero miraban siempre hacia delante, como si pudieran ver la ciudadela de Rann.

Rann. Starke dejó que, en su interior, el odio hirviera a fuego lento. Luego dejó que se enfriara. Cuando estuvo totalmente enfriado, pensó que Rann no le había molestado desde hacía varias horas. ¿Era posible que leyera su pensamiento en medio de aquella pesadilla? ¿Conocía el plan que se iba a desarrollar contra Falga? ¿Era esa la causa de su silencio actual?

Sutilmente envió su pensamiento.

—Rann. Rann. La única respuesta fue el movimiento de los cuerpos plateados entre las ardientes profundidades.

Poco antes del amanecer llegaron a la superficie del mar.

\*\*\*

Falga dormía silenciosamente entre la niebla manchada de rojo. Las calles de los

esclavos estaban vacías y cubiertas de rocío. En lo alto, las primeras luces del día bañaban los jardines de Rann y hacían brillar toda la ciudadela.

Linnl continuaba, en un lugar poco profundo, al lado de Starke. Ambos sonreían cruelmente. Habían esperado aquel momento durante mucho tiempo.

Linnl asintió y dijo:

—Hoy es el día del carnaval. Frutos, vino y amor serán ofrecidos a los soldados de Rann a su vuelta de la guerra. En las calles, las jóvenes bailarán para ellos.

Lejos, hacia la derecha, se elevaba una montaña. En la cima chata — Starke miró hacia allí intencionadamente — descansaba el cuerpo de un hombre pequeño y flaco, de un terrestre. Los pájaros de la llama se arremolinaban sobre él. Subiría a la montaña más tarde, cuando todo hubiera terminado y tuviera tiempo.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Linnl.

La voz de Starke tenía un tono de respeto:

—A alguien a quien yo conocía muy bien.

Formaron en los muelles de piedra, apresurándose con sus sandalias raídas por el tiempo, los hombres se mantenían en pie con sus cuerpos limpios y brillantes. Starke andaba de un lado a otro, como un animal enjaulado, sin salirse del centro del grupo, para que su cuerpo moreno pasase inadvertido.

Les vieron.

Los guardias del arrecife, miraron hacia abajo desde las troneras, por encima de las sucias moradas de los esclavos, y lanzaron un grito. Las manos se agitaron en saludos, semejando blanca escarcha a la luz de la aurora; otros guardias fueron descendiendo desde las rampas y galerías, uniéndose unos grupos a otros y saliendo a recibirlos.

Linnl, desde el mar, en el muelle, sugirió un tema con el arpa y otras arpas continuaron el tema. Una música escalofriante que salía del agua<sup>[9]</sup> con gentil firmeza, puso a aquellos pies muertos en marcha, pasando a través de los muelles, por los estrechos callejones de los esclavos, al encuentro de los guardias.

Los esclavos les miraban sin interés desde sus moradas sofocantes. El paso de los guerreros no era nuevo para ellos, no tenía ningún interés.

Aquellos guerreros no llevaban armas, esto a Starke no le gustaba mucho. Hubiera preferido que al menos llevaran un trozo de cadena, pero aquellas manos vacías no le gustaban. Le dolían los dientes a causa de haber tenido mucho las mandíbulas apretadas y los músculos de sus brazos parecían tener fiebre y los notaba nerviosos.

En el límite del barrio de los esclavos, en la base del acantilado, se encontraron con los guardias. Salieron apresuradamente de las galerías con las espadas desenvainadas, para interceptar lo que en principio tomaron como el enemigo.

De pronto los guardias se detuvieron totalmente confusos.

Una risita se escapó de los labios de Starke. Era un sueño, con la niebla introduciéndose por todas partes. La guardia no era real, tampoco eran reales aquellos

muertos que caminaban a su alrededor ¿quién lo podía creer? Se sentía solo, allí era el único que estaba vivo, no como los cadáveres que caminaban a su alrededor.

El capitán de la guardia se les acercó cautelosamente, con sus verdes ojos llenos de sospecha. Pero pronto esta sospecha se desvaneció y su rostro se iluminó. Había permanecido desesperado, yaciendo en su lecho de pieles durante meses, pensando en su hijo muerto en la defensa de Falga.

Ahora su hijo estaba ante él y vivo.

El capitán olvidó que era el capitán. Lo olvidó todo. Sus sandalias resbalaron sobre las piedras. Se podía oír el aire entrando y saliendo de sus pulmones, sin dejar paso a una plegaria olvidada.

—¡Hijo mío! ¡En el nombre de Rann! Dijeron que te habían matado los hombres de Faolan hace cien oscuridades<sup>[10]</sup>. ¡Hijo mío!

Desde algún lugar llegaba el sonido de un arpa.

El hijo se adelantó sonriendo.

Se abrazaron, pero el hijo no decía nada. No podía hablar.

Esta fue la señal para los otros y toda la guardia conmovida y sorprendida, dejó a un lado las espadas y ¡fue a buscar a viejos amigos, hermanos, padres, tíos, hijos!

Se dirigieron hacia las galerías, los guardias y los guerreros que habían vuelto; Starke caminaba en el centro. Subieron por los arrecifes ascendiendo pasadizo tras pasadizo, hablando todos al mismo tiempo. Al menos así parecía. Quienes hablaban eran los guardias, pues ninguno de los guerreros muertos respondía. Solo parecía que respondían. Starke oía una música fuerte y clara que llegaba de todas partes.

Llegaron a los jardines verdes en la cima de los arrecifes. A aquella hora, toda la ciudad se había despertado. Las mujeres llegaban corriendo con los pechos desnudos, sollozando y arrojándose entre las filas de sus amantes. Las flores llovían sobre ellos.

—Así es la guerra —se dijo Starke, intranquilo.

Se detuvieron en el centro de los grandes jardines. Toda la gente se movía felizmente, sin haberse dado todavía cuenta del extraño silencio de sus hombres. Estaban demasiado felices para apercebirse de ello.

—Ahora —se dijo Starke a sí mismo—. ¡Ahora es el momento! ¡Ahora!

Como si fuese una respuesta, un sonido agudo procedente de las arpas, sonó como si llegase del cielo.

La multitud no cesó de reír hasta que los guerreros recién llegados de Falga se abalanzaron sobre ellos con las manos alzadas e intentando agarrarlos...

El griterío en las calles fue como el silbido de una sirena. El metal producía un cruel sonido cuando se enfundaba en la carne, para quedarse allí. Una viciosa pantomima concluyó en medio de la humedad de los verdes jardines.

Starke observó la ciudadela vacía de Rann. Penachos de niebla se introducían arcadas y caía una lluvia fina. Fue como si un chubasco de sangre azotara los jardines, de forma que no se podía separar la lluvia de la sangre.

Los guerreros que habían vuelto a la vida se habían apoderado de las espadas.

Primero mataban a quienes, en aquella celebración, tenían más cerca, y luego se apropiaban de las espadas de las víctimas. Era muy sencillo y muy desagradable.

Los esclavos se unieron a la batalla. Llegaron en enjambres desde su barrio, apoderándose de las dagas y espadas cortas de los caídos rodearon los jardines, cayendo sobre los brillantes soldados de Rann que habían conseguido escapar hasta ese momento de la muerte a manos de los silenciosos pero mortales hombres—vivos—pero muertos.

El padre muerto, mataba al sorprendido hijo vivo. El hermano muerto agarrotaba entre sus manos al hermano vivo, que no llegaba a creérselo. Un auténtico carnaval en Falga.

Un anciano esperaba a solas. Starke le vio. El anciano tenía un arma pero no quiso utilizarla. Un joven guerrero de Falga, controlado por el arpa de Linnl, subió silenciosamente hasta donde se encontraba el hombre. El anciano gritó: —¡Hijo mío! ¿Qué es esto? —Bajó la espada para hablar con su hijo.

El hijo le acuchilló con silenciosa eficiencia, y sin mirar hacia atrás para ver el cuerpo de su padre, siguió hacia adelante para encontrar otra víctima.

Starke miró hacia otro lado, enfermo y con escalofríos.

Un millar de escenas como aquella estaban terminando por entonces.

Incendió las tapicerías de seda negra de araña. Las llamas susurraron y hablaron mientras consumían los tapices. Las piedras repetían el eco de sus pies mientras la buscaba de habitación en habitación. Rann se había ido probablemente la noche anterior. Eso significaba que Crom Dhu estaba a punto de caer. ¿Habría muerto Faolan? ¿Habría visto el pueblo de Crom Dhu el sufrimiento de Beudag? El puerto de Falga estaba totalmente vacío, a excepción de unas cuantas pequeñas embarcaciones pesqueras.

La niebla le esperaba cuando volvió al jardín y la lluvia azotó su rostro. La ciudadela de Rann estaba ardiendo por todas partes y, mientras la miraba, la negra humareda la envolvió por completo.

El silencio cayó sobre el jardín. La lucha había terminado.

Los hombres de Falga, todavía brillando con la Fuente de Vida, sostenían las espadas entre los dedos sin comprender lo que hacían, la luz comenzaba a abandonar sus verdes ojos y su piel parecía sucia y mate.

Starke no se demoró en bajar por las galerías, atravesar el barrio de los esclavos y llegar a los muelles.

Linnl le estaba esperando acariciando el arpa, siempre obediente.

—Todo ha terminado. Los esclavos terminarán con lo que queda. Serán nuestros aliados, puesto que los hemos liberado.

Starke no oía. Mantenía la vista, sin ver nítidamente, sobre el horizonte, por encima del Mar Rojo.

Linnl comprendió su ansiedad, dio dos acordes con el arpa, que en la mente de Starke fueron como dos palabras.

—¡Crom Dhu!

—Si no llegamos demasiado tarde —y al mismo tiempo Starke se inclinó hacia delante—. Si Faolan vive todavía. Y si Beudag está todavía atada al mascarón de proa.

Como un ciego, caminó hacia adelante y se hundió en el mar.

No era en absoluto un millón de millas lo que había desde allí a Crom Dhu. Pero parecía que estaba así de lejos. Un golpe de la corriente les recogió de la costa de Falga, y les condujo rápidamente a través de profundidades y extrañas latitudes y de grandes bosques cristalinos. Maldijo cada milla del camino.

Maldijo el tiempo que tuvieron que parar en la ciudad de los Titanes, para reunir hombres de refresco. Para reunirse con Clev y Mannt y Aesur y Bruce. Con impaciencia contempló todo el drama de los cadáveres frente a la Fuente de la Vida. En esta ocasión, eran los cadáveres de los hombres de Crom Dhu, colgados como bestias en asadores que giraban lentamente. Sus miembros y órganos vitales empapándose de aquella radiación, sus pieles tomando el color de bronce, sus ojos semejantes a chispas arrancadas de un pedernal. Y las arpas sonando a su alrededor, mientras los vestidos movían a los hombres, en vez de los hombres a los vestidos.

Ahora, en aquella basílica recorrida por las corrientes, Starke, se giró. ¡Oscilando detrás de Starke estaban los nuevos cuerpos de Clev y Aesur! La corriente los impulsó para arriba, empujándolos a través de los ojos de aguja de obsidiana, como si fueran hilos de una telaraña.

Había una buena ironía en todo aquello. Los hombres de Crom Dhu caídos en Falga por la traición de Conan, volvían ahora bajo las órdenes de Conan para expiar aquella traición.

De repente, se encontraron en la dársena exterior de Crom Dhu. Las sombras se abatieron sobre ellos. Eran las sombras alargadas de los drakkars que se encontraban en el puerto. Sombras que recordaban reteles dejados allí durante la noche. Grupos de hombres se encontraban en aquellos reteles sombríos. La corriente se detuvo allí, le hizo girar y le dejó en aquel lugar.

Starke miró el inmenso fondo plateado de un barco de Falga y sintió que su rostro se ponía rígido y la garganta le dolía. Luego haciendo una flexión de rodillas subió al exterior; el aire de la noche arrastró vapores rojos alrededor de su cabeza.

El puerto estaba iluminado por antorchas brillantes colocadas en las bordas de los drakkars. Desde la lengua de tierra que conducía de Crom Dhu a la tierra firme, se oía el ruido de la batalla que allí se libraba. Débiles gritos y entrechocar de armas, dirigieron su camino a través de los velos de niebla. Aquellos sonidos le recordaban los ecos de pasados sueños.

Linnl dejó que Starke dirigiera el ataque. Starke sintió algo que apretaba su puño. Era un cordón en espiral tejido de juncos verdes y delgados, una cuerda de cuya punta colgaba un gancho de abordaje con peso. Supo cómo hacer uso de ella, sin



preguntar. Hubiese deseado un cuchillo, aunque comprendía que un cuchillo en el mar era algo imposible de llevar si quieres moverte con rapidez.

Vio el mascarón de proa, esbelto y sin adornos del mejor de los barcos de Rann, a unas cien yardas; allí, una silueta flotaba; parecía una antorcha lanzando fuego; le pareció el cabello de Beudag.

Nadó hacia allí sin forzar la respiración. Cuando finalmente llegó, el mascarón de proa plateado, con burlones ojos verdes y la bandera de cabellos, semejante a un delicado banco de peces, ondeando encima de él, sintió como el frío metal besaba sus dedos.

El olor del humo de las antorchas era persistente. Una tempestad de gritos, proveniente de tierra, le indicó que acababa de producirse otro embate contra la puerta. Detrás de él percibía una ola; más atrás, mil olas.

Los resucitados hombres de Crom Dhu se alzaron, estaban llenos de llagas y rodeados de vapores del color del vino. Posaron su vista en Crom Dhu y quizá supieron lo que era, pero tal vez no. Por un momento, Starke sintió aprensión. ¿Y si Linnl estaba jugando con él? ¿Y si una vez estos hombres hubiesen ganado la batalla, iban a Crom Dhu, destruían el arpa de Romna y atacaban a Faolan el ciego? Se desembarazó de aquellos pensamientos. Eso ya lo solucionaría en su momento, en el caso de que sucediera. Clev y Mannt aparecieron uno a cada lado. Miraban a Crom Dhu con la boca cerrada. Quizá vieron el nido de águilas de Faolan o tal vez oyeron el arpa que cantaba otras canciones distintas de las que hablaban de espadas y saqueos. El instrumento de Romna servía para cantar historias de bardos sobre guerreros y guerras en la costa en los antiguos días. Sus ojos miraban y miraban a Crom Dhu, pero no vieron nada.

Entonces aparecieron los pastores del mar; los seguidores de Linnl iban cada uno con su arpa; comenzó a sonar su música con un tono muy elevado. Tan alto que no se podía oír, pero entretejía la tensión en el aire.

En silencio, con una triste seguridad, los muertos pero no muertos, hicieron un círculo de bronce alrededor del barco de Rann. El silencio en que se había producido aquella maniobra ponía la carne de gallina y provocó que un sudor frío apareciese en las mejillas de Starke.

Una docena de cuerdas se alzaron al aire cayendo sobre la borda del barco. La alcanzaron dejándolo sujeto, amarrado.

Starke había lanzado la suya. Notó cómo alcanzaba la borda y tiró para poner la cuerda en tensión, Luego se alzó, rápidamente, con dificultad, maldiciendo durante todo el camino, dando patadas y deslizándose sobre aquel casco plateado.

Llegó arriba. Beudag se hallaba allí.

Cuando estaba medio subido sobre la estrecha borda le asaltaron las dudas, fue en el preciso momento en que la miró.

Una antorcha la iluminaba y la llenaba de sombras. Se mantenía todavía erguida; la cabeza se veía cansada y sus ojos cerrados, el rostro más delgado y menos moreno,

pero todavía vivía. Estaba recuperándose del profundo estupor que le había producido el silbido de las cuerdas y el ruido de los ganchos de abordaje metálicos al arañar la cubierta.



Al ver a Starke, sus labios se entreabrieron, y su vista permaneció fija en él. Perdió el aliento y sintió que se ahogaba.

Casi le costó la vida a Starke permanecer allí mirándola.

Un guardia, con la piel del color de la nieve recién caída, tensó su arco desde una de las torretas y le disparó una flecha. Había una cadena en el suelo y Starke pensó que le sería útil como arma y, gracias a Dios, se agachó para recogerla.

Clev estaba en la borda, al lado de Starke y fue su pecho el que recibió la flecha. El dardo quedó clavado hasta la mitad y allí se detuvo, pero Clev buscó al hombre que le había disparado y terminó con él.

—¡Detrás de ti, Conan! —gritó Beudag.

¡Conan! En su excitación le había dado su antiguo nombre.

Él era Conan. Se volvió y se enfrentó a un individuo, pequeño pero fuerte, le agarró brutalmente el rostro con la cadena y cogiendo la espada que el hombre había dejado caer, le golpeó con ella. Luego, sujetándole por la mandíbula lo arrojó al mar.

Ahora, todos estaban despiertos en el barco. La mayor parte de los hombres estaban abajo, donde habían ido a descansar del combate. Pero ahora se precipitaban sobre la cubierta, formando una avalancha plateada. Sus gritos formaban un extraño contraste con el silencio calmado de los hombres de Crom Dhu. Starke se encontró muy atareado.

Conan había sido un animal muy saludable, con gran poder de recuperación. Ahora, sus músculos respondían perfectamente para realizar cualquier trepa que se les pidiera. Starke fue sorteando limpiamente cuantos obstáculos se le presentaron en la cubierta, buscando a Rann. Pero no la vio por ninguna parte. Más cuerdas caían sobre la cubierta de la embarcación y se enroscaban sobre la misma. En cada uno de los barcos en el puerto estallaba la violencia del combate. Más hombres se apelotonaron silenciosamente sobre la borda detrás de Starke.

Por encima de los gritos, se oyó la voz de Beudag que reconoció a los hombres que luchaban:

—¡Clev! ¡Mannt! ¡Aesur!

Starke era un dios, podía tener cuanto deseaba. ¿La cabeza de un hombre? Podía tenerla. Accionaba a modo de guillotina con el cuchillo y la muñeca, y los cuerpos se desplomaban. ¡Así! Sus ojos eran del color del ámbar ahumado y arrugas de placer tensaban sus labios. Un enemigo no puede luchar sin manos. El hombre que se enfrentaba a Starke, se cubrió el rostro, no podía creer lo que veía.

*¿Lo estás viendo Faolan? Se decía Starke para su interior, mientras golpeaba denodadamente. ¡Mira aquí Faolan! ¡Dios! ¡No! ¡Eres ciego! Pues escucha. Oye el entrechocar de los aceros. ¿No llega hasta ti el olor a sangre y a cuerpos sudorosos? ¡Oh! si tu pudieras ver esta noche Faolan. Olvidarías lo de Falga. Este es Conan fuera de la imbecilidad, ¡con un tipo en su interior llamado Starke que le guía y le dice dónde debe ir!*

No se estaba muy seguro sobre la cubierta. No se había dado cuenta antes, pero

los guerreros de Crom Dhu no prestaban atención en quién era a quien atacaban. Estaban empezando a hacer una carnicería entre ellos mismos. Se cortaban el cuello unos a otros, se seccionaban miembros, siguiendo ciegamente la orden recibida de luchar. No era el lugar que más le convenía a Beudag, ni a él.

Cortó las ataduras de Beudag del mascarón de proa dejándola libre y la bajó rápidamente hasta la borda.

Beudag reía. No podía dejar de reír. Sus ojos estaban ciegos de sorpresa. Veía a hombres muertos vivos otra vez, atacándose con armas. Había estado sin comer y siempre de pie, día y noche, sus nervios no la dejaban parar de reír.

Starke la zarandó.

La mujer no dejó de reír.

—¡Beudag! ¡Te has salvado! ¡Estás libre!

Ella miró hacia la nada.

—Estaré... estaré bien dentro de un minuto.

Tuvo que parar un golpe de uno de sus propios hombres. Starke desvió el golpe y asíéndole con fuerza lo arrojó fuera de la cubierta, al mar. Era la única cosa que podía hacer. No podía matarle.

—¿Dónde está Rann? Los ojos amarillos de Starke se contrajeron mientras la buscaba.

—Estaba aquí —dijo Beudag temblando.

El miedo a Rann aparecía en sus ojos, por encima del cansancio y el entumecimiento que se habían apoderado de Beudag aparecía un eco de Rann. Rann estaba cerca, lo que tenía ante sus ojos era su obra.

Instintivamente, Starke levantó los ojos.

Rann apareció en lo más alto de un palo de la arboladura, como una ráfaga de nieve. Sus pechos, verdes e inclinados, subían y bajaban siguiendo su respiración emocionada. Sus ojos reflejaban odio puro. Starke humedeció sus labios y preparó la espada.

Rann miró con desprecio a Beudag. Encorvada, como en un sueño, Beudag empuñó una daga y la apoyó en su propio pecho.

Starke quedó helado.

Rann asintió con satisfacción.

—¿Y bien Starke? ¿Qué pasará ahora? ¿Quieres acercarte a mí y ver como muere Beudag? ¿O me dejarás marchar?

Starke comenzó a sentir las palmas de sus manos sudorosas y grasientas.

—No hay ningún sitio al que puedas ir. Falga ha caído. No te puedo garantizar la libertad. Lo único que puedes hacer es marchar sobre la corriente que nos ha traído, es tu única oportunidad. Tú y tus hombres podéis llegar a otra costa.

—¿Nadando? ¿Con todas esas bestias del mar esperándome? — acentuó la palabra bestias. Ella era parte del pueblo del mar. Ellos, Linnl y sus hombres eran bestias del mar para ella — . No, Hugh Starke. Cogeré una embarcación pequeña.

Pon a Beudag en la borda, de manera que no se separe de mi vista durante toda la operación. Garantiza mi paso y el de mis hombres hasta la costa y Beudag vivirá.

Starke ondeó la espada en el aire:

—¡Vamos!

El no quería que ella se fuese. Tenía otros planes para ella. Le explicó a gritos a Linnl, el trato que había hecho. Linnl asintió sin mucho convencimiento.

Rann, en una pequeña embarcación plateada, se dirigió hacia tierra. Maniobraba el bote y miraba continuamente a Beudag. Pasó entre las bestias del mar y llegó por fin a tierra. Levantó la mano y la bajó con odio.

Starke se volvió rápidamente y golpeó con su puño la mandíbula de Beudag. La mano de la mujer estaba clavando la daga en su pecho. Se desplomó, con la cabeza inclinada y el arma cayó de su mano con estruendo. Starke la lanzó al mar de una patada. Luego cogió a la muchacha del suelo y la levantó. Estaba tibia y no parecía malherida. La hoja solo había arañado su pecho. Un pequeña corriente de sangre fluía por él.

En la costa, Rann desapareció entre las rocas, reuniendo a sus hombres apresuradamente.

En el puerto, la música del arpa se detuvo. Los barcos habían sido tomados, sus tripulaciones se amontonaban en las cubiertas. Los hombres de Crom Dhu dejaron de luchar con tanta rapidez como habían comenzado. Había algo en su fulgor que se había ido apagando, particularmente en sus brazos bronceados y en sus torsos desnudos. Los barcos empezaron a hundirse.

Linnl nadaba por debajo, mirando a Starke; éste le miró y le hizo un gesto señalando hacia la playa:

—Magnífico. Ahora a ver si cogemos a esa diablesa.

Faolan esperaba en su gran balcón de piedra, desde donde se divisaba Crom Dhu. Tras él los hogares, donde resplandecían las llamas con su sonido devorador, esparcían una luz vertiginosa sobre la madera de aquella habitación llena de columnas.

Faolan se inclinaba sobre el borde del balcón con su pecho envuelto en vendajes, sus ojos ciegos parpadeando, mirando hacia abajo una y otra vez, tan concentrado como si viera, y con la cabeza un poco inclinada para poder escuchar.

Romna estaba a su lado, llenando y rellenando la copa que Faolan vaciaba en su boca sedienta, y diciéndole lo que estaba ocurriendo. Le habló de los hombres que salían del mar y de Rann apareciendo sobre la costa rocosa. Algunas veces, Faolan se inclinaba hacia un lado, débilmente, hacia el lugar de donde provenían palabras de Romna. Otras se giraba, para oír lo que ocurría abajo, más allá de la Puerta de la asediada Falga.

El arpa de Romna permanecía desatendida. No la tocaba. No necesitaba tocarla. Desde allá abajo, les llegaba un gran eco de arpas, con sonidos más líquidos que la suya, y que caían sobre la ciudad como una cascada, haciendo que la niebla

lloriquease con lágrimas rojas.

—¿Eso son arpas? — gritó Faolan.

—Sí, arpas.

—¿Y qué es lo que pasa? —preguntaba Faolan con la respiración entrecortada y agarrando el borde del balcón por la emoción.

—Una escaramuza —dijo Romna.

—¿Quién venció?

—Nosotros vencimos.

—¿Y eso? —los ojos ciegos de Faolan se esforzaban por ver, hasta que comenzó a llorar.

—Son los enemigos que están cayendo al otro lado de la Puerta.

—¡Y ese sonido, y ese sonido! —Prosiguió una y otra vez Faolan, enfebrecido, moviéndose de un lado a otro, las facciones su rostro y todo él atentos a cada remolino y a cada cambio de la corriente. El ritmo de las espadas, a través de la niebla y de los cuerpos era una música complicada cuyos temas el reconocía—. ¡Otro que ha caído! ¡Oí cómo gritaba! ¡Y era de los hombres de Rann!

—Sí —respondió Romna.

—¿Pero por qué nuestros guerreros luchan tan silenciosamente? No he oído ni una palabra que saliese de sus labios. Solo silencio.

—¡Silenciosos... sí, silenciosos! —murmuró Romna.

—¿Y de dónde han venido, si todos nuestros hombres están dentro de la ciudad?

—Sí —respondió Romna; luego dudó antes de continuar, se frotó su mandíbula de bulldog y dijo— : Todos dentro de la ciudad, excepto los que murieron en Falga.

Faolan permaneció en pie, silencioso, un momento. Después apretó en su mano la copa vacía.

—Más vino, bardo, más vino

Después se volvió hacia la batalla de nuevo

—¡Oh, dioses, si al menos pudiera verlo, si pudiera ver esto!

Abajo se oyó un enorme crujido. Silencio. Después unos gritos, seguidos de un ruido tormentoso.

—¡La Puerta! —gritó Faolan lleno de miedo—. Estamos perdidos. ¡Mi espada!

—Detente Faolan —rio Romna, luego suspiró. No podía creer lo que veía—. ¡En el nombre de diez mil dioses poderosos. Querría estar ciego ahora mismo, o poder ver mejor!

Faolan le puso la mano encima y apretó con fuerza:

—¿Qué ocurre? ¡Dímelo!

—¡Clev! ¡Y Tlan! ¡Y Conan! ¡Y Blucc! ¡Y Mannt! ¡Están en las puertas como visiones producidas por una borrachera! ¡Con las espadas en las manos!

Faolan relajó su mano, luego volvió a ponerse en tensión y dijo:

—Dime sus nombres otra vez y dímelos despacio! ¡Y dime la verdad! —Su piel temblaba como la de un animal en peligro—. Dijiste ¿Clev... Mannt... Blucc?

—¡Y Tlan! ¡Y Conan! Que vuelven de Falga. Han abierto la Puerta y han ganado la batalla. Todo ha terminado, Faolan. Crom Dhu dormirá esta noche.

Faolan le dejó que se fuese y un sollozo escapó de sus labios:

—Me emborracharé. Más que en toda mi vida. Gloriosamente borracho. Dioses, si lo hubiera podido ver. Estar allí. ¡Romna! ¡Cuéntamelo otra vez!

Faolan estaba sentado en su trono esculpido, esperando.

Oyó el ruido de las sandalias sobre las piedras, y fuera, el tintineo de las cadenas.

Se abrió una puerta, la niebla roja se deslizó en su interior y entró gente. Faolan empezó a hablar:

—¿Cley? ¿Mannt? ¿Aesur?

Starke se acercó a la luz del fuego. Apretó con la mano la herida abierta en su muslo:

—No, Faolan. Yo y otros dos.

—¿Beudag?

—Sí —y Beudag se acercó cansadamente a él.

Faolan preguntó.

—¿Quién es el otro? Camina con mucha ligereza. Es una mujer.

Starke asintió.

—Rann.

Faolan se levantó muy despacio de su asiento. Pensaba en aquel nombre y cogió una espada corta que había a un lado de su trono. Bajó y se dirigió hacia Starke:

—¿Me trajiste a Rann viva?

Starke tiró de la cadena que ataba a Rann. Ella dio unos cortos pasos hacia delante, con su blanco rostro mirando al suelo y los ojos encendidos de rabia animal.

—Faolan es ciego —dijo Starke—. Te he dejado vivir sólo por una razón, Rann. Vamos, adelante.

Faolan se detuvo y esperó curioso. Rann no hizo nada. Starke la cogió por un brazo y se lo dobló detrás la espalda:

—Te he dicho que adelante. Quizá no me oíste.

—Está bien, lo haré —dijo ella jadeando por el dolor.

—Hazle a Faolan lo que te he dicho —dijo Starke después de soltarla.

Los ojos de Starke se llenaron de lágrimas, con firmeza le susurró a Rann

—¡Haz que Faolan vea, o morirás ahora mismo! ¡Haz que vea! —y luego dirigiéndose a Faolan—: ¿Qué es lo que ves?

Rann miró fijamente la alta figura de Faolan, a la luz.

Mas de pronto, éste se llevó las manos a los ojos y comenzó a decir entrecortadamente.

—¡Veo! ¡Veo! —primero gritó y se tambaleó, pero luego fue un susurro—. ¡Veo!

Beudag gritó cogida a su brazo.

Faolan estaba sobresaltado, casi se desmayó



—Veo... veo Crom Dhu. ¡Qué vista más maravillosa! Veo los barcos de Rann... ¡Hundiéndose! —No pudo contener una risa nerviosa—: Veo... ¡la lucha al otro lado de las puertas de la ciudad!

El silencio se extendió por la habitación, sobre sus cabezas.

La voz de Faolan se oyó solitaria, como hipnotizada, en medio de aquel silencio.

Extendió los brazos con los puños cerrados, les hizo chocar y luego los abrió.

—¡Veo a Mannt, y Aesur y Clev! ¡Luchando como siempre lo hicieron! ¡Veo a Conan tal como era! ¡Y a Beudag blandiendo su espada en la costa! ¡Veo a los enemigos muertos! Y a hombres que salen del mar con piel oscura y pelo negro. Hombres que conocí hace mucho tiempo. Hombres que surcaron el mar conmigo en otro tiempo. ¡Y a Rann capturada! —estalló en sollozos, las lágrimas corrieron por las cuencas de sus ojos vacíos—, ¡Veo a Crom Dhu tal como fue, es y será! ¡Veo, veo, veo!

Starke sintió un escalofrío en la nuca.

—Veo a Rann cautiva y amarrada, y a sus hombres muertos a su alrededor, ante la Puerta de la ciudad. Veo las puertas abiertas de par en par... —Faolan se detuvo y miró a Starke—: ¿Dónde están Clev y Mannt? ¿Dónde Bruce y Aesur?

Starke dejó que su inquietud ardiera en el corazón durante un momento. Al fin contestó:

—Volvieron al mar, Faolan.

Los dedos de Faolan se cerraron en el vacío.

—Sí —dijo pesadamente—. Tenían que volver, ¿verdad? No podían estar y quedarse aquí, ¿no es cierto? Ni siquiera para poder disfrutar de una noche de comida, vino y mujeres acostadas en cálidas pieles, junto al fuego. Ni para hacer un brindis —luego volviéndose—. Dame de beber, Romna. Da de beber a todos.

Romna le dio una copa llena. De pronto la dejó caer y cayó de rodillas llevándose las manos al pecho.

—Mi corazón —gimió—. Rann ¡diabla!

Starke la cogió inmediatamente por la garganta. Hizo presa a lo largo de todo su cuello de nieve.

—¡Déjale, Rann! —y apretó más—. ¡Déjale Rann!

Faolan lanzó un grito. Starke hundió más y más sus dedos en la garganta de Rann, hasta que el rostro de la mujer apareció sucio y estaño, tocado con la muerte.

Parecía haber transcurrido una hora, antes de que Starke la dejase libre. Cayó suavemente y no se movió. No se movería ya nunca.

Starke se volvió lentamente para mirar a Faolan.

—Lo viste, ¿verdad, Faolan?

Faolan asintió ciego, débil. Se levantó del suelo, tanteando y murmuró:

—Lo vi. Durante un momento lo vi todo. ¡Dioses! ¡Y qué bonito y maravilloso era! Con esto, Hugh—Starke—Llamado—Conan, me diste algo con lo que mantener mi ilusión y un recuerdo para poder vivir.

Al día siguiente, Beudag y Starke subieron a la montaña que se alzaba sobre Falga. Starke recorrió aquel camino tan corto y, con su llegada, los pájaros de la llama se dispersaron huyendo brillantes.

Abrió una tumba no muy profunda, e hizo lo que tenía que hacer con el cuerpo que encontró allí, y cuando la tumba estuvo cubierta nuevamente con piedras grises, volvió donde Beudag le estaba esperando. Se mantuvieron en pie junto a la tumba. Nunca hubiera imaginado el estar de pie sobre una parte de sí mismo, y sin embargo era una realidad, con Beudag a su lado apretando su mano.

De repente, se sintió viejo, como si tuviera un millón de años. Pensó en la Tierra, y en el cinturón de asteroides y en Júpiter y en las alegres calles de Jekkara en los canales inferiores de Marte. Pensó en el espacio y en las naves que lo recorrían, viéndose en una de ellas. Pensó en el millón de créditos que obtenido en su último trabajo. Se rio irónicamente.

—¡Mañana reuniré a unos cuantos cazadores del pueblo del mar, para que busquen una pequeña caja metálica llena de créditos—miró con solemnidad la tumba—. Tú lo hubieras querido así. O al menos lo pensaste. Te mataste a ti mismo por conseguirlos. De modo que si el pueblo del mar la halla, te los traeré a esta montaña y los enterraré, entre tus dedos, bajo las rocas. Creo que es el lugar más adecuado.

Beudag le condujo hacia abajo. Descendieron la montaña hacia el puerto de Falga donde un barco les esperaba. Mientras caminaban, Starke levantó la cabeza, Beudag estaba con él, y las velas de la embarcación estaban desplegadas para tomar el viento, el Mar Rojo les esperaba para que viajaran por él. Lo que había al otro lado de aquel mar, era algo que tendrían que descubrir Beudag y Faolan—de—las—naves, Romna, y Hugh—Starke—Llamado—Conan. Se sentía a gusto. Caminó con paso firme y con Beudag a su lado.

Y sobre la montaña, mientras el barco navegaba, todavía vieron cómo los pájaros de la llama cayeron disparados, en bandadas irregulares sobre el montículo de piedra, cayeron sobre él, pero frustrados sus propósitos, lanzaron gritos de enfado y se marcharon lejos.

*FIN*



BIGGER AND BETTER - NOW 180 PAGES!

THRILLING

AND

# WONDER

STORIES

OCT.  
25¢

A THRILLING  
PUBLICATION

EARLE  
GERGEY

Three Complete Novelets

THE MOON THAT VANISHED *by* LEIGH BRACKETT

YESTERDAY'S DOORS *by* ARTHUR J. BURKS

MIRACLE TOWN *by* WILLIAM F. TEMPLE

*Venus no tiene ninguna luna, en esto están de acuerdo tanto los astrónomos como los autores de novelas de ciencia ficción.*

*Ningún satélite gira alrededor del segundo planeta por lo que sus noches deben ser tenebrosas; si además añadimos un ambiente neblinoso y húmedo, la perspectiva de vivir en este mundo no parece ser muy halagüeña; quizá por ello los distintos autores han dotado a Venus de algún tipo de luminiscencia que tienda a paliar esta carencia de luz nocturna.*

*Lo que no se conoce es lo que aconteció en el pasado ¿Y si en alguna época anterior alguna luna orbitó Venus? En este caso, la luna cayó sobre el planeta, tal como Horbiger creía que había sucedido en nuestro mundo, no una sino cuatro veces.*

*Cuando dos cuerpos celestes se encuentran, los efectos que pueden producir son impredecibles, ¿y si por provenir del cielo, la luna caída tuviera la capacidad de transformar a quien la alcance en un ser celeste, en un dios?*

*Veamos lo que nos relata nuestra autora mientras navegamos junto a sus héroes por el mar de los Ópalos Matutinos hacia el Fuego de la Luna.*



*La luna que desapareció*

## *Capítulo 1*

### *Hacia el Mar del Misterio*

El recién llegado estaba hablando sobre sí mismo; era alto y se encontraba muy lejos de las Tierras Altas donde había nacido; iba vestido de cuero sin adornos y se veía que no pertenecía a aquel pueblo de la costa del pantano. Preguntaba, hablaba y observaba.

David Heath se dio cuenta de ello, de la misma forma descuidada en la que se percataba que se encontraba en el oscuro Palacio de Todos los Placeres Posibles, cuyo propietario era Kalruna, que estaba muy borracho, pero no lo suficiente, que nunca podría estar lo suficientemente borracho, y que cuando cayera al suelo, sería arrojado por encima de la baranda al barro en donde quizá se ahogara o se durmiera, según le apeteciera.

A Heath no le importaba la muerte y tampoco la locura. Yacía inmóvil en una

especie de catre nativo, hecho de cuero extendido sobre un armazón metálico. Una máscara de cuero cubría la parte inferior de su rostro; a través de ella respiraba el cálido vapor dorado que provenía de un burbujeante recipiente, semejante a un narguile, situado junto a él.

Respiraba el vapor y procuraba dormir, pero no podía. No cerraba sus ojos; únicamente lo lograba cuando estaba inconsciente.

Había un momento que no podía evitar, justo antes de que su cerebro drogado se deslizara por el borde del olvido, cuando ya no era capaz de ver nada salvo la encantada oscuridad de su propia mente. Este momento le parecía como una eternidad. Pero después, durante unas pocas horas, encontraba la paz en el sueño.

Hasta que llegara ese momento, observaría desde la esquina oscura en la que se encontraba, la vida que continuaba en el Palacio de Todos los Posibles Placeres.

Heath giró lentamente su cabeza; sobre su hombro se arrastraba un pequeño dragón de brillantes escamas; el animal, al moverse, hacía sonar con sus garras encorvadas el armazón metálico del catre. La mirada del terrestre se encontró con los ojos del dragón, semejantes a joyas rojas, en los que se podía observar una simpatía y una inteligencia peculiares.

Heath sonrió y se volvió a colocar en su posición anterior. Una convulsión nerviosa corrió a través de su interior, pero la droga le había relajado de forma que el espasmo fue ligero y pasó rápidamente.

Nadie se le acercó, salvo la muchacha de piel esmeralda, que provenía de lo más profundo de los pantanos y que llenó el recipiente.

La joven no era humana y por ello no le importaba quién podía ser David Heath. Era como si existiera una muralla a su alrededor, una muralla que nadie traspasaba, ni siquiera con la mirada.

Salvo, por supuesto, el recién llegado.

Heath dejó vagabundear su vista. Miró más allá de la barra colocada a poca altura, junto a la cual marineros vulgares, sentados en cojines de musgo y piel, bebían el thil<sup>[1]</sup> barato y fuerte; miró más allá de las mesas en las que se sentaban los capitanes y los oficiales jugando sus interminables e incomprensibles partidas de dados; miró más allá de la joven nahali que bailaba desnuda bajo la luz de las antorchas; su cuerpo, recubierto de pequeñas escamas, brillaba y se mostraba tan sinuoso y silencioso en sus movimientos como el cuerpo de una serpiente.

El local era una única y enorme sala, abierta por tres lados a la noche cargada de humedad. Aquí fue donde finalmente se detuvo la mirada de Heath. En el exterior se encontraba la oscuridad y el mar, ellos habían sido su vida. El terrestre los amaba.

La oscuridad sobre Venus no es como la oscuridad sobre la Tierra o Marte. El planeta está ansioso de luz y cuando la atrapa no la deja marchar. Las tierras y los mares de Venus jamás ven el Sol, pero, incluso por la noche, la esperanza y la memoria por el astro rey se encuentran allí, atrapadas en las eternas nubes.

El aire es de color índigo y tiene, por sí mismo, un pálido brillo. Heath estaba tumbado observando como la lenta y caliente brisa producía pequeños chispazos luminosos en el follaje de los árboles de liha y los transportaba hasta las lodosas playas junto al puerto, formando ondas de luz, que se mezclaban con el agua emitiendo una continua fosforescencia; por esta razón ese mar era denominado el mar de los Ópalos Matutinos.

Media milla hacia el sur, el río Omaz fluía en silencio, arrastrando hasta allí los vapores de los Pantanos Profundos.

Mar y cielo, la vida de David Heath y su destrucción.

El pesado vapor se enroscaba en el cerebro de Heath; su respiración se volvió lenta y profunda; notó sus párpados cada vez más pesados.

Heath cerró los ojos.

Una expresión de excitación y de anhelo, todo ello mezclado con un vago malestar, apareció momentáneamente en su rostro. Sus músculos se tensaron. Luego comenzó a sollozar, muy suavemente; la máscara de cuero apagaba este sonido.

El pequeño dragón alzó rígidamente su cabeza e inmóvil, como si fuera una figura tallada, observó.

El cuerpo de Heath, medio desnudo con su faldellín nativo, comenzó a temblar y luego empezó a dar pequeños saltos espasmódicos. La expresión de malestar se hizo más profunda y poco a poco se transformó en una de auténtico horror.

Las cuerdas vocales permanecían rígidas, como si fueran de alambre. Intentaba gritar y no podía. El sudor formó grandes gotas sobre su piel.

De repente, el pequeño dragón alzó sus alas y lanzó un grito silbante.

Heath se encontró encerrado en su mundo de pesadilla, atravesado por fuertes sonidos. Estaba loco de miedo, estaba muriéndose. Grandes sombras salían de la niebla brillante y avanzaban, amontonándose, hacia él. Su cuerpo se encontraba agitado, roto, sus frágiles huesos transformados en polvo; le extraían el corazón, su cerebro se transformaba en parte de la niebla, brillante, ardiente.

Se arrancó la máscara de la cara y gritó un nombre:

—¡Ethne!

Luego se calló y sus ojos se abrieron de par en par, profundos y sin ver.

En alguna parte, lejos, se oyó el fragor del trueno. El trueno habló, pero no dijo cuál era su nombre. Un nuevo rostro se abrió paso entre los fantasmas de su sueño. Se hinchó y borró a los demás.

Se trataba del rostro del recién llegado de las Tierras Altas. Observó cada uno de sus rasgos, grabándolos a fuego en su cerebro.

La mandíbula cuadrada, la boca rígida, la nariz curvada como el pico de un halcón, las blancas marcas de las cicatrices sobre su piel blanca, los ojos semejantes a piedras de luna, calientes y brillantes. El largo cabello plateado peinado, formando un gran moño, que se sujetaba con doradas cadenillas propias de un guerrero, según la costumbre de su tribu.



Unas manos le sacudieron y le abofetearon la cara. El pequeño dragón siguió gritando y aleteando; no pudo desgarrar los ojos del recién llegado porque se encontraba atado, con una correa corta, a la cabecera del catre de Heath.

Heath transformó su respiración en un largo y estremecido sollozo y se incorporó de un salto.

Habría matado al hombre que le había robado los escasos instantes de paz que tenía. Lo intentó, rodeado de un silencio mortal. Los marineros, los patrones, los oficiales, las bailarinas, todos observaban sin moverse, sin dejar de mirar sus ojos asustados y llenos de odio.

El natural de las Tierras Altas era un hombre grande, más grande de lo que había sido Heath en sus mejores tiempos; por otro lado, el terrestre yacía extendido en el catre, enfermo; era un hombre que se estaba muriendo lentamente y al que no le quedaban fuerzas.

—Se dice que tú encontraste el Fuego de la Luna —dijo el forastero.

Heath le miró con sus ojos drogados que veían borroso y no le respondió.

—Se dice que tú eres David Heath, el Terrestre, capitán del *Ethne*.

Heath siguió sin contestar. La vacilante luz de las mohosas antorchas caía sobre él dibujando las facciones de su rostro. Siempre había sido un hombre delgado y ágil. Ahora se encontraba extenuado, los huesos de su rostro mostraban sus horribles curvas bajo una delgada capa de piel. Su pelo moreno y su descuidada barba empezaban a estar manchados de blanco.

El nativo de las Tierras Altas estudió a Heath con desprecio, luego añadió:

—Pienso que los que dicen estas cosas mienten.

Heath rio, con una risa que no era agradable, el Venusiano dijo:

—Pocos han llegado a donde se encuentra el Fuego de Luna, y eran hombres fuertes, hombres sin miedo.

Pasó un espacio de tiempo prolongado hasta que Heath respondió

—Eran unos insensatos.

No le estaba hablando al hombre de las Tierras Altas, se había olvidado de él. Su mirada, oscura y enloquecida se encontraba fija en algo que sólo él podía ver. Prosiguió:

—Sus barcos se están pudriendo en los bancos de algas de los Mares Superiores. Los pequeños dragones se han comido sus cuerpos, dejando sólo los huesos.

La voz de Heath era lenta, ronca y su tono cambiaba continuamente.

—Más allá del mar de los Ópalos Matutinos, más allá de los bancos de algas, más allá de los Guardianes, pasada la Garganta del Dragón, todavía más allá, lo he visto, alzándose entre las nieblas, en el Océano que no es de agua<sup>[2]</sup>.

Un temblor le agitó, retorciendo los delgados huesos de su cuerpo. Levantó su cabeza, como un hombre cansado de respirar. La movediza luz de las antorchas iluminó su rostro, sacándolo de las sombras.

La gran sala se encontraba absolutamente en silencio, no se oía ni un roce; al

principio, sólo se oyeron los pequeños y agudos suspiros de las bocas cerradas y luego el silencio absoluto.

—Sólo los dioses saben dónde se encuentran ahora los hombres fuertes y valientes que buscaron el Fuego de la Luna. Sólo los dioses saben qué son ahora; en cualquier caso, si están vivos, ya no son seres humanos.

Sufrió un profundo escalofrío que le hizo detenerse, bajó su cabeza y continuó.

—Solo llegué al borde, a una cierta distancia del Fuego.

En medio del silencio que llenaba la sala se oyó la risa del hombre de las Tierras Altas, que decía:

—Sigo pensando que mientes.

Heath ni levantó su cabeza, ni se movió.

El venusiano se inclinó sobre él, hablándole en voz alta, para que el terrestre pudiera escucharlo a pesar de la distancia que suponían las drogas y la locura.

—Tú eres igual que los otros, los pocos que han vuelto, pero ellos nunca llegaron a sobrevivir una estación; murieron antes o se suicidaron. ¿Cuánto has vivido desde que estuviste allí?

En ese momento agarró al terrestre por el hombro y lo agitó con rudeza gritando:

—¿Cuánto has vivido?

El pequeño dragón gritó mientras intentaba romper la correa. El terrestre susurró con un gemido:

—A través del infierno, he vivido toda la eternidad.

El venusiano se contestó a sí mismo:

—Tres estaciones y parte de una cuarta.

Retiró su mano del hombro del terrestre y se retiró diciendo:

—Tú nunca llegaste a ver el Fuego de la Luna; sabes la costumbre, sabes cómo deben ser tratados los que rompen el tabú, hasta que termine el castigo de los dioses.

Le dio una patada al recipiente que contenía la droga y lo rompió; el fluido dorado y burbujeante se desparramó por el suelo, formando un pequeño charco del que manaba una pesada fragancia.

—Lo único que quieres es esto, y sabes cómo obtenerlo durante el resto de tu vida, empapada en droga.

Un gruñido de enfado, no muy fuerte, se levantó en el Palacio de Todos los Posibles Placeres.

La visión borrosa de Heath se enfocó sobre el cuerpo macizo y gordo de Kalruna que se aproximaba. Incluso en las profundidades de su agonía, se rio débilmente. Durante más de tres estaciones, Kalruna había obedecido a la ley de la costumbre, había alimentado y dado de comer al paria que era sagrado, pues estaba sometido a la ira de los dioses, los dioses que tan celosamente guardaban el secreto del Fuego de la Luna. Ahora, Kalruna estaba lleno de dudas y enfadado, muy enfadado.

Heath comenzó a reír en voz alta. El no haberse drogado por completo provocaba que se comportara de una forma temeraria e histérica. Se sentó encima del catre y se

les rio en la cara. Luego les dijo:

—Sólo llegué hasta el borde, no soy ningún dios; ahora ni siquiera soy un hombre, pero te lo puedo mostrar, si así lo deseas.

Esforzándose, se puso en pie; al hacerlo, con un movimiento tan automático como el respirar, soltó al pequeño dragón que tenía sobre su hombro.

Permaneció de pie, aunque tambaleándose, durante un momento; luego comenzó a caminar, lentamente, a través de la habitación, sin saber a donde se dirigía. La multitud se apartó, dejándole paso libre; siguió caminando a través de la sala en silencio, revestido con sus últimos y tristes restos de dignidad, hasta que llegó a la baranda y allí se detuvo. Entonces dijo:

—Apagad las antorchas, todas menos una.

En ese momento, Kalruna, lleno de dudas, exclamó:

—No hace falta, te creo.

En la sala se notaba ahora el miedo; miedo y fascinación. Cada hombre miraba a su alrededor, buscando un camino de escape, pero nadie se fue. Heath volvió a decir:

—Apagad las antorchas.

El forastero alto alcanzó la antorcha que tenía más próxima y echó agua en su recipiente, al poco tiempo toda la gran sala se encontraba sumergida en la oscuridad, salvo por la luz que daba una antorcha en la parte de atrás de la habitación.

Heath permanecía agarrado a la barra de la baranda, mirando hacia la caliente noche color índigo.

Las nieblas se levantaban espesas, provenientes del mar de los Ópalos Matutinos y se arrastraban, espesas, saliendo del barro y juntándose con los vapores que emanaban los pantanos, como si fuera su respiración.

Un viento lento empujaba las nieblas, formando corrientes de color azul blanquecino y brillante, dentro de la oscuridad de la noche.

Heath miró ansioso a la niebla; su cabeza se echó hacia atrás y todo su cuerpo se puso en tensión. Al cabo de un tiempo, alzó los brazos en un gesto de terrible cansancio, y susurró:

—Ethne, Ethne.

De forma casi imperceptible se produjo un cambio en el terrestre; la debilidad y la apariencia de ser un pecio húmedo y destruido le abandonó. Permaneció en pie, firme y erguido, y los músculos se marcaron sobre la bella y delgada estructura de sus huesos. El terrestre volvía a estar vivo y con sus fuerzas en tensión.

Su rostro se había alterado todavía más. Ahora había sobre él un aura de poder. Sus ojos oscuros quemaban con fuegos profundos, brillando con una luz que era más que humana; hasta parecía que toda su cabeza estaba cubierta con una extraña corona.

Por un instante, el rostro de David Heath fue el rostro de un dios. Luego dijo:

—Ethne.

Y ella apareció.

Salió de la oscuridad azulada, salió de la niebla, desplazándose hacia el terrestre,

con su figura tenue y amable. Su cuerpo estaba hecho de aire brillante, de suaves gotas de niebla, formada y coloreada por la fuerza que estaba en el interior de Heath.

Ella era joven, no aparentaba más de diecinueve años; todavía tenía en sus mejillas el tinte rosado del sol de la Tierra; sus ojos eran grandes y brillantes como los de un niño y su cuerpo era delgado, con las dulces protuberancias de la juventud.

—La primera vez que la vi, estaba bajando por la rampa de la nave y miraba el suelo de Venus por primera vez, el viento tomó su pelo y jugó con él, ella bajó ligera y ansiosa de nuevas experiencias, como un potro en una mañana de primavera. Siempre ligera y feliz, incluso cuando cambiaba hacia su muerte.



La sombría figura sonrió y luego extendió sus brazos; su rostro era el de una mujer que ha encontrado el amor y ve todo el mundo lleno felicidad.

Cada vez se aproximaba más a Heath, el terrestre extendió sus brazos para acariciarla.

Un instante después, ella había desaparecido.

Heath se cayó hacia delante, sobre la barandilla.

Durante mucho tiempo, siguió mirando hacia la oscuridad. Ahora no tenía un dios en su interior, ni tampoco fuerza. Era como una llama que hubiera ardidido un instante y después se hubiera extinguido rápidamente, colapsándose sus cenizas sobre ella misma. Tenía los ojos cerrados mientras sus lágrimas corrían desde debajo de sus párpados.

Nadie se movió en la oscuridad, llena de vapor, de la habitación. De repente Heath habló diciendo:

—No pude internarme lo bastante lejos en el Fuego de la Luna.

Se incorporó con dificultad y, después de un rato, se encaminó hacia los escalones, sujetándose a la barandilla, caminando como lo haría un ciego.

Descendió cuatro escalones hechos de leños cortados, luego sintió el cálido barro del camino ascender hasta sus tobillos. Pasó entre filas de cabañas de barro y ramas; más que un hombre, parecía un espantapájaros roto, arrastrándose en la noche de un mundo extraño.

Se dirigió por el sendero lateral que conducía al puerto. Sus pies se deslizaban, sobre el barro, cada vez más profundo y finalmente cayó al lado del camino con la cara hacia abajo.

Procuró levantarse pero no pudo, de forma que permaneció tumbado rígido, hundiéndose en el negro y fértil fango.

El pequeño dragón, que cabalgaba sobre su hombro, le pellizcaba y le gritaba, pero el terrestre no le oía.

No se dio cuenta cuando el forastero de las Tierras Altas le sacó del fango unos pocos segundos después de caer, con dragón y todo y se lo llevó hacia el mar del misterio.

## *Capítulo 2*

### *La vela esmeralda*

Se oyó la voz de una mujer que decía:

—Dame la copa.

Health sintió primero que le levantaban la cabeza y después el sabor negro y picante del café venusiano, que se deslizaba por su garganta como si fuera fuego

líquido. Luego emprendió su habitual lucha contra el miedo y la realidad para despertarse; finalmente, abrió lo ojos.

Estaba acostado en su propia litera, en su propio camarote, a bordo del Ethne. En frente de él, acurrucado en un arcén tallado, se sentaba el venusiano alto; su cabeza se encontraba inclinada debajo del arco escarlata que formaba la cubierta que se encontraba encima.

Junto a Heath, mirándole desde arriba, había una mujer.

Todavía era de noche; el barro que empapaba el cuerpo de Heath todavía estaba húmedo. Esta gente debía haber trabajado duro para traerlo hasta allí.

El pequeño dragón aleteaba junto a su percha, el hombro del terrestre. Heath golpeó amistosamente su cuello escamoso y se estiró para escuchar a sus visitantes. El hombre le preguntó:

—¿Puedes hablar ahora?

Heath se encogió de hombros. No dejaba de mirar a la mujer. Era alta, pero no demasiado alta; era joven, pero no demasiado joven. Su cuerpo tenía todo lo que el cuerpo de una mujer debe tener.

La mujer era del tipo de las que tienen los hombros anchos, las piernas largas y se mueven libremente en cualquier ambiente. Llevaba una túnica corta de seda de araña sin teñir, que conjuntaba perfectamente con el suave y ondulado pelo que caía sobre su espalda, formando una cascada de plata brillante, con pequeñas manchas multicolores.

Su cara era de las que ningún hombre olvidaría por muy apresurado que se encontrara. Su rostro era cálido y generoso en todos los atributos propios de la mujer: pasión, risa y ternura.

Pero algo le había sucedido. Algo que le había proporcionado un aspecto amargo y oscuro. Había resentimiento en aquel hermoso rostro, y también un profundo enfado y dureza. A pesar de todo esto, sus ojos perdidos y asustados, reflejaban un ansia patética.

Heath recordó vagamente un día en el que le hubiera gustado resolver la adivinanza que le planteaba una cara contradictoria. Un día muy lejano, antes de que llegara Ethne.

Dirigiéndose a los dos, les dijo:

—¿Quiénes sois y qué queréis de mí?

Miró directamente al hombre con una mirada de odio agudo y profundo.

—¿No te divertiste bastante conmigo en casa de Kalruna?

El extranjero le contestó sin enfado:

—Tenía que estar seguro de ti, seguro de que no habías mentido sobre lo del Fuego de la Luna.

Se levantó, avanzando hacia delante con sus ojos semiabiertos y lanzando una mirada penetrante. No le era fácil sentarse. Su cuerpo se encontraba curvado como un arco tenso. A la luz de la linterna colgante, su cara, hermosa aunque llena de

cicatrices, mostraba una fila de pequeños músculos bajo la piel.

Heath pensó: este hombre tiene prisa, este hombre tiene un agujón que se le clava en la espalda. Por eso, preguntó:

—¿Y a ti qué te importa?

Se trataba de una pregunta tonta; el terrestre ya sabía lo que le iba a responder; a pesar de ello, todo su ser estaba pendiente de la respuesta.

El forastero no le respondió directamente; en vez de ello, preguntó:

—¿Conoces la secta que se denomina a sí misma guardiana de los misterios de la Luna?

Lentamente, Heath le contestó diciendo, sin ningún tipo de entonación particular:

—Se trata de la secta más antigua de Venus, una de las más fuertes y también una de las más extrañas en un planeta sin lunas. El Fuego de la Luna es su símbolo de la Divinidad.

La mujer rio sin alegría y dijo a continuación:

—Aunque ellos nunca lo han visto.

El forastero prosiguió el relato:

—David Heath, todo Venus ha oído hablar de ti. Se ha propagado la noticia y a los sacerdotes, los Hijos de la Luna, se les ha despertado un interés especial en tu persona.

Heath siguió esperando sin decir nada, pero el forastero continuó la historia:

—Tú perteneces a los dioses, para que ejecuten su venganza sobre ti, pero esta venganza no ha comenzado, quizá porque eres terrestre y por tanto menos obediente a los dioses de Venus; en cualquier caso, los Hijos de la Luna están cansados de esperar. Cuanto más tiempo vivas, más hombres pueden verse tentados a blasfemar y habrá menos fe en la capacidad de los dioses para castigar a los hombres por sus pecados.

Su voz presentaba un tono de sarcasmo semejante a un cuchillo de filo cortante; por último, concluyó:

—De forma que los Hijos de la Luna vienen hacia aquí, para asegurarse de que mueras.

Heath sonrió y dijo:

—¿Te cuentan los sacerdotes sus secretos?

El hombre volvió su cabeza y dijo:

—Alor.

La mujer se aproximó a Heath y se soltó la túnica descubriendo un hombro; luego, con furia, le dijo al terrestre:

—¡Mira aquí!

Su enfado no estaba dirigido hacia Heath, sino hacia aquello que el terrestre pudo ver: el tatuaje, entre sus dos senos, que la marcaba, el símbolo circular y rayado de la luna.

Heath contuvo su respiración y luego dio un profundo suspiro y dijo mirando a la



cara de la mujer:

—Una doncella del templo.

Entonces sus ojos se encontraron con los de la mujer; los vio fríos como la plata y no osó decir nada más. Ella le contestó:

—Nos vendieron cuando estábamos en la cuna, no tuvimos elección. Nuestras familias están muy orgullosas de que una de sus hijas sea escogida para servir en el templo.

La amargura, el orgullo y el odio suavizado propios del esclavo. La mujer exclamó:

—Broca te ha dicho la verdad.

El cuerpo de Heath parecía haberse encogido sobre sí mismo; miró al hombre y a la mujer una y otra vez, sin decir nada; su corazón latía cada vez con más fuerza; el terrestre notaba como chocaba contra sus costillas. Alor dijo:

—Te matarán y no será una muerte agradable, lo sé. He oído historias de hombres gritando, a veces durante muchas noches, y su pecado era menor que el tuyo.

Con la boca seca, Heath contestó:

—Una mujer fugitiva de los jardines del templo y un lanzador de jabalinas. Vuestro pecado también debe ser grande, estoy seguro que no recorrísteis medio Venus sólo para avisarme. Creo que mientes, creo que a quienes buscan los sacerdotes es a vosotros.

Broca le contestó al terrestre:

—Los tres estamos proscritos, pero Alor y yo aún podemos escapar; a ti te capturarán, vayas a donde vayas... salvo que vayas a un lugar determinado.

—¿Dónde está ese lugar? —dijo Heath.

—Es donde se encuentra el Fuego de la Luna.

Tras un rato de completo silencio, Heath emitió un sonido ronco, que quizá fuera una carcajada. Luego dijo:

—¡Fuera! ¡Apartaos de mí!

Se puso de pie, temblando de debilidad y de furia y les dijo:

—Los dos mentís, yo soy el único ser viviente que ha visto el Fuego de la Luna y queréis que os lleve allí. Creéis en las leyendas. Pensáis que el Fuego de la Luna os transformara en dioses. Estáis locos de ansia por el poder y la gloria que pensáis podéis alcanzar, tan locos como todos aquellos que lo intentaron antes de vosotros. De acuerdo, ¿o acaso os puedo asegurar que el Fuego de la Luna sólo os dará sufrimiento y muerte?

Levantó la voz y continuó:

—Podéis ir a mentirle a otro, asustad a los Guardianes de los Mares Superiores, sobornad a los mismos dioses para que os lleven allí, pero ¡apartaos de mí!

El venusiano se levantó lentamente. El camarote era pequeño para él; las vigas de la cubierta le llegaban a los hombros. Apartó a un lado al pequeño dragón. Cogió a Heath con sus dos manos y dijo:

—Iré a donde se encuentra el Fuego de la Luna y tú serás quien me lleve allí.

Heath le golpeó en la cara.

Un gran asombro mantuvo paralizado por un momento a Broca mientras Heath le decía:

—Todavía no eres un dios.

El venusiano abrió su boca con un gesto de asombro, estiró sus manos y las puso en tensión.

La mujer dijo con voz aguda, mientras se acercaba al venusiano y le sujetaba las muñecas:

—¡Broca! No le mates, imbécil.

Broca dejó salir con fuerza el aire entre sus dientes. Poco a poco, sus manos se relajaron. La cara de Heath estaba manchada de sangre negra; se abría caído si la mujer no le hubiera sujetado; ésta le dijo a Broca:

—Pégale, pero no demasiado fuerte.

Broca levantó su puño y golpeó al terrestre cuidadosamente en la punta de la barbilla.

Pasaron más de dos largas horas venusianas antes de que Heath recuperara el conocimiento. Lo recuperó con lentitud, como siempre, pasando de una vaga extensión sin sensaciones, a sentir agudamente cada una de las cosas que le importaban.

Notaba su cabeza como si hubiera sido cortada en dos partes con un hacha, desde la barbilla hacia arriba.

No llegaba a comprender el porqué se había despertado. Sólo la droga bastaba para proporcionarle varias horas de sueño pesado. El cielo que podía ver más allá del camarote había cambiado, y la noche casi había terminado. Siguió tumbado un rato, preguntándose si se iba a marear o no; luego comprendió por qué, a pesar de todo, había despertado.

El *Ethne* estaba navegando.

El enfado fue tan grande que no pudo ni siquiera empezar a maldecir. Se arrastró, con esfuerzo, hasta ponerse de pie y cruzó el camarote y entonces se dio cuenta de que el barco no iba recto, de que el viento del amanecer era fuerte y el barco daba bandazos, algunos enormes.

Le dio una patada a la puerta y salió a la cubierta.

La gran vela latina, confeccionada con seda de araña, parecía fantasmal en el aire azul; recogía y despedía el viento, temblando al golpear con los aparejos sueltos.

Heath se dirigió hacia la elevada popa, sacando fuerzas del miedo que le daba perder el barco. Broca se encontraba allí, agarrando con fuerzas la barra del timón que se encontraba a popa, intentando no ser barrido por el viento.

Se veía la estela de espuma blanca yacer sobre las aguas negras, retorciéndose como si fuera una serpiente.

La mujer, Alor, se encontraba sujeta a la barandilla, mirando a las tierras bajas que se encontraban detrás de ellos.

Broca no protestó cuando Heath lo apartó a un lado y tomó el timón. Alor se volvió y le observó, pero no dijo nada.

El Ethne era pequeño y el aparejo era tan simple que un solo hombre podía manejarlo. Heath arrió parcialmente la vela y en unos pocos segundos el barco navegaba ligero y con delicadeza; haciendo honor a su nombre, su estela se había transformado en una línea recta.

Una vez que Heath hizo esto, se dirigió a sus compañeros y les maldijo con una furia mayor que la de una madre a la que le han robado el hijo.

Broca le ignoró, siguió observando la tierra y el cielo que comenzaba a iluminarse. Cuando el terrestre se hubo cansado, la mujer dijo:

—Teníamos que partir y tú no querías colaborar; puede que incluso ahora ya sea tarde.

Heath no dijo nada más, no tenía palabras; siguió empuñando el timón con fuerza.

Broca estaba a su lado, de pie en un escalón; levantó la mano y de repente Alor gritó:

—Espera.

Algo en su voz hizo que los dos hombres la miraran. Se encontraba junto a la barandilla, presentando la cara al viento, sus cabellos volaban, la corta falda de su túnica azotaba sus muslos. Su brazo se encontraba levantado, con el gesto de señalar algo.

Estaba amaneciendo.

Por un momento Heath perdió todo el sentido del tiempo. La cubierta se alzaba ligeramente bajo sus pies, había niebla baja y estaba amaneciendo en el mar de los Ópalos Matutinos.

Parecía que nunca hubiera visto el Fuego de la Luna, ni tenido un pasado o un futuro, sino que siempre hubiera sido David Heath con su barco en medio de la luz que provenía del agua.

La luz llegó poco a poco, desplazándose lánguidamente como una lluvia de joyas, a través de millas de nubes gris perla. Al principio lentamente y frías, luego rápidamente y calientes, las gotas de fuego rosáceo, color ópalo, brillantes, fueron transformando el aire neblinoso, bajaron hasta el agua, de forma que el pequeño navío parecía desplazarse a través del corazón de un fuego color ópalo tan vasto como el universo.

El mar cambió su color, pasando de negro a índigo, alternado con franjas blancas, bandas de pequeños y brillantes dragones. Se levantaban como un rayo de los bancos de sargazos, que se encontraban dispersos sobre la superficie del mar, formando figuras con estructuras descuidadas de color púrpura, ocre y cinabrio. Los mismos sargazos se removían, con un sentimiento de vida, alzando sus tentáculos a la luz.

Por un breve momento, David Heath fue completamente feliz.

Entonces se percató de que Broca había subido un arco de debajo de la barandilla. Heath comprendió que el hombre y la mujer habían desmontado fríamente todas las trampas que tenía en el barco, mientras él se encontraba en el antro de Kalruna. Se trataba de uno de los grandes arcos de los bárbaros de las Tierras Altas. Broca tensó el gran arco como si se tratara de una ramita y colocó en él una flecha con punta de hueso tallado para presentar más cortes.

Un barco se les estaba aproximando, una forma esbelta de color perla que volaba a través de los velos de niebla suavemente brillantes. Su vela era verde esmeralda. La nave aún se encontraba muy alejada, pero tenía el viento de popa y se les acercaba rápidamente, como si fuera un dragón. Heath dijo:

—Esa nave es el *Lahal*. ¿Qué se cree Johor que está haciendo?

Luego vio, sufriendo un sobresalto de horror incrédulo, que en la proa de la nave que se aproximaba, se había colocado, en posición de ataque, un espolón puntiagudo.

Durante un instante, el cerebro de Heath intentó comprender la causa de que Johor, un vulgar capitán de un vulgar barco mercante, intentara hundir su nave. Entonces Alor dijo cinco palabras:

—Los Hijos de la Luna.

En ese momento, en la cubierta superior del *Lahal*, Heath pudo distinguir cuatro figuras vestidas de negro.

El largo y brillante espolón, cubierto de agua, brillaba a la luz de la aurora.

Heath se arrojó hacia el timón de la popa. La vela dorada del *Ethne* se encontraba tensa, ya que se estaba cara al viento. Heath midió tristemente la distancia y luego cambió de dirección.

Broca se volvió hacia el terrestre con furia y le dijo:

—¿Estás loco? Nos atraparán enseguida, sigue de la otra manera.

Heath, que de repente se sintió lleno de un odio ciego hacia Johor y los cuatro sacerdotes vestidos de negro, le contestó:

—No hay otra manera, me han atrapado a sotavento de la costa.

No había nada que hacer, salvo esperar, aguardar y navegar con el corazón pendiente de un hilo, con la esperanza de que David Heath todavía viviera lo suficiente para poder cruzar la trayectoria de su perseguidor. *Y si no*, pensó Heath, *hundiré el Lahal junto conmigo*.

Broca y Alor permanecían de pie, juntos, en la barandilla, observando la carrera de la gran vela verde. No hablaban, no tenían nada que decir. Heath se dio cuenta de que, una y otra vez, la mujer se volvía para estudiarlo.

Sobre el agua se podían ver las estelas de las dos naves, como dos lados de un triángulo, acercándose a su vértice.

Ahora Heath podía ver a Johor manejando el timón. Podía ver a la tripulación; estaban inclinados por la cintura; eran marineros asustados que rodeaban a los sacerdotes que estaban orando. Estaban armados con arpones y preparados para el combate.

En la cubierta superior pudo ver a los Hijos de la Luna.

Eran hombres altos, llevaban túnicas de malla negra con el símbolo rayado de la luna, confeccionado con joyas, brillando sobre su pecho.

Rodearon la cubierta embreada, con su cabello color de plata ondeando al viento; sus cuerpos eran semejantes a los cuerpos de lobos que corrieran tras su presa para devorarla.

Heath luchaba en el timón de popa, luchaba para mantener recto el curso de la nave, luchaba contra el viento y la distancia, para imponerles su voluntad.

La mujer, Alor, seguía observando a David Heath con sus amargos y desafiantes ojos, Heath la odiaba, al igual que odiaba a los sacerdotes. Con un odio mortal, por que sabía el aspecto que debía tener con su cara morena en donde se marcaban los huesos, su cuerpo consumido, dando tumbos y temblando, conforme se aferraba a la barra del timón.

La vela esmeralda, redonda y brillante como el pecho de un loro, se veía, a la luz, cada vez más cerca. Eran dos perlas verde y blanca, púrpura y oro, sobre un mar azul oscuro; el puntiagudo espolón brillaba. Eran dos dragones corriendo hacia su encuentro, hacia su matrimonio, hacia su muerte.

Cada vez más próximos, los rayados símbolos de los Hijos de la Luna brillaban en sus pechos.

La mujer llamada Alor alzó su cabeza al viento y lanzó un grito, largo y agudo, como el grito de un águila. El grito terminó con un nombre que ella pronunció como si fuera una maldición:

—¡Vakor!

Uno de los sacerdotes, que llevaba la insignia rodeada de un galón dorado que lo señalaba como el superior, alzó los brazos y lanzó una maldición cuyas palabras llegaron ardientes y amargas transportadas por el viento.

La cuerda del arco de Broca sonó como si fuera la cuerda de un arpa, pero el tiro quedó corto y la flecha cayó al mar. Vakor rio.

Los sacerdotes fueron a popa para estar seguros escudados en las maderas del barco; las caras de los marineros se mostraban llenas de espanto.

Heath lanzó un aviso y vio a Alor y Broca echarse cuerpo a tierra sobre la cubierta. Vio sus rostros; eran los rostros de un hombre y una mujer que están a punto de morir y eso no les gusta, pero no tienen miedo. Broca se estiró y cubrió el cuerpo de la mujer con el suyo propio.

Heath empujó la proa del *Ethne* directamente a favor del viento y la dejó seguir libremente su rumbo hacia la otra nave.

El *Lahal*, con su estruendo, se encontraba a no más de tres yardas; no era posible hacer nada para evitar el choque.

Cuando este se produjo, la barra del timón golpeó a Heath y lo dejó medio atontado. Oyó el ruido que producía la vela al desgarrarse encima de donde el terrestre se encontraba; sintió el golpe que hizo temblar al *Ethne*, hasta su última

astilla y rezó para que el mástil siguiera en su sitio. Cuando se volvió para ver que pasaba, pudo contemplar al sacerdote Vakor que había subido a la alta popa del *Lahal*. Estaba lo suficientemente próximo a Heath para poder verle la cara.

Se miraron el uno al otro y los ojos del uno se encontraron con los ojos del otro. Los ojos de Vakor eran brillantes y salvajes, los ojos de un fanático. No era viejo; su cuerpo era viril y fuerte; en su rostro estaban talladas las líneas que le imprimían carácter: los labios eran gruesos, sensuales y orgullosos. Se encontraba tenso y hablaba con furia, su voz sonaba entre el viento, como si fueran los aullidos de una bestia.

—¡Os seguiremos! ¡Os seguiremos y los dioses os matarán!

Como el impulso del *Labal* le alejaba, Heath únicamente alcanzó a oír el último eco de su grito:

—¡Alor!

Con todas las fuerzas que le quedaban, Heath consiguió controlar su maltrecho barco, viró a estribor y se alejó lo más rápidamente posible.

Broca y Alor, se pusieron de pie lentamente. El hombre dijo:

—Pensaba que habías hundido el barco.

A esto, Heath le contestó:

—El viento estaba a su favor, y no me dejaban pasar como es debido.

Alor se encaminó a la popa y observó el lugar en el que el *Lahal* daba vueltas y se tambaleaba, como si intentara detener su temerario impulso y susurró para sí misma:

—¡Vakor!

Después de haberlo hecho, escupió al mar.

En ese momento, el corpulento Broca dijo:

—Nos seguirán. Alor me dijo que disponían de una carta marina, la única existente, que muestra el rumbo a seguir para alcanzar el Fuego de Luna.

Heath se encogió de hombros. Estaba demasiado cansado para que eso le importara. Señaló hacia la derecha y dijo:

—Una fuerte corriente oceánica fluye por aquí, como si fuera un río en el mar. La mayor parte de los capitanes la temen, pero sus barcos no son como el *Ethne*. Nosotros la atravesaremos; después que la hayamos cruzado tendremos que confiar en la suerte.

A su lado, Alor, que daba grandes vaivenes siguiendo los del barco, dijo:

—Después, tú irás a donde se encuentra el Fuego de la Luna.

—Yo no dije nunca que iría. Broca, tráeme mi botella del armario que hay en mi camarote.

Pero fue la mujer la que le trajo la botella y le miró mientras bebía, luego le preguntó:

—¿Estás bien?

La respuesta del terrestre le llegó llena de tristeza:

—Me estoy muriendo y me preguntas si estoy bien.

La mujer le miró fijamente a los ojos por un momento. De forma sorprendente no había burla en su voz cuando volvió a hablar, sólo había respeto.

—No morirás, —dijo Alar y se retiró.

En pocos momentos, la corriente oceánica atrapó al Ethne y lo arrastró en dirección norte. El Lahal desapareció entre las nieblas detrás de ellos; aquel barco no estaba preparado para maniobras delicadas y Heath sabía que Johor no se arriesgaría a penetrar en la rápida corriente.

Durante casi tres horas, el terrestre permaneció en su puesto y condujo el barco hacia delante. Cuando la corriente oceánica se curvó hacia el este, la abandonó y pasó a navegar sobre aguas tranquilas. Después se acostó sobre la cubierta y se quedó dormido.

Nuevamente, el bárbaro alto lo levantó, como si fuera un niño, y lo acostó en su litera.

A lo largo del resto del día y de la larga noche venusiana, Broca estuvo al timón mientras Heath dormía un profundo sueño. Alor se encontraba sentada al lado del terrestre, observando las sombras de las pesadillas que aparecían en su rostro, escuchando cómo gemía y hablaba, calmando sus peores temblores.

Repitió el nombre de Ethne una y otra vez, un rompecabezas de extraños anhelos apareció ante los ojos de Alor.

Cuando amaneció, Heath se despertó y nuevamente subió a cubierta. Broca le preguntó con su tono ronco de bárbaro:

—¿Ya te has decidido?

Heath no le respondió, entonces Alor le dijo:

—Vakor te dará caza. Por todo Venus se ha extendido el mensaje, mientras haya hombres, no habrá refugio para ti... salvo en un lugar.

Heath sonrió, simplemente enseñó sus dientes sin manifestar la más mínima alegría y contestó:

—Y ese lugar es donde se encuentra el Fuego de la Luna; lo haces todo muy simple.

El terrestre sabía que la mujer decía la verdad. Los Hijos de la Luna nunca abandonarían su persecución. Era una rata en un laberinto en el que cada camino conducía a la muerte.

Pero existían diferentes tipos de muertes. Si tenía que morir, no sería en la forma en que Vakor quería que muriera, sino con Ethne nuevamente entre sus brazos... una Ethne que fuera más real que una mera sombra.

Comprendió entonces lo que había sabido siempre, en lo más profundo de su mente, durante las más de tres estaciones. Que estaba viviendo una existencia que no merecía la pena de ser vivida. Sabía que algún día debía volver allí nuevamente. Entonces dijo:

—De acuerdo, iremos hacia el Fuego de la Luna, y quizá todos nos transformemos en dioses.

Broca le dijo:

—Terrestre estás débil, no tienes el suficiente coraje.

A esto Heath le respondió con una única palabra:

—Tú espera.

## *Capítulo 3*

### *Sobre la barrera*

Pasaron los días y las noches y el *Ethne* siguió navegando rumbo al norte, a través del mar de los Ópalos Matutinos, mientras su rumbo hacia el norte los acercaba al ecuador. Se encontraban alejados de las rutas comerciales. Todas estas vastas extensiones eran desconocidas.

Ni siquiera había pueblos de pescadores a lo largo de la costa. Los grandes acantilados se elevaban agudos directamente desde el borde del mar, por lo que allí no se podía hacer pie en la costa. Más allá, pasada la Garganta del Dragón, únicamente se extendía la trampa mortal de los desolados Mares Superiores.

El *Ethne* navegaba tan velozmente como si disfrutara de estar nuevamente libre del puerto lleno de lodo y de las cadenas que lo habían amarrado.

También se produjo un cambio en Heath. Volvió a ser un hombre de nuevo. Comenzó a aparecer afeitado, limpio y a caminar erguido sobre su propia cubierta; ya nunca más fue preciso preguntarle por la decisión que había tomado, ya no había duda. El largo tiempo en que había pasado miedo, el largo tiempo en que había estado detenido, ya habían pasado; a su amarga manera, el terrestre era feliz.

No habían vuelto a tener noticias del *Lahal*, pero Heath sabía muy bien que la nave se encontraba en alguna parte, siguiéndoles. El barco perseguidor no era tan rápido como el *Ethne*, pero estaba bien construido y Johor era un buen capitán. Además, el sacerdote Vakor se encontraba a bordo y para atraparlos, era capaz de conducir al *Lahal* por encima de las Montañas de la Nube Blanca.

El terrestre le dijo a Alor:

—Parece ser que Vakor te tiene un odio especial.

Su rostro se contorsionó con asco y el recuerdo de la vergüenza sufrida, luego respondió:

—Es una bestia, es una serpiente, es un lagarto que camina como si fuera un rey.

Tras un instante, la mujer añadió:

—Se lo hemos puesto fácil; al estar los tres juntos, nos podrá atrapar a la vez.

Desde el lugar en el que se encontraba sentado, controlando el timón, Heath miró a la mujer con una remota curiosidad. Ella permanecía en pie, con sus largas piernas y su boca audaz, mirando hacia atrás con sus neblinosos ojos, hacia la blanca estela



que el barco dibujaba tras ellos sobre el mar.

El terrestre dijo:

—Debes haber amado mucho a Broca para romper tus votos por él, sabiendo lo que significa esto si ellos te atrapan.

Alor le miró y luego se rio; fue un sonido breve y sin ningún tipo de humor. Luego le dijo al terrestre:

—Me habría ido con cualquier hombre lo bastante fuerte como para sacarme del templo. Broca es fuerte y me adora.

Heath se quedó verdaderamente sorprendido por lo que le preguntó a la mujer:

—¿Entonces no le amas?

Alor se encogió de hombros y contestó:

—Broca es guapo y es un jefe guerrero; además, es un hombre, no un sacerdote. Pero de ahí a amarlo...

Luego, de repente, la mujer le preguntó:

—¿Cómo es el amor... el amor como el que tú le tenías a Ethne?

—¿Qué sabes tu de Ethne? —le replicó Heath con rudeza.

—Has hablado de ella en tus sueños; además, Broca me contó cómo la invocaste y la hiciste aparecer en casa de Kalruna. Te atreviste a llegar hasta el Fuego de Luna para que regresara del más allá.

Alor miró el marfileño mascarón en que terminaba la alta y elevada proa; era la imagen de una mujer, joven delgada y que sonreía. Luego, bruscamente, le dijo a Heath:

—Creo que eres un imbécil; creo que sólo un imbécil puede amar a un fantasma.

La mujer le abandonó y bajó al camarote antes de que pudiera reunir las palabras necesarias para contestarle, antes de que pudiera coger su blanco cuello entre sus manos y retorcerlo.

—¡Ethne, Ethne!

Maldijo a la mujer de los jardines del templo.

Todavía estaba incubando su furia cuando Broca subió del camarote para relevarlo al timón. Heath le dijo secamente:

—Seguiré pilotando un poco más, creo que una tempestad va a empezar en breve tiempo.

Conforme se iba cerrando la noche, se veía a las nubes acumularse al sur. El mar seguía con sus olas mansas, como todos los días anteriores, pero había una sutil diferencia, un empuje y un arremolinarse del agua que hacían temblar toda la quilla de la nave.

Broca encogió sus enormes hombros, miró hacia el sur y luego a Heath. Luego le dijo al terrestre:

—Creo que hablas demasiado con mi mujer.

Antes de que Heath pudiera responder, Broca colocó su mano, al parecer suavemente, sobre el hombro del terrestre y apretó, al parecer ligeramente. El apretón

tenía la suficiente fuerza como para romper los huesos de Heath. Luego le dijo:

—No hables demasiado con Alor.

Heath le respondió airado:

—Yo no la he buscado. Si ella es tu mujer, ¡preocúpate tú por ella!

Con calma, Broca le respondió:

—No estoy preocupado por mi mujer, al menos no por lo que pueda haber entre ella y tú.

Mientras hablaba, el bárbaro miró a Heath por encima del hombro; el terrestre se dio cuenta del contraste que hacía, su cuerpo esquelético y su cara delgada frente a la magnífica potencia del gran bárbaro. Broca dijo:

—A pesar de todo, ella está siempre en cubierta contigo, escuchando tus historias sobre el mar; no hables tanto con ella.

Un tono cortante de voz apareció en la última frase del bárbaro. Heath contestó y sus palabras estaban llenas de escarnio hacia Broca:

—¡Por el amor de Dios! Si yo soy un imbécil, ¿qué eres tú? Un hombre lo bastante loco como para buscar el Fuego de la Luna y esperar fidelidad de una prostituta del templo. Y ahora estás celoso.

En ese momento, el terrestre odiaba amargamente a Broca y a Alor, así que lleno de odio siguió hablando.

—Espera a que te alcance el Fuego de Luna; romperé tu fuerza y tu orgullo. Después no te importará con quién hable tu mujer ni dónde.

Broca le dirigió una mirada de desprecio absoluto, luego se volvió, le dio la espalda y comenzó a mirar al mar que se iba oscureciendo.

Después de un rato, Heath llegó a ver el lado humorístico del asunto y comenzó a reír.

Allí se encontraban los tres, dirigiéndose a la muerte. En algún lugar, al sur de donde se encontraban, Vakor se dirigía hacia ellos como si fuera un negro pastor que los conducía hacia la muerte.

Sueños de imperio, sueños de gloria y un viaje que suponía una tentación a la venganza de los dioses... y en tal situación, el jefe bárbaro se mostraba celoso.

De repente, se dio cuenta de cuanto tiempo había pasado Alor a solas con él. Siguiendo una costumbre, tan vieja como el mar, ella le había ayudado a pasar las duras y largas horas de marinero, permitiéndole contar las historias fantásticas del mar. Recordando los días pasados, podía ver el rostro de Alor, extrañamente joven y ansioso de aprender, podía recordar cómo la mujer siempre le hacía preguntas y quería aprender la forma en que funcionaba el navío.

Ahora recordaba lo hermosa que parecía mientras el viento hacía ondear sus cabellos con su cuerpo, firme y fuerte, manteniéndose sobre el *Ethne* en un mar embravecido.

Conforme pasaban las horas, la tormenta fue fraguándose y finalmente estalló.

Heath sabía que el Mar de los Opalos Matutinos no les dejaría escapar sin lucha.

Ya había intentado retenerlos con bajíos, con arrecifes que se desplazaban, con calmas chichas y brillantes mareas solares, con todo tipo de corrientes, nieblas y sargazos flotantes. Heath había derrotado a todos los contratiempos que le envió el mar. Ahora, casi a la vista de la Garganta del Dragón, la entrada a los mares Superiores, era el momento más oportuno para una tempestad asesina procedente del sur.

La noche era negra. El mar ardía con fosforescencia blanca como si fuera un caldero hirviente lleno de fuego mágico. El viento tenía una fuerza que asustaba. El *Ethne* subía y bajaba arrastrado por el viento, con todas las velas arriadas, por una vez. Heath celebró que Broca, junto al que luchaba con el timón por mantener el rumbo, fuera tan fuerte como era.

Se percató de que había alguien a su lado, era Alor.

—¡Vete abajo! —Le gritó el terrestre, que sólo llegó a oír el eco de una respuesta. La mujer no le hizo caso y sumó su fuerza con la de los demás en el timón.

Rayos y relámpagos, tan anchos como la cola de un cometa, golpeaban aquí y allí. Con un impulso y una furia como si hubieran comenzado su camino en otra estrella y hubieran ido cogiendo velocidad a lo largo de media galaxia. Los rayos iluminaron el Mar de los Ópalos Matutinos con una luz púrpura, hasta que el trueno volvió a traer la oscuridad; luego, la lluvia cayó como si fuera un río que venía directamente de las capas de nubes que envuelven el planeta.

Heath gritó en su interior. El viento y las corrientes marinas habían atrapado al pequeño barco entre ambos y lo arrastraban hacia delante. A la velocidad que ahora llevaba la nave, alcanzarían la Garganta del Dragón al amanecer. Lo malo es que llegaría allí totalmente volcada y tan indefensa como una astilla de madera arrastrada por la corriente.

La luz de los relámpagos le mostró el cuerpo en tensión del gran bárbaro, empapado en agua, que brillaba al ser iluminado por las centellas. Sus largos cabellos, azotados por el viento y el agua, caían sueltos y empapados, desde los moños unidos por cadenas que constituían su peinado.

La misma luz le permitió también vislumbrar a Alor; sus manos y sus hombros se tocaban con los del bárbaro mientras ambos se afanaban al timón.

Parecía que la lucha contra el mar duraba siglos cuando, de repente, la lluvia cesó, el viento se suavizó y comenzó un período de silencio fantasmal.

La voz de Alor sonó fuerte en los oídos de Heath, al preguntar, casi gritando:

—¿Ha terminado todo?

—No, —le respondió el terrestre—. ¡Escucha!

Oyeron un estampido profundo, largo y distante, en dirección hacia el norte, el sonido de la resaca.

La tormenta comenzó nuevamente.

Llegó la aurora, apenas más luminosa que la noche. A través de la niebla, Heath pudo ver los acantilados que se elevaban a ambos lados, donde las montañas se

aproximaban entre sí, el lugar por donde se vertía el Mar de los Ópalos Matutinos en el estrecho denominado la Garganta del Dragón.

La corriente marina los arrastraba con rapidez, haciendo brotar espuma blanca al chocar con la piedra negra.

El *Ethne* fue arrastrado de forma temeraria, como una hoja que se dirigiera a un molino.

Los acantilados seguían aproximándose entre sí, hasta que el hueco existente entre ellos no fue de más de una milla. Negros titanes incubando la muerte. En el espacio que se encontraba a sus pies, se podía ver la furia del agua cubierta de espuma, al chocar con las rocas semejantes a colmillos.

La Garganta del Dragón.

Cuando Heath la había atravesado anteriormente, el tiempo era bueno y tenía hombres en los remos. Aun así, no había sido fácil atravesarla. Ahora se forzó recordar dónde se encontraba el canal, e intentó dirigir el barco hacia lo que parecía ser un camino despejado por en medio de las rocas.

El *Ethne* ganó velocidad y salió disparado hacia la Garganta del Dragón.

La nave navegaba con rapidez a través de la espuma, el viento y el sonido, en una ciega locura. Una y otra vez, Heath vio surgir ante él una inmensa roca y fue capaz de desviar el barco a un lado y mantenerse apartado de la muerte segura que se encontraba oculta bajo la superficie hirviente. Dos veces, tres veces, el *Ethne* sufrió un estremecimiento y el terrestre pensó que la nave se hundía.

Una vez, hacia el final, cuando parecía que ya no había ninguna esperanza, el terrestre notó la mano de *Ethne* sobre la suya.

La mar gruesa los salvó, arrastrándolos, con su impulso, a través del canal, haciéndoles pasar por encima de las rocas y finalmente por encima de la lengua de tierra que se encontraba al final del paso.

Finalmente, el *Ethne* llegó tambaleándose a la calma relativa de los Mares Superiores, en donde las grandes olas parecían más amables. El trayecto se realizó rápidamente, muy rápidamente. Durante mucho tiempo, los tres permanecieron abrazados al timón, incapaces de comprender que todo había pasado y todavía estaban vivos.

La tormenta se agotó por sí misma; el huracán cedió su lugar a una fuerte brisa. Heath consiguió izar el harapo a que había sido reducida su vela; después se sentó junto a la caña del timón y colocó su cabeza entre sus rodillas pensando en la forma en que Alor había cogido su mano, cuando pensaba que iba a morir.

## *Capítulo 4* *¡Esperaré!*

Aunque era temprano, hacía calor. Los Mares Superiores se extendían a lo largo del ecuador, eran aguas poco profundas, llenas de rocas y cubiertas de sargazos. Se encontraban infestadas de acantilados de barro que se desplazaban de un lugar a otro, dando lugar a un laberinto de lagos y canales sin salida, rodeados de montañas.

El viento dejó paso a una calma chicha. Dejaron tras ellos el agua abierta, que se mantenía despejada por las corrientes procedentes del Mar de los Ópalos Matutinos y penetraron en una zona en la que, conforme avanzaban, los sargazos flotantes aparecían cada vez más espesos a su alrededor. Era una llanura de un ocre desvaído, que se removía con su propia vida no inteligente.

El aire olía a podrido.

Bajo la dirección de Heath colocaron la cuchilla para el sargazo en su posición. La gran hoja fue colocada, con abrazaderas sobre la proa. Luego, empleando el timón como si fuera un remo, comenzaron a empujar al *Ethne*, con el esfuerzo de sus sudorosas espaldas.

Nubes de pequeños dragones de brillantes escamas, al ser molestados por el barco, se levantaron lanzando gritos que parecían silbidos. Este era el territorio en el que se criaban. Se apareaban y hacían sus nidos en los sargazos. El aire, que estaba caliente, se encontraba lleno del sonido que producían sus alas.

Los pequeños dragones se posaban sobre la barandilla, sujetándose a la misma, y les observaban con sus ojos rojos. La criatura que Heath llevaba en su hombro comenzó a emitir chillidos agudos de excitación. El terrestre la lanzó al aire y el pequeño dragón corrió a reunirse con sus compañeros.

También había vida bajo los sargazos, criándose en las cálidas aguas estancadas. Esta vida, a la vez multiforme y sin forma, constituía enjambres eternamente hambrientos. Pequeñas criaturas, con forma de reptil, flotaban y se desplazaban sobre los sargazos, comiéndose los huevos de los dragones. Aquí y allá, una oscura cabeza aplastada, rompía la cubierta de juncos y aparecía en el exterior en medio de un crujido, observando al *Ethne* con unos ojos que no manifestaban ninguna curiosidad, mientras mascaba y tragaba.

Heath seguía continuamente en guardia.

El sol se elevó, por encima de la cubierta de nubes eternas. El calor, reuniendo sus fuerzas, cayó sobre los viajeros. La caña del timón se movía hacia delante y hacia atrás; la cuchilla avanzaba cortando.

Aunque el sargazo había sido cortado, se pegaba al casco y, una vez que la nave pasaba se volvía a cerrar, lentamente, como si los juncos se juntaran y doblaran sobre sí mismos.

Los ojos de Heath se mantuvieron girados en la dirección en la que se encontraba Alor.

El terrestre no quería mirar a la mujer, ni tampoco recordar la caricia de su mano sobre la suya. únicamente quería recordar a Ethne, recordar la agonía que había sufrido en medio del Fuego de la Luna y pensar en la recompensa que le esperaba

allí, si era capaz de aguantar. ¿Qué podía representar, frente a esta recompensa, una prostituta del templo?

Pero siguió mirándola a escondidas. Las blancas piernas de la mujer brillaban con el sudor y sus labios rojos se veían sombríos por el cansancio, pero a pesar de todo se percibía en ella una belleza salvaje y extraña. Una y otra vez, su mirada se cruzó con la de la mujer, una mirada rápida que, debajo de las pestañas, se veían llena de pasión. Sus ojos no eran los de una prostituta del templo. En su interior, Heath maldijo a Broca por hacerle pensar en Alor y después se maldijo a sí mismo, pues no podía dejar de pensar en la venusiana.

Siguieron esforzándose en la nave, hasta que ya no pudieron permanecer de pie; entonces se tendieron sobre la cubierta y el calor sofocante hizo el resto. Broca tomó a la mujer, la llevó junto a sí y dijo:

—Dentro de poco, todo habrá terminado; dentro de poco alcanzaremos el Fuego de la Luna. Alor, ¡seguro que te gustará estar casada con un dios!

La mujer, rodeada por los brazos de Broca, no dijo nada; su cabeza se volvió para no verle y no contestó. El bárbaro se rio.

—Seremos dios y diosa, los dos de la misma clase, como lo somos ahora; construiremos nuestros tronos tan altos que hasta el sol podrá contemplarlos.

Giró su cabeza sobre sus hombros, miró intensamente el rostro de la mujer y continuó diciendo:

—Alor, estoy hablando de poder y de fuerza; poseeremos ambos.

Luego cubrió los labios de la mujer con los suyos y la acarició, deliberadamente, de forma posesiva.

Alor lo apartó de su lado, diciendo con enfado:

—¡No! Hace demasiado calor y estoy demasiado cansada.

Se levantó y se alejó del lado de Broca, dándole la espalda.

Broca la miró, luego se volvió y miró a Heath. Un oscuro impulso hizo enrojecer su piel. Entonces dijo con lentitud:

—Demasiado calor y demasiado cansada, y además el terrestre está mirando.

Estiró sus brazos, acogió a Alor y le hizo girar para darle la cara, con su enorme mano comenzó a jugar con el pelo de la mujer. En el momento en que la tocó, Heath saltó y le dijo:

—¡Déjala en paz!

En ese momento, Broca le contestó:

—Es mi mujer y sin embargo no la puedo tocar.

Miró los ojos de Alor, que desprendían fuego y preguntó:

—¿Eres mi mujer o no eres mi mujer?

El bárbaro bloqueó el camino de la mujer, volvió su rostro. Medio ciego de rabia y gritó con voz ronca.

—¿Crees que no te veo? Os estáis mirando el uno al otro todo el día.

En ese momento, el terrestre le contestó:

—Estás loco.

A esta observación el bárbaro le respondió:

—Sí, lo estoy.

Dio dos pasos hacia el lugar en el que se encontraba el terrestre y dijo en tono amenazador:

—Estoy lo bastante loco como para matarte.

En ese momento, la mujer habló:

—Si lo haces, nunca llegarás a encontrar el Fuego de la Luna.

Broca se detuvo, dudando por un instante entre su pasión y su sueño. Se encontraba de cara a la popa; algo hizo que su mirada se dirigiera más allá de donde se encontraba Heath y entonces, gradualmente, cambió la expresión de su rostro. Heath se giró y Alor emitió un grito apagado.

Muy por detrás de ellos, borrosa en medio del aire saturado de vapores, se podía ver una vela esmeralda.

El *Lahal* debía haber pasado a través de la Garganta del Dragón nada más terminar la tempestad. Con hombres remando en los bancos, se había aproximado al *Ethne*, durante la calma chicha. Ahora, la nave también se encontraba en medio de los sargazos y los remos eran inútiles, pero tenía hombres para que la arrastraran remando desde barcas. Se movía más rápido que el *Ethne* y sin hacer pausas.

A partir de ese momento, hubo poco tiempo de descanso para Heath, Broca y la mujer.

Remaron con la barra del timón, toda la tarde sofocante y toda la noche, en la que no se movía el aire, llegando a alcanzar un ritmo monótono y que casi los había hipnotizado, como las bestias que hacen girar siempre monótonamente, la rueda de una noria. Dos de ellos remaban siempre, mientras el tercero dormía.

Broca no apartaba nunca sus ojos de Alor; con su tremenda vitalidad, parecía que nunca dormía. En los períodos en los que Heath y Alor estaban solos en el remo, procuraban no intercambiar ni palabras ni miradas.

Al amanecer vieron que el *Lahal* se encontraba más próximo.

Broca se acurrucó sobre la cubierta. Levantó su cabeza y miró a la vela verde. Heath se percató de que sus ojos estaban muy brillantes y de que estaba tiritando a pesar del calor bochornoso que hacía.

El corazón de Heath se sobresaltó. Es conocido que en los Mares Superiores las fiebres son endémicas y si, como parecía, el gran bárbaro había enfermado, este sería un mal asunto. Heath era casi inmune a las fiebres, pero Broca estaba acostumbrado a aire limpio de las Tierras Altas y el veneno de la fiebre estaba actuando en su sangre.

El bárbaro midió la velocidad que llevaban las dos naves y dijo:

—No tiene sentido que sigamos huyendo, debemos quedarnos aquí y luchar.

A esto, Heath le contestó con rabia:

—Pensaba que querías encontrar el Fuego de la Luna, pensaba que eras un

hombre lo bastante fuerte como para vencer en los lugares en los que los demás hombres han fracasado, pensaba que ibas a ser un dios.

Broca se puso de pie y le contestó al terrestre:

—Con fiebre o sin fiebre, soy más hombre que tú.

—¡Entonces ponte a trabajar! Si seguimos por delante de ellos, podemos seguir abriéndonos paso entre los sargazos.

En ese momento, Broca le preguntó al terrestre:

—¿Y alcanzar el Fuego de la Luna?

Sí.

—Seguiremos navegando por delante de ellos.

Dobló su espalda y siguió remando con la caña del timón, el *Ethne* siguió arrastrándose hacia delante, sobre la capa de sargazos. Su vela dorada colgaba del mástil con una terrible quietud. El calor apretaba en los Mares Superiores, como si el mismo sol bajara por en medio de la neblina. A popa se podía percibir que el *Lahal* proseguía su movimiento con regularidad.

La fiebre de Broca fue en aumento; de vez en cuando seguía maldiciendo a Vakor y gritándole a la nave de la vela esmeralda:

—¡Maldito sacerdote, nunca nos atraparás! ¡Yo soy Broca, de la tribu de Sarn, te venceré y luego conseguiré el Fuego de la Luna! ¡Pronto yacerás boca abajo, maldito sacerdote, y lamerás mis sandalias antes de morir!

Luego se volvía para mirar a Alor con sus ojos brillando y le decía gritando:

—¡Alor, tú conoces las leyendas! El hombre que pueda bañarse en el corazón del Fuego de la Luna tendrá el poder de los Elevados, podrá construir un mundo a su conveniencia y ser rey, señor y amo. Podrá construirle a su divina esposa un palacio de diamantes, con el suelo de oro. Alor, esto es cierto, has oído como los sacerdotes lo decían en el templo.

La respuesta de Alor fue breve:

—Es verdad.

—Alor, será un nuevo mundo. Un mundo que será nuestro.

Con un esfuerzo frenético, el bárbaro hizo que el pesado remo que era el timón, girara. Una y otra vez, el misterio del Fuego de la Luna pasó por la mente de Heath. ¿Por qué, si los sacerdotes conocían la ruta hasta donde se encontraba el Fuego de la Luna, no habían ido hasta allí y se habían convertido en dioses? ¿Por qué ningún hombre había vuelto de allí siendo un dios?

Sólo unos pocos, un puñado de hombres como él mismo, se habían aproximado, pero no habían tenido el valor de llegar hasta el final del camino.

Y sin embargo, allí había algo divino. Lo sabía porque en su interior había una sombra de algo que era más que humano.

Conforme transcurría aquel día interminable, la vela esmeralda estaba cada vez más cerca.

Hacia la mitad de la tarde, se produjo un repentino revoloteo de los pequeños



dragones; luego, todos los seres vivientes que se encontraban entre los sargazos quedaron como paralizados. Las criaturas semejantes a reptiles quedaron inmóviles, con huevos de dragón sin romper entre sus mandíbulas. Ninguna cabeza apareció en la superficie del agua para alimentarse. Cuando la bandada de dragones se alejó volando, formando una nube en la que se oían algunos silbidos, todo quedó en completo silencio.

Heath se inclinó sobre el timón y lo detuvo. Luego les dijo a sus compañeros:

—Quedaos en silencio y mirad hacia ahí.

La pareja siguió con la vista la mano del terrestre. Muy lejos, en la dirección de proa, hacia babor, sobre los sargazos, se dirigía hacia ellos una gran ondulación; era una cresta tan grande como si el mismo fondo de los Mares Superiores estuviera en movimiento. Alor susurró:

—¿Qué es eso?

La mujer vio el rostro de Heath y se calló.

De forma que parecía indolente, pero con increíble velocidad, la cresta llegó al lugar en el que se encontraban. Heath tomó un arpón del cajón de popa. Observó el movimiento de los sargazos, viendo como disminuían gradualmente su velocidad y finalmente se detenían con un aspecto de rompecabezas.

Entonces el terrestre arrojó el arpón, con toda la fuerza que tenía y aun más, tan lejos del barco como pudo.

La cresta comenzó a moverse nuevamente, se alejaba de ellos y se aproximaba rápidamente al lugar en el que había caído el arpón. Heath dijo:

—Atacarán cualquier cosa que se mueva, nos ha perdido porque nos hemos detenido, observad.

Los sargazos se elevaron y luego, de repente, se rompieron dejando un espacio despejado, los juncos unidos entre sí se deslizaron sobre una titánica espalda cubierta de escamas. Parecía que la inmensa criatura no tenía forma, no tenía una cabeza distinguible. Era simplemente una inmensa y hambrienta negrura que se extendía en todas direcciones. Los desgraciados animales que se encontraban a su alrededor silbaban y se agitaban en sus inútiles esfuerzos por escapar, antes de ser engullidos por este ser y desaparecer. Nuevamente, Alor susurró:

—¿Qué es esto?

A esta pregunta, el terrestre le respondió:

—Es uno de los Guardianes. Los Guardianes de los Mares Superiores. Destrozarán cualquier barco hasta dejarlo reducido a astillas y se comerán a su tripulación.

Miró hacia atrás, al *Lahal*; también se había detenido por completo. El astuto Vakor también había oído el peligro. Heath dijo a continuación:

—Tendremos que esperar hasta que se vaya.

Esperaron. La enorme y oscura forma sorbía y daba sacudidas entre los sargazos y no parecía tener prisa en retirarse.

Broca se sentó mirando a Heath. Tenía mucha fiebre y sus ojos estaban enloquecidos. Comenzó a hablar en voz baja consigo mismo; se trataba de una serie de sonidos incoherentes entre los cuales únicamente se distinguía el nombre de Alor y la palabra Fuego de la Luna.

De repente y con una claridad asombrosa dijo:

—El Fuego de la Luna no significa nada para mí, si no tengo a Alor.

Repitió varias veces *¡nada!*. Cada vez que repetía la palabra, se golpeaba las rodillas con sus enormes puños.

Luego comenzó a mover su cabeza ciegamente de un lado para otro, como si estuviera buscando algo; tras un tiempo dijo:

—Se ha ido, Alor se ha ido, se ha marchado con el terrestre.

Alor le habló al bárbaro, tocándole, pero Broca la apartó. En su cerebro enloquecido por la fiebre, sólo había sitio para una verdad. Se levantó y se dirigió hacia David Heath.

Heath se levantó y le gritó al bárbaro:

—¡Broca! ¡Alor está detrás de ti, no se ha marchado!

Broca no oía nada, ni nada le detuvo. Alor volvió a gritar:

—¡Broca!

Entonces Broca contestó a la mujer que creía le había abandonado:

—No, tú le amas a él. Tú ya no eres mía. Cuando me miras, yo no soy nadie para ti, ya no hay ninguna pasión en tus labios.

Siguió avanzando hacia donde se encontraba David Heath; estaba ciego y sordo para todo, salvo para la idea de que su vida había sido desgarrada, despreciada y destruida.

En el pequeño espacio que se encontraba detrás de la cubierta no había mucho sitio para moverse. Heath no quería pelear. Procuró sujetar al gigante enfermo, pero Broca le empujó contra la barandilla. Tuviera o no tuviera fiebre, Heath tenía que luchar contra él y el hecho de que estuviera enfermo no suponía una gran ventaja para el terrestre, porque el bárbaro no sentía el dolor.

El enorme peso del venusiano aplastó a Heath contra la barandilla, e hizo que su columna vertebral se doblara casi hasta romperse; las manos de Broca alcanzaron la garganta del terrestre.

Heath le golpeó una y otra vez, preguntándose si habría recorrido tan largo camino para morir de esta forma, en una pelea sin sentido a causa de una mujer.

De repente, se dio cuenta de que Broca estaba aflojando la presión que ejercía sobre él, deslizándose hacia atrás por la cubierta. A través de una neblina vertiginosa vio a Alor, de pie con un gancho de abordaje en su mano.

Heath comenzó a temblar, en parte como reacción a la situación por la que había pasado, pero principalmente por la furia que sentía de haber necesitado la ayuda de una mujer para salvar su vida. Broca yacía quieto en la cubierta respirando pesadamente. Heath dijo cortésmente:

—Gracias, es una pena que le hayas tenido que golpear, no sabía lo que estaba haciendo.

Sin alzar la voz Alor preguntó:

—¿Estás seguro de que no sabía lo que hacía?

Heath no le respondió y comenzó a alejarse de la mujer; entonces ella le hizo dar la vuelta y le obligó a mirar su rostro. Luego le dijo:

—Es muy verosímil que encuentre la muerte en el Fuego de la Luna; yo no tengo la fe en mi fuerza que tenía Broca, por ello te lo voy a decir ahora: David Heath, te quiero, no me importa lo que pienses o hagas sobre esta cuestión, te seguiré queriendo.

Sus ojos buscaron el rostro del terrestre, como si quisiera grabar en su cerebro cada línea y cada plano de su cara. Luego le besó y su boca era tierna y muy dulce.

Alor dio un paso hacia atrás y dijo en voz baja:

—Creo que el Guardián se ha ido, el Lahal sigue nuevamente su ruta.

Sin decir una palabra, Heath la acompañó hasta el timón; los besos de la mujer le quemaban los labios, como si fueran un dulce fuego. El terrestre estaba emocionado y totalmente confundido.

Los dos siguieron trabajando conjuntamente, mientras Broca dormía; no se atrevieron a hacer ninguna pausa. Heath podía distinguir ahora a los hombres que se encontraban a bordo del *Lahal*, eran pequeñas figuras dobladas que remaban y remaban; siempre había remeros para sustituir a los cansados.

Podía ver las túnicas negras de los Hijos de la Luna que se encontraban esperando su momento, en la parte delantera de la cubierta.

Conforme pasaban las horas, el *Ethne* se movía cada vez más despacio y por tanto la distancia entre las dos naves era cada vez más pequeña. Llegó la noche y, en medio de la oscuridad, pudieron oír la voz de Vakor que aullaba tras ellos.

Broca se levantó alrededor de la media noche; la fiebre se había retirado pero le había dejado hosco y silencioso. Apartó con brusquedad a Alor y tomó el timón. El *Ethne* aumentó su velocidad. Le preguntó al terrestre:

—¿Cuánta distancia les sacamos?

A esta pregunta, Heath respondió:

—Por ahora, no mucha.

Cuando llegó la aurora, todavía no habían salido de la zona cubierta de sargazos. El *Lahal* se encontraba ahora tan cerca de ellos que Heath podía ver la enjoyada diadema que cubría la frente de Vakor. El sacerdote estaba solo, en la abrazadera superior de la cuchilla que se abría paso entre los sargazos; les estaba mirando mientras se reía. Les gritó a los tripulantes del *Ethne*,

—¡Trabajad! ¡Esforzaos y sudad! Alor, prostituta de los jardines ¿Es esto mejor que el templo? Broca, caudillo e infractor de la ley ¡Pon aquí tus músculos en tensión! Y tú, terrestre ¡Por segunda vez desafías a los dioses!

Se inclinó sobre la superficie de sargazos, como si quisiera adelantarse y atrapar

el *Ethne* con sus manos desnudas y arrastrarlo hacia su barco.

—¡Sudad y esforzaos perros! ¡No podéis escapar!

Sudaron y se esforzaron, pero en la nave perseguidora, turnos de hombres descansados remaban con las largas palas, rompiéndose las espaldas para ir más deprisa, siempre más deprisa. Desde su elevada posición, Vakor se reía, le parecía inútil que el *Ethne* prosiguiera la carrera que ya tenía perdida.

Pero Heath miraba hacia delante, sus hundidos ojos ardían. Vio como se levantaba la niebla y se arremolinaban en dirección al norte, vio como cambiaba el color de los sargazos, urgió a sus compañeros a proseguir su esfuerzo. Ahora estaba furioso, su mirada era más brillante y más dura que la de Broca.

Su furia le convertía en un hombre de hierro, al que ni los propios dioses impedirían alcanzar el Fuego de la Luna.

Seguían manteniendo la delantera, pero una delantera tan escasa que el *Lahal* se encontraba ya casi a tiro de flecha de ellos. En ese momento, los sargazos comenzaron a escasear y el *Ethne* comenzó a alejarse de su perseguidor, primero poco a poco y después rápidamente; antes de que se pudieran dar cuenta, ya se encontraban en aguas abiertas.

La corriente se fue haciendo cada vez más fuerte, mientras abigarrados peces de color principalmente dorado bailaban en el agua. El rostro de Heath adoptó un aspecto extraño e inhumano. Los remos del *Lahal* se hundían sin tregua en el mar. Ahora, en la parte delantera de la cubierta estaban dispuestos arqueros, preparados para disparar en cuanto la presa se encontrara a su alcance.

Luego, de forma increíble, Vakor lanzó un potente grito que retumbó durante largo tiempo. Bajó su mano y los remos se detuvieron. El sacerdote cruzó sus brazos sobre su cabeza, apretó sus puños y lanzó una terrible maldición.

—¡Os esperaré blasfemos! ¡Si conseguís salir vivos de ahí, yo estaré aquí esperándoos!

La vela esmeralda fue disminuyendo de tamaño tras la estela del *Ethne*, se hizo borrosa y, finalmente, se desvaneció entre la niebla. Broca dijo:

—Nos tenían atrapados, ¿por qué nos dejaron escapar?

Heath señaló con su mano hacia delante, hacia el norte cubierto de niebla, en donde se empezaba a vislumbrar un fuego dorado y contestó a la pregunta del bárbaro:

—¡El Fuego de la Luna!

## *Capítulo 5*

### *En el interior del Fuego de la Luna*

Este era el sueño que había conducido a Heath al borde de la locura, la pesadilla que le acechaba por las noches, el recuerdo que le había hecho volver allí, a pesar del terror que sentía y de la certeza de su destrucción.

Ahora se encontraba inmerso en una realidad que era incapaz de separar de su sueño.

Una vez más, observó como cambiaba el mar, hasta que el *Ethne* no se deslizó ya sobre el agua, sino sobre un líquido dorado, que se adhería a su casco como si fuera una ola de fuego. Una vez más, la niebla brillante le envolvió.

Notó en su sangre el primer escalofrío, todavía muy débil y supo lo que vendría después. El placer que le haría pasar del éxtasis al dolor insoportable. Vio las islas oscuras, bajas y negras, un laberinto a través del cual un barco podía navegar durante toda la eternidad, sin encontrar nunca la fuente de la que manaba aquella maravillosa luz viviente.

Vio los pecios de los barcos que habían perecido en la búsqueda, yacían sobre las playas de las islas; la niebla que les envolvía formaba un brillante sudario. No había muchos, algunos eran tan antiguos que la raza que los construyó ya había desaparecido de la memoria de Venus.

La silenciosa belleza de fuera de este mundo apretó el corazón de Heath, que temió morir allí y no poder satisfacer sus deseos, la terrible ansia que le embargaba.

Broca aspiró el aire hasta lo más profundo de sus pulmones, como si pensara que así podía conseguir el poder del Fuego de la Luna. Luego preguntó:

—¿Puedes volver a encontrarlo? Me refiero al corazón del Fuego de la Luna.

—Sí, puedo encontrarlo.

Alor permanecía en silencio y sin moverse. A la luz que se filtraba entre la niebla, parecía enteramente de plata, punteada de pavesas doradas. Heath dijo en aquel momento:

—¿Tienes miedo de romper el tabú?

La mujer le respondió:

—Es difícil abandonar las creencias de siempre.

En ese momento Heath le preguntó:

—¿Qué es el Fuego de la Luna? ¿Qué te han dicho los sacerdotes sobre él?

—Los sacerdotes dicen que Venus tuvo una luna en la antigüedad, que giraba alrededor del planeta a través de la capa de nubes, como si fuera un disco de fuego. El dios que habitaba en esta luna era superior a todos los demás dioses. Este dios observaba la superficie del planeta y todo lo que se hacía sobre su superficie. Sin embargo, los dioses menores estaban celosos de él y un día, fueron capaces de destruir el palacio del dios de la Luna.

»Todo el cielo de Venus se iluminó por esta destrucción. Las montañas se hundieron y los mares se desbordaron fuera de sus lechos, naciones enteras perecieron.

»El dios de la Luna pereció; su cuerpo brillante cayó a través de las nubes, como

si fuera un meteoro.

»Pero un dios no puede morir realmente, sólo duerme y espera. La niebla dorada es el aliento de su respiración, el brillo de su cuerpo es el Fuego de Luna. Un ser humano puede alcanzar la divinidad en el corazón del dios de la Luna que ahora duerme. Pero ten en cuenta que todos los demás dioses de Venus maldecirán a quien lo intente, porque el hombre no tiene derecho a robar sus poderes.

Cuando Alor terminó de hablar Heath le preguntó:

—¿Tú te crees esta historia?

La mujer se encogió de hombros y le contestó al terrestre.

—Tú eres el que ha visto el Fuego de la Luna; los sacerdotes no lo han visto.

Heath explicó lo que había sucedido.

—Yo no llegué al corazón del Fuego de la Luna, únicamente llegué a ver el borde del cráter y la luz que brota de allí, la adorable luz infernal que sale de aquel lugar.

Se detuvo, temblando y con sudores, como le había sucedido antes tantas veces, al razonar sobre la realidad que existía detrás del misterio del Fuego de la Luna. Entonces, lentamente, midiendo sus palabras, dijo:

—Por supuesto existió una luna, pues de no haber sido así, no hubiera podido aparecer una en las leyendas de este planeta. Creo que fue radiactiva, pero que la radiación la produce algún elemento que no ha sido descubierto todavía, ni en la Tierra, ni en Marte.

A la observación del terrestre, Alor contestó:

—No te entiendo. ¿Qué quiere decir la palabra “radiactiva”?

Empleó la palabra terrana, la que había empleado Heath, ya que en venusiano no existía ningún vocablo para este concepto. El terrestre le respondió:

—Es una especie extraña de fuego que arde en ciertos elementos, los va consumiendo alimentándose de sus átomos, la radiación que emana de este fuego es muy poderosa.

Por un instante, permaneció silencioso y con los ojos medio cerrados, luego le preguntó a la mujer:

—¿Puedes sentirlo? ¡Es un fuego que quema tu propia sangre!

Con un susurro Alor le respondió.

—Sí, ahora puedo sentirlo.

Broca se incorporó a la conversación, añadiendo:

—Es como el vino.

Heath prosiguió hablando, expresando con palabras ideas que llevaba en la cabeza desde hacía mucho tiempo:

—La luna fue destruida, pero no por dioses celosos, sino por la colisión con otro cuerpo celeste, quizá un asteroide, o quizá explotó en pedazos por la misma energía que brillaba en su interior. Creo que un fragmento de la luna sobrevivió y cayó aquí; su radiación se difundió alrededor y modificó el mar y el aire que lo rodeaba.

»En la misma forma, la radiación modifica a las personas, parece alterar toda la

configuración eléctrica del cerebro, amplificando su poder para colocarlo más allá de la potencia de un cerebro humano. Le da a la mente fuerza suficiente como para poder controlar los electrones libres que se encuentran en la atmósfera y con ellos crear...

Se detuvo y luego, en voz baja, terminó su explicación.

—En mi caso únicamente he llegado a crear sombras. Cuando esta mutación ocurre, un hombre no tiene necesidad de que los dioses de Venus le maldigan. Yo sólo llegué a crear una sombra y esto ya fue demasiado para mí.

Entonces, Broca dijo:

—Vale la pena soportar el dolor, si así llegas a ser un dios; tú no tuviste la fuerza suficiente.

Heath sonrió con la boca torcida, luego miró al bárbaro y le contestó:

—¿Cuántos dioses han salido del Fuego de la Luna?

Broca le respondió inmediatamente.

—Pronto habrá uno.

Luego tomó a Alor por los hombros, la atrajo hacia sí y mirándole profundamente en el rostro dijo:

—No, no habrá uno sino que habrá dos.

Heath añadió:

—Quizá haya tres.

Broca se volvió y le lanzó una fría mirada a la vez que decía:

—No creo que tu fuerza, ahora, sea mayor que antes.

Después, durante un rato los dos hombres permanecieron silenciosos. El *Ethne* seguía avanzando, deslizándose sobre las lentas corrientes que se movían entre las islas. A veces remaban con la gran pala del timón oculto entre la espuma que brillaba como si fuera un fuego. El resplandor dorado seguía fulgurando cada vez más; también la sangre les hervía cada vez más.

Heath permanecía de pie y manifestando la fuerza que había recobrado junto al timón, el viejo Heath que había navegado por entre los estrechos de Lhiva, arrastrado por las fauces de una galerna de verano y se había reído de su hazaña. Aunque ahora se encontraba lleno de heridas, de dolor y de debilidad, estaba nuevamente al timón.

Lo mismo les pasaba a los demás. Alor permanecía con la cabeza en alto y Broca daba saltos junto al mascarón de proa, lanzando un potente grito, un desafío a los dioses que se encontraran allí con intención de detenerles.

Si pretenderlo, Heath se encontró a sí mismo mirando a Alor a los ojos. Ella sonrió y esta sonrisa fue una mezcla de lágrimas, ternura y despedida. La mujer le susurró:

—Pienso que ninguno de nosotros sobrevivirá. David, quizá consigas encontrar su sombra antes de morir.

Luego Broca se volvió hacia donde se encontraban y una vez más la magia del momento se perdió.

En el interior del velo que recubría el Fuego de la Luna, no había ni noche ni día ni tiempo. Heath no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que el largo casco color púrpura del *Ethne* navegaba por la corriente dorada.

La fuerza, que parecía zumbar, se extendía a lo largo de todo su cuerpo, pulsando y fortaleciéndolo hasta que llegó a estar borracho de placer. Las islas se deslizaban, no había ningún sonido ni ningún movimiento, salvo el propio del solemne mar.

Finalmente, se encontraron delante del brillo sobrenatural que manaba del corazón del Fuego de la Luna, el núcleo vivo de la niebla brillante. Vieron la tierra alzándose oscura y borrosa, sumergida en la neblina cuyo resplandor quemaba y se dirigieron hacia este núcleo a través de un camino del que se acordaba el terrestre. Ahora Heath ya no tenía miedo, se encontraba más allá del terror.

De repente, Broca lanzó un grito:

—¡Un barco!

Heath asintió a lo que decía el bárbaro, diciendo:

—Ese barco estaba allí antes que nosotros y seguirá en el mismo sitio cuando el próximo hombre encuentre el camino que conduce aquí.

Dos largos promontorios de la isla se extendían formando una escabrosa bahía. El *Ethne* penetró en esta abrupta ensenada. Pasaron junto al barco abandonado, que flotaba pacientemente, estando allí protegido del viento, la marea o la podredumbre del océano.

Su vela azul se encontraba plegada, sus aparejos limpios y dispuestos para navegar. El barco esperaba para iniciar el viaje de vuelta a casa. Podía esperar tiempo, muchísimo tiempo.

Cuando se aproximaron a la costa, vieron otros barcos. No se habían movido ni habían cambiado desde que Heath los había visto la otra vez que estuvo allí, tres años antes.

Eran muy pocos los que habían vivido para encontrar la Garganta del Dragón y franquearla, sobrevivido a los Mares Superiores y al laberinto de islas del Fuego de la Luna y finalmente, alcanzado su objetivo. Algunos barcos flotaban en el mismo lugar en que sus tripulaciones los habían abandonado y sus tristes velas caían desde los mástiles.

Otros barcos yacían, volcados sobre sus costados, embarrancados en la playa, como si estuvieran durmiendo. Había antiguas y extrañas quillas que no se habían visto en los mares de Venus desde hacía mil años. La niebla dorada los preservaba; los barcos esperaban el retorno de sus señores como si se tratara una rehala de perros fieles.

Heath llevó el *Ethne* al mismo lugar de la costa al que lo había llevado la otra vez que estuvo allí. La nave llegó gentilmente a la orilla y el terrestre los condujo a la playa. Recordó la extraña textura de la arena negra bajo sus pies.

Estaba sorprendido por la fuerza que latía a través de su sangre. Al igual que sucedió la otra vez, la sensación que sentía estaba muy próxima al dolor.



El terrestre dirigía la marcha hacia el interior, nadie pronunció una sola palabra.

La niebla, llena de chispas de luz que no paraban de bailar, se espesaba alrededor de los caminantes.

Perdieron de vista la bahía, oculta por una cortina de niebla. Siguieron caminando hacia delante y notaron que el terreno comenzaba a elevarse lentamente bajo sus pies.

Se movían como si se encontraran en medio de un sueño, la luminosidad y el silencio les causaban tal respeto que les oprimía.

Llegaron ante el cadáver de un hombre.

Yacía boca abajo, con los brazos extendidos hacia el misterio que se encontraba más adelante; sus manos todavía se alargaban hacia la gloria que ya jamás alcanzarían. Dejaron que siguiera descansando en paz.

La niebla era cada vez más densa y el brillo más fuerte, las pequeñas pavesas doradas giraban, mientras su luz disminuía y aumentaba en una danza de locura. Heath escuchó la voz del dolor que le hablaba desde su interior, aumentando con cada paso que daba hacia un grito sin sonido.

*¡Recuerdo! ¡Recuerdo!* Los huesos, la carne, el cerebro, cada átomo de su cuerpo era una llama separada de las demás, quemando y desgarrando para independizarse de las otras. *No puedo continuar, ¡no puedo aguantarlo! Pronto me despertaré y estaré seguro, tirado en el barro que está detrás de la casa de Kalruna.*

Pero no se despertaba y el suelo seguía elevándose firmemente bajo sus pies. Notaba una locura en su interior, una pasión y un sufrimiento que se encontraban más allá de la fortaleza y el aguante de los seres humanos. Sin embargo, él todavía lo soportaba.

Las pavesas que giraban comenzaron a estructurarse formando vagas figuras sin forma, gigantes inmensos que caminaban a su alrededor.

Heath oyó a Alor sollozar de terror y se obligó a sí mismo a decir:

—No son nada, no existen, son sombras de nuestras propias mentes. El comienzo del poder.

Siguieron caminando hacia delante, cada vez más hacia delante. Finalmente, Heath se detuvo, levantó su brazo para señalar, miró a Broca y le dijo:

—Tu divinidad se encuentra delante de ti. ¡Ve y tómalala!

Los ojos del bárbaro tenían un aspecto salvaje y estaban deslumbrados, fijos en la oscura línea, entrevista a distancia, que marcaba el borde del cráter, fijos en la gloria increíble que allí brillaba. Susurró:

—Late, como el latido de un corazón.

Alor retrocedió, alejándose de él y mirando a la luz; luego dijo:

—Tengo miedo, no iré.

Heath vio que el rostro de la mujer tenía un aspecto agonizante y su cuerpo se veía encogido, como el suyo propio. La voz de Alor se levantó formando un gemido.

—¡No puedo ir! ¡Tampoco puedo seguir aquí! ¡Me estoy muriendo!

De repente tomó las manos de Heath y le suplicó:

—¡David llévame de vuelta! ¡Llévame de vuelta, por favor!

Antes de que pudiera pensar o hablar, Broca había apartado a Alor de su lado y le había propinado al terrestre un golpe muy fuerte. Heath cayó al suelo y lo último que alcanzó a oír fue la voz de la mujer, llamándole por su nombre.

## *Capítulo 6*

### *El fin de un sueño*

Heath no permaneció mucho tiempo inconsciente; cuando pudo alzar la cabeza aún podía ver a los otros a distancia. Broca corría como un loco, subiendo por la cuesta del cráter, llevando a Alor en sus brazos. Con un aspecto fantasmal y como indiferente, permaneció un instante en el borde y luego saltó al interior, desapareciendo.

Heath se encontraba solo.

Todavía yacía en el suelo, luchando por poner su mente en orden, luchando contra la tortura de su carne. Susurró para sí mismo:

—Ethne, Ethne, es el final del sueño.

Comenzó a arrastrarse, pulgada a pulgada, cada una de ellas más dolorosa que la anterior, hacia el corazón del Fuego de la Luna.

Ahora se encontraba más próximo a su destino de lo que lo había estado la vez anterior. La extraña y gruesa tierra cortaba sus manos y sus rodillas desnudas. La sangre le manaba por varias heridas, pero el dolor que esto le producía era como el pinchazo de un alfiler comparado con la agonía cósmica del Fuego de Luna.

Broca también debía haber padecido, aunque había ido corriendo a enfrentarse con su destino. Quizá su sistema nervioso era menos delicado, más hecho a soportar los golpes de dolor, o quizá era simplemente que el ansia de poder le arrastraba.

Heath no tenía ningún deseo de poder, tampoco quería ser un dios. Lo único que deseaba era morir y sabía que lo conseguiría muy pronto. Pero antes de morir quería realizar la tarea en la que había fracasado la vez anterior.

Quería que Ethne regresara, quería volver a oír su voz nuevamente, y mirar en sus ojos, y poder esperar juntos el inmediato y oscuro final.

La imagen de la amada se desvanecería con su muerte; para entonces, su mente y su recuerdo habrían desaparecido.

Sin embargo él no volvería a ver la vida brotar del cuerpo de su amada, como en los años pasados en el mar de los Ópalos Matutinos. Ethne, o más bien su imagen, estaría con Heath hasta el fin, dulce amable y contenta, como siempre había sido.

Conforme se iba arrastrando, decía una y otra vez su nombre. Procuró no pensar en ninguna otra cosa con el fin de poder olvidar las cosas terribles e inhumanas que

estaban sucediendo en su interior. Susurró:

—Ethne, Ethne.

Sus manos se agarraron a la tierra y sus rodillas se arañaron sobre el áspero suelo. El fulgor del Fuego de la Luna le envolvía como si fueran doradas banderas de niebla.

Sin embargo no se detuvo, aunque notaba como le estaban arrancando el alma.

Llegó al borde del cráter y miró hacia abajo, hacia el corazón del Fuego de la Luna.

Todo el vasto cráter era un mar de brillante vapor, tan denso que formaba pequeñas olas onduladas al moverse; las olas estaban cubiertas de espuma chispeante. En el interior de este mar había una isla, con la forma de una montaña caída que hubiera ardido con cegadora intensidad, con una intensidad tal que sólo los ojos de un dios soportarían contemplar semejante fuego.

La isla flotaba sobre las nubes como si fuera un disco de fuego.

Heath se dio cuenta de que su teoría era correcta. Pero ya nada importaba. Ya fuera el cuerpo de un dios durmiente o los últimos restos de una luna caída, serviría para traer de vuelta a Ethne y esto era lo único que le importaba.

Se obligó a sí mismo a arrastrarse hasta el borde y allí se dejó caer hacia abajo de la cuesta que se encontraba en la cara interior del borde del cráter. Gritó cuando el vapor lo envolvió y se cerró a su alrededor.

Después llegó un período en el que todo resultaba extraño.

Parecía como si alguna fuerza separara los átomos que componían el organismo llamado David Heath y los volvía a ordenar de diferente forma. Había una lucha, una agonía mucho más fuerte que las que había conocido anteriormente. De repente, el dolor desapareció. Sintió su cuerpo entero y lleno de bienestar, su mente despierta, alerta y clara, con la conciencia recién adquirida de su nuevo poder.

Miró hacia abajo, hacia sí mismo, acarició con sus manos su nuevo rostro. No había cambiado, pero sin embargo, notaba que era diferente. Esta vez había adquirido toda la fuerza de la radiación y, a lo que se veía, había terminado la mutación que se había iniciado varios años antes. Quizá no era el mismo David Heath, pero lo que sí era seguro era que ya no se hallaba atrapado en la tierra de nadie entre su antigua condición y la presente.

Ya no volvió a sentir que iba a morir y tampoco deseó terminar su existencia. Se encontraba lleno de fuerza y presa de una gran alegría. Podía conseguir que Ethne volviera de nuevo junto a él. Juntos podrían vivir aquí, en el dorado jardín del Fuego de la Luna.

Tendría que ser allí, estaba seguro de esto. Antes sólo había llegado a estar en el borde del Fuego de la Luna, pero no creía que esta fuera la única razón por la que no podía crear nada más que sombras. No había suficiente concentración de energía bruta sobre la que el poder electrocinético de su mente pudiera actuar.

Probablemente, no existiera un número suficiente de electrones libres en las

nieblas que rodeaban al Fuego de la Luna por el exterior.

Pero aquí, junto a la fuente, el aire estaba cargado con estos electrones. Esta era la sustancia bruta a partir de la cual se creaba la materia, dispuesta a ser formada y moldeada.

David Heath se puso de pie. Alzó su cabeza y extendió longitudinalmente sus brazos. Así, erguido, brillante y fuerte permaneció en medio de la luz viviente. Su oscuro rostro era el rostro de un dios feliz. Entonces susurró:

—Ethne, Ethne. Este no es el fin de un sueño, ¡es el comienzo!

En ese momento, ella apareció.

Con el poder, la fuerza exultante que se encontraba en él, Heath la creó a partir del Fuego de la Luna. Una Ethne delgada y sonriente, primeramente indistinguible, una sombra entre la niebla, pero cuyos rasgos fueron dibujándose cada vez más, siendo más nítidos conforme transcurría el tiempo. La mujer se dirigió hacia él. Podía observar sus piernas blancas, la pálida llama de su cabello, su roja boca, audaz y dulce, sus ojos ardientes.

Heath la recibió con un grito. No era Ethne quien permanecía ante él. Era Alor.

Durante un tiempo, no pudo moverse, sino que permaneció fijo, observando su creación. La aparición le sonrió y su rostro era la cara de una mujer que ha encontrado el amor y junto a él el mundo entero. El terrestre dijo:

—No, no eres tú a quien yo quiero, ¡yo amo a Ethne!

Rechazó en su mente el pensamiento de Alor; entonces la imagen comenzó a difuminarse. Heath volvió a llamar a Ethne nuevamente a su lado.

Cuando la imagen volvió a aparecer, de nuevo era la de Alor, no la de Ethne.

Destruyó la visión y lleno de una rabia y un disgusto casi demasiado grande para soportarlos comenzó a vagabundear por entre la niebla. ¡Alor! ¡Alor! ¿Por qué esta prostituta de los jardines del templo le obsesionaba?

La odiaba; sin embargo su nombre cantaba en su corazón y no era posible silenciar ese canto. No podía olvidar cómo le había besado, cómo sus ojos le habían mirado entonces y sobre todo que su último grito le había sido dedicado a él.

No podía olvidar cómo su propio corazón había formado la imagen de Alor, mientras que sólo su mente, su mente consciente, había pronunciado el nombre de Ethne.

Se sentó, dobló su cabeza sobre sus rodillas y lloró. Lloró porque se había dado cuenta de que había llegado al final de su sueño. Había perdido para siempre a su antiguo amor, sin ni siquiera haberse dado cuenta de ello. Era algo cruel, pero era verdad. Tenía que aceptar esta situación.

Ahora Alor podía estar muerta.

Este pensamiento, hundiéndose en su tristeza, hizo que la olvidara. Se levantó de un salto, asustado, se puso en pie mirando salvajemente a su alrededor. El vapor era como agua dorada, de forma que sólo podía ver unos pocos pies delante de donde se encontraba.

Comenzó a correr, gritando el nombre de la mujer.

Corrió buscándola durante un período de tiempo tal, que en aquel lugar intemporal, podía haber durado siglos. No hubo ninguna respuesta a sus gritos. A veces pudo vislumbrar una figura borrosa ocultándose en la niebla y pensó que por fin la había hallado, pero todas las veces, cuando se acercó, pudo comprobar que se trataba del cadáver de un hombre, muerto Dios sabe cuántos siglos antes.

Todos los cadáveres eran parecidos, estaban consumidos, como si hubieran muerto de hambre. Parecía como si sus ojos abiertos, siguieran contemplando las perdidas visiones.

Estos eran los dioses que había producido el Fuego de la Luna, el puñado de hombres que a través de las edades habían conseguido completar el camino hasta el destino final.

Heath se dio cuenta de la crueldad del chiste. Un hombre podía encontrar la divinidad en el lago dorado. Podía crear su propio mundo en su interior. Pero no podía abandonar el lago, pues hacerlo suponía abandonar el mundo del que era rey y dios. Aquellos hombres lo debían haber comprendido, pues habían iniciado el camino de vuelta hacia el puerto, alejándose de la fuente de la radiación.

O quizá tampoco era esto, quizá ellos nunca intentaron abandonar el lago dorado.

Heath prosiguió por entre la hermosa y permanente niebla dorada, gritando el nombre de Alor, pero no hubo respuesta. Comprendió que cada vez le era más difícil mantener en su cerebro cuál era el objeto de este viaje. Vagas imágenes medio formadas se arremolinaban a su alrededor. Cada vez se encontraba más excitado, sentía en su interior la necesidad de detenerse y definir las visiones que tenía a su alrededor, es decir de construir y crear.

Luchó contra esta tentación, pero llegó un momento en el que no tuvo más remedio que detenerse, porque se encontraba demasiado agotado para continuar. Se derrumbó, a la vez que comenzaba a estar consciente de que su búsqueda era cada vez más desesperanzada.

Alor se había ido y nunca más la encontraría.

Completamente derrotado, se acurrucó allí mismo, con el rostro enterrado entre sus manos, pensando en ella. Un momento después oyó su voz llamándole por su nombre. Se levantó de un salto y ella estaba aquí, tendiendo las manos en la dirección en que él se encontraba.

La cogió, la abrazó, le tocó el cabello y la besó, medio llorando de alegría por haberla encontrado. De repente, un pensamiento recorrió su mente. Se apartó y le dijo:

—¿Tú eres la verdadera Alor o una sombra de mi mente?

La mujer no respondió, mantuvo su cara junto a la suya y le besó de nuevo.

Heath se giró, demasiado cansado y falto de esperanza como para destruir esta visión. Luego pensó:

*¿Por qué la iba a destruir? Si he perdido a la mujer ¿Por qué no voy a guardar el*

sueño?

La volvió a mirar, seguía siendo Alor, recubierta de carne y con sus ojos ardientes.

La tentación recorrió su cuerpo y esta vez no intentó resistirse. Era un dios, tanto si lo quería como si no. Se dedicaría a crear.

Lanzó toda la fuerza de su mente contra la niebla dorada, la intoxicación que le produjo la constatación de su gran poder, le hizo sentirse borracho y loco de alegría.

La nube brillante se retiró hacia atrás, convirtiéndose en un horizonte y un cielo. Una isla creció a los pies de Heath, tierra dulce y caliente, rica en césped y punteada de flores, un paraíso perdido en medio de un mar de sueños. Pequeñas olas susurraban en las amplias playas, las ramas de los árboles de liha se removían perezosamente por el viento, mientras pájaros brillantes volaban a la vez que cantaban.

Abrigado cómodamente en una pequeña cueva flotaba un barco; se trataba de una nave tan hermosa que, sin lugar a dudas, podía haber sido construida por los propios ángeles.

La perfección es el anhelo inalcanzable que cada alma lleva en su interior, y ¡David Heath la había alcanzado! Además, Alor se encontraba allí con él para compartirla.

Ahora, el terrestre sabía porqué nadie había vuelto al mundo exterior desde donde se hallaba el Fuego de la Luna.

Cogió de la mano a la visión de Alor y comenzó a pasear con ella a lo largo de las playas. Hasta que se dio cuenta de que había perdido algo. Sonrió y nuevamente el pequeño dragón cabalgó sobre su hombro, le dio un pequeño golpecito y sintió que en aquellos Campos Elíseos no había ningún defecto.

David Heath había encontrado la divinidad.

Pero algún testarudo rincón de su mente le traicionó, susurrándole:

—Todo esto es una mentira, Alor te está esperando; si te demoras, tú y ella seréis igual que todos esos otros que han muerto sonriendo, en el Fuego de la Luna.

El hombre de la Tierra no quería escuchar. Era feliz; sin embargo, algo hizo que tuviera que escuchar a la voz de su interior, la cual le decía que, en tanto la verdadera Alor estuviera viva, no debía contentarse con sólo un sueño, con una copia de la auténtica Alor, generada por su mente.

Se dio cuenta de que debía destruir este paraíso antes de que aquel paraíso lo destruyera a él. Sabía que el Fuego de la Luna era algo mortal.

Los hombres no podían disfrutar del poder de los dioses y seguir cuerdos.

Y sin embargo no podía destruir la isla. ¡No podía!

El horror se apoderó de su alma, haciéndole ver que había terminado sucumbiendo al Fuego de la Luna, que ya no controlaba su propia voluntad. Entonces destruyó la isla, el mar y el hermoso barco; esto fue más duro para él que si le hubieran arrancado la carne de los huesos.

Destruyó la visión de Alor

Se dio cuenta que si quería escapar de la locura y de la muerte del Fuego de Luna, no debía volver a crear ni tan siquiera una hoja de hierba. No debía crear nada. Porque si lo hacía, ya nunca podría resistir la demoníaca ansia de creación.

## *Capítulo 7*

### *El caminar de los dioses*

Una vez más, Heath recorrió gritando la niebla dorada. Pudo haber estado así un año, o un simple momento, no podía medir el tiempo. Entonces oyó la voz de Alor muy débilmente, en la distancia, llamándole por su nombre.

Siguió corriendo en dirección a donde se oía el sonido, sin dejar de llamarla cada vez con voz más fuerte, pero no volvió a oír a la mujer. De repente, surgiendo a través de la niebla, con toda su sombría grandeza, vio un castillo. Se trataba de una típica fortaleza de las Tierras Altas, pero mucho más grande que el castillo de cualquier rey bárbaro.

La fortaleza estaba tallada en una única gema de color carmesí, del tipo llamado sangre de dragón.

Heath comprendió que estaba viendo el sueño de Broca.

Escalones de oro pulido conducían a una gran puerta. Dos guerreros de elevada estatura, cuyos arneses brillaban con las joyas que llevaban incrustadas, permanecían allí de guardia.

Heath intentó pasar entre ellos y entonces los guerreros lo cogieron y lo sujetaron. El odio que Broca sentía por el terrestre estaba implícito en todos los seres que había creado su mente.

Heath intentó liberarse de los guerreros, pero la fuerza de los guardianes del castillo era sobrehumana. Le arrastraron hacia el interior de la fortaleza a través de fantásticos corredores, sobre suelos de perla, cristal y metales preciosos. Junto a las paredes se alineaban arcones abiertos, llenos a rebosar de cualquier tipo de tesoro que la mente de un bárbaro pudiera concebir.

Esclavos silenciosos recorrían el palacio, ocupándose en los recados que les habían encomendado. El aire se notaba pesado con el olor de perfumes y especias.

Heath pensó lo extraño que era pasear a través de los sueños de otra persona.

Lo condujeron a un enorme salón, en donde se celebraba una fiesta en la que había muchos invitados. Había arpistas, cantantes, bailarinas y montones de esclavos. Había hombres que luchaban y también hombres que bailaban con las espadas, a la vez que luchaban.

Los hombres y las mujeres que se sentaban en las largas mesas, parecían caudillos

tribales y sus mujeres,; sin embargo, sus ropas eran de cuero sencillo, sin adornos y sus túnicas carecían de cualquier decoración; tampoco llevaban ornamentos.

Por ello, los guardias de Broca, e incluso sus mismos esclavos, aparecían como mucho más elegantes, e incluso resplandecientes, que los invitados.

Encima de ellos se sentaba, gritando en medio de la orgía, Broca. Estaba en lo alto, sentado sobre un trono fabricado en forma de un dragón de plata con sus alas, llenas de joyas, completamente extendidas.

Broca portaba un arnés magnífico y, sujeto sobre su frente, un diamante labrado que sólo un gran rey podía llevar. Bebía vino en una copa dorada mientras observaba el festín con unos ojos en los que no quedaba la más mínima traza de humanidad.

Quizá fuera un dios o quizá un diablo, pero lo que era seguro es que Broca ya no era humano.

Alor se sentaba a su lado. Llevaba puestos los vestidos de una reina, pero tenía el rostro oculto entre sus manos y su cuerpo estaba rígido, como si estuviera muerta.

El grito de Heath se escuchó por encima de todos los demás sonidos de la fiesta. Broca dio un salto y se puso de pie; un silencio de muerte se extendió por el salón de banquetes del castillo.

Todo el mundo: guardias, caudillos, esclavos se volvieron para observar a Heath que era conducido hacia el trono; todos le odiaron al igual que Broca le odiaba.

Alor alzó su cabeza y le miró a los ojos y luego, con sus propias palabras le preguntó directamente:

—¿Eres realmente David? ¿O simplemente, eres una criatura, una sombra creada por mi mente?

El terrestre se dirigió a la mujer y le contestó:

—Yo soy David.

Al contestarle se sintió feliz de haber destruido su paraíso.

La mirada de Broca, en la que se podía leer la locura, se fijó en Heath. Luego el señor del castillo dijo:

—Pensé que tenías la fuerza.

Luego estalló en carcajadas y prosiguió diciéndole al terrestre:

—¡Pero tú no eres un dios! Tú estás aquí en condición de prisionero y no tienes ningún poder.

Heath sabía que podía luchar contra Broca empleando sus mismas armas, pero no se atrevía. El saborear brevemente el éxtasis casi lo había destruido. Si procuraba emplear otra vez ese poder, sabía lo que sucedería: mientras vivieran, él y el bárbaro lanzarían a combatir entre sí a sus ejércitos de fantasmas. En no mucho tiempo, él estaría tan loco como Broca.

Miró a su alrededor y vio a las criaturas hostiles que le rodeaban, que parecían lo bastante sólidas y reales para matarle si Broca daba la correspondiente orden. Entonces le preguntó a Alor:

—¿Ahora prefieres quedarte en este lugar?



La mujer le contestó rápidamente:

—Lo que quiero, David, es salir juntos del Fuego de la Luna si podemos; si esto no es posible, deseo morir.

El veneno todavía no había alcanzado a la mente de la mujer. Ella había llegado allí sin deseo de encontrar el Fuego de la Luna; por ello, aunque se había bañado en sus nieblas, todavía estaba cuerda.

Heath se volvió a Broca y le dijo:

—Mira, ella no te merece.

El rostro de Broca estaba oscuro con furia; tomó a Alor con sus grandes manos y le dijo a la mujer:

—Tú te quedarás conmigo, tú eres ahora parte de mí. Escúchame, Alor, no hay nada que no te pueda regalar. Construiré otros castillos, crearé otras tribus, los venceré a todos y los pondré a tus pies. ¡Alor! Somos un dios y una diosa y debemos permanecer juntos. Remaremos juntos en medio de la gloria.

Alor le respondió de inmediato.

—Yo no soy una diosa, déjame marchar.

Broca se agachó, miró a la mujer y dijo:

—Te mataré antes que permitir que te vayas.

El bárbaro siguió bajando su mirada hasta que alcanzó a Heath; en aquel momento, le dijo al terrestre:

—Os mataré a los dos.

A esto, el terrestre contestó:

—¿Se detienen los grandes dioses a hablar con hormigas o con gusanos? Nosotros no merecemos ese honor. La mujer y yo somos débiles; ni siquiera el Fuego de la Luna ha podido fortalecernos.

Heath vio una sombra cruzar el rostro de Broca y prosiguió con su discurso.

—Vosotros sois todopoderosos, no hay nada que no podáis hacer. ¿Para qué quieres cargarte con una compañera demasiado débil para darte el culto debido? ¡Broca, crea otra Alor! ¡Crea una diosa a tu medida!

Tras esperar un momento, Alor dijo:

—Broca, créate una mujer a tu medida, que pueda amarte y deja que nos marchemos.

Durante un tiempo, un profundo silencio se apoderó del lugar. Los invitados a la fiesta, las bailarinas y los esclavos permanecían inmóviles, mientras en sus ojos brillaba una luz fantasmal. Luego Broca asintió:

—De acuerdo, levántate Alor.

La mujer se puso en pie. La cara del gran bárbaro adoptó el aspecto del rostro de



un dios, la alegría salvaje de poder moldear los deseos del corazón, partiendo de la nada.

A partir del aire dorado se formó otra Alor. No era una mujer, sino un ente hecho de nieve, de llama y de maravilla, de forma que, a su lado, la realidad parecía deslucida y sin belleza. El ser recién creado subió al trono y se sentó junto a su creador, puso su mano en la del bárbaro y sonrió.

Broca ordenó a los guardias que liberaran a Heath. El terrestre se dirigió a por Alor; en ese momento, el bárbaro dijo con desprecio:

—Arrojadlos fuera de mi vista.

Los dos se fueron juntos, atravesando el salón atestado, dirigiéndose hacia el pasadizo a través del cual Heath había penetrado en el salón. Todo proseguía en silencio, sin que nadie se hubiera movido más que ellos.

Cuando llegaron al inicio del pasadizo, este desapareció, dejando ante ellos una sólida pared. Tras ellos, Broca comenzó a reír y, de repente, todos los que se encontraban en el salón, invitados, guardias, bailarinas y esclavos explotaron con risas salvajes y burlonas.

Heath apretó la mano de Alor con más fuerza y la condujo hacia otra puerta. Ésta también desapareció, lo que hizo que las risas aumentaran su volumen, de forma que comenzó a oírse el eco que en la bóveda producían los gritos burlones.

En ese momento, Broca gritó:

—¿Creíais que os dejaría marchar, a vosotros dos que me traicionasteis cuando era sólo un hombre? ¡Incluso los dioses podemos recordar!

Heath se percató que tanto los guardias como los demás ocupantes del salón se estaban aproximando al lugar en donde se encontraban; también vio como brillaban sus ojos.

El terrestre se encontraba lleno de un miedo pavoroso; por lo que pudiera pasar, puso a Alor tras él.

Broca volvió a gritar:

—¡Alfeñique! ¡No eres capaz de crear ni aun para salvar tu miserable vida!

Era cierto, no se atrevía. La gente de las sombras se arrastraba hacia donde ellos se encontraban. Los ojos sin alma y sus rostros mortecinos, eran espejos del ansia de matar de su creador.

Entonces, de forma inesperada dio la contestación al grito de Broca. La respuesta de Heath se extendió hacia atrás por todo el salón.

—No crearé... ¡pero destruiré!

Una vez más arrojó toda la fuerza de su mente contra el Fuego de la Luna, pero esta vez, lo que hizo, no fue una atracción insana. No había ningún deseo en su interior, sólo había amor por Alor y la necesidad de mantenerla alejada del peligro.

Las manos de la gente de las sombras le alcanzaron y le arrastraron, apartándolo de Alor. Oyó el grito de la mujer y se dio cuenta de que si fallaba, los dos serían asesinados y hechos pedazos.

Se concentró para reunir toda la fuerza que tenía en su interior. Para reunir todo su amor.

Vio como los rostros del pueblo de las sombras se encontraban cada vez más distorsionados y borrosos. Sintió como la presa que le habían hecho con sus manos en sus brazos y piernas se debilitaba por momentos.

Un momento después, todos ellos eran sólo sombras, una multitud borrosa en medio de un castillo de sueños, que comenzaba a derrumbarse.

La diosa de Broca se desvaneció, junto con el trono del dragón. El arnés real del bárbaro pronto fue solamente una red de recuerdos extendido sobre cuero sencillo, sin ningún adorno.

Broca saltó y se puso en pie, a la vez que emitía un gran grito ronco, más propio de las fieras salvajes que de los seres humanos.

Heath podía sentir como su mente y la del bárbaro chocaban, y luchaban una contra la otra, avanzando y retrocediendo, en aquel extraño campo de batalla.

Mientras Broca luchaba por intentar mantener la fantasmagoría del castillo y sus habitantes, haciendo que las partículas de energía tomaran el aspecto de materia, Heath se esforzaba en lo contrario, en desgarrar la apariencia de materia y hacer que volviera a ser nuevamente energía, a dispersarla.

Durante un tiempo, las sombras se mantuvieron en un semimundo, intermedio entre la existencia y la nada.

Al cabo de un tiempo, las paredes del castillo comenzaron a oscilar y a fluir, como si estuvieran constituidas por agua roja, después desaparecieron.

La diosa Alor, las bailarinas, los esclavos y los caudillos bárbaros, todos habían desaparecido; lo único que permanecía era la niebla dorada, el gran bárbaro, despojado de sus sueños, Heath y la mujer Alor.

Heath miró a Broca y le dijo:

—Soy más fuerte que tú, porque me he despojado de mi divinidad.

Suspirando, Broca le contestó:

—¡Nuevamente volveré a crear!

Heath le dijo tranquilamente:

—Entonces, crea.

Y efectivamente creó, sus ojos ardían como carbones, su pesado cuerpo temblaba por el esfuerzo realizado por la voluntad del bárbaro.

Todo volvió a aparecer nuevamente allí, el castillo, la multitud de los invitados al festín y las joyas.

Una vez que hubo terminado su creación, Broca le gritó al pueblo de las sombras:

—¡Matad!

Pero nuevamente, cuando sus manos se alzaron para destruir a Heath, se debilitaron y luego las criaturas comenzaron a desvanecerse.

Heath le gritó a Broca:

—Si quieres tu reino ¡Déjanos marchar!

En ese momento, el castillo simplemente era una silueta fantasmal. El rostro del bárbaro estaba perlado con el sudor. Sus manos se aferraban al aire. Temblaba por el terrible esfuerzo que estaba realizando su voluntad, pero los oscuros ojos de Heath seguían firmes, como helados. Si tenía el aspecto de algún dios se trataba, sin duda, de un dios implacable e inamovible, como el destino.

La visión se derrumbó y desapareció.

La cabeza de Broca se derrumbó, no le miró desde la amargura de la derrota, se limitó a susurrarle:

—Vete, vete y deja que Vakor te dé la bienvenida.

A esta observación, Heath le contestó:

Eso sería una muerte más limpia que la que te alcanzaré si sigues aquí.

Alor tomó la mano del terrestre y los dos se alejaron caminando a través de la niebla dorada. Se volvieron a mirar hacia atrás y contemplaron que las murallas del castillo habían sido reconstruidas de nuevo. Elevándose magnificentes hacia las alturas.

Entonces Heath le dijo a la mujer:

—Broca será feliz, hasta que muera.

Alor tembló y le dijo a su acompañante:

—Vámonos.

Marcharon juntos, alejándose del corazón palpitante del Fuego de la Luna. Pasaron los bordes que delimitaban el cráter, las cuestas en donde se elevaba, e hicieron el largo viaje hasta llegar al puerto.

Finalmente, se encontraron de nuevo a bordo del Ethne.

Comenzaron su camino de vuelta; cuando encontraron su camino a través del laberinto de islas, Heath tomó a Alor en sus brazos. No hablaron; sus labios se encontraron frecuentemente con la tristeza de que los besos no durarían mucho tiempo.

La niebla dorada era cada vez más tenue, el fuego que recorría su sangre fue apagándose y el ansia de poder había desaparecido; claro que de eso ni se habían percatado, ni les importaba.

Finalmente llegaron a donde comenzaba el velo que ocultaba al Fuego de la Luna y vieron, delante de ellos, la gran vela verde del Lahal. Allí era donde Vakor les estaba esperando.

Alor le dijo al terrestre con un susurro, dejando en su boca el sabor amargo de las lágrimas:

—¡Adiós, amor mío, adiós mi David!

Las dos naves permanecían juntas, borda con borda, flotando sobre las aguas tranquilas. Vakor aguardó a que Heath y Alor llegaran a bordo, conducidos por otros Hijos de la Luna que se encontraban junto a ellos. Se giró al marinero que

permanecía allí, a su lado y le dijo:

—Agarradlos.

Pero los hombres tenían miedo y ninguno se atrevió a tocarlos.

Heath vio sus caras y se sorprendió; luego miró a Alor y comprendió que la mujer no era igual a como había sido anteriormente. Ahora había algo limpio y brillante a su alrededor, se percibía una nueva profundidad y una fuerza tranquila. Sus ojos eran extraños y, en una nueva forma, hermosos. El terrestre sabía que él también había cambiado.

Ahora, ni él ni Alor eran dioses, pero se habían bañado en el Fuego de la Luna y nunca volverían a ser como antes.

Se encontró con la mirada de Vakor, pero no tuvo miedo.

El rostro cruel y de aspecto lobuno del sacerdote, perdió parte de su seguridad. Una aguda sombra de duda cruzó su cara.

El sacerdote les preguntó:

—¿Dónde está Broca?

Heath le contestó con tranquilidad:

—Le dejamos construyendo imperios entre la niebla.

Vakor seguía teniendo curiosidad.

—¿En el corazón del Fuego de la Luna?

—Sí.

Entonces Vakor le gritó:

—¡Mientes! No has podido volver del corazón del dios durmiente, nadie lo ha hecho.

Sin embargo, en sus palabras se notaba la sombra de una duda. Heath se encogió de hombros y le dijo:

—Realmente, el que lo creas o no lo creas no tiene ninguna importancia para mí.

Se produjo un largo y extraño silencio. Luego, los cuatro altos sacerdotes vestidos con túnicas negras le dijeron a Vakor:

—Debemos creerlos, mira sus ojos.

Realizando un solemne gesto ritual, se dirigieron hacia atrás y dejaron sólo a Vakor.

El sumo sacerdote susurró:

—Esto no puede ser verdad; la ley y el tabú están contruidos sobre esta roca. Algunos hombres retornaron del borde que rodea al Fuego de la Luna, como tú lo habías hecho Heath, destrozados y malditos por su blasfemia. Pero no habían llegado al mismo fuego ¡Nunca! Para esto fue dictada esta ley, para que todos los habitantes de Venus no mueran víctimas de sus sueños.

Alor le respondió tranquilamente:

—Todos los otros querían poder; nosotros sólo queríamos amor, no necesitamos ninguna otra cosa.

Se produjo un largo silencio, mientras Vakor les miraba y luchaba consigo

mismo. Luego, muy lentamente, les dijo:

—Vosotros dos estáis más allá de mi poder. El dios durmiente os recibió y decidió dejaros marchar sin que recibierais ningún daño. Yo sólo soy un Hijo de la Luna. No puedo juzgaros.

Cubrió su rostro, dio la vuelta y se alejó de donde se encontraban.

Uno de los sacerdotes menores le habló a Johor diciéndole:

—Déjales algunos hombres para los remos.

En ese momento, Heath y Alor comprendieron que eran libres.

Varias semanas después, Heath y Alor se encontraban, al amanecer, en la costa del Mar de los Opalos Matutinos. La brisa, que soplaba desde el interior de tierra firme, era fuerte; hinchaba la vela dorada del Ethne, poniendo en tensión los cables de atraque que la sujetaban a tierra, como si la nave estuviera ansiosa de ser nuevamente libre.

Heath se agachó, soltó los cables de atraque y dejó marchar a la nave.

El hombre y la mujer permanecieron juntos en silencio, observando cómo el pequeño navío iba ganando velocidad, partiendo ligero, dulce y solo a la gloria de la mañana.

La figura de marfil que era su mascarón de proa, alzaba sus brazos a la aurora y sonreía. Heath permaneció en la playa hasta que perdió de vista el último destello brillante de la vela.

Con la nave había perdido su vida pasada, sus memorias y sus sueños.

Alor le acarició con gentileza. El terrestre se volvió y la tomó en sus brazos, luego comenzaron a pasear bajo los árboles de liha, alejándose de la costa, mientras que la luz del nuevo día brillaba en el cielo.

Pensaban en cómo la luz del sol, que ellos nunca verían, era más hermosa y estaba más colmada de promesas que toda la desnuda maravilla del Fuego de la Luna que habían tenido en sus manos.

*FIN*

SPRING  
1945

# PLANET STORIES

20c

STRANGE ADVENTURES  
OF OTHER WORLDS  
THE UNIVERSE OF  
FUTURE CENTURIES

FICTION HOUSE  
MAGAZINES

## THE *SILVER* PLAGUE

FROM NOWHERE CAME  
THE HORROR OF THE  
GLITTERING DEATH...  
A NOVELET OF TIMES  
TO COME — By

**ALBERT De PINA**

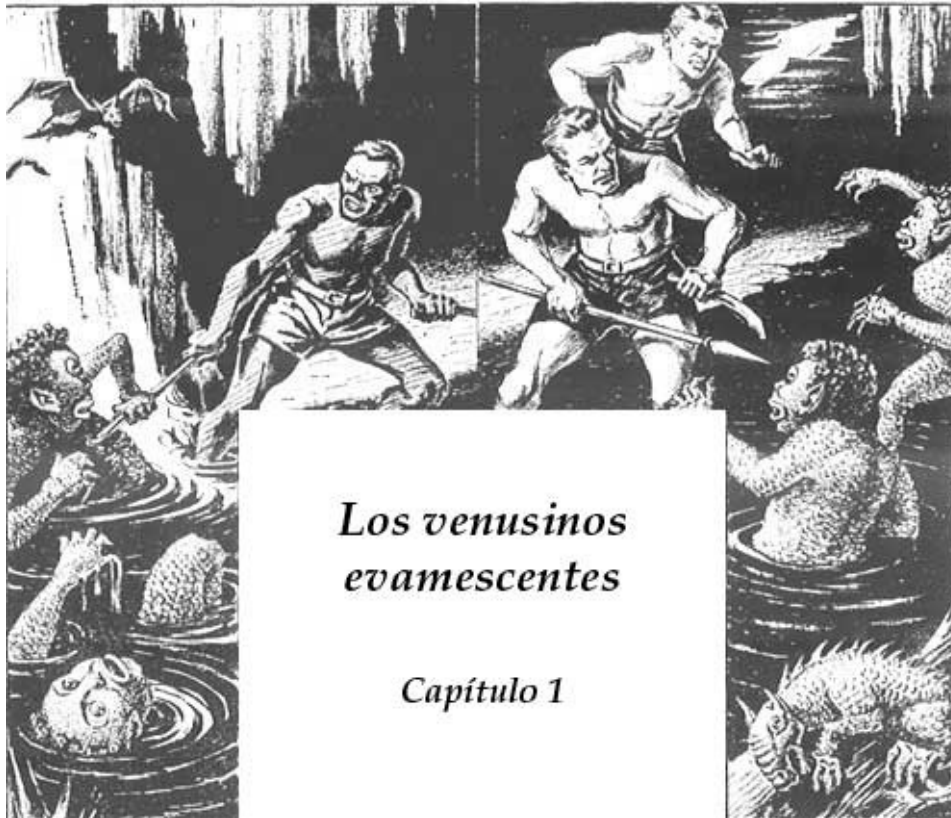
*An Amazing  
Novelet*

## The *VANISHING* VENUSTIANS

By **Leigh Brackett**







## *Los venusinos evamescentes*

### *Capítulo 1*

La brisa era constante, aunque no soplaba muy fuerte. Hinchaba la vela de arrastre lo suficiente para empujar el casco, lleno de algas, a través de las aguas, y no más. Matt Harker se encontraba tumbado junto a la caña del timón y contaba los chorros de sudor que se deslizaban por su cuerpo desnudo, mientras observaba, con ojos taciturnos y opacos, la noche color índigo. La furia, contenida e impotente, apareció en su garganta como vómito amargo.

El mar, la esposa venusiana de Rory McLaren lo llamaba el mar de los Opalos Matutinos, se extendía sereno, negro, vetado con fosforescencias. A poca altura sobre aquel mar se veía el cielo, cubierto por el espeso manto de nubes de Venus que había convertido al Sol en una leyenda recordada a medias por los exiliados de la Tierra. Luces móviles rasgaban aquella azul oscuridad, formando una línea. Doce naves, tres mil ochocientas personas, yendo a ninguna parte, atrapados en el intervalo existente entre el nacimiento y la muerte, y sin saber qué hacer en la vida.

Matt Harker miró hacia la vela y, a continuación a la linterna de popa de la nave que iba delante. Su rostro, en el tenue brillo de la luz que ilumina a Venus incluso de noche, era un demacrado conjunto oblongo de sombras y duros huesos, llenos de arrugas y cicatrices que le debía a la vida por querer y no tener, por morir y no estar muerto. Era un hombre enjuto, delgado pero fuerte y no muy alto, con una seguridad serpentina en sus movimientos.

Alguien se dirigía hacia popa en silencio por la cubierta, luchando por no pisar los cuerpos dormidos que se encontraban por todas partes. Harker dijo, sin emoción:

—Hola, Rory.

Rory McLaren le respondió:

—Hola, Matt —Se sentó. Era joven, quizá tenía la mitad de la edad de Harker. Aún quedaba esperanza en su rostro, pero cada vez se le notaba más cansado. Se sentó un rato, sin hablar y mirando a la nada. Luego dijo—: Dime la verdad Matt, por Dios ¿Cuánto tiempo más podemos aguantar?

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Empiezas a desmoralizarte?

—No lo sé. Quizá. ¿Cuándo vamos a detenernos en alguna parte?

—¿Cuándo encontremos un lugar donde hacerlo?

—¿Existe un lugar para detenernos? Me da la sensación de que llevamos buscándolo desde que nací. Siempre ocurre algo malo. Nativos hostiles, o fiebre, o mal terreno, siempre hay algo, y volvemos a reemprender la marcha. No es justo no es forma de intentar vivir.

Harker le dijo:

—Te advertí que no tuvieras hijos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Empiezas a preocuparte; el niño ni siquiera ha nacido, y ya estás preocupado.

—Ten por seguro que lo estoy —McLaren puso su cabeza entre sus manos y lanzó un juramento. Harker sabía que lo hacía para no echarse a llorar—. Estoy preocupado porque a mi esposa y a mi hijo les suceda lo mismo que a los tuyos. Tenemos fiebre a bordo.

Durante un instante, los ojos de Harker se convirtieron en carbones encendidos. Luego, miró hacia la vela y dijo:

—Estarían mejor muertos que llevando esta vida.

—No digas una cosa así.

—Es la verdad. Ya que me has preguntado cuándo vamos a detenernos en alguna parte, te diré que quizá nunca. Estás renegando sobre esto desde que naciste. Bien, yo llevo más tiempo. Antes de que nacieras, vi nuestro primer asentamiento incendiado por el Pueblo Nube, y a mis padres crucificados en su propia viña. Yo comencé en la Tierra este viaje a la Tierra Prometida, y aún espero que esa promesa se cumpla.

Los músculos de la cara de Harker eran como nudos de acero. Su voz adquirió una tranquilidad terrible.

—Sería mejor que tu esposa y tu hijo murieran ahora, mientras Viki todavía es joven y tiene esperanza, antes de que el niño llegue a abrir los ojos.

Sim, el hombretón negro, relevó a Harker antes del amanecer. Empezó a cantar, en voz baja, algo lastimero y lento como la brisa, y hermoso. Harker le maldijo y se fue a dormir a la proa, pero la canción siguió con él. *Oh, miré sobre el Jordán, y lo que vi, viniendo para llevarme a casa...*

Harker se quedó dormido. Poco después, empezó a gemir, a retorcerse, y, luego, a gritar. La gente que había a su alrededor se despertó. Le observaron con interés. Harker tenía un despertar de lobo solitario, violento y con mal temperamento. Cuando, con largos intervalos, sufría un ataque, nadie se sentía ansioso de ayudarlo a salir de esta situación. Les gustaba observar a Harker cuando no miraba.

A Harker no le importaba. Ahora estaba jugando con la nieve. Tenía siete años; las nubes eran altas y blancas, y el cielo, por encima de ellas, era tan azul y despejado que se preguntaba si Dios lo limpiaría cada pocos días, como mamá hacía con el suelo de la cocina. El sol brillaba. Parecía una gran moneda de oro, y hacía que la nieve quemara como diamantes pulverizados. Alzó los brazos hacia el sol, y el frío aire le abofeteó con sus limpias manos; él se echó a reír. Entonces, todo desapareció.

—Por Dios —dijo alguien—, ¿tiene lágrimas en el rostro?

—Llora. Llora como un niño pequeño. Escuchadle.

—Eh —dijo el primero algo avergonzado—. ¿No os parece que deberíamos despertarle?

—Al infierno con él, viejo amargado. Eh, ¿escucháis lo que...?

—Papá —susurraba Harker—. Papá, quiero irme a casa.

El amanecer llegó como un tamizado de ópalos de fuego a través de las capas de nubes color gris perla. En su sueño, mientras dormía, Harker oyó los gritos débilmente. Se sentía apagado y cansado; parecía como si tuviera pegados los párpados. Los gritos tomaron forma gradualmente y se convirtieron en la palabra “¡Tierra!” repetida una y otra vez. Harker se obligó a despertarse y se levantó.

El mar sin mareas brillaba con colores opalinos bajo la bruma. Manadas de pequeños dragones marinos de escamas como joyas se encontraban en las omnipresentes islas flotantes de algas, y las mismas algas, al menos parte de ellas, se rebullían y extendían con vida sensible.

Al frente, se alzaba un montecillo bajo de terreno enlodado, que se perdía en un enmarañado pantano. Más allá, alzándose vertical hacia las nubes, había un acantilado de granito, una magnífica escarpadura que se alzaba como una muralla contra la esperanzada mirada de los exiliados.

Harker encontró a Rory McLaren de pie junto a él; su brazo rodeaba a Viki, su esposa. Viki era una de las venusianas que se habían casado con hombres de la colonia de la Tierra. Su piel era de un blanco lechoso, el cabello era como plata brillante, y sus labios vívidamente rojos. Sus ojos eran como el mar, cambiantes, llenos de vida oculta. Ahora tenían ese brillo especial que tienen los ojos de las mujeres cuando piensan en la creación de una nueva vida. Harker miró hacia lo lejos.

—Es tierra —dijo McLaren.

—Es barro y pantano y fiebre —dijo Harker—. Como los demás sitios.

—¿Podemos detenernos aquí un poco? —apuntó Viki.

Harker se encogió de hombros.

—Eso depende de Gibbons.

Quería preguntar qué importancia tenía dónde demonios naciera el niño; pero, por una vez, refrenó su lengua. Se volvió alejándose de allí. En algún lugar del combés<sup>[1]</sup>, una mujer gritaba de delirio. Había tres formas envueltas en sábanas harapientas y tendidas sobre planchas junto a las portillas de los imbornales<sup>[2]</sup>. La boca de Harker se torció en una sonrisa amarga.

—Es probable que nos detengamos para enterrarles —dijo—. Tal vez haya tiempo suficiente.

Eché un vistazo a la cara de McLaren. La esperanza que había en él ya no estaba cansada, estaba muerta. Muerta, como el resto de Venus.

Gibbons reunió a bordo de su nave a los colonos más importantes; los jefes, los guerreros, los cazadores y los marineros. Los nombres duros y correosos que eran la coraza que recubría al blando cuerpo de la colonia. Harker estaba allí y también McLaren. Este último era joven; pero hasta hacía poco tenía un optimismo que alegraba a sus compañeros, un liderazgo natural.

Gibbons era un hombre viejo. Era el guía espiritual original de los cinco mil colonos que habían venido de la Tierra para volver a empezar sobre un nuevo mundo. El tiempo y la tragedia, la decepción y la traición le habían marcado cruelmente, pero aún mantenía la cabeza erguida. Harker admiraba su valor mientras le maldecía por ser un loco idealista.

Comenzó la inevitable discusión sobre si debían establecer un asentamiento permanente en esa planicie de lodo o seguir vagabundeando por los desconocidos e interminables mares. Harker dijo impaciente:

—Caramba, mirad este lugar. Recordad la última vez, y la anterior; hablad como personas, no como ovejas.

Sim, el hombretón negro dijo sin levantar la voz:

—La gente está horriblemente cansada. El hombre debe tener raíces en alguna parte. Si no encontramos tierra, vamos a tener problemas muy pronto.

—Tío —dijo Harker—, si crees que puedes encontrarla ve a buscarla.

Gibbons dijo con dureza:

—Sin embargo tiene razón. Hay histeria, fiebre, disentería y hastío, y el hastío es lo peor de todo.

—Voto por que nos establezcamos aquí —dijo McLaren.

Harker se echó a reír. Estaba apoyado en la puerta del camarote, mirando hacia los acantilados. El granito gris parecía despejado por encima del pantano. Harker trató de escrutar las nubes que ocultaban la cima, pero no pudo. Sus oscuros ojos se contrajeron. Las voces encendidas que había tras él se perdieron en la distancia. De repente, se volvió y dijo:

—Señor, me gustaría tener permiso para ver qué hay en la cima de esos acantilados.

Se hizo un completo silencio. Luego Gibbons dijo lentamente:

—Hemos perdido demasiados hombres en viajes como éste con anterioridad sólo para encontrar una meseta inhabitable.

—Siempre existe la oportunidad. Nuestro primer asentamiento fue en unas mesetas altas. Aire limpio, buen terreno, nada de fiebre.

—Lo recuerdo —contestó Gibbons—. Lo recuerdo —Guardó silencio durante un rato, y después dirigió una mirada astuta a Harker—. Te conozco, Matt. Es igual que

te dé o no el permiso.

Harker sonrió.

—De todas formas, ahora no me echarán mucho de menos. Ya no soy una buena influencia —Se dirigió hacia la puerta—. Dame tres semanas. De todas formas, te llevará ese tiempo carenar y limpiar los cascos. Quizá regrese con algo.

—Voy contigo, Matt —dijo McLaren.

Harker le miró directamente a los ojos.

—Será mejor que te quedes con Viki.

—Si allá arriba hay buena tierra, y te sucede algo, y no puedes volver a decírnoslo...

—¿Insinúas que no volveré a propósito?

—No he dicho eso. Puede ser que no regresemos ninguno. Pero dos es mejor que uno.

Harker sonrió. Era una sonrisa enigmática y no muy agradable. Gibbons dijo:

—Matt, tiene razón.

Harker se encogió de hombros. Entonces Sim se levantó.

—Dos está bien, pero tres es mejor —dijo. Se volvió hacia Gibbons—. Somos casi quinientos, señor. Si allá arriba hay tierra nueva, debemos compartir la carga de encontrarla.

Gibbons asintió, Harker dijo:

—Estás loco, Sim ¿por qué quieres hacer toda esa escalada, quizá para no llegar a ningún sitio?

Sim sonrió. Sus dientes aparecían como increíblemente blancos en medio de la negrura de su rostro, pulida por el sudor.

—Pero si eso es lo que mi pueblo ha estado haciendo siempre, Matt. Escalar mucho para no llegar a ninguna parte.

Hicieron sus preparativos y gozaron del sueño de la última noche. McLaren se despidió de Viki. Ella no lloró. Sabía por qué se marchaba. Le besó y todo lo que le dijo fue:

—Ten cuidado.

—Volveré antes de que nazca —fue todo lo que le dijo a ella.

Partieron al amanecer. Llevaban pescado seco y bayas marinas preparado en forma de pemmican<sup>[3]</sup>, sus largos cuchillos y cuerdas para la escalada. Hacía tiempo que se habían quedado sin municiones para sus pocas pistolas de rayos, y no disponían de equipo para hacer más. Todos eran diestros en arrojar las lanzas, por lo que llevaban a la espalda tres lanzas cortas, con púas de hueso.

Cuando cruzaron el llano de lodo, estaba lloviendo; lo vadearon sumergiéndose hasta los muslos, en medio de una densa niebla. Harker abrió el camino a través del cinturón de pantanos. Era un experto en ello, con una misteriosa rapidez para detectar la vegetación que estaba tan independientemente viva y hambrienta como él. Venus

es un enorme invernadero, y las plantas se habían desarrollado en especies tan variadas y maravillosas como los reptiles o los mamíferos, arrastrándose desde los mares precámbricos, como los primitivos flagelados y desarrollando voluntades propias, apetitos y capacidad de movimiento con los que competir. Los niños de la colonia aprendían desde muy temprana edad a no coger flores. Muy a menudo, los capullos contraatacaban.

El pantano era estrecho, y salieron de él con seguridad. Un gran dragón de los pantanos, un leshen, rugió no muy lejos; pero cazaban por la noche, y tenía demasiado sueño para atacarles. Finalmente, Harker se encontró sobre suelo firme y estudió el acantilado.

La roca estaba gastada por el clima, cortada por eones de erosión, destrozada por los terremotos. Había fragmentos de esquisto suelto y grandes losas que parecían capaces de desmoronarse sólo con tocarlas; a pesar de todo, Harker asintió.

—Podremos escalarlo —dijo—. El problema es hasta qué altura.

Sim se echó a reír.

—Tal vez hasta la Ciudad Dorada. ¿Tenemos todos la conciencia limpia? ¡No podemos llevar ninguna carga de pecado hasta tan lejos!

Rory McLaren miró a Harker.

—Muy bien, lo confieso —dijo Harker—. No me importa si hay tierra allá arriba o no. Todo lo que quería era salir de ese maldito barco antes de que me volviera loco. Ahora, ya lo sabéis.

McLaren asintió. No parecía sorprendido.

—Escalemos.

A la mañana del segundo día, llegaron a donde se encontraban las nubes. Ascendieron a través de un vapor teñido de color ópalo, medio líquido, caliente e insoportable. Siguieron arrastrándose durante dos días más. La primera noche, y quizá también la segunda, Sim cantó durante su guardia, mientras descansaban en alguna repisa. Después se sintió demasiado cansado. McLaren empezó a agotarse, aunque no lo dijo. Matt Harker se volvió más taciturno y su humor empeoró, si aquello era posible; pero, por lo demás, no hubo ningún cambio. Las nubes continuaron ocultando la cima del acantilado.

Durante un descanso, McLaren preguntó con voz ronca:

—¿Es que no termina nunca este acantilado? —Su piel estaba amarillenta, y los ojos le brillaban con fiebre.

Harker le contestó:

—Tal vez continúa más allá del cielo.

La fiebre le había vuelto a atacar también. Una fiebre que vivía en la médula de los exiliados, y surgía a intervalos, para hacerles temblar, marchitarles, y luego retirarse. A veces no se retiraba, y, al cabo de nueve días, no había necesidad de ello.

—No te importaría si así fuera, ¿verdad? —dijo McLaren.

—No te he pedido que vinieras.

—Pero no te ha importado.

—¡Cállate!

McLaren se lanzó hacia la garganta de Harker.

Este le golpeó, con mucho cuidado y precisión. McLaren se desplomó, se llevó las manos a la cabeza y empezó a llorar. Sim se mantuvo al margen, sacudió la cabeza, y, después de un rato, empezó a cantar para sí, o para alguien más allá de sí mismo. “Oh, nadie conoce los problemas que veo...”

Harker se levantó. Los oídos le zumbaban y temblaba de manera incontrolable, pero aún podía llevar consigo algo del peso de McLaren. Estaban subiendo por una repisa empinada, bastante ancha y de ascenso sencillo.

—Vamos—dijo Harker.

Unos doscientos pies más adelante, la repisa se hundía y empezaba a descender de nuevo en una serie de peldaños rotos. Por encima, sobresalía la cara del acantilado. Sólo una mosca podría haber subido por allí. Se detuvieron. Harker maldijo con una perversa lentitud. Sim cerró los ojos y sonrió. También él estaba un poco enloquecido por la fiebre.

—La Ciudad Dorada se halla en la cima. Ahí es donde yo voy.

Empezó a recorrer la repisa, siguiendo su declive hacia un recodo que sobresalía para luego desvanecerse. Harker se rio, sardónico. McLaren se liberó y fue tenazmente tras Sim. Entonces, Harker se encogió de hombros y les siguió.

Al otro lado del recodo, la repisa desaparecía por completo. Se detuvieron allí. Las vaporosas nubes se cerraron por delante; por detrás, una muralla de granito cuajada de enredaderas carnosas. Un callejón sin salida.

—¿Y bien? —dijo Harker.

McLaren se sentó. No lloró, ni dijo nada. Sólo se sentó. Sim permaneció de pie, con sus brazos colgando y la barbilla sobre su enorme pecho negro. Harker dijo:

—¿Sabéis lo que pienso sobre la Tierra Prometida? Venus es un dado cargado, no se puede ganar.

Fue entonces cuando se notó aquel aire frío. Había pensado que era un escalofrío producido por la fiebre, pero le revolvía el cabello y se percibía de una forma definida sobre su cuerpo. Incluso tenía un olor claro y límpido. Soplaba a través de las enredaderas.

Harker empezó a desgarrarlas con su cuchillo. Las fue cortando hasta descubrir la entrada a una cueva, un corte irregular suavizado al pie por algo que en otro tiempo tuvo que ser un río.

—Esta corriente de aire procede de lo alto de la meseta —dijo Harker—. El viento debe de soplar allá arriba y lo empuja hacia abajo. Debe haber un camino a través del acantilado.

Tanto McLaren como Sim notaron un lento y terrible crecimiento de su esperanza. Los tres penetraron en el túnel, sin hablar.

## Capítulo 2

Marchaban a muy buena velocidad. El aire limpio actuaba como tónico, y la esperanza les espoleaba a seguir adelante. De repente, el túnel se curvó hacia arriba, y Harker, poco después, oyó agua, un murmullo bajo y estrepitoso, como si un río subterráneo discurriera por arriba. Estaba completamente oscuro, pero el suave canal de piedra era fácil de seguir.

—¿No es luz eso de ahí arriba? —dijo Sim.

—Sí —repuso Harker—. Alguna clase de fosforescencia. No me gusta ese río. Puede detenernos.

Siguieron en silencio. El brillo era cada vez más fuerte, el aire más húmedo. Parches de líquenes fosforescentes aparecieron en las paredes, brillando con el tono de una joya oscura, como un arcoiris malsano. El rumor del agua aumentó.

De repente, encontraron el río. Fluía a través del túnel, formando un amplio canal, horadado en la roca con mucha profundidad, de forma que su nivel había caído bajo su antiguo curso y dejaba seco el túnel. Los líquenes adornaban con su brillo el techo y las paredes, y se reflejaban en oscuros destellos de color del agua.

En la parte más alta había una oscura chimenea que subía a través de la roca, y la fría corriente salía de allí casi con la fuerza de un huracán que se disipaba en el túnel del río principal. Harker juzgó que había una formación en la parte superior del acantilado que impulsaba el viento hacia abajo. La chimenea era totalmente inaccesible.

—Supongo —dijo Harker—, que tendremos que ir corriente arriba por la orilla — La roca, que mostraba amplias repisas a diferentes niveles, estaba lo suficiente erosionada para hacerlo posible.

—¿Y si el río no procede de la superficie? —preguntó McLaren—. ¿Y si viene de una fuente subterránea?

—¡Vamos a arriesgarnos! —propuso Harker—. Sigamos adelante.

Comenzaron a caminar. Después de un rato, dando vueltas como marsopas en el agua negra, las criaturas doradas aparecieron nadando, vieron a los hombres, se detuvieron, y siguieron nadando.

No eran muy grandes: el mayor de todos ellos tendría aproximadamente el tamaño de un niño de doce años. Sus cuerpos eran antropoides, pero adaptados para la natación con brillantes membranas. Brillaban con una luz dorada, fosforescente como los líquenes; sus ojos carecían de párpados y eran negros, como una gran pupila dilatada. Sus rostros eran increíbles. A Harker le recordaron algo a los dorados dientes de león que crecían en los prados en verano. Las cabezas y los rostros de los nadadores estaban cubiertos de radiantes pétalos que parecían tener movimientos independientes, como si fueran órganos sensores además de decorativos.



—Caramba —dijo Harker—, ¿qué son éstos?

—Parecen flores —respondió McLaren.

—Más se parecen a peces —dijo el negro.

Harker se echó a reír.

—Apostaría a que son las dos cosas. Apuesto a que son planis que crecieron en un lugar en donde tuvieron que hacerse anfibios, los colonos habían contraído planta —animal en planimal, y, luego, sólo en plani —aseguró Harker—. He visto animales en los pantanos que no eran demasiado diferentes de éstos. Pero, ¡Santo Dios! ¡Miradles! Parecen humanos.

—La forma es también casi humana —tembló McLaren—. Quisiera que no nos miraran de esa forma.

—Mientras solo miren, no voy a preocuparme... —dijo Sim.

No lo hicieron. Empezaron a acercarse por debajo de los hombres, nadando sin esfuerzo contra la corriente. Algunos de ellos empezaron a salir del agua. Eran ágiles y gráciles. Había algo desagradablemente infantil en ellos. Eran quince o veinte, y a Harker le recordaron una pandilla de niños malvados, sólo que la maldad tenía una extraña cualidad, era una maldad sin alma.

Harker comenzó a avanzar más rápido lo largo de la repisa. Había desenvainado el cuchillo y llevaba una lanza corta en su mano derecha.

La tonalidad del río cambió. El canal se ensanchó, y, por encima, Harker vio que la caverna terminaba en un gran espacio lleno de sombras, en donde el agua, manando lentamente sobre un bajo borde de piedra, formaba un lago oscuro. Más seres —niño brillantes estaban jugando allí. Se unieron a sus compañeros, y cerraron un círculo apretado alrededor de los tres hombres.

—Esto no me gusta —dijo McLaren—, ¡Si al menos hicieran algún sonido!

Y, de repente, lo hicieron, sin previo aviso, una risa estridente como la perversión de una risa infantil. Sus ojos brillaron. Se lanzaron hacia ellos, unos corriendo con sus pies húmedos, a lo largo de la repisa, otros sacaban las manos del agua para agarrarles por los tobillos, entre risas. Harker sintió que, dentro de su vientre plano, las tripas se le revolvían.

McLaren gritó y dio patadas. Las garras le arañaron el tobillo, unas uñas que parecían agujas, como si fueran espinas. Sim atravesó un pecho dorado con su lanza. No había huesos allí. El cuerpo era liviano y membranoso, y la sangre que brotó de él, pegajosa y verde, como savia. Harker envió a dos criaturas al río a patadas, agarró su lanza como si fuera un bate de baseball y echó a otros dos más fuera de la repisa; eran increíblemente livianos, y chillaban.

—Arriba, hacia esa repisa alta. No creo que puedan trepar hasta ella.

Empujó a McLaren para que pasara delante de él y ayudó a Sim a cubrir la retaguardia mientras todos escalaban por un camino difícil y putrefacto. McLaren se agazapó en lo alto de la repisa y lanzó fragmentos de piedra contra los atacantes. Había una gran grieta, perfectamente visible, en el techo de la caverna, la cicatriz de

un antiguo terremoto. En ese momento, comenzó un pequeño deslizamiento.

—Vale —jadeó Harker—. Deja de tirar piedras antes de que derrumbes el techo. No pueden seguirnos.

Los planis estaban equipados para la natación, no para la escalada. Aunque se agarraban furiosamente a la roca, resbalaban, y, hoscos, se retiraban al agua. De repente, agarraron el cuerpo que Sim había atravesado de un lanzazo y lo devoraron, luchando por él fieramente. McLaren se asomó a la repisa y se sintió enfermo.

Harker tampoco se sentía muy bien. Se levantó y siguió adelante. Sim ayudó a McLaren, cuyo tobillo sangraba malamente.

La repisa superior formaba un ángulo y rodeaba la pared de la gran caverna del lago. Aquel lugar era más frío y más seco, los líquenes fueron escaseando hasta desaparecer, dejando una oscuridad total. Harker gritó una vez. Por el eco de su voz, supieron que el lugar era enorme. Por debajo, en el agua negra, los cuerpos dorados seguían sus trayectorias, como cometas en un universo de ébano, dirigiéndose rápidamente hacia alguna parte. Harker siguió avanzando cuidadosamente. La piel le temblaba por un impulso nervioso de peligro, una sensación de algo no visto, no natural, y maligno.

—Oigo algo —dijo Sim.

Se detuvieron. El aire oscuro estaba cargado de una sutil fragancia, picante y agradable, aunque, en alguna forma, sucia. El agua suspiraba perezosa por debajo. En alguna parte, por delante de ellos, se oía al agua corriendo con fuerza. Harker supuso era la entrada del río. Pero Sim no se refería a ninguno de estos sonidos.

Se refería al sonido ondulante, semejante a un susurro, que procedía de todas partes de la caverna. La negra superficie del lago estaba salpicada de manchas de un color que parecía arder con la fosforescencia y que dejaban orgullosas estelas. Las manchas crecían con rapidez, acercándose, para convertirse en alfombras de flores, escarlatas, azules, doradas y púrpuras. Campos flotantes, arrastrados por los brillantes nadadores.

—¡Dios mío! —exclamó Harker en voz baja—. ¿Cómo son de grandes?

—Como unas tres veces yo —dijo Sim, que era un hombre grande—. Los pequeños eran niños, por supuesto. Fueron a llamar a sus papás. ¡Oh, Señor!

Algunos de los nadadores que llegaban eran muy parecidos a los pequeños que les habían atacado en el río, a excepción de su tamaño, que era gigantesco; no eran torpes, sino que tenían magníficos miembros flexibles y ligeros. Sus membranas se habían convertido en grandes alas brillantes, cada nervadura moteada con fuego. Sólo las doradas cabezas, color diente de león, habían cambiado.

Se habían desprendido de los pétalos. Sus cabezas adultas estaban coronadas por brotes Esos y rizados que tenían la belleza venenosa e inmundada de los hongos. Sus rostros eran rostros de hombres.

Por primera vez desde la infancia, Harker sintió frío.

Los campos de flores ardientes estaban girando al pie del acantilado. De repente,

los gigantes dorados emitieron una nota sonora que recordaba la de una campana, y el agua se agitó, formando una espuma burbujeante cuando miles de cuerpos parecidos a flores se separaron y empezaron a subir el acantilado sobre patas semejantes a las de las arañas pero con ventosa.

Parecía que ni siquiera merecería la pena intentarlo; pero Harker exclamó:

—¡Vámonos de aquí, maldita sea! —Había un poco de luz, procedente del ejército que avanzaba contra ellos desde abajo. Comenzó a correr por la repisa, con los otros pegados a sus talones. Algunos de los recién llegados, los sabuesos-flor subían rápidamente, y sus señores nadaban tranquilamente debajo, observando.

La repisa se hundió. Harker saltó sobre ellos como un ciervo. Tras el reborde inferior se perdía en el túnel de donde el río procedía. Un túnel corto, y al otro extremo...

—¡La luz del día! —gritó Harker—. ¡La luz del día!

La pierna sangrante de McLaren cedió y éste cayó.

Harker le agarró. Estaban en la parte inferior de la depresión. Los sabuesos—flor se hallaban debajo, y escalaban con rapidez. El pie de McLaren se veía hinchado; la pantorrilla, descolorida. Alguna infección rápida por efecto de las garras de los plañís. Enfrentándose a Harker le dijo:

—¡Sigue! ¡Sigue!

Harker le abofeteó con fuerza en la sien. Se puso en marcha, cargando a McLaren a medias, pero vio que esto no iba a funcionar. McLaren pesaba más que él. Confió a su compañero en los poderosos brazos de Sim. El ciclópeo negro asintió con la cabeza y corrió, llevando al hombre semiinconsciente como si fuera un niño. Harker vio a las primeras cosas —flor subir a la repisa, delante de ellos.

Sim les cerró el paso. No eran grandes, y sólo eran tres. Se apresuraron a seguir mientras Harker las alanceaba, pinchándolas y golpeándolas con la afilada punta de hueso. Toda la masa se lanzó tras ellos. Corrió, pero ellos eran más veloces. Les mantuvo a raya con la lanza y el cuchillo, y volvió a correr de nuevo; al poco, se dio la vuelta y les combatió de nuevo. Cuando alcanzaron el túnel, Harker se tambaleaba, agotado.

Sim se detuvo y dijo.

—No hay salida.

Harker miró por encima del hombro. El río caía sobre una gran roca: demasiado alto y con demasiada fuerza, incluso para que los gigantescos plañís acuáticos pensarán intentar saltar. La luz fluía de lo alto, cálida y llena de bienestar, como si estuvieran en Marte.

Era un callejón sin salida.

Entonces Harker vio el pequeño canal erosionado que se retorcía en un lado. Era poco más que una tubería de desagüe, y estaba seco desde hacía mucho tiempo; conducía a un pasadizo que llevaba a la cima de la cascada, una grieta apenas lo bastante grande para que un hombre pequeño pudiera arrastrarse por ella. Era una

esperanza diabólica, pero...

Harker señaló la grieta mientras golpeaba con rapidez a aquel enjambre de flores.

—Tú primero —gritó Sim. Dado que Harker era el mejor escalador, obedeció, y ayudó a subir tras él al jadeante McLaren. Sim aferró su lanza como si fuera una antorcha, y, vigilando la retaguardia, subió pulgada a pulgada.

Llegó a una posición relativamente segura, y se detuvo. Su enorme pecho soplaba como un fuelle, y su brazo subía y bajaba como una barra de ébano pulido. Harker le gritó para que siguiera adelante. McLaren y él se encontraban casi en la cima.

Sim se echó a reír.

—¿Cómo vas a hacer que pase por ese agujerito?

—¡Vamos, idiota!

—Será mejor que os deis prisa. Yo estoy acabado.

—¡Sim! ¡Sim, maldito seas!

—¡Arrastraos a través de ese agujero, enanos que podéis pasar por donde solo pasa un guisante! Soy un hombre con el tamaño de un hombre, y tengo que quedarme —Luego, furioso añadió—: Vamos, rápido u os agarrarán antes de que paséis.

Tenía razón. Harker sabía que tenía razón. Se puso a trabajar, empujando y despejando los obstáculos para que McLaren pudiera pasar por la estrecha abertura. McLaren estaba atontado y no servía de mucha ayuda, pero era delgado y de huesos pequeños, y lo consiguió. Salió rodando a un declive cubierto de hierba verde, la primera que Harker veía desde su infancia. Empezó a correr tras McLaren. No se volvió a mirar a Sim.

El negro cantaba sobre la gloria de la venida del Señor.

Harker asomó la cabeza a la oscuridad de la grieta.

—¡Sim!

—¿Sí? —se oyó el eco débil de su voz ronca.

—Hay tierra aquí, Sim. Buena tierra.

—Sí.

—Sim, encontraremos una manera...

Sim estaba cantando de nuevo. El sonido cada vez era más débil, y acabó por perderse en la distancia. Las palabras se perdieron, pero no lo que subyacía en ellas. Matt Harker enterró el rostro en la hierba verde, y la voz de Sim le acompañó en la oscuridad.

Las nubes estaban cambiando de color con el ocaso del sol oculto. Colgaban como un dosel de oro fundido bañado en sangre. El silencio era completo, salvo por los pájaros. Nunca se oye a pájaros como éstos en los lugares bajos. Matt Harker se dio la vuelta y se sentó lentamente. Se sentía como si le hubieran dado una paliza. Estaba enfermo, y avergonzado, la vieja y oscura rabia se enroscaba, mortífera, en su corazón. Ante él se extendía la larga pendiente de hierba que llegaba hasta el río, que se curvaba a la izquierda hasta perderse de vista a lo lejos, tras un espolón de granito. Más allá de la pendiente había una ancha planicie y, más allá, un bosque de árboles

gigantescos. Parecían flotar en la neblina de color cobre, sus oscuras ramas se extendían como alas, salpicadas de flores. El aire era frío, sin ningún rastro de lodo o podredumbre. La hierba, rica, y la tierra bajo ella, limpia y fértil.

Rory McLaren gimió en voz baja y Harker se volvió hacia él. Su pierna tenía mal aspecto. Estaba sumido en una especie de estupor, y tenía la piel enrojecida y reseca. Harker maldijo en voz baja, y se preguntó qué iba a hacer.

Miró hacia el llano, y vio a la muchacha.

No sabía cómo había llegado allí. Quizá había salido de entre los arbustos que crecían en la pendiente. Podría haber estado allí mucho rato, observando. Ahora les estaba mirando, completamente inmóvil, a unos cuarenta pies de distancia. Una gran mariposa escarlata colgaba de su hombro, moviendo sus alas con perezoso deleite.

Parecía más una niña que una mujer. Estaba desnuda, y era pequeña, esbelta y exquisita. Su piel tenía un leve tono de verde translúcido bajo su blancura. Sus cabellos, rizados y cortos, eran de un azul oscuro, sus ojos eran también azules, y muy extraños.

Harker la miró, y ella le miró a él; ninguno de los dos se movió. Un pájaro brillante descendió del cielo y revoloteó junto a los labios de ella durante un momento, acariciándola con su pico. Ella lo tocó y sonrió, pero no apartó los ojos de Harker.

Harker se puso en pie lentamente y con facilidad. Dijo:

—Hola.

Ella no se movió, ni produjo ningún sonido; pero, absolutamente de repente, un par de pájaros enormes, con picos y garras como águilas, y negros como el pecado, pasaron silbando como si fueran un proyectil, junto a la cabeza de Harker y regresaron, dando la vuelta. Harker se sentó otra vez.

Los extraños ojos de la muchacha se apartaron de él, y se dirigieron hacia la grieta, en la falda de la colina, por donde ellos habían venido. Sus labios no se movieron, pero su voz, o algo, habló claramente dentro de la cabeza de Harker.

—Viniste de... Allí. —*Allí* tenía una tremenda carga sentimental que no era agradable.

—Sí —dijo mentalmente Harker—. Eres telépata, ¿verdad?

—Pero tú no eres... —Una imagen de los nadadores dorados se formó en la mente de Harker. Era reconocible; sin embargo, el odio y el miedo habían borrado toda la belleza, y dejado sólo el horror.

—No, —dijo Harker. Le explicó quiénes eran McLaren y él. Le habló de Sim. Sabía que ella escuchaba con cuidado su mente, examinando si lo que pensaba era verdad. No estaba preocupado por lo que ella pudiera encontrar. Dijo—: Mi amigo está herido. Necesitamos comida y refugio.

Durante un rato, no hubo respuesta. La muchacha estaba mirando a Harker de nuevo. Observaba su cara, la forma y textura de su cuerpo, su cabello y luego sus ojos. El nunca había sido observado por nadie de esa manera antes. Harker empezó a

sonreír. Una sonrisa provocativa, de las que empleaba para mandar a alguien al cuerno, que inyectó una sorprendente cantidad de luz y encanto a su sardónica personalidad.

«Cariño —dijo—, me asustas ¿qué eres?.¿Animal, mineral o vegetal?»

Ella, sorprendida inclinó su redonda cabecita, y le hizo la misma pregunta. Harker se echó a reír. Ella sonrió, su boca formó una pequeña V invitadora, y sus ojos echaron chispas. Harker comenzó a caminar hacia ella.

Inmediatamente los pájaros le avisaron. La muchacha se rio, un pícaro murmullo de diversión.

—Ven —dijo y se volvió para alejarse.

Harker frunció el ceño. Se inclinó y habló a McLaren con su peculiar gentileza. Consiguió levantar al muchacho, luego se lo cargó a hombros, tambaleándose ligeramente bajo el peso de McLaren y dijo con claridad:

—Volveré antes de que nazca.

Harker esperó hasta que la muchacha se puso en marcha, manteniendo distancia. Los dos pájaros negros les siguieron, vigilantes. Caminaron a través de la hierba espesa de la llanura, en dirección a los árboles. El cielo ahora tenía el color de la sangre.

Una ligera brisa removió el cabello de la muchacha y jugueteó con él. Matt Harker vio que las cortas hebras rizadas eran anchas y planas, Como pétalos azules

### *Capítulo 3*

El camino hasta el bosque fue largo. La cima de la meseta parecía tener forma de un tazón, protegida por los acantilados que la rodeaban. Harker, pensando en aquel primer asentamiento de hacía tanto tiempo, decidió que ese lugar era infinitamente mejor: como las visiones que había tenido en sus sueños febriles... de la Tierra Prometida. La frescura y claridad le daban la sensación de que le habían quitado un peso de los pulmones, del corazón y del cuerpo.

Sin embargo, aquel aire rejuvenecedor no le ayudaba a soportar el peso de McLaren. Finalmente, Harker dijo:

—Quieto —y se sentó, dejando caer con cuidado a McLaren sobre la hierba. La muchacha se detuvo. Retrocedió un poco y observó a Harker, que resoplaba como un caballo agotado. ...Él sonrió y le dijo —: Estoy destrozado Demasiado trabajo para un hombre de mi edad. ¿No puedes encontrar a alguien que me ayude a llevarlo?

Ella le estudió una vez más con fascinación cargada de sorpresa. Caía la noche,

de un índigo claro, menos oscura que al nivel del mar. En sus ojos aparecía una curiosa luminosidad que resaltaba en medio de la oscuridad.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella.

—¿Hacer qué?

—Cargar con eso.

Por «eso», Harker supuso que se refería a McLaren. Fue repentina y fríamente consciente del abismo que existía entre ambos, un abismo que ninguna explicación podría salvar.

—Es mi amigo. Es... tengo que hacerlo.

Ella estudió sus pensamientos y luego sacudió la cabeza.

—No comprendo. Está gastado —su imagen mental era una combinación de «roto», «acabado» e «inútil»—. ¿Por qué cargar con él?

—McLaren no es «eso». Es un hombre como yo, mi amigo. Está herido, y debo ayudarle.

—No lo comprendo —Su encogimiento de hombros venía a decir algo así como que era su funeral, y también que estaba loco. Ella comenzó a andar de nuevo, sin prestar atención a la llamada de Harker para que le esperara. Así, Harker recogió a McLaren y prosiguió, de nuevo, hacia adelante dando tumbos. Deseó que Sim estuviera ahí, y, de inmediato, deseó no haber pensado en él. Esperaba que Sim hubiera muerto rápidamente antes..., ¿antes de qué?

*Oh, Dios está oscuro y yo estoy asustado, me noto sin fuerzas, y esa cosa que trota delante de mí a través de la neblina azul...*

La cosa, no obstante, era hermosa. Magníficamente formada, fascinante, un esbelto brillo de luz lunar, una flor en forma de cáliz que contenía el néctar místico y perfumado de lo irreal, lo desconocido, lo no descubierto. A su pesar, el corazón de Harker comenzó a palpitar con una profunda excitación.

Llegaron bajo las fragantes sombras de los árboles. El bosque estaba despejado, con anchas crestas de musgo y claros. Había flores debajo, pero no arbustos, y grupos de helechos. La muchacha se detuvo y extendió su mano hacia arriba. Una rama plumosa, más allá de su alcance, se curvó y le rozó el rostro; entonces, ella cortó una flor, grande y pálida, y se la colocó en el cabello.

Ella se volvió y le sonrió a Harker. Este comenzó a temblar, en parte por el cansancio y en parte por alguna otra cosa.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó.

Ella parecía sorprendida.

—¿Quieres decir lo de la rama? ¡Oh, eso! —Se echó a reír. Era el primer sonido que él le oía hacer, y le atravesó como si fuera cálida plata—. Pensé que me gustaría una flor, y aquí está.

Teleportación, energía telecinética, ¿cómo lo llamaban los libros? Allá en la Tierra sabían algo al respecto; pero la colonia no tenía mucho tiempo para estudiar el tema en su pequeña biblioteca. Había algunas sectas religiosas que hacían que las

rosas se doblaran en sus manos. Vieja sabiduría, la fuerza detrás de los milagros bíblicos, sólo el infinito poder del pensamiento. Muy sencillo. Sí. Harker se preguntó, incómodo, si ella estaría dispuesta a hacerlo por él. Pero, claro, él tenía un cerebro propio. ¿O no?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella emitió un sonido claro y lleno de vibraciones. Harker trató de silbarlo a su vez y lo dejó por imposible. Una especie de lenguaje tonal, supuso, sin palabras como él las conocía. Parecía como si ellos, su pueblo (fueran quienes fueran) lo hubieran copiado de los pájaros.

—Te llamaré Scabiosa —dijo él— o mejor Azulejo<sup>[4]</sup>..., pero no sabrás lo que significa,

Ella recogió la imagen de su mente y se la devolvió. Flores con hojas de bordes azules en el florero de porcelana de su madre. La joven volvió a reírse, alejó a sus pájaros y se internó en el bosque, gritando como una oropéndola. Otras voces le contestaron, y poco después, corriendo con el ligero viento entre los árboles, llegó su pueblo.

Eran como ella. Había machos, criaturas delgadas como muchachos, y jovencitas como Scabiosa. Había varios centenares, todos desnudos, todos alegres y curiosos; sus cuerpos delgados y flexibles revoloteaban como mariposas a través de las sombras índigo. Sus cabezas estaban cubiertas de pétalos (Harker los llamaba así, aunque todavía no estaba seguro), pétalos de todos los colores, desde escarlata sangre a blanco puro.

Gorgojeaban entre sí. Al parecer, Azulejo les estaba contando cómo había encontrado a Harker y McLaren. Toda la multitud avanzó poco a poco a través del bosque y terminó finalmente en un claro enorme donde sólo había árboles dispersos. Un manantial formaba una laguna, de la que manaba un arroyo que se perdía entre los helechos.

Llegaron más de aquellos pequeños seres, Harker vio entonces a los jóvenes, los había de todos los tamaños, desde criaturas pequeñas y delgadas, réplicas de sus mayores, hasta otras como las que había visto. No había viejos. No había ninguno con cuerpos imperfectos o lastimados. Harker, exhausto y al borde de un ataque de fiebre, no se sintió muy animado.

Colocó a McLaren junto al manantial. Bebió; jadeaba como un animal, y se mojó la cabeza y los hombros. El pueblo del bosque se quedó observándole, formando un círculo. Ahora estaban en silencio. Harker se sintió rudo y bestial, como si hubiera eructado ruidosamente en una iglesia.

Se volvió hacia McLaren. Le bañó, le ayudó a beber, y se puso a curarle la pierna. Necesitaba luz, y fuego.

Había hojas secas, masas de musgo seco en las rocas alrededor del manantial. Reunió un montón de musgo. El pueblo del bosque le observaba. Su mirada, silenciosa y luminosa, le puso nervioso. Las manos le temblaban, por lo que hubo de



hacer cuatro intentos con el acero y el pedernal antes de conseguir una chispa.

La pequeña llama hizo que las silenciosas filas se agitaran violentamente. Harker la sopló. Las llamas prendieron, pequeñas y pálidas al principio, luego se afianzaron, crecieron y comenzaron a echar chispas. Harker vio sus rostros a la luz que surgía de la llama, con los ojos dilatados por el terror. Un grito agudo se elevó de entre la muchedumbre, y luego desaparecieron, como hojas susurrantes arrastradas por el viento.

Harker empuñó su cuchillo. El bosque estaba ahora silencioso. Silencioso, pero no descansaba. Harker sintió que la piel le hormigueaba en la espalda, en el cuero cabelludo, y se le tensaba en los pómulos. Pasó la hoja a través de la llama. McLaren le miró. Harker dijo:

—Todo va bien, Rory —, y le golpeó en la barbilla con cuidado. McLaren yacía inmóvil. Harker le agarró la pierna hinchada y se puso a trabajar.

Había amanecido de nuevo. Se encontraba tendido en la fría hierba, junto al manantial; las cenizas de su hoguera estaban grises y muertas al lado de las manchas oscuras. Se sentía descansado, relajado, y la fiebre parecía haber desaparecido. El aire era como vino.

Rodó sobre su espalda. El viento estaba soplando; un viento vivo y fuerte, con un cierto olor. Los árboles estaban alegres, casi gritando de placer. Harker inspiró hondo. El olor, la pura y limpia orilla...

De repente, advirtió que las nubes estaban altas, mucho más de lo que él había pensado que estaban. El viento las dispersaba, y la luz del día era brillante, tan brillante que...

Harker se puso en pie de un salto. La sangre circulaba excitada en su interior. Había una mancha punzante en sus ojos. Empezó a correr, hacia un árbol alto; se encaramó a sus ramas y trepó por él, sin descanso, hasta su ondulante copa.

El cóncavo valle se extendía ante él, verde, rico y encantador. Los grises acantilados de granito lo rodeaban, siendo más altos en la dirección de donde el viento soplabá. Más y más alto, y, tras ellos, muy lejos, había montañas que subían hasta el cielo.

En las montañas, apareciendo entre jirones de nubes había nieve, blanca y fría y cegadoramente pura. Mientras Harker miraba, se produjo un destello, tan rápido y fugaz que lo vio más con el corazón que con los ojos...

La luz del sol. Campos nevados y, sobre ellos, el sol.

Después de un largo rato, descendió de nuevo al silencio del claro. Se quedó allí, sin moverse, mirando lo que no había tenido tiempo de ver antes.

Rory McLaren había desaparecido. Las dos mochilas, con la comida y las cuerdas para escalar, las vendas y el acero y el pedernal habían desaparecido. Las lanzas cortas habían desaparecido. Al tocarse la cadera, Harker no encontró más que carne desnuda. Le habían quitado el cuchillo, e incluso el taparrabos.

Un cuerpo esbelto y exquisito se adelantó desde las sombras de los árboles.

Grandes capullos blancos brillaban contra el azul ensortijado que le coronaba la cabeza. Ojos luminosos contemplaron a Harker, llenos de burla y de una sutil animación. Azulejo sonrió.

Matt Harker caminó hacia Azulejo, sin apresurarse, su rostro duro y curtido carente de expresión. Procuró mantener su mente del mismo modo.

—¿Dónde está el otro, mi amigo?

—En el lugar donde todo acaba —Ella señaló vagamente con la cabeza hacia los acantilados, cerca del lugar por donde Harker y McLaren habían escapado de las cuevas. Por lo que Harker pudo traducir, su imagen mental estaba entre un montón de basura y un cementerio. También le era indiferente por completo, un poco molesta de que se perdiera el tiempo en tales tonterías.

—Mira... ¿está todavía vivo?

—Lo estaba cuando le pusimos allí. Se encontraba bien, esperará hasta que... se pare. Como todos ellos.

—¿Por qué os lo llevasteis? ¿Porqué...?

—Era feo —Azulejo se encogió de hombros—. Y, de todas formas, estaba roto —Extendió los brazos hacia arriba y alzó la cabeza al viento. Un escalofrío de alegría corrió a través de ella. Sonrió de nuevo a Harker. Se colocó a su lado.

Él trató de mantener oculta su furia. Comenzó a caminar de nuevo, como si no tuviera ningún propósito en mente, y se dirigió hacia los acantilados. Su camino pasaba junto a un arbusto de flores amarillas y espinosas, con ramas flexibles. De repente, el arbusto se volvió y le azotó en el vientre. Harker se detuvo en seco y se dobló, mientras escuchaba la risa de Azulejo.

Cuando se enderezó, ella se encontraba frente él.

—Es roja—, dijo sorprendida, y posó sus pequeños dedos puntiagudos sobre los arañosos producidos por las espinas. Parecía excitada y fascinada por el color y el aspecto de la sangre. Sus dedos se movieron, tanteando la forma de los músculos de Harker, la textura de su piel y el vello oscuro de su pecho. Dibujaron pequeñas líneas de fuego por su cuello, por el borde de su mandíbula, y tocaron sus rasgos, uno a uno, sus párpados, sus negras cejas.

—¿Qué eres? —susurró su mente en la del hombre.

—Esto. Harker la rodeó lentamente con sus brazos. Su piel se deslizó fría y extraña bajo sus manos, lo que le provocó un escalofrío indescriptible que recorrió todo su ser, en parte placer, en parte repulsión. Inclino la cabeza. Los ojos de ella se abrieron profundamente, lagos de fuego azul; entonces, él encontró sus labios. Eran fríos y extraños, como el resto de su cuerpo; flexibles, con un sabor picante, el mismo perfume que procedía con súbita y abrumadora dulzura de sus pétalos rizados.

Harker vio movimiento en los senderos del bosque, una muchedumbre de brillantes cabezas —flores. Azulejo se apartó. Le asió las manos y le condujo al río y los tranquilos lugares cubiertos de helechos de sus riberas. Cuando Harker miró hacia arriba, vio que los dos pájaros negros les estaban siguiendo desde arriba.

—Entonces, ¿sois realmente plantas? ¿Flores, como éstas? —Él acarició suavemente los capullos blancos de su cabeza.

—Entonces, ¿tú eres realmente una bestia? ¿Como esas criaturas peludas y gruñidoras que a veces suben por el paso?

Los dos rieron. El cielo era del color del vellón claro. La cálida tierra y los helechos aplastados eran dulces bajo sus pies.

—¿Qué pasó? —preguntó Harker.

—Por allí encima —Ella señaló hacia el borde del valle—. Creo que baja hasta el mar. Hace mucho tiempo bajábamos por él, pero no hay necesidad, y las bestias lo han hecho peligroso.

—Claro —dijo Harker, y la besó en el hoyuelo de su barbilla—. ¿Qué pasa cuando vienen las bestias?

Azulejo rio. Antes de que Harker pudiera moverse, quedó atrapado en una telaraña de enredaderas y duros helechos, y los pájaros negros graznaron e hicieron chasquear sus afilados picos ante su cara.

—Esto pasa —dijo Azulejo. Acarició los helechos—. Nuestros primos nos comprenden, aún mejor que los pájaros.

Harker se quedó tendido, empapado en sudor, incluso después de quedar libre otra vez. Finalmente dijo.

—Aquellas criaturas del lago subterráneo ¿son vuestros primos?

El pensamiento de miedo de Azulejo empujó en su mente como si fueran unas manos que lo apartaran.

—No. La leyenda dice que hace mucho, mucho tiempo, este valle era un lago enorme, y que los nadadores vivían en él. Eran una especie completamente diferente de la nuestra. Nosotros procedíamos de las altas gargantas, donde ahora sólo hay acantilados desnudos. Eso fue hace mucho tiempo. A medida que el lago retrocedía, nos hacíamos más numerosos y empezamos a bajar. Finalmente hubo una batalla y empujamos a los nadadores al lago negro. Una y otra vez han intentado salir, para volver a la luz, pero no pueden. En ocasiones, nos envían sus pensamientos. Ellos... —Se interrumpió—. No quiero seguir hablando sobre ellos.

—¿Cómo lucharíais contra ellos si salieran? —preguntó Harker tranquilamente—. ¿Solo con los pájaros y las enredaderas?

Azulejo tardó en responder. Luego dijo.

—Te enseñaré una forma —Le colocó una mano sobre los ojos. Durante un momento, sólo hubo oscuridad. Luego, una imagen comenzó a formarse en la mente de Harker, gente, su propio pueblo, se veían como reflejos en un espejo oscuro y distorsionado, pero eran reconocibles. Penetraban en el valle, a través de una grieta en los acantilados; al instante, todos los arbustos, árboles y hojas de hierba se curvaban contra ellos. Su gente luchaba, golpeaba con sus cuchillos, se abrían paso, pero con lentitud. Luego, a través de la llanura, aparecía una especie de niebla, una fina cortina de suave blancura que se desplazaba sobre ella.

Estaba más cercana, moviéndose con impulso propio, sin atender al viento. Harker vio que era vilanos. Semillas, transportadas por alas sedosas. Se posaba sobre la gente atrapada en la maleza. Era lento e interminable, y les cubría a todos con un fino vellón. Ellos empezaban a revolverse y a gritar de dolor, con un miedo terrible. Luchaban, pero no podían liberarse.

El blanco rocío cayó sobre ellos. Sus cuerpos estaban cubiertos con innumerables brotes verdes, que sorbían los elementos químicos de la carne viva y ya comenzaban a crecer.

Los mensajes mentales que iban transmitiendo imágenes fueron interrumpidos por Azulejo.

—He visto tus pensamientos, algunos de ellos, desde el momento en que saliste de las cuevas. No puedo comprenderlos, pero sí puedo ver nuestra llanura sin vegetación, viéndose la tierra, nuestros árboles talados y todo convertido en algo feo. Si los tuyos vinieran aquí, tendríamos que irnos. Y este valle nos pertenece.

El cerebro de Matt Harker quedó calmado en la oscuridad de su cráneo, cansado.

—Primero perteneció a los nadadores.

—No pudieron conservarlo. Nosotros sí podemos.

—¿Por qué me has salvado, Azulejo? ¿Qué quieres de mí?

—Tú no eras peligroso. Eras extraño. Quería jugar contigo.

—¿Me amas azulejo, Azulejo? —Sus dedos rozaron una gran piedra lisa, entre las raíces de los helechos.

—¿Amor? ¿Qué es eso?

—Es mañana y ayer. Es esperanza y felicidad y dolor; el yo completo porque carece de egoísmo; la cadena que te une a la vida y hace que ésta merezca la pena vivirse. ¿Comprendes?

—No. Yo crezco, vivo de la tierra y de la luz, juego con los otros, con los pájaros, el viento y las flores. Cuando la época llega, estoy madura de semillas, y, después de eso, voy al lugar final y espero. Eso es todo lo que comprendo. Eso es todo lo que hay.

El la miró a los ojos. Sintió un escalofrío.

—No tienes alma, Azulejo. Ésta es la diferencia que hay entre nosotros. Vives, pero no tienes alma.

Después de aquello, no le fue tan difícil realizar lo que tenía que hacer. Lo hizo rápidamente, muy rápidamente, lo que era su única y débil oportunidad de justificar la muerte de Sim. Lo que Azulejo tal vez había vislumbrado en su mente pero contra lo que no podía protegerse, porque ella no era capaz de comprender la idea del asesinato.

## *Capítulo 4*

Los pájaros negros se precipitaron contra Harker; pero la compulsión que los enviaba desapareció demasiado pronto. Los helechos y enredaderas temblaron, y luego permanecieron quietos, y los pájaros se alejaron pesadamente. Matt Harker se puso en pie.

Pensó que tal vez tenía un poco de tiempo. El pueblo de las flores se mantenía en contacto con la mente; pero quizá no advirtieran la ausencia de Azulejo durante un rato. Tal vez no fisgonearan en sus pensamientos, ya que era el juguete de Azulejo. Tal vez...

Empezó a correr hacia los acantilados donde se encontraba el lugar donde todo acaba. Se mantuvo en terreno abierto todo el tiempo que le fue posible, apartado de la maleza. Antes de partir no volvió a mirar lo que yacía a sus pies.

Se hallaba cerca de su destino cuando supo que había sido localizado. Los pájaros regresaron, y se precipitaron sobre él con sus alas negras y silbantes. Harker cogió una rama muerta para golpearlos y ésta se le deshizo en las manos. Telequinesis, el poder de la mente sobre la materia. Harker había leído una vez que, si sabías cómo, siempre podías conseguir un buen resultado pensando en la posición de los dados. Deseó poder pensar en una pistola de rayos. Los picos ganchudos le desgarraron la carne de los brazos. Se cubrió el rostro, agarró a uno de los pájaros por el cuello y lo mató. El otro gritó, y esa vez, Harker no tuvo tanta suerte. Cuando hubo matado al segundo, le había clavado las garras y abierto la cara a lo largo de los pómulos. Comenzó a correr de nuevo.

Los matorrales se inclinaban hacia él cuando pasaba a su lado. Ramas espinosas se estiraban. Las enredaderas se alzaban desde la hierba como serpientes, y todas las hojas verdes estaban volviéndose cuchillos contra sus pies. Pero ya había alcanzado los acantilados, donde había espacios rocosos abiertos y la maleza era escasa.

Sabía que se encontraba cerca del lugar donde todo acaba, porque podía olerlo. La suave fragancia marchita de las flores muertas y, sobreponiéndose a ese aroma, un olor a descomposición letal y amarga. Gritó el nombre de McLaren, enfermo ante la amenaza de que quizá no hubiera respuesta, débil pero aliviado cuando la hubo. Corrió sobre las rocas caídas hacia el sonido. Una pequeña enredadera se enredó en su pie y le hizo caer. La arrancó de raíz de la estrecha grieta donde se encontraba, y continuó. Al mirar por encima de su hombro, vio un fino velo blanco, un pequeño parche en el aire distante que avanzaba hacia él.

Llegó al lugar donde todo se acaba.

Era un cañón encajonado, muy profundo, con altas paredes lisas, de forma que casi era un pozo ancho. Arrojabán los cuerpos al fondo, hasta formar un montón seco y esponjoso. Cuerpos de los seres flor sin color, marchitos y grises, un increíble montón de abono.

Rory McLaren se encontraba en lo alto del montículo, aparentemente ileso. Las dos mochilas se hallaban a su lado, con las armas. Esparcidos en el montón, sentados, tendidos, moviéndose débilmente de un lado a otro, estaban los que esperaban, como

había dicho Azulejo, el momento de pararse. Allí estaban los viejos, los agotados, los imperfectos y los heridos, donde su fealdad no pudiera ofender. Parecían ya muertos mentalmente. No prestaban atención a los hombres, ni entre ellos. Una mera vitalidad ciega les hacía continuar un poco más, igual que los geranios dan flor después de que el tallo se haya secado tras haber sido cortado.

—Matt —dijo McLaren—. ¡Oh, Dios, Matt, me alegro de verte! ¿Todo bien?

—Seguro. Incluso siento que la pierna está muy bien. ¿Puedes sacarme de aquí?

—Lánzame esas mochilas.

McLaren obedeció. Comenzó a comprender por el humor febril de Harker, puesto de manifiesto en su rostro, feo y sangrante, que algo desagradable iba a suceder. Harker se lo explicó con rapidez mientras sacaba una de las cuerdas y medio izaba a McLaren del pozo. El velo blanco se hallaba ahora próximo. Muy próximo.

—¿Puedes andar? —preguntó Harker.

McLaren miró a la nube lanosa. Harker acababa de hablarle de ella.

—Puedo andar —dijo—. Y correr como si me persiguiera el demonio.

Harker le tendió la cuerda.

—Da la vuelta hasta el otro lado del cañón. Hasta aquel claro, ¿lo ves? —Ayudó a McLaren a ponerse la mochila—. Quédate junto a la cuerda para ayudarme a subir. Y no te apartes de la zona de las rocas desnudas. McLaren se puso en marcha. Cojeaba malamente, y tenía el rostro contraído de dolor. Harker maldijo. La nube estaba ahora tan cerca que podía ver los millones de diminutas semillas flotando sobre sus fibras sedosas, el vilano guiado por las mentes del pueblo de las flores del valle. Buscó en su mochila y empezó a enrollar vendas y puñados de hierba muerta en torno a la punta de hueso de su lanza, ya recuperada. El borde de la nube estaba casi sobre él cuando la chispa prendió en la improvisada antorcha y Harker corrió hacia el montículo de seres flor muertos del pozo.

Se hundió en él, moviéndose como pudo por la traicionera superficie, luchando por atravesar el montón mientras aplicaba la antorcha. La sustancia, reseca y marchita, prendió. Harker corrió hasta la pared opuesta y miró atrás. Las criaturas moribundas no se habían movido, ni siquiera cuando el fuego las alcanzó. En lo alto, los bordes de la nube de semillas ardían y crepitaban. Se movía a ciegas sobre el fuego. Hubo un débil destello de luz, y la nube se desvaneció en medio del humo.

—¡Rory! —gritó Harker —, ¡Rory!

Durante un largo minuto, se quedó allí, tosiendo; asfixiado por aquel humo espeso, sintiendo que el ímpetu del calor chamuscaba su piel. Entonces, cuando ya era casi demasiado tarde, el sudoroso rostro de McLaren apareció por encima de él y la cuerda bajó reptando. Lenguas de llamas le lamieron la espalda, furiosas mientras él ascendía como un mono por la pared.

Se marcharon de allí, subiendo hacia lo más alto por el terreno rocoso, y utilizando, en ocasiones, sus cuchillos contra los matorrales y enredaderas que no podían evitar. McLaren sufrió un escalofrío.

—Es imposible —dijo—. ¿Cómo lo hacen?

—Son primos de sangre. O debería decir de savia. En cualquier caso, supongo que es una especie de control por radio, cuestión de transmitir las frecuencias adecuadas. Aquí, para un momento.

McLaren se desplomó, agradecido. La sangre manaba a través de los apretados vendajes donde Harker le había abierto la herida. Harker miró hacia atrás, hacia el valle.

El pueblo de las flores estaba desplegado en una larga media luna, sus brillantes cabezas multicolores aparecían recortadas sobre la llanura verde. Harker adivinó que estaban guardando el paso. Supuso que sabían lo que sucedía en su mente tan bien como Azulejo. Una nueva forma de comunismo, una mente para todos y todos para una mente. Se dio cuenta de que, incluso sin el entorpecimiento de McLaren, nunca conseguirían llegar al paso. Ni un ratón podría llegar.

Se preguntó cuánto tardaría en llegar la siguiente nube de semillas.

—¿Qué vamos a hacer, Matt? ¿Hay algún medio de...? —McLaren no estaba pensando en sí mismo. Contemplaba el valle, como Lucifer ansiaba el Paraíso, con el pensamiento puesto en Viki. No solo en Viki, sino como símbolo de los tres mil ochocientos vagabundos sobre la faz de Venus.

—No lo sé —dijo Harker—. El paso está descartado, y también las cuevas... ¡Eh! ¿Recuerdas cuando combatimos a esos seres junto al río y casi provocaste un derrumbamiento al arrojarles rocas? Hay una falla allí, justo sobre el borde del lago. Fruto de un terremoto. Si pudiéramos localizarla desde arriba y sacudirla para que se fuera abajo...

McLaren tardó un instante en comprenderle. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Un deslizamiento crearía una dique en el lago y...

—Si el nivel subiera lo suficiente, los nadadores podrían salir —Harker miró con ojos sombríos las ondulantes cabezas floridas de abajo.

—Pero si el valle se inundara, Matt, y esas criaturas se apoderaran de él, ¿qué sucedería con nuestro pueblo?

—No pienso que el deslizamiento fuese muy grande. La roca es sólida a ambos lados de la falla. Y, en cualquier caso, el peso del agua se abriría paso contra cualquier cosa, incluso de un dique de hormigón, en cuestión de un par de semanas —Harker estudió el suelo del valle con atención—, ¿Ves la forma de aquellas crestas? Aunque el deslizamiento no se detuviera, se podría drenar el valle cavando un poco. Simplemente tendríamos que hacer un nuevo río.

—Quizá —asintió McLaren con la cabeza—. Creo que será así. Pero sigue sin resolverse el problema de los nadadores. No creo que estos bebés estén dispuestos a darnos su tierra —Su tono decía que prefería combatir con el pueblo de Azulejo.

La boca de Harker se torció en una lenta mueca.

—Los nadadores son criaturas acuáticas, Rory. Anfibios. Además, viven bajo tierra, en total oscuridad, desde Dios sabe cuándo. Ya sabes lo que le sucede a las

lombrices cuando las sacas a la luz. Y lo que les ocurre a los hongos que crecen en la oscuridad —Se pasó los dedos por la piel, casi con reverencia—. ¿No te has notado algo, Rory? ¿O has estado demasiado ocupado?

McLaren se sorprendió. Se frotó su propia piel, e hizo una mueca de dolor, volvió a frotarse, y observó cómo sus dedos dejaban marcas blancas que se desvanecían al instante.

—¡Quemaduras solares! —dijo maravillado—. ¡Dios mío, quemaduras solares!

Harker se levantó.

—Vamos a echar un vistazo —Abajo, las cabezas floridas se agitaban—. No les gusta este pensamiento, Rory. Quizá pueda lograrse, y lo saben.

McLaren se levantó, apoyándose en una de las lanzas cortas como si fuera un bastón.

—Matt. No nos dejarán que sigamos adelante con nuestro plan.

Harker frunció el ceño.

—Azulejo dijo que había otros modos además de las semillas... —Se dio la vuelta—. No tiene sentido preocuparnos por ello.

Comenzaron a escalar de nuevo, muy lentamente a causa de McLaren. Harker procuró determinar dónde estaban, en relación con la caverna de abajo. El río era una buena guía. Las rocas apenas tenían vegetación en aquel lugar, lo que para ellos era un regalo de Dios. Observó; pero no pudo ver nada amenazador que se les acercara desde el valle. Desde allí, el pueblo de las flores eran simples puntos, perfectamente inmóviles.

La formación rocosa cambió abruptamente. Antiguos terremotos habían dejado cicatrices en la forma de los estratos retorcidos, que formaban brillantes planchas de granito colocadas como bailarines, y grietas que desaparecían en la oscuridad.

Harker se detuvo.

—Esto es. Escucha, Rory. Quiero que subas hasta allá arriba, fuera de la zona de peligro...

—Matt, yo...

—Calla. Uno de nosotros debe vivir para llevar la noticia a los barcos en cuanto pueda atravesar el valle. No hay prisa y tú podrás cruzarlo en tres o cuatro días.

—¿Pero por qué yo? Tú eres mejor montañero...

—Estás casado —dijo Harker, cortante—. Sólo se necesita uno de nosotros para empujar hacia abajo un par de esas grandes planchas. Están prácticamente listas para caer por su propio peso. Tal vez no suceda nada, o quizá consiga salir de aquí perfectamente, pero es un poco tonto que los dos corramos ese riesgo, ¿o no?

—Sí. Pero, Matt...

—Escucha, muchacho —La voz de Harker era extrañamente amable—. Sé lo que estoy haciendo. Dale recuerdos míos a Viki y al...

Se interrumpió con un agudo grito de dolor. Cuando bajó la mirada, incrédulo, vio



su cuerpo cubierto de chispas, débiles, fluctuantes, que desaparecieron dejando, tras ellas, sus rojas huellas.

A McLaren le sucedía lo mismo.

Se miraron el uno al otro. Un terror, que ninguna ayuda podía hacer desaparecer, aferró a Harker por la garganta. Otra vez telequinesis. El pueblo de las flores volvía su propia arma contra ellos. Habían visto el fuego, y lo que lo producía, e inducían el proceso en sus mentes, concentrando, todos juntos, la fuerza mental de la colonia sobre los dos hombres. Harker pudo comprender incluso por qué lo enfocaban en la piel. Habían captado el pensamiento de las quemaduras solares y lo aplicaban literalmente.

Fuego. Combustión espontánea. Una reacción simple y fácil, si sabías el truco. Había algo sobre un arbusto ardiendo...

De nuevo volvió el ataque, más fuerte esta vez. El pueblo de las flores estaba empezando a saber utilizarlo. Dolía. ¡Dios mío, cómo dolía! Los taparrabos y las vendas casi comenzaron a arder sin llama.

«¿Qué hacer? —pensó Harker— ¡Rápido, dime qué hacer...!»

*El pueblo de las flores se concentra en nosotros a través de nuestras mentes, de nuestras mentes conscientes. Quizá no puedan llegar al subconsciente con tanta facilidad, porque los pensamientos no son dirigidos, son imágenes, símbolos, cosas vagas. Quizá si Rory no pudiera pensar conscientemente no lograrían encontrarle...*

Otra llamarada de ardiente y agonizante dolor. En un minuto, dominarían la técnica de producir este dolor. Tenían que actuar...

Sin previo aviso, Harker golpeó fuertemente a McLaren en la mandíbula y le arrastró hasta un lugar donde la roca era firme. Lo hizo todo con una fuerza y rapidez asombrosa. No había necesidad de que él se salvase. No iba a ser necesario mucho más tiempo.

Se apartó alrededor de cien pies, sin dejar de observar a McLaren. Un tercer ataque le golpeó, mareándole y deslumbrándole de forma que estuvo a punto de caer. Rory McLaren no fue tocado.

Harker sonrió. Se volvió y corrió hacia el lugar en donde los acantilados se encontraban carcomidos. Una parte de su pensamiento consciente era tan fuerte que su cuerpo lo obedeció de forma automática, sin detenerse ni siquiera cuando las llamas volvieron a aparecer una y otra vez sobre su piel, cada vez más brillantes, crecían, se reforzaban a sí mismas a medida que las energías —pensamiento del pueblo de Azulejo se mezclaban, uniéndose. Derribó una gigantesca piedra oscilante, y el golpe hizo temblar a otra que terminó cayendo. Harker tropezó con una tercera, apoyada sobre un lecho deslizante de esquisto, y empujó con todas sus fuerzas y más todavía. La roca se estrelló con el sonido de un trueno.

Harker cayó. El universo se disolvió estremeciéndose en medio de un caos rugiente, tras un brillante velo de llamas y el olor a carne quemada. Pero, para entonces, sólo había una cosa clara en el pensamiento de Harker, la segunda parte de

su mente consciente, resuelta y aún más fuerte que la primera.

La imagen que se llevó consigo a la muerte era una alta montaña con la cima cubierta de nieve, brillando al sol.

Era de noche. Rory McLaren yacía tendido en una repisa sobre el valle. Éste se extendía bajo él, perdido en sombras índigo. Pero había un nuevo sonido, el correr del agua furiosa y rápida.

Había nueva vida en el valle. Cabalgaba en la cresta de las aguas que lo inundaban, oro ardiente en la noche azul, gigantes brillantes que regresaban, ansiosos de venganza, a su lugar de origen. Grandes pedazos de ardiente fosforescencia salpicaban el agua: los sabuesos—flor, libres para ir de caza. Y, entre ellos, rodando y saltando en su juego mortífero, llegaban los nadadores jóvenes.

McLaren les observó cazar al pueblo del bosque. Les observó durante toda la noche, temblando de miedo, mientras los titanes dorados se resarcían por los siglos que habían vivido en la oscuridad. Al llegar la aurora, todo había terminado. Y, entonces, a lo largo del día, vio morir a los nadadores.

El río volvió a su cauce por sí mismo, impidiéndoles volver a las cuevas. La luz, fuerte y brillante, les derribó. Al principio, ellos se volvieron a saludarla con patética alegría. Después se dieron cuenta...

McLaren se volvió. Esperó, descansando, hasta que, tal como Harker había predicho, el bloque fue arrastrado por la corriente y el agua volvió a fluir otra vez con normalidad. El valle ya se estaba secando cuando él encontró el paso. Contempló las montañas y respiró el dulce viento; entonces, sintió gran vergüenza y humildad por encontrarse allí y poder hacerlo.

Se volvió hacia las cuevas donde Sim había muerto, y a los acantilados donde había enterrado lo que quedaba de Matt Harker. Le pareció que debería decir algo; pero no le vino a la mente ninguna palabra, sólo que notaba un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. Se volvió silenciosamente hacia el paso rocoso, hacia el mar de los Opalos Matutinos y los tres mil ochocientos vagabundos que habían encontrado un hogar.

*FIN*

*Los colonos comenzaron a asentarse en su nueva Tierra Prometida, tuvieron hijos, cultivaron la tierra y trajeron la civilización a aquellos lugares que antes no la habían conocido.*

*Al igual que había sucedido en algunas partes de la tierra, nadie se acordó de los antiguos habitantes de aquellos territorios.*

*La civilización quiere decir ciudades, tabernas... y también circos; veamos lo que le aconteció en Venus al ¡espectáculo más grande del mundo! ¡El circo Imperial Shannon!*

*Por cierto, que este relato es el único de Ciencia Ficción de Brackett que aparece narrado en primera persona.*



### *La behemot azul*

Le miré y le contesté con seriedad:

—¡Estás bromeando!

—¡Bromeando! —Shannon puso los codos sobre la mesa y me miró a través de una cortina de humo blanquecino que estaba intentando pasar a rojo—. ¡Dice que estoy bromeando! ¡Pero si el Circo Imperial Shannon, el Mayor Espectáculo del Espacio está embargado hasta el último tornillo!

—No exageres, no está más embargado que tú o que yo.

Estoy dolido, porque ha sido más rápido que yo empujando el codo. Lo del Mayor Espectáculo del Espacio es un decir, he estado cuidando, como si fuera una madre, del Circo Imperial Shannon durante once años a lo largo de todo el Triángulo y sé que este circo es piojoso, sarnoso, acabado. No funciona nada, desde la nave a los peones. En resumidas cuentas, creo que he bebido tanto que he llegado a pensar en decirle a Buckhaller Shannon a la cara cómo está su Circo Imperial; no lo he hecho antes porque no tengo ganas de pasar una larga temporada de descanso en una cama para heridos con fracturas de hueso.

Shannon se levantó, lo hizo con lentitud, tenía tiempo de sobra para ver en el espejo sus adormilados ojos de color verde grisáceo mientras escuchaba cómo una chica marciana, cuarterona de sangre terrestre, le cantaba al amor, intercalando su voz con la sinfonía de un piano. También se fijó en los ojos felinos de un individuo pequeño y moreno que se sentaba en una de las mesas y que se volvió hacia nosotros, al parecer feliz y hambriento.

Ahora tengo tiempo de sobra para pensar sobre por qué yo solo peso 137 libras mientras que Shannon pesa 175, y porqué ya no soy tan joven como lo era antes.

—Bucky tío, yo... — contesté.

En ese momento, alguien interrumpió nuestra conversación preguntando:

—Perdónenme caballeros, ¿es alguno de ustedes Buckhaller Shannon?

Shannon bajó sus manos hasta colocarlas sobre su cinturón, cerró los ojos sonrió complacido y dijo con toda amabilidad:

—¿No será usted un cobrador de facturas de comida o de combustible?

Le lancé una mirada al recién llegado; aunque fuera un piojoso cobrador de facturas, me había salvado de una paliza, y me daba lástima lo que le iba a pasar. Bucky Shannon se puso en posición, moviendo sus hombros y sus caderas como si fuera un bailarín.

El recién llegado era un tipo menudo que incluso me hacía parecer a mí grande. Estaba vestido con ropas de seda sintética de color verde oscuro, todo muy conservador. Había hebras grises en sus cabellos mientras que su piel era rosada, suave y estaba cuidadosamente afeitada. Tenía el tipo de rostro que hace a las señoras confiar ciegamente en sus consejos, hasta invertir el último céntimo que les quede. Miré a ver si llevaba algún arma.

No parecía llevar ninguna. El tipejo miraba a Shannon con unos pálidos ojos azules, como los de un bebé, su voz aún era más suave que la de Bucky.

—No creo que me entienda —dijo.

De repente sentí frío entre mis hombros. Alguien arrastró una silla hacia atrás, produciendo un chirrido como como si hubiera rajado el suelo, todo estaba en silencio. Coloqué mis manos, que estaban sudando, encima de la mesa. Bucky Shannon suspiró y su puño comenzó a describir un arco largo y engañoso.

En ese momento me di cuenta de lo que el tipejo llevaba en su mano.

Lancé un grito y le arrojé la mesa a Bucky, lo que hizo más ruido todavía. Le alcanzó en un costado y lo derribó. El hombrecillo moreno saltó hacia atrás, temblando y enseñando sus dientes. La chica marciana gritó.

Bucky se quitó la mesa de su costado y me maldijo:

—¿Qué has comido Jig? No voy a pegarte.

—¡Cállate! Mira lo que nos trae. ¡Dinero!

El hombrecillo me miró. No se había movido ni un pelo, luego dijo:

—Sí, dinero, mucho dinero. ¿Me permitirán los caballeros unirme a su grupo?

Bucky Shannon se levantó y le contestó:

—Encantado, Soy Shannon, este es Jig Bentley, mi administrador — Miró hacia abajo a la mesa y continuó —: Lo siento, me confundí de persona.

El hombrecillo sonrió solo con los labios, no movió ni un solo músculo del resto de la cara que siguió con el mismo aspecto plácido e infantil, casi transparente. De repente me di cuenta que aquella impresión era engañosa. Era el rostro menos expresivo que había visto jamás; no podías adivinar lo que había detrás de aquellos inocentes ojos azules, era como si fueran una lámina de metal azulado. No me gustó, pero tenía dinero.

—Amigos, —dije— vamos a buscar un reservado. Estos marcianitos me ponen nervioso, parecen gatos esperando a que el ratón salga de su madriguera.

El hombrecillo asintió con la cabeza y dijo:

—Es una idea excelente. Me llamo Beamish, Simón Beamish. Quisiera alquilar... un circo.

Miré a Bucky. Parecía más hambriento que un marcianito. No dijimos nada hasta encontramos detrás de la cortina de un reservado con una jarra de thil<sup>[1]</sup> fresco sobre la mesa. Entonces me aclaré la garganta.

—Sr. Beamish, ¿qué es exactamente lo que tiene en mente?

Beamish tomó un trago, puso cara de circunstancias y dijo:

—Caballeros, tengo medios de fortuna y siempre ha sido mi deseo ayudar a hacer la vida más llevadera a los más desfavorecidos...

A Bucky comenzaron a ponérsele rojas las orejas, comenzó a levantarse y le dijo con un murmullo:

—Espere un momento...

Le di una patada a Shannon por debajo de la mesa y le dije:

—Cállate tío, deja que el señor Beamish termine.

Se sentó con el aspecto de un perro que está aguardando al cartero. Beamish le ignoró y prosiguió tranquilamente:

—Siempre he sido de la opinión que las diversiones, por supuesto las honestas, es la ayuda más importante que pueden recibir los seres humanos para que olviden el duro trabajo y, en algunos casos, librarlos del aburrimiento.

—Por supuesto, por supuesto, ¿qué es lo que pretende?

—Hay muchas ciudades en las fronteras venusianas en donde no existe ninguna diversión, honesta. Me propongo remediar esta situación, por ello le propongo contratar el circo para hacer una gira por varios asentamientos del Cinturón de Tehara.

Bucky se relajó. Sus ojos de color verde grisáceo comenzaron a brillar. Iba a contestarle cuando le di otra patada por debajo de la mesa.

—Señor Beamish, —dije—, esto resultará caro, tendríamos que cancelar varias actuaciones...

Me miró, yo estaba mintiendo y él lo sabía. Así y todo dijo:

—Lo comprendo y estoy dispuesto...

En ese momento alguien arrancó las cortinas de golpe. Beamish se calló y vi como escondía la cabeza y los hombros entre las cortinas.

Había sido Gow, nuestro cuidador de los animales, un golfo grande y feo nacido en la colonia terrestre de mercurio. Estuve allí una vez. Gow se parecía mucho al malo de una obra teatral, inaccesible y duro. En sus manos que mantenían apartada la cortina, se podía ver una espesa pelambreira negra y eran más grandes que las patas de un rinoceronte de los pantanos venusianos.

—Jefe, —dijo—, Gertrudis está disgustada otra vez.

—Que se vaya a la porra —gruñó Bucky—. ¿No ves que estoy ocupado?

Los ojos oscuros de Gow eran desagradables:

—Le digo jefe que Gertrudis no es feliz. No tiene ganas de comer, si le pasara algo...

—Nos ocuparemos de todo, —le dije —, pero ahora vete.

Me miró como si pensara que no necesitarían mucha madera para hacerme un ataúd.

—Me voy, pero deben saber que Gertrudis no es feliz, ¿no ven lo sola que está? Si no conseguimos alegrarla pronto, no creo que su nave de hojalata pueda llevarla de un sitio a otro.

Cerró las cortinas y se fue. Bucky Shannon gruñó, Beamish se aclaró la garganta y preguntó con sequedad:

—¿Gertrudis?

—Sí, es muy temperamental —Bucky fue rápidamente tomarse un trago, así que yo terminé por él—. Sr. Beamish, es la principal atracción de nuestro espectáculo. Un auténtico cansin de los pantanos azules venusianos. En el Triángulo, solo hay otra, que es propiedad de los Hermanos Savitt; por cierto, es mucho más pequeña que Gertrudis.

También era mucho más joven, pero no se lo dije. Gertrudis quizá hiciera ruidos que parecían chirridos, pero era impresionante. Esperaba que no se nos muriera, porque sin ella, nuestro circo también estaría muerto. Beamish me miró impresionado y dijo:

—Un cansin es un animal fascinante. El misterio rodea los orígenes y las especies de este raro animal...

Nos estábamos apartando del tema principal. Con tacto, dije:

—Como mínimo se nos pagará un centenar de C.U.s.

Esta cantidad era el doble de lo que usualmente pediríamos. Estaba preparado para regatear. Beamish me miró con su rostro inexpresivo e inocente. Por una fracción de segundo, me pareció ver algo tras sus redondos ojos azules y me dio una arcada. Beamish sonrió con dulzura.

—No soy un buen negociante. Cien créditos universales me parece bien. Sacó un fajo de tarjetas<sup>[2]</sup> tan grueso como mis dos puños y de allí sacó media docena de tarjetas y las depositó sobre la mesa—. Hablando de negocios caballeros, mi abogado y yo les llamaremos mañana por la mañana y les daremos el contrato y el itinerario. Buenas noches.

Le dimos las buenas noches procurando que no se nos cayera la baba. Cuando Beamish salió, Bucky hizo ademán de largarse para gastar aquel dinero, entonces le dije:

—Quieto, aquí hay unos tipos esperando que salgas, unos tipos con garrotes, —me deslicé hasta donde estaba para retenerle y le dije —: Podemos emborracharnos aquí, sin necesidad de salir.

Shannon tenía un amplio vocabulario de palabras no recomendables y entonces lo demostró. Cuando se quedó sin aliento de tanto despotricar, dijo de repente:

—Beamish está jugando a algo.

—Sí.

—Algo que podría ser ilegal.

—Eso seguro, ¡por amor de Dios! —repuse a gritos—. No me creo que sea un excéntrico. Y ahora, ¿Quieres sentarte aquí hasta que las cosas se tranquilicen y nos podamos ir?

Shannon me miró, con aire divertido miró el bulto que aparecía en mi túnica, indicando dónde estaba el dinero, se echó para atrás el pelo, claro y abundante y dijo:

—Sí, esperaremos, creo que nos han dado suficiente dinero para que, si las cosas se ponen mal, sobornemos al jurado.

Asomó la cabeza fuera del reservado y dijo:

—¡Eh muchacho! Trae más thil.

Era muy tarde cuando volvimos al destartado aeropuerto, en donde se encontraba el Circo Imperial de Shannon agazapado en los terrenos adyacentes. A pesar de lo tarde que era, los empleados del circo nos estaban esperando. Más o menos unos veinte sentados, fumando y observándonos con unas miradas que no presagiaban nada bueno.

Alrededor de donde nos encontrábamos, el paisaje era desolado, un frío desierto bajo las dos lunas. En Marte hay un olor característico, como a algo muerto y seco desde hace siglos, pero que todavía no está acabado. Un olor desagradable. Notaba el polvo rojo del desierto en mis dientes.

Bucky Shannon entró en la zona iluminada y descubierta junto a la entrada de la esclusa principal. Se le notaba contento, saludó con la mano y dijo:

—¡Hola muchachos!

Los empleados dejaron de empacar, se levantaron y se dirigieron hacia nosotros. Sonreí y noté cómo se me levantaba la moral. Me di cuenta de que a aquellos muchachos les debíamos mucho más que dinero. Habían tenido que sufrir humillaciones y perder su propio patrimonio para que el circo pudiera mantenerse. Era la primera vez desde hacía semanas que penetrábamos por la puerta delantera y ¡les poníamos el dinero delante de las narices! Esto les dejó parados. Con solemnidad, Bucky y yo comprobamos los recibos y les pagamos, guardándonos los recibos. Bucky bostezó y se estiró presa del sueño.

—¿Lo celebramos ahora? —preguntó.

—Ahora.

Nos divertimos aquella noche. Algunos de los muchachos de dentro de la nave salieron para reunirse a la fiesta, levantamos mucho polvo rojo pero no hubo ningún muerto. Todos volvimos a casa felices. Ellos tenían su dinero y nosotros su fidelidad.



Antes de que entráramos en la nave, todos conocían las nuevas noticias. Incluyendo los seres extraños que formaban el grupo de la chica verde de Tetis<sup>[3]</sup> y Zurt el forzado de Júpiter y toda la colección de gente rara, para algunos cursi, que se movía por los pasadizos y babeaba por los ojos de buey de la nave y alrededores.

Bucky Shannon los miraba con aire posesivo, mientras sangraba por la nariz.

—Jig, son buena gente, son estupendos. Me llegan al alma, por eso les he recompensado.

—Claro.

Con un tono algo menos alegre e hipando, Bucky dijo:

—Vamos a ver a Gertrudis.

No quería ir a ver a Gertrudis. Nunca me sentí feliz en el tanque de los animales, sobre todo si era de noche o estábamos en el espacio. Soy un tipo de ciudad, los olores y sonidos de la naturaleza me molestan. Pero Bucky era muy terco, así que me encogí de hombros y le dije:

—Vale, pero solo un minuto, tenemos que irnos a la cama.

—Jig, tú sí que eres un amigo, el mejor del mundo.

Aquel asunto había consumido todas sus energías. Me daba miedo de que se cayera por la escalerilla y se rompiera la cabeza. Para evitar esto es por lo que, a desgana, lo acompañé. Si no lo hubiera hecho... Bueno, al fin y al cabo era mi amigo y por él estaba dispuesto a afrontar aquella pesadilla.

El tanque estaba oscuro; en la salida que se encontraba al otro lado se podía ver un ligero resplandor era la linterna que Gow sostenía en su mano. Por allí debía encontrarse Gertrudis. Bajamos por un largo pasadizo entre filas de cajas, tanques acristalados y unidades de compresión.

Nuestros pasos resonaban con fuerza sobre el suelo de hierro. Yo no estaba, ni mucho menos, tan contento como Shannon; se me empezó a poner la carne de gallina. Creo que era por el olor, un olor fuerte, agrio y que me pareció salvaje y también por el sonido que llenaba el tanque, una respiración que parecía un susurro en la oscuridad; podía sentir un odio rodeado por unas paredes, dentro de las cuales se encontraban los fuertes barrotes de las jaulas.

De repente, Bucky Shannon se tambaleó y me empujó. Contuve el grito que acudía a mis labios, luego me enjuagué el sudor de la frente y lancé una maldición. Se oyó un grito, se trataba de un chillido que parecía un pitido fuerte e inaudito, como no había oído antes en este lado del Infierno, que se dejaba oír a través de aquella húmeda oscuridad. Gertrudis estaba ante su Muro de las Lamentaciones. Las cosas estaban tranquilas, el comportamiento de los animales, al menos si no se juntaban, no era especialmente salvaje. El estómago me dio un vuelco. Comencé a llamarle a Gertrudis de todo menos bonita; no me podía oír a mí mismo mientras lo hacía. Finalmente, un inmenso sonido metálico casi me destrozó los tímpanos y los animales se callaron. Gow los había amaestrado para que se callaran al sonar el gong.

Pero el silencio todavía no era completo, la verdad es que no. Los animales

estaban inquietos. Tú te das cuenta cuando estás inquieto. Pienso que su nerviosismo provenía de que, en alguna forma, sabían que les tenía miedo. Me hacían sentirme como si no fuera tan humano como me consideraba, como si quisiera ponerme a cuatro patas y gruñir. Sí, los animales estaban inquietos aquella noche. Gow nos miró cuando nos acercábamos, levantó la linterna y nos dijo:

—Está peor, está tan sola...

Bucky Shannon le dijo:

—La jaula es resistente, seguro que aguantará — Sus ojos gris verdoso parecían los de un búho, dio un suspiro y mientras se balanceaba ligeramente repitió con un sollozo —: La jaula es lo bastante segura.

Miré a Gertrudis. Su jaula era la mayor y la más fuerte del tanque; aun así parecía que, si quisiera, la podría romper soplando. No sé si ustedes habrán visto alguna vez un cansin.

En el Triángulo<sup>[4]</sup> solo hay dos. Si no los han visto nada de lo que les diga significará nada para usted.

Son lo que la banda de los listos llaman un “callejón sin salida de la evolución”. Parece que la anciana Madre Naturaleza tuvo una idea pero no terminó de cuajar. Los cansins tuvieron bastante éxito durante un tiempo, pero luego algo se torció y ahora solo quedan unos cuantos, en el país que se extiende en la zona más interior de los pantanos, a donde ni los venusianos se atreven a ir. Son lo que se dice fósiles vivientes.

Por supuesto yo sabía todas estas cosas, pero a mí, Gertrudis me parecía un cruce entre dinosaurio y oso pardo, con un poquito de pájaro. En cualquier caso, era bastante grande.

No podía dejar de sentir tristeza por ella. Estaba acurrucada en su jaula con sus manos, sí he dicho bien, con sus manos colocadas sobre las rodillas y su cabeza de serpiente hundida entre los hombros, mirando hacia el exterior, simplemente mirando, sin dirigir la mirada a nadie. Sus ojos, que estaban enterrados en profundas cuencas revestidas de una sustancia parecida a la de los cuernos, parecían brillar con un fuego verdoso.

La luz de la linterna aparecía como amarilla sobre su piel negra con tonos azulados, su crin, o cresta, o protuberancia de escamas anchas que se extendía desde sus ojos claros hasta su pequeña cola, brillaba con todos los colores imaginables. Parecía la mismísima personificación de la desgracia, como si su sufrimiento fuera anterior al comienzo del tiempo.

Gow dijo suavemente:

—Lo que quiere es un compañero, y es mejor que alguien le proporcione uno cuanto antes.

Bucky Shannon volvió a sollozar, y dijo enfadado:

—¡Gow sé razonable! Nadie ha visto nunca un cansin macho, a lo mejor ya no existe ninguno.

Gertrudis volvió a gritar. No se movía, ni siquiera levantaba la cabeza. La tristeza crecía en su interior hasta que rebosaba al exterior en forma de aquellos gritos. Me encontraba muy cerca, por lo que el lamento resultó ensordecedor; me dejó frío en mi interior y me hizo sentir muy débil. Era la soledad, pura y dura, el dolor lo llenaba todo.

Bucky Shannon comenzó a llorar, con un gruñido, le dije:

—Gow, tienes que evitarle este sufrimiento, dale toda su comida.

Debí dar en el clavo porque a partir de aquel momento las cosas se tranquilizaron. Gow se quedó en el borde del tanque contemplando al animal y jadeando un poco, como si fuera un perro. Luego Shannon miró hacia donde estaba Gertrudis y dijo:

—Yo le salvé vida; cuando la compramos, después del naufragio de Hanak, todo el mundo pensaba que estaba demasiado herida para poder vivir. Yo la salvé y ella lo sabe, me hace caso en muchas cosas, pero esta vez...

Shannon se encogió de hombros. Era una persona enorme, robusta y fea, sin embargo hablaba como una mujer sobre un niño enfermo, dijo:

—Esta vez no estoy seguro. ¡Por el amor de Dios! Haz lo que puedas, tenemos un contrato y la necesitamos.

Le cogí el brazo y, como si fuera un niño, le dije:

—Ve a acostarte, Bucky muchacho.

Se apoyó en mi hombro y salimos de allí. Gow ni nos miró. Bucky no dejaba de llorar. Con un susurro me dijo:

—Tienes razón Jig, el circo no es bueno, lo sé, pero es todo lo que tengo. Me gusta Jig. ¿Me entiendes? Me pasa lo mismo que a Gow con Gertrudis, es fea y está enferma pero le gusta, a mí me gusta...

Le corté diciendo:

—Claro, claro, pero deja de llorar sobre mi hombro.

Estábamos muy alejados de la luz de forma que las jaulas y los tanques parecían surgir por en medio de la oscuridad, altos y negros sobre nosotros. Todo estaba en silencio; el roce de nuestros pies y los ruidos que hacíamos al movernos, con dificultad, por aquellos lugares, hacía que el silencio se notara más todavía.

Bucky casi se durmió encima de mí. Tuve que darle algunos golpecitos para que no lo hiciera. Luego, de en medio de la oscuridad, se alzó la niebla en cuyo seno aparecían chispas de frío fuego azul.

—¡Gow! —Grité—, ¡Gow! Son las serpientes de vapor, ¡Gow por amor de Dios!

Eché a correr por el pasadizo, deshaciendo mi camino. Bucky me pesaba mucho, haciéndome sentir débil y cansado. De repente estalló un ruido ensordecedor, un infierno de gritos, gruñidos y lamentos, todo ello encerrado entre paredes de metal, dominando aquellos sonidos, pude distinguir el grito silbante de la solitaria Gertrudis.

Pensé: *Alguien ahí abajo la ha soltado; alguien que quiere matarnos.* Intenté gritar de nuevo pero el sonido murió en mi garganta. Sollocé, me noté bañado en un sudor espeso y frío.

Sin darse cuenta, Bucky arrastró uno de sus tambaleantes pies hasta colocarlo entre los míos de forma que nos caímos los dos, yo encima de él, tapándole la cara y con la mía enterrada entre sus brazos.

La primera serpiente me tocó, era como un alambre vivo que se deslizara por la parte de atrás de mi cuello. Grité; entonces comenzó a descender por mi mejilla, dirigiéndose a la boca. Había más serpientes que me atacaban. Bucky sollozaba y les daba patadas por debajo. Me recuerdo en aquella extraña posición mientras pensaba *Es el fin. Dios mío estoy asustado.*

Luego perdí el conocimiento.

## II

Cuando me desperté, Kanza, el médico marciano, estaba agachado sobre mí. Su rostro pequeño y moreno estaba contraído por la risa. Había perdido casi todos los dientes pero no dejaba de mascar tallos de thak. Apestaba.

Sonriendo, dijo:

—¿Ya se ha divertido bastante, buen señor Jig?

Me colocó en la cara algo grasiento que me dolió. Le maldije y pregunté:

—¿Dónde está Shannon? ¿Cómo está?

—El señor Shannon está bien, le salvó la vida. Señor Jig, usted es un gran héroe. El señor Gow, me avisó de lo de las serpientes. Usted es un héroe. ¡Lo de anoche fue verdaderamente divertido!

—Sí muy divertido, —luego le empujé y me levanté. Casi me caí un par de veces pero finalmente llegué frente al espejo del lavabo, en mi camarote y me di cuenta de lo que Kanza quería decir. Las malditas serpientes habían hecho un buen trabajo, parecía como si estuviera forrado de tela de tartán escocés. Me sentí enfermo.

Bucky Shannon abrió la puerta. Me pareció que estaba muy pálido y enfadado. En su cuello se podía ver una gran quemadura, dijo:

—Beamish está aquí con su abogado.

Cogí mi camisa y le dije a Kanza:

—Vale, ya no te necesito.

El médico marciano salió, sin dejar de reírse. Bucky cerró la puerta.

—Jig —dijo—, los malditos gusanos de vapor estaban tranquilos cuando entramos. Alguién nos siguió hasta allá abajo y los soltó. A propósito.

Se me estaba pasando el dolor, con un gruñido le pregunté:

—Hijo mío ¿qué tienes en mente? Estás yendo demasiado lejos, ¿alguien ha visto algo? —Bucky negó con la cabeza.

—La pregunta que tiene interés es: ¿Quién nos quiere matar y por qué?

—Beamish, se ha dado cuenta de que lo hemos estafado.

Sin levantar la voz, Bucky dijo:

—Cien créditos E.C. por actuar en unos piojosos campamentos de mineros en los pantanos. Esto apesta Jig ¿Cree que nos deberíamos echar atrás y no firmar?

Me encogí de hombros y le dije:

—Tú eres el jefe, yo solo soy el tipo que espanta a los acreedores.

Reflexionando Bucky dijo:

—Sí, he oído que morir de hambre no es una muerte agradable. De acuerdo Jig, vamos a firmar —Puso su mano en el pestillo de la puerta, miró a mis pies y dijo —: Y...Jig yo...

—Déjalo, la próxima vez no me hagas acompañarte. ¡Eso es todo!

El viaje a Venus resultó desagradable. Gertrudis hizo que todos los animales del tanque se pusieran nerviosos. Gow, la pocas veces que salía del tanque, supongo que para respirar, iba como si esperara que un desastre se produjera de un momento a otro. Para hacerlo todo peor, el jupiteriano Zurt, el forzudo, se hirió durante el despegue y la gata de las cavernas mercuriana tuvo gatitos.

A nadie le importó, pero uno de ellos no tenía más que cuatro patas y solo vivió lo suficiente como para asustar a la gente supersticiosa. La gente del circo es así de divertida.

Shannon y yo hicimos una discreta investigación, pero resultó una pérdida de tiempo. Alguien del grupo había azuzado a los gusanos eléctricos contra nosotros. No es muy agradable saber que el tipo que está cenando a tu lado está muy ocupado pensando en la forma de matarte. Cuando llegamos a Venus, estaba tan harto de Brodie que lo hubiera tirado por el vertedero.

Shannon bajó la jaula en Nahru, la primera parada de nuestra gira. Yo estaba a su lado, sin dejar de mirar el escenario del puerto. Por supuesto, estábamos en Venus. Barro azul, una espesa selva virgen, lluvia y un montón de cabañas de plástico con aspecto de ratoneras apelotonadas en el centro del paisaje. Hombres vestidos con impermeables acudían a echar un vistazo a aquella novedad.

Vi el esbelto yate de Beamish atracado en una plataforma a nuestra izquierda, justo al lado de la navecita del práctico del astropuerto que nos había atendido.

Con voz ronca Bucky Shannon dijo:

—Jig, ni uno, que me muera si he visto uno que se vea interesado.

Le contesté:

—Qué quieres, con esta birria de espectáculo piojoso que tenemos.

Salí fuera y él me siguió. La tripulación se estaba dirigiendo hacia la esclusa, pero no se les veía contentos. Yo percibía esta sensación. El brumoso calor de Venus ya se estaba colando la nave.

Mientras pasábamos por la esclusa del tanque de los animales, pude escuchar el gemido de Gertrudis.

Los encargados de montar la lona estaban atareados haciendo su trabajo, mientras el agua sucia resbalaba por sus cuerpos y no dejaban de maldecir en medio del barro. El grupo encargado de pegar carteles se dirigió hacia las cabañas. Shannon y yo nos quedamos allí mirando, mientras la lluvia caliente se escurría sobre nuestros impermeables.

Oí un ruido detrás de mí y me volví. Ahara, la mujer nahali<sup>[5]</sup> se encontraba en medio del barro con los brazos cruzados, su cabeza echada hacia atrás y su boca, ligeramente triangular, abierta como la de un perro sediento. No llevaba puesta ninguna ropa, solo sus duras escamas verdeazuladas. Se estaba riendo, pero su risa no resultaba agradable.

En las atracciones secundarias de los circos trabajaban muchos nahalis, aprovechando la energía eléctrica que producen sus cuerpos. Estos venusianos viven en los pantanos intermedios, no son humanos y nunca lo olvidan.

Ahara abrió sus ojos rojos y rasgados, me miró y rio mostrando sus blancos dientes de reptil, luego susurró:

—Muerte, muerte y problemas, la jungla me llama, ya puedo oler el aroma de los pantanos.

La lluvia caliente caía sobre ella. Tuvo un escalofrío y la piel pálida de su cuello comenzó a latir como la de un sapo; sus ojos eran completamente rojos. Siguió susurrando:

—Los pantanos profundos están enfadados. Algo ha sido robado. Están enfadados y... ¡ huelo la muerte en el viento!

Se dio la vuelta y se fue riendo. La maldije. Noté un retortijón en el estómago y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Bucky dijo:

—Vamos a comer, si es que hay un bar en este pueblucho.

No habíamos recorrido la mitad del camino por aquel cenagal que pasaba por campo de aterrizaje, cuando un hombre salió de una de las cabañas del borde del poblacho. Le vimos claramente porque estaba apartado a un lado de la demás gente.

Cayó de rodillas en el barro mientras decía unas palabras ininteligibles. Intentó tres o cuatro veces decir unas palabras, que finalmente nos parecieron nuestros nombres. Bucky dijo:

—Jig, es Sam Kapper.

Echamos a correr. La multitud, que estaba formada en su mayoría por robustos mineros sin afeitar, se colocó alrededor de nosotros para ver lo que estaba pasando. La gente comenzó a acercarse al hombre que se arrastraba y gemía en el lodo.

Sam Kapper era un cazador, suministraba animales a los zoológicos y a los circos y festivales. Un par de veces, cuando todavía no estábamos totalmente en la ruina, habíamos hecho buenos negocios con él. Éramos buenos amigos.

No le había visto durante las últimas tres temporadas. Le recordaba como un tipo duro y bronceado, delgado y resistente como un hilo de metal. Al mirarlo, me sentí enfermo.

Bucky comenzó a ayudarlo a levantarse. Kapper estaba llorando y se sacudía como había visto que hacían los animales que tienen miedo a morir. Un tipo se inclinó sobre él, le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió.

Como estaba pensando en Kapper, no le presté mucha atención, solo pude ver durante un instante el rostro de aquel hombre cuando se incorporaba después de encenderlo. Hasta más tarde no me di cuenta de que me resultaba familiar.

Introducimos a Kapper en una de las cabañas, que resultó ser un bar para gente humilde con un par de reservados, cubiertos con cortinas, en el fondo. Nos dirigimos a uno de ellos, y corrimos la cortina dejando al otro lado un montón de caras llenas de curiosidad. Kapper aspiró con fuerza el humo del cigarrillo. El hombre que se lo había dado ya se había marchado.

Lleno de amabilidad Bucky le dijo:

—Vale Sam. Tranquilízate, ¿qué problema tienes?

Kapper intentó ponerse de pie. No estaba afeitado; las líneas rectas de su rostro se habían redondeado y sus ojos parecían inyectados en sangre. Estaba cubierto de barro y su boca estaba torcida como la de un anciano. Con voz espesa dijo:

—Lo encontré. Os digo que lo encontré. Lo conseguí y lo saqué de ahí —La colilla del cigarro cayó de su boca. No se dio cuenta de esto, luego dijo simplemente — : Ayudadme, tengo miedo —Se le estaba cayendo la baba —. Lo tengo escondido. Quieren encontrarlo pero no les diré dónde está, hay que devolverlo. Devolverlo al lugar en donde lo encontré. Intentaría hacerlo, pero no me lo permitirían. Tengo miedo de que lo encuentren...

De repente se agarró al borde de la mesa y dijo:

—No sé cómo se enteraron, pero se enteraron. Tengo que devolverlo, tengo que devolverlo...

Bucky me miró. El rostro de Kapper, alrededor de la boca, estaba poniéndose azulado. De repente tuve miedo y pregunté:

—¿Devolver qué y a dónde?

Bucky se levantó y dijo:

—Voy a buscar al médico, quédate con él.

Kapper le agarró la muñeca, sus uñas eran azules y sus manos le sujetaban como si fueran cables. Jadeando, luchando para poder respirar le dijo:

—No me abandones, te diré dónde está, prométeme que tú lo devolverás.

—Por supuesto, —repuso Bucky — , Seguro que lo devolveremos. ¿De qué se trata?

El rostro de Kapper era horrible. Me sentí enfermo al oír cómo luchaba por poder respirar. En cualquier caso, quería ir a buscar un médico, pero algo me decía que no iba a servir de nada. Kapper dijo con un susurro:

—Un cansin macho, solo uno. No sabes... ¡Devuélvelo!

—¿Dónde está, Sam?

Pasé rápidamente al lado de Bucky y aparté de golpe la cortina.

Beamish estaba allí de pie, inclinado sobre la cortina a la que tenía pegada la oreja. Kapper hizo un ruido agudo y cayó extendido sobre la mesa.

Beamish no cambió de expresión, No se movió mientras Bucky le tomaba el pulso a Kapper, no necesitó decir nada. Todos sabíamos que había muerto.

Finalmente, Beamish preguntó:

—¿El corazón?

Bucky, que parecía sentirse tan mal como yo, le contestó:

—Sí, pobre Sam

Miré la colilla del cigarrillo que todavía humeaba sobre la mesa, luego miré el redondo rostro de niño enfermizo de Beamish. Crucé por donde se encontraba Shannon y, de repente, empujé a Beamish que cayó entre sus brazos.

Le dije:

—Sujeta aquí a este tipo hasta que vuelva.

Shannon me miró, en ese momento Beamish comenzó a mostrar su indignación, le dije:

—¡Cállate!

—Tenemos un contrato —me contestó.

Le di un tirón a las cortinas para cerrar el reservado y entré en la sala del bar. Me di cuenta de algo extraño, el sitio estaba lleno de hombres. A primera vista, todo parecía normal, un montón de mineros fuertes y de cara seria vestidos con camisas sucias y botas altas.

Me fijé en sus manos. Estaban muy sucias... pero nunca habían trabajado en una mina, ni en Venus ni en ninguna otra parte.

El bar estaba sorprendentemente tranquilo para ser un bar de la clase que era. El tabernero era un tripudo habitante<sup>[6]</sup> de los pantanos con ojos pálidos y espeso pelo blanco recogido, formando un moño sobre su cabeza puntiaguda. No parecía muy contento.

Me apoyé en el mostrador y dije:

—Lhak — Sin decir nada, con aire sombrío, sirvió un vaso del contenido de una botella verde, yo lo tomé sin fijarme mucho en ello —. El tipo que te trajimos estaba borracho como una cuba y claro, se ha desmayado, ¿qué es lo último que había tomado?

Una voz a mis espaldas contestó:

—Selak, como si no lo supieras.

Me di la vuelta. El hombre que le había dado el cigarrillo a Kapper se encontraba detrás de mí. Entonces lo recordé.

La gente del cuco viaja mucho y las autoridades nos dan frecuentemente hojas con la fotografía de los delincuentes perseguidos por la Justicia. Recordé a este tipo de las fotografías que nos habían dado en Marte. Se llamaba Melak Thomson y tenía toda una reputación.

Tenía un rostro que no se olvida fácilmente. Moreno y, en cierta medida, hermoso



con la sangre de un marciano de las tierras secas, los fuertes huesos de un terrestre y los ojos rasgados y verdes. Su boca parecía sonriente y a la vez brutal. Señaló con la barbilla hacia el reservado y dijo:

—Vamos a dar un paseo.

Caminamos hacia el reservado. Los hombres estaban sentados alrededor de sucias mesas pero seguían en silencio; no se veía ningún minero. Comencé a sudar.

Cuando entramos en el reservado, este se encontraba ya lleno de gente. Me senté, apretado por el personal, junto al cuerpo de Sam Kapper. Los ojos gris verdoso de Bucky Shannon se veían somnolientos y una vena palpitaba con fuerza en su frente.

Beamish le dijo a Melak:

—Kappers está muerto. Ha muerto sin decir su secreto.

Melak movió su cabeza cubierta de pelo oscuro y dijo:

—Eso no está bien. Fuimos demasiado amables con él.

Kapper había sido un buen muchacho yo estaba como loco por como había muerto, por lo que le dije:

—Sí, si le das a cualquiera el suficiente selak, termina así y tú has podido dárselo. Es una muerte miserable.

El selak se fabrica a partir de un medio pariente venusiano del beleño. Que es de donde se obtiene la escopolamina. Tiene un efecto terrorífico sobre el corazón. Kapper se había destrozado intentando guardar silencio, mientras estaba siendo interrogado, sometido a la influencia de esta droga.

Bucky hizo un ligero y desagradable movimiento para levantarse. Beamish le mandó:

—¡Siéntate! —Había algo en su voz y en sus acuosos ojos azules que hizo a Shannon sentarse de nuevo. Melak estaba mirando a Beamish sin dejar de sonreír.

—Vale —dijo —, admito que, a pesar de todo, tu idea era bastante buena.

De repente tuve una inspiración. Las quemaduras de las serpientes todavía me dolían por todo el cuerpo, el torturado rostro de Kapper estaba junto a mí; aun sin estar seguro de lo que iba a hacer tomé la decisión que consideré digna.

—Sí, —dije—, es una gran idea, Melak ¿por qué has tardado tanto en decirlo claramente?

Dejó de sonreír. Beamish miró hacia adelante, pero sin moverse. La lengua me temblaba en la boca, pero conseguí decir:

—Bucky tú lo sabes. Kapper habló de un casin macho, el único en cautividad, quizá el único en Venus, por lo que vale su peso en tarjetas de dinero. Por esta razón Beamish estaba tan contento de que viniéramos aquí, porque pensaba que Gertrudis podría encontrar finalmente un compañero, incluso si Kapper se negaba a hablar.

Me dirigí de nuevo a Melak:

—Una gran idea, ¿por qué soltaste las serpientes de vapor y las arrojaste contra nosotros? ¿Pensabas que teniendo a Kapper, nosotros estábamos de sobra?

Me dio un puñetazo fuerte en la boca. Mi cabeza golpeó contra la pared del

reservado y por un tiempo lo único que pude ver fueron estrellas a mi alrededor. Oí como Beamish, al parecer desde muy lejos, decía:

—¿Qué tienes que decir sobre esto, Melak?

Un horrible silencio se había apoderado del reservado. Tragué algo de mi propia sangre y mis ojos parpadearon hasta que pude ver a Bucky Shannon apoyado en la mesa, como si fuera un arco tenso a punto de disparar la flecha. De repente, a lo lejos, por encima del repiqueteo de la lluvia en el delgado tejado del bar, comenzó a oírse un ruido.

En los últimos momentos mi situación cada vez era menos agradable. No soy Supermán ni uno de esos tipos sobre los que lees que pueden mirar a la muerte a los ojos y luego sonreír.

Por el contrario, de repente me di cuenta de que tenía miedo. Un miedo que hacía parecer sin importancia todos mis temores anteriores. No dejaba de ser divertido constatar que el miedo no me lo causaban Beamish ni Malak ni los tipos que se encontraban al otro lado de las cortinas del reservado, ni siquiera el cuerpo de Kapper que se encontraba apretado contra mí.

No sabía qué era lo que me daba miedo, pero, si hubiera podido, habría querido bajarme al suelo y esconderme en una rendija, como si fuera una cucaracha.

Los otros también debían sentir lo mismo. Recuerdo como el sudor corría por la frente de Bucky Shannon, como la mandíbula de Beamish se puso repentinamente rígida y también el brillo de los ojos verdes de Malak.

Al otro lado de las cortinas se oían pisadas. El ruido lejano y confuso se hizo más fuerte. En algún lugar, no muy lejano, una mujer comenzó a gritar. Beamish dijo suavemente:

—Sucia rata traidora —Su rostro seguía sin mostrar ninguna expresión, era como si fuera de hierro forjado, sus manos estaban bajo la mesa, fuera de mi vista.

Melak sonrió; como se encontraba a mi lado pude sentir la tensión de su cuerpo, dijo:

—Por supuesto que te traicioné. ¿Por qué no iba a hacerlo? Infiltré un tipo en el equipo de mantenimiento que se arrastró por la esclusa de las aguas residuales e intentó despachar a estos imbéciles. Ahora estoy contento de que fallara. Kappers era un valiente.

Susurrando, Beamish dijo:

—El imbécil lo eres tú. No sabes con lo que estás jugando. Soy yo quien ha hecho las investigaciones y soy yo quién dice lo que se debe hacer.

Malek le contestó:

—Lo malo es que has estado perdiendo el tiempo. Estás acabado.

De repente se arrojó hacia un lado, levantando de golpe la mesa entre él y Beamish. Las cortinas cayeron; inmediatamente se enrolló en ellas, reptando por el suelo como si fuera una serpiente. Le di un grito a Bucky y me tiré al suelo. Bajo la mesa, Beamish empuñaba una pistola. El rayo casi me chamuscó la cara.

En el segundo siguiente, cuatro pistolas pesadas de rayos hablaron simultáneamente. La de Beamish cayó al suelo. Luego todo quedó nuevamente en silencio y pude oír el grito de la mujer en medio del repiqueteo de la lluvia.

Melak se levantó y dijo suavemente:

—Por supuesto que te traicioné, ¿por qué iba a repartir con nadie? Nadie conoce este asunto salvo nosotros. Cuando lo capturó, Kapper no pudo dar ningún aviso desde los pantanos, y cuando llegó aquí, nosotros tampoco se lo permitimos. Este bicho nos servirá para conseguir lo que necesitamos, ¿por qué iba a dividir las ganancias contigo?

Beamish no respondió. No creo que Melak pensara que podía hacerlo. El ruido del exterior era cada vez más fuerte. Bucky dio un gruñido y dijo:

—Jig, viene del pozo, eso significa que tenemos un problema, vamos a...

Apartaron la mesa de donde nos encontrábamos y pudimos ponernos de rodillas. Melak nos miró, movió un poco sus ojos verdes llenos de decisión y dijo:

—La verdad es que no creo que os necesite dando vueltas por aquí. — De repente sacudió su cabeza y dijo — : ¡Diantres!<sup>[7]</sup>, quisiera que esta dama se callara de una vez.

Aquel sonido monótono, como el crujido de una sierra, también me estaba llevando al borde de un ataque de nervios. Melak salió fuera y dijo:

—Vamos muchachos, no quiero que su gente nos agarre por el cuello.

Los cañones de cuatro pistolas de rayos se levantaron, yo me levanté y les seguí, en aquel momento estaba de vuelta de todo, incluso del pánico.

Gow entró corriendo por la puerta.

Estaba empapado hasta los huesos, sus ropas estaban hechas jirones y sangraba. Con la mirada excitada gritó:

—¡Jefe! Gertrudis... —En ese momento se percató de las pistolas y calló.

El local quedó en silencio. Fuera el sonido seguía aumentando de volumen como una marea que rompiera contra las paredes, el grito de la mujer pasó a ser algo inhumano y luego, de repente, cesó.

Gow, sin prestar mucha atención dijo:

—Gertrudis se volvió loca. Habíamos sacado su jaula del tanque para el espectáculo y la reventó. No había nada que pudiéramos hacer. Rompió un montón de jaulas y luego desapareció.

Melak masculló algo, no sé el qué. La pared que se encontraba detrás de Gow comenzó a vibrar, se dobló y luego se rasgó sabedor de la entrada. Fragmentos de bambú repiquetearon al caer al suelo, se oyeron gritos y alguien disparó una pistola de rayos.

Gertrudis apareció en el boquete astillado que acababa de aparecer. Nos miró con sus enloquecidos y fríos ojos verdes; apareció, enorme y azul, casi llegando al techo de poca altura; sus manos se movían sin parar y su cresta estaba erecta.

Lanzó un grito salvaje, parecido a un pitido y se dirigió directamente hacia el

reservado. Bucky Shannon me tocó el hombro y me dijo en un susurro:

—Muchacho, ponte las pilas. ¡Aquí está nuestra oportunidad!

Le puse la mano en el hombro y le señalé lo que se nos venía encima. Siguió con la vista lo que le indicaba e inmediatamente pude notar cómo empezaba a temblar.

Gertrudis se dirigía hacia nosotros como un cohete. Detrás de ella, húmedas y brillantes por la cálida lluvia, se nos acercaban otras tres criaturas semejantes.

### *III*

Todos nos dispersamos, buscando un camino de salida. Solo había una puerta que conducía a la parte trasera y enseguida se colapsó, llena de hombres que no cesaban de maldecir y luchaban para salir por ella. Gow se encontraba acurrucado en una esquina de la pared que había sido astillada.

Empujé a Bucky, creyendo que podríamos llegar a espaldas de los cansins y luego salir al exterior. Me pregunté qué querían aquellos bichos y en qué maldito lugar se podría haber ocultado algo tan grande como Gertrudis para que nadie lo pudiera encontrar.

Alguien dio un grito que se interrumpió rápidamente. Vi a una de aquellas extrañas cansins sacudir al tabernero como si fuera una ramita seca. Gow se levantó y se dirigió hacia mí con una extraña mirada en sus ojos.

—Algo va mal, todo va mal —Torció la boca. De repente se dio la vuelta y quedó mirando el destrozo que se había hecho en el salón del bar. Bucky y yo nos colocamos a su lado. Creo que Melak y alguno de sus matones se colocaron a nuestro lado. Pero nadie había pensado que alguna vez pudiera ver una escena semejante.

Sabía lo que estaba haciendo Gow. El terror que había visto en los ojos de Kapper se estaba apoderando de mí. Se trataba de un miedo que no tenía ninguna base en la realidad. Bucky lanzó una maldición y me siguió tropezando continuamente. De repente los cuatro cansins dieron un grito tremendo. Se me erizó el pelo de la nuca, me di la vuelta y miré; esto es lo que vi.

Gertrudis se había girado dejando atrás el reservado. Ahora, los cuatro cansins rozándose por sus enormes los hombros negros, con sus crestas erguidas como si fueran llamas petrificadas miraban lo que Gertrudis llevaba en sus brazos.

Era el cuerpo de Kapper.

Lentamente, con infinita amabilidad, comenzó a desnudarlo. Lo colocó, sin apretarlo, en la cuna que había formado con uno de sus grandes brazos. La piel del cadáver parecía azulada frente al azul de Gertrudis. Con la otra mano arrojó las ropas como si estuvieran hechas de papel.

No sé por qué, después del primer segundo de sorpresa, nadie disparó contra las

bestias, supongo que fue por el terrible pánico que todos sentíamos. Entonces podríamos haberlas matado a todas, pero seguimos allí, hipnotizados, mirando como poco a poco desnudaban el cuerpo de Kapper.

Un extraño miedo atenazaba los corazones de todos los presentes.

Kapper yacía desnudo entre sus brazos negros. Le levantó lentamente sobre su cabeza; en sus ojos aparecían chispas verdes bajo sus cejas huesudas. Otra gente se aproximó, temblando, pude oír como sollozaban.

Se trataba de gentes extrañas que venían de lo más profundo de los pantanos y que tenían muy poco de humano. Me acordé de la mujer nahali riendo bajo la lluvia caliente. Uno de los suyos, de lo más profundo de los pantanos había sido asesinado y estaban allí, rabiosos.

Una pequeña caja negra estaba sujeta a la estrecha y pálida cintura de Kapper.

Gertrudis separó un poco sus manos. La sangre martilleaba en mis oídos; me encontraba enfermo, no quería ver nada más. No lo pude evitar. Bucky Shannon suspiró lastimeramente. Gertrudis rompió el cuerpo de Kapper en dos. Todavía puedo oír el ruido que hizo. La sangre corrió oscura y viscosa por sus brazos. Me pregunté por qué el rostro de Kapper no cambió de expresión. La cajita que se encontraba en su cintura se rompió con el cuerpo.

Algo salió de ella, algo no mayor que mi dedo índice, algo que se encontraba rodeado por una neblina verdosa, como un fuego de San Telmo.

Gertrudis tiró a Kapper. Oí los ruidos que produjeron las dos mitades al caer al suelo. Un tipo se arrodilló a mi lado y vi como se movían sus labios, no sé si estaba intentando recordar sus plegarias infantiles. Alguien vomitó ruidosamente; yo también estuve a punto, pero finalmente mi estómago resistió.

En el interior de aquel frío fuego verdoso podía verse una forma. No la veía claramente, solo percibía que, en alguna forma, parecía horriblemente humana. Emitió cuatro filamentos verdes muy delgados; no me pregunten si se trataba de algo físico, como los tentáculos, o simplemente cuatro rayos de luz como pensé. No sé. Fueran lo que fueran, actuaron.

Conectaron entre sí las cabezas de las cuatro cansins hembras. Pude notar la sacudida que producía esta conexión en mis propios nervios. Era como si, de alguna forma, aquellos cuatro brutos se hubieran fundido para formar uno solo.

Habían sido cuatro seres separados nítidamente. Ahora eran uno, una sola entidad interconectada. Quizá fuera yo, que estaba asustado y enfermo, pero me pareció que sus formas ya no eran nítidas sino un poco borrosas.

De repente habló Gow; su voz era tranquila y reposada. Como si fuera la única cosa en el mundo que le importara dijo:

—Esto es todo. Por si solas no están completas. Al igual que los zurats en mi planeta, Mercurio. Tienen un cerebro múltiple. No me extraña que Gertrudis estuviera tan triste.

Su voz rompió el hechizo que se había apoderado de todos. Alguien gritó y todo

el mundo comenzó a dirigirse a la vez, presa de un pánico salvaje hacia las salidas. Ahora por lo menos sabíamos de qué teníamos miedo.

Teníamos miedo de la cosita que estaba en la caja negra, la cosa envuelta en la capa de fuego que se había alzado de los restos del cuerpo de Kapper y el poder que residía en ella.

Pensé que íbamos a luchar, pero una vez que estuvimos fuera, en donde se podía respirar, no en el interior con aquellas hembras enormes asfixiándonos, encerrados con el último cansin macho de la creación, no pensé que fuera necesario.

Entonces comprendí por qué habían despedazado a Kapper y por qué éste no había hablado a pesar del selak. Aquella cosa no le había dejado; luego había llamado a los de su especie, tanto de lo más profundo de los pantanos, como del Circo Imperial de Buckhaller Shannon.

Había caído la noche de Venus con su color índigo oscuro, su olor a barro y a jungla, mientras la cálida lluvia no dejaba de caer. Las luces brillaban sin orden aquí y allí a través de las puertas abiertas. La gente gritaba, se trataba del gruñido animal que siempre tienen las masas humanas cuando tienen miedo.

Allí en Nahru no había ningún sitio a donde escapar. La jungla nos tenía atrapados. Una espesa selva vercosa que se había desarrollado sobre las arenas movedizas y en la que habitaban bestias asesinas. Detrás de nosotros las cuatro cansins no dejaban de emitir un salvaje concierto de agudos chillidos de las bestias.

Desde la caliente oscuridad que se extendía entre las pequeñas cabañas de Nahru, algo les respondió. Gritos salvajes que proclamaban su odio. De repente me recordé de lo que había dicho Gow “Gertrudis había reventado un montón de jaulas.

Solo Dios sabía qué bestias estaban sueltas por aquella ciudad

Todavía estábamos corriendo, resbalando y cayendo en el barro, dirigiéndonos hacia la nave, como movidos por el instinto, cuando Bucky Shannon me dijo, jadeando:

—Tenemos que conseguir que estos bichos vuelvan al corral. ¡Gow! Gow, ¿me oyes? ¡Tenemos que hacer que vuelvan!

De repente oímos la voz de Gow:

—Jefe, le he oído.

Fuimos frenando nuestra carrera pues era importante escuchar lo que Gow nos tenía que decir. Con lentitud preguntó:

—¿No me entendió lo que dije? Gertrudis los dejó libres, quería que le ayudaran. Ellos lo saben y no volverán.

En algún lugar, detrás de nosotros, una cabaña de plástico se rasgó y quedó abierta como si fuera una cáscara de huevo. Los gritos humanos se perdían en medio de los chillidos agudos de las bestias. A la derecha de donde se encontraban, el gato de las cavernas de Mercurio<sup>[8]</sup> comenzó a reír como si fuera una mujer loca.

Lenta y pacientemente, el odio animal se había apoderado de ellos, un odio que

durante mucho tiempo había estado esperando. Yo había percibido este olor del odio animal en el tanque de los animales. Ahora lo volvía a percibir, pero ya no era ni paciente, ni estaba esperando nada; ahora se estaba manifestando aquí. Gertrudis lo había liberado.

Muy despacio, Shannon dijo:

—Madre de Dios, ¿qué vamos a hacer?

—Volver a la nave, volver a la nave y marcharnos de aquí.

Al oír la voz de Melak, que sonaba dura y desagradable, di un salto. Una luz brotaba de una puerta arrancada, dejando ver su silueta borrosa en medio de la lluvia. En su mano llevaba una pistola de rayos.

Shannon gruñó:

—¿Y dejar aquí abandonados a la mitad de mi gente? ¡Vete al infierno!

De repente se oyó el estruendo de cohetes en el campo de aterrizaje. Alguien había llegado hasta el yate de Beamish y ahora se marchaba. La navecita del práctico del astropuerto le siguió. La nave del circo todavía seguía allí, era la única que quedaba en Nahru.

—No podemos marcharnos, —dije— no con animales que valen más de doscientos créditos E.C. corriendo a sus anchas por la ciudad.

Melak replicó:

—Vamos a por la nave, ¡Maldita sea! Si la puedo pilotar, nos iremos de aquí. ¡Ahora moveos, deprisa!

Shannon estaba casi llorando. Comenzó a correr hacia Melak. Le sujeté y le dije:

—Por supuesto, por supuesto que nos iremos. Todos. ¡Mira detrás de ti! Me tenían engañado, venga ¡moveos!

Fue su funeral.

Y casi fue también el nuestro. Las borlas de Ganímedes se mueven muy rápido; habían aparecido por entre dos cabañas, deslizándose sobre el barro con sus largos cilios blancos. Eran tres bolas de aproximadamente el tamaño de mi cabeza. No hacían ningún ruido.

Se colocaron detrás de Melak. De repente, dos de las bolas se desenrollaron, mostrando unos apéndices semejantes a cuerdas peludas de alrededor de cinco pies de largo y se colocaron alrededor del nacido en Marte. La tercera se dirigió directamente hacia mí.

Melak emitió un sonido que no era humano y cayó al suelo, las bolas se apretaron contra él; parecía que latían un poco, llenas de placer. Gow se encontraba al otro lado de Melak, demasiado lejos para ayudarlo, y además estaba desarmado.

Salté y caí sobre el barro. Shannon cayó al otro lado. La bola se me aproximaba ahora como si fuera una serpiente peluda, se detuvo un momento, a tres pulgadas de mi cara. Yo seguía tumbado boca abajo y mi corazón latía con tanta fuerza que me pareció que iba a asfixiarme.

Shannon se movió y entonces la bola de Ganímedes le golpeó, desde abajo, por

entre sus piernas.

Shannon gritó, pude notar cómo el veneno de aquella cosa penetraba en su cuerpo. Me puse de rodillas, entonces él me maldijo y sacó algo de por entre el barro, era la pistola de rayos de Melak, disparó entre sus pies.

La bola comenzó a marchitarse hasta convertirse en algo parecido a un ovillo de alambre y se apartó de nosotros. Sin alzar la voz, Bucky dijo:

—Yo ya he hecho mi parte, ahora te toca a ti, Jig.

Se desmayó. Sus piernas comenzaron a hincharse. Gow se inclinó sobre él y dijo:

—Es como si le hubieran inoculado veneno de un pez venenoso, vamos deprisa.

—Llévalo a la nave, si es que puedes llegar — dije a Gow.

—¿Yo? Soy el encargado de los animales, debo...

—¿Te parece que yo soy Supermán para poder llevar a rastras a este tío? —No sabía por qué me costaba tanto hablar — . Llévalo ahí, reúne a toda la gente que quede en la nave, consigue pistolas, cuerdas y antorchas y vuelve aquí ¡deprisa!

Asintió y se echó a Bucky sobre los hombros. Le di la pistola de rayos. Luego me di la vuelta y me dirigí a la ciudad; sabía que la mayor parte del personal del circo estaría en los bares.

Estaba mucho más oscuro, ya que ahora todas las puertas estaban cerradas, salvo dos o tres por donde la gente había pasado en los últimos momentos. Todo estaba mucho más tranquilo, porque el ruido que puede hacer una garganta humana tiene sus límites. Lo único que seguía igual era aquella monótona lluvia cálida y los ruidos producidos en la jungla por cosas que se arrastraban o caminaban por el barro mientras cazaban.

En algún lugar, más arriba en aquella calle, los cansins no paraban de gritar y destrozaron otra cabaña dejándola completamente abierta. Inmediatamente, un clamor bestial llegó desde las callejuelas laterales, respondiendo a los gritos de los cansins. Legiones de animales de cinco planetas diferentes, dirigidos por una pequeña figura vestida de fuego verde. El Hombre era su enemigo común.

Una pareja de tigres<sup>[9]</sup> marcianos de la arena aparecieron en la calle delante de mí. Estaban retozando como si fueran gatos, jugando con algo oscuro que parecía muy golpeado. Cuando me vieron lo dejaron caer y se dirigieron hacia mí con sus seis poderosas patas plegadas, arrastrándose con sus panzas sobre el barro.

No había ningún sitio al que pudiera ir. No recuerdo estar especialmente asustado, no porque fuera valiente, sino porque estaba agotado. Hay un límite a lo que una persona puede aguantar. Comencé a darme la vuelta; veía y oía, pero en mi interior no sentía nada, como un tipo al que le han dado un golpe fuerte detrás de las orejas o al que han dejado atontado con un golpe. Cogí un puñado grande de barro y se lo arrojé a los gatitos que se me acercaban. Alcé mi cabeza y les grité.

—¡Gatito, gatito...!

Una puerta a mi izquierda se abrió tres pulgadas, tiñendo la lluvia con luz amarilla. Una voz dijo;



—¡Por amor de Dios! ¡Entra!

Cogí otro puñado de barro, los gatos marcianos todavía no se habían desprendido de mi primer regalo así que les hice otro para que jugaran con él. Creo que en ese momento no estaban muy hambrientos. Dije:

—Voy a ver si localizo a las cansins.

Todo fue como les estoy contando. Estaba a punto de caerme; el muchacho de la puerta también lo debió pensar porque me preguntó:

—¿Vas a entrar antes de morirte del todo?

—¿Y esperar a que estos monos gigantes destrocen la casa conmigo dentro? Vete al infierno

Le tiré más barro a la cara de los gatos, noté que estaban empezando a sentirse molestos, le dije:

—El resto de los bichos está siguiendo a las cansins, formando una especie de brigada de asalto. Detén a las cansins y podremos controlar a los otros fácilmente.

El hombre dijo:

—Por supuesto, pero antes hay que desayunar, tío ¿vienes o cierro la puerta?

La puerta se abrió de par en par por lo que una fuerte luz iluminó la escena, los colmillos de seis pulgadas de los gatitos marcianos se pudieron ver blancos hermosos y brillantes.

Era Jarin, el nativo de Titán que cuidaba los gatos. Tenía aproximadamente la mitad de mi altura, su piel era de color verde metálico y sus pies eran más veloces que un borracho buscando su primera copa. Cuando se ponía erecto parecía un barril que anduviera; cuando se doblaba no parecía nada.

Ahora estaba erguido, se dirigió a los gatos que parecían ligeros y delicados encima del barro. Estaban agazapados y nerviosos tosiendo y gruñendo, deseando jugar con el cuidador pero sin atreverse a hacerlo.

El macho dio un salto.

## IV

Todo lo que pude ver fue una sombra borrosa en medio de la lluvia. Oí el crujido que producían los malévolos tentáculos de Jarin al golpear al tigre. Este falló en medio de su salto y cayó, enterrando su rostro en el barro; luego se levantó gruñendo, como el gato de tu tía Minnie cuando le pisaste el rabo. Se alejó de allí, corriendo y con su compañera justo detrás.

Jarin sonrió y preguntó:

—¿Tienes idea de donde están los cansins?

En alguna parte, muy cerca de aquí, he oído el sonido, que ya empieza a sernos

familiar, de una cabaña de plástico que está siendo destrozada. Recuerdo que, de vez en cuando, se oía el ruido producido por las pistolas de rayos. Solo los encapuchados que había traído tenían armas lo suficientemente pesadas como para producir algún efecto. Adiviné que la mayor parte las habrían dejado en el navío de Beamish. Un cansin tiene una piel espesísima y su vitalidad hay que verla para creerla.

Se oyó el familiar sonido de un silbato por encima del babel de gritos humanos y del coro de gruñidos animales que llenaban aquellas calles empapadas por la lluvia. Creo que fue, justo en ese momento, cuando comencé a sentirme asustado. El miedo comenzó a filtrarse a través de mi somnoliento espíritu como lo hace el dolor en una nueva herida.

Me encogí de hombros y le dije:

—No, no tengo la menor idea.

Detrás de mí había un escalón reblandecido por la lluvia. Me di la vuelta y miré, sin dejar de sudar. Ahara la mujer nahali estaba allí, con sus ojos rojos y riendo. Con un susurro, me dijo:

—Tienes miedo.

No lo negué.

—Puedo ayudarte a detener a los cansins —Sus ojos brillaban como rubíes húmedos, sus dientes eran blancos y afilados, continuó—. Quizá no funcione y tú podrías morir, ¿quieres intentarlo?

Me estaba desafiando. Ella, que era poco más humana que los mismos animales que intentaba capturar. Ella, que pertenecía a aquel paisaje lluvioso e iluminado por cálida luz índigo.

—Ahara —le dije—, tú no me quieres ayudar, tú lo que quieres es que nos maten.

Pude ver como su pálida piel latía por debajo de su mandíbula. Entonces comenzó a reír, se trataba de una risa suave y extraña que hizo ponerme de punta el pelo de la nuca.

—Vosotros, los humanos, siempre engañando y robando —susurró—. Los pantanos intermedios llevan mucho tiempo esclavizados por vosotros, siempre ansiosos de petróleo, minerales y cualquier cosa de valor. Pero no olvidéis que podemos luchar.

Se dio la vuelta dirigiendo su cabeza hacia donde se podía oír el sonido de la destrucción y dijo:

—La muerte habita en lo más profundo de los pantanos. Vosotros los humanos merecéis morir. Tú te has metido en algo demasiado importante, incluso para tu orgullo. Pero como los cansins mataron a mi compañero y al primero de nuestros hijos...

Se agachó, pensé que se iba a ir arrastrando sobre el vientre, como un caimán sobre el barro, Sus dientes brillaron afilados y salvajes.

—La leyenda dice que, hace mucho, mucho tiempo, los cansins fueron la raza

más sabia de Venus. Fueron adorados como dioses por las pequeñas criaturas prehumanas de los alrededores de los pantanos. Estaban destinados a ser los sabios señores del planeta.

—Pero la naturaleza cometió un error. Quizá alguna mutación que no pudo ser detenida, no sé. En cualquier caso, las hembras comenzaron a ser cada vez más grandes, de forma que su único pensamiento era encontrar comida para alimentarse. Los machos intentaron compensar esta situación; en cualquier caso, su mayor fuerza se encontraba en su cerebro, pero no pudieron.

»Los cansins empezaron a comerse a sus adoradores; simultáneamente, el número de huevos que ponían era cada vez menor. Por último, los moradores de los alrededores de los pantanos los expulsaron a lo más profundo de los mismos.

»Han estado aquí desde siempre, aquí siguieron retrocediendo por el sendero de la evolución cada vez más y disminuyendo en número. Siempre estaban hambrientos. Odiaban a los humanos que les habían robado su brillante futuro; incluso nos odiaban a nosotros, porque caminamos erguidos y tenemos un lenguaje. Las hembras no son independientes; el macho controla la mente comunitaria; para existir necesitan formar una unidad completa.

»Si eres capaz de controlar al macho...

Recordé a la pequeña criatura que había visto dentro de la bola de fuego verde. Sufrí un escalofrío a la vez que notaba una sensación desagradable en el estómago. Dije:

—¿Sí? ¿Cómo?

La nahali se rio de mí.

—Esto puede significar tu muerte ¿estás dispuesto a arriesgarte?

No lo estaba. Podía darme la vuelta y volver a la nave e incluso, con la ayuda de Jarin, rescatar a algunos de la banda. Luego pensé en Bucky y la forma en que lloraba aquella noche, abrazado a mi cuello, en el tanque de los animales y qué nos sucedería si no éramos capaces de recuperar a los animales. Me dije *Maldita sea ¿por qué siempre tengo que hacerlo todo yo?* No sé, la verdad es que nunca pensé seriamente en volver yo solo a la nave en ningún caso.

—Dime mujer serpiente, ¿qué tengo que hacer? — inquirí.

—Haz que se encuentre con Quern —contestó. Luego se marchó por en medio de la cálida lluvia volviendo a su cabaña de plástico. La puerta sonó al cerrarse. Jarin y yo nos quedamos a solas en la oscuridad.

—Por supuesto.

Miré por la calle hacia el campo de aterrizaje. De repente me sentía cansado, se me doblaban las rodillas y me notaba débil, enfermo y el miedo me producía ganas de vomitar.

—Aquí viene Gow, — dije —. Trae siete u ocho tipos con pistolas. Límitate a mantener a los bichos apartados de nosotros hasta que alcancemos a los cansins; intenta que, si es posible, no maten a ninguno.

El buen viejo Jig, incluso entonces seguía pensando en el dinero del Circo. Llegó Gow, hablé con él un minuto; solo le dije lo que era necesario, luego pregunté:

—¿Alguién tiene idea de dónde pueda estar Quern?

Lentamente, Gow me contestó:

—Sí, estaba en el bar de al lado de donde nos encontrábamos nosotros. Estaba borracho, le oí cantar cuando pasé por allí; creo que los grandes monos habían destrozado el bar.

Caminamos por aquella calle, cubierta de barro como si fuéramos a algún sitio concreto y allí tuviéramos alguna tarea que realizar sin pérdida de tiempo, lo cual en parte era cierto. Los cansins estaban cerca, terriblemente cerca, se les oía soplando y deslizándose sobre el estiércol. La lluvia seguía cayendo, casi parecía sólida, el aire era espeso y cálido.

Ibamos gritando, algunos hombres salieron de las cabañas para unirse a nosotros; nadie había visto a Quern desde que habían comenzado los problemas. Tuvimos complicaciones con los animales en las calles. Las serpientes de vapor atacaron a un hombre, un ionian envenenó malamente a un tipo que murió al día siguiente. Tuvimos que matar a un par de grandes bicharracos a los que no pudimos asustar para que volvieran a la nave.

Finalmente encontramos el bar. Gow tenía razón, estaba destrozado; se podían ver cuerpos dispersos por entre las astillas, me alegré de que estuviera oscuro.

—Bien —dije—, por este lado no hay más que hacer, ahora haremos lo que podamos con las pistolas de rayos.

No pensé que pudiéramos hacer mucho, no tenemos artillería pesada y un cansin es terriblemente difícil de parar.

—Muchachos si alguno quiere largarse, que lo haga ahora; los demás, seguidme.

Di un paso y noté como algo se removía bajo mis pies, chillaba y comenzaba a lanzar maldiciones con una voz que parecía la de un saltamontes.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Pero si es Quern!

Le cogí y le levanté. Su cuerpecillo elástico estaba embadurnado de barro. Escupió, tosió y gruñó.

—Por supuesto que soy Quern, vaya descubrimiento; mira los miserables como me dejaron en el barro, me podría haber ahogado. —Siguió maldiciendo en bajo marciano, que era su lengua nativa. Era un dirán de los pozos de los fondos marinos de Shun.

Alguien rio, pero la risa pareció una risa histérica. Alguien dijo:

—¡Vaya con el borracho bajito! ¡No se ha enterado de lo que ha pasado!

Efectivamente, no se había enterado. Los cansins ni le habían visto. Había caído en el barro y le dejaron allí, sin hacerle daño.

Gow contuvo el aliento y alguien comenzó a sollozar. Miré hacia afuera en medio de la oscuridad índigo y la lluvia no me dejó ver gran cosa, pero no necesitaba ver nada para saber lo que se nos estaba acercando.

Una pequeña mancha viva de color verde se recortó frente a la oscuridad; debajo, pude ver cuatro sombras enormes hundidas en el barro hasta las rodillas, que se aproximaban hacia la cabaña de plástico llena de seres humanos.

Sin levantar la voz dije:

—Quern, nunca pensé que fueras tan magnífico hipnotizador.

Me apretó las manos. Su rabia casi me quemó, empezó a hablar pero le detuve.

—Compañero —le dije— aquí tienes la oportunidad de demostrar lo que vales. ¿Ves aquella cosita verde que está flotando allí delante? A por ella Quern. Y será mejor que seas un buen hipnotizador, hazlo por Nahru y por todos nosotros.

Me dirigí hacia los cansins, llevando a Quern, sujetándolo con mis manos.

Los animales nos debían haber percibido ya que se detuvieron y dieron la vuelta para dirigirse hacia nosotros. Quern temblaba. Yo estaba comenzando a darme cuenta de lo que había pasado. Con un gruñido dijo:

—¿Cómo esperas que interprete mi función? No hay escenario, no hay nada. ¡Estás loco Jig! Vámonos de aquí.

Le sacudí y le dije:

—Haz que ese bicho se duerma, haz que él y su harén se vayan de la ciudad, que se vayan hacia el norte; allí hay arenas movedizas. ¡Venga muévete!

Me maldijo. Se podía oler el miedo que brotaba de todos nosotros como si fuera un fluido caliente. Hoy el sonido de unas pisadas que se me acercaban corriendo desde detrás y luego más que se alejaban. Al final, Quern dijo:

—De acuerdo ¡estás loco! Levántame y mantén tus manos extendidas.

Hice una plataforma con mis manos y en ese momento los cansins se dirigieron hacia nosotros.

—No disparéis —susurró Gow—, que nadie dispare —No sé si se había dado cuenta de que en ese momento no había nadie que pudiera disparar, solo él y Jarin.

Los cansins eran enormes y pesados, behemots<sup>[10]</sup> tallados en la noche. Se elevaban sobre nosotros, mientras que aquella luz verde no cesaba de latir. Me quedé con la boca abierta y no pude ni respirar; me habría marchado corriendo, pero sentía como si todas mis articulaciones fueran de agua.

Quern comenzó su actuación.

En primer lugar, interpretó el show de los colores. A partir de la nada, su cuerpo comenzó a brillar desde dentro. Podías verlo como una forma borrosa y redondeada, se podía ver la fosforescencia de sus intestinos. Primero rojo, un color que impactaba a los espectadores como un puñetazo en la cara, luego el resto de los colores del espectro. A veces un color, a veces un remolino de colores simultáneamente.

Su cuerpo cambió de forma. Pude notar sobre mis manos sus movimientos elásticos. Recordé a los paletos que, en otras ocasiones, había visto amontonándose alrededor del escenario donde actuaba Quern, con los ojos saliéndoseles de las órbitas ante aquel espectáculo de luz y color. Funcionaba con los paletos, pero allí no funcionó. Los cansins siguieron su camino; la luz verde brilló con un poco más de

intensidad y esto fue todo. La costumbre y el control del macho eran tan grandes que ni siquiera las hembras le prestaron mucha atención a Quern. Podía ver como la lluvia se evaporaba al caer sobre sus enormes hombros. Prácticamente ya estaban encima de nosotros.

Quern dijo aterrorizado:

—¡No puedo hacerlo!

Le sacudí y le dije:

—¡Siempre supe que eras un fraude! ¡Golfo de pacotilla! Jarin, deténlas, si es que puedes.

Quern comenzó nuevamente a brillar. Jarin se sumergió, resultando apenas visible, en la oscuridad. Oí como sus tentáculos azotaban carne musculosa.

Una de las cansins rugió. La luz verde se sumergió en medio de la oscuridad y comenzó a girar formando un fantástico remolino. Grité:

—¡Gow háblale a Gertrudis!

La terrible comitiva siguió avanzando hacia nosotros más lentamente. Quern estaba revolviendo los colores de sus intestinos como si su vida dependiera de ello, lo cual era cierto. Gow avanzó un poco y dijo:

—Gertrudis, eres una niña fea, gorda y zurda.

Luego la maldijo, pero con cariño. Nunca había oído algo como su voz. Quería llorar. A la suave luz del brillo hipnótico de Quern pude ver los ojos verdes de la hembra más cercana que me estaban observando, abiertos de par en par y extraños, muy extraños.

En ese momento, el macho estaba enfadado. Enfadado y asustado, lo pensé por el brillo rabioso que le envolvía. Más adelante dedujimos que su luz era de la misma clase que la de las luciérnagas, pero más fuerte. Estaba luchando, luchando para mantener en su poder aquellas cuatro mentes, que el brillo de Quern le pretendía arrancar.

Habría conseguido mantener su dominio si no hubiera sido por Gow. Gow que seguía en pie, en medio de la cálida lluvia, maldiciendo a Gertrudis con lágrimas en su voz.

Gertrudis gritó. De repente, sin ninguna razón, lanzó un extraño e insólito grito y se movió. Una especie de escalofrío corrió a través de las otras tres hembras. Fue como si se rompiera una pared. El macho sufrió un ataque de rabia.

Ahora las hembras estaban mirando a Quern. Gertrudis había sido la causa de aquella brecha en la pared. Ahora la comunidad de mentes femeninas estaba unida al pequeño hipnotizador marciano. Pude ver sus ojos verdes, grandes y vidriosos, sus cabezas de serpiente moviéndose ligeramente, intentando seguir el ritmo de los perfiles luminosos fluctuantes.

El macho comenzó a oscurecerse. Se estremeció y se tambaleó un par de veces; todavía intentaba luchar. La voz de Gow prosiguió con sus roncotes insultos y Gertrudis gimió. El macho flotó un poco más cerca. De repente, pude ver lo que le

mantenía en lo alto, alas, como las de un colibrí que se percibían borrosas por su rápido movimiento.

Poco a poco, las alas batieron más despacio y la luz verde se fue oscureciendo. Luego comenzó a balancearse un poco, en medio de la cálida lluvia, mirando a Quern.

Quern se estremeció y dijo:

—Están controladas, — dio un suspiro y repitió —. Están controladas.

—Envíalas al norte, a las arenas movedizas. Me dolían los brazos y las piernas y estaba tambaleándome. Apenas oí la voz somnolienta de Quern, lo que sí oí fue el ruido, lento y obediente, de unos grandes pies que se esforzaban en alejarse de aquel lugar. El último macho cansin, una chispa apagada, volaba encima de ellas. Oí como Gow lloraba.

Para el mediodía del día siguiente, ya habíamos conseguido que los últimos animales volvieran. Hicimos lo que pudimos por Nahru. A Dios gracias, nuestros animales no habían hecho muchos destrozos. Dejamos un montón de los créditos de Beamish para ayudar a la reconstrucción y nos largamos con nuestro viejo cacharro. Bucky Shannon se recuperó magníficamente. Todavía sigo trabajando con el Fracaso Imperial, actuando por todo el Triángulo. Sin Gertrudis, nuestras funciones han perdido público, pero aun así seguimos llenando hasta la bandera.

Si alguno de ustedes tiene un cansin y nos lo quiere vender... Gracias colega, pero ya no compramos, ni ahora ni nunca.

A veces me pregunto si, en lo más profundo de los pantanos, queda alguno más, esperando que vuelva su pareja.

*FIN*

*El problema de las colonizaciones es que siempre, o casi siempre, se realizan sobre tierras que ya tienen algún poblador. La relación entre los colonizadores y los colonizados no es fácil, siendo frecuente que todo el sistema colonial quede bañado por la sangre. A la hora de considerar cómo van a ser estas relaciones, hay que considerar fundamentalmente las diferencias y semejanzas previas entre colonizadores y colonizados.*

*En los pantanos venusianos moraban tanto humanoides reptilianos como seres humanos de pelo blanco; ambos se percatarán del problema y se enfrentarán unidos a los invasores.*

*Por el lado de los colonos, la mayor parte serán terrestres, si bien también acudirán marcianos e incluso venusianos de otras regiones. El enfrentamiento está servido... En especial si hay otros intereses, por ejemplo compañías mineras, que aspiran a extraer metales en los pantanos objeto de discordia.*

*Este enfrentamiento entre civilizados y bárbaros, entre “buenos” y “malos” duró un cierto tiempo y fue conocido como Guerra de los Pantanos, en ella luchó Eric John Stark, por el lado de los habitantes de los pantanos, lo que le valió una condena, por rebeldía, de 20 años, en las prisiones lunares.*

*Veamos a continuación el primer relato de Leigh Brackett sobre esta guerra; en él parece que está muy claro quienes son los buenos y quienes son los malos. Los legionarios, defensores de los pacíficos colonos parecen sacados de la legión étrangere francesa o del tercio de extranjeros español; aunque la mayoría son aventureros, también hay fugitivos que huyen de la justicia, del hambre (en el caso de los marcianos de la sed) o de sí mismos, pretendiéndose castigar por faltas cometidas. Veamos un episodio de esta guerra. La Legión Estelar*





## *La Legión Estelar*

El silencio ejercía su presión sobre el cuartel, al igual que un muelle muy comprimido sobre una tapa bien sujeta, dispuesta a saltar cuando la tensión fuera insoportable.

Los soldados, hombres de muchos mundos, vestidos con ajados uniformes; alistados en la Legión Estelar, las ratas del espacio, los deshechos del Sistema Solar, sudaban bajo el plomizo calor de las tierras pantanosas de Venus, antes de que empezaran las lluvias.

Sudaban y escuchaban.

La puerta de metal produjo un agudo chirrido al abrirse para que pasara Lehn, el joven venusiano comandante, jefe de puesto. Todos los soldados se pusieron en posición de firmes, lo más rígidamente que pudieron: Ian Mac Ian, el terrestre de piel quemada por la exposición al sol del espacio, que tenía el pelo blanco y esperaba ansiosamente entrar en acción; Thekla, el oscuro marciano, en otro tiempo habitante de los canales bajos, haciendo gestos como si fuera una comadreja, junto a Bhak, el extraño y gigantesco habitante de Titán. Todas las miradas, rápidas y nerviosas, se

dirigieron inmediatamente sobre Lehn.

El joven oficial, permanecía en pie, silenciosamente, en medio de la puerta metálica abierta, retorciéndose su rubio bigote. Para Mac Ian, que le estaba observando, el oficial estaba demasiado aseado, por lo que parecía claramente incongruente en esta tierra brutal, salvaje y primitiva, sólo adecuada para verdaderos hombres de hierro.

Detrás de él, las nieblas eternas se retorcían, formando una tenue cortina sobre el pantano que se extendía por incontables millas más allá de los húmedos parapetos del cuartel.

A través de la niebla, llegaba el sonido que los oídos de todos habían estado escuchando los días pasados: un monótono y bajo sonido de gaita, que parecía surgir de los confines de la tierra. Los nahalies, los habitantes de las tierras pantanosas, de seis pies de alto y ojos de color escarlata, de los cuales, un simple roce ya era un arma poderosa, rezaban a sus dioses para que lloviera. Cuando llegara la lluvia, las trombas de agua caliente del hemisferio meridional de Venus, verdaderos diluvios, los nahalies atacarían, formando una marea escamosa que barrería el fuerte.

Únicamente un foso de agua cargada de electricidad y cuatro cañones eléctricos, se interponían entre la Legión y la horda. Si los dispositivos citados anteriormente fallaran, doscientas vidas se perderían en un instante; el círculo de fuertes defensivos quedaría roto y las fértiles tierras altas serían saqueadas y convertidas en un yermo. Mac Ian miró el rostro de Lehn, sincero y joven, con aspecto de haber estudiado en la universidad y se preguntó, de una forma más bien cínica, si sería lo bastante hombre para hacer bien el trabajo que le había sido encomendado.

Lehn habló, de una forma tan abrupta que los soldados sufrieron un sobresalto.

—Voy a pedir voluntarios, se trata de realizar un reconocimiento en el territorio de los nahalies; vosotros sabéis de sobra de lo que se trata. Necesito tres hombres ¿de acuerdo?

Ian Mac Ian, dio un paso al frente, siendo seguido, de forma casi instantánea, por el marciano Thekla. Bhak de Titán dudó; sus ojos, extrañamente brillantes, lanzaron una mirada profunda que pasó de Thekla a Lehn y luego se volvió hacia Mac Ian. Un poco después también dio un paso al frente, con su cara velluda distorsionada, formando algo que podía ser interpretado como un gesto de astucia.

Lehn les miró, con la boca bajo el bigote, rígida por el disgusto. Posteriormente asintió con la cabeza.

—Preséntense dentro de una hora, con equipo ligero — dijo el oficial.

Dio media vuelta para retirarse, pero se detuvo y, volviéndose, dijo, casi como si se tratara de una idea que acababa de tener:

—Mac Ian, preséntese inmediatamente en mi habitación.

El huesudo rostro de celta de Mac Ian, se puso completamente rígido, mientras que sus ojos azules se estrecharon, mostrando cansancio y disgusto. Sin embargo, siguió a Lehn disciplinadamente. Su cuerpo era delgado y poderoso, tan semejante a

la barra de un ariete como el cuerpo del oficial venusiano. Nadie que los estuviera observando podría decir que existía la menor amistad entre ellos.

Thekla sonrió para sí, en silencio; parecía un gato con los dientes blancos y puntiagudos.

—Dos lobos de la misma camada — susurró —. ¡Espero que se hagan trizas el uno al otro!

Bhank gruñó, mientras flexionaba sus poderosas manos, cada una de las cuales tenía seis dedos.

Lehn penetró en su habitación con el rostro, de natural sonrosado, completamente enrojecido y comenzó a dar zancadas de un lado para otro, mientras Mac Ian esperaba con aire estoico, las órdenes de su superior. Estaba bastante claro lo que iba a venir a continuación. Mac Ian se percató de que el viejo y amargo enfado, en el que se escudaba como defensa, comenzaba a crecer nuevamente en su interior.

—Mira —le dijo Lehn como si hablara para sí mismo—. Libros, buenos cigarros, la fotografía de una chica en la mesa; tú, antes, has tenido todo eso, maldito imbécil, ¿Por qué no podrías...?

Lehn se detuvo bruscamente delante del terrestre, mirándole firmemente con sus ojos grises y añadió:

—Mac Ian, soy nuevo aquí, pero cinco generaciones de mi familia han estado en la Legión. Conozco las normas; sé que a ningún soldado se le puede preguntar por su pasado, pero voy a romper esas normas. ¿Por qué estás aquí Mac Ian?

La cabeza, cubierta de pelo blanco, de Mac Ian era adusta, poniendo de manifiesto su gran testarudez, firme en sus decisiones, como la misma roca de Tántalo. El terrestre permaneció en silencio.

—Estoy procurando ayudarte —continuó diciéndole Lehn—, Tú has sido oficial, lo sabe todo el mundo en el cuartel. Sea cual sea la causa por la que ahora estás aquí, sirviendo como soldado raso, puedes volver a ser nuevamente oficial, salvo que tu expulsión hubiera sido debida a un fallo en el cumplimiento del deber. Te rebajo de servicios mecánicos; así tendrás tiempo para estudiar y podrás preparar los exámenes para el ascenso a oficial. No tienes ninguna necesidad de desperdiciar tu vida como soldado raso.

»¿Estás de acuerdo? —insistió Lehn.

Los ojos de Mac Ian permanecían inescrutables, pero cuando contestó, el tono de su voz era duro.

—¿Qué hay detrás de lo que me propone? ¿Qué demonios le importa a usted lo que yo haga?

El aspecto que presentaba el venusiano se modificó sutilmente; por un momento, la apariencia de muchacho se esfumó, dejando paso a la apariencia de hombre. Mac Ian noto como si le dieran una cuchillada en el corazón.

Luego todo pasó y Lehn dijo de forma cortante:

—Si tú encuentras agradable la vida de soldado raso en el cuartel, quédate aquí

todo el tiempo que quieras. ¡Retírate!

Mac Ian le miró, medio cegado por un instante; las finas manos del venusiano, colocadas en sus costados, se cerraban y se abrían con nerviosismo. Después, el terrestre salió de la habitación con un gesto hosco de astucia en su curtido rostro.

Aproximadamente una hora más tarde, el terrestre se encontraba en los parapetos que rodeaban el fuerte, junto con el marciano Thekla, esperando las órdenes pertinentes.

Las gaitas seguían emitiendo en el pantano su música monótona.

Mac Ian miró hacia arriba, al cielo plomizo y rezó, con el mayor fervor que pudo, para que no lloviera. Al menos no todavía.

Si llovía antes de que la patrulla saliera a hacer el reconocimiento, entonces la patrulla no saldría. Los nahalies se pondrían en marcha nada más caer la primera gota de agua.

—¡Y habría perdido mi oportunidad! —susurró para sí.

Los brillantes ojos negros del marciano Thekla le estudiaron en profundidad, intentando penetrar en su interior, como siempre hacía. Se trataba de un examen insolente, realizado con un profundo aire burlón que siempre enfadaba al escocés.

—Vaya —dijo el terrestre con sequedad en su voz y continuó—. Tenemos aquí al soldado perfecto, al galante voluntario. Vas a arriesgar tu vida, ¿por amor a Venus o por amor a la Legión?

—Quizá la arriesgue —contestó Thekla con suavidad—, por la misma razón que tú, terrestre, o quizá no —Su rostro, que era el rostro oscuro de un marciano, antiguo habitante de los canales bajos, se volvió bruscamente hacia el pantano cubierto por la niebla.

»¡Amor a Venus! —gruñó—. ¿Quién podría amar esta piojosa ratonera llena de sudor? ¡Ni siquiera Lehn, con sólo que tenga los sesos del tamaño del cerebro de una pulga!

—Es mejor Marte, ¿eh? —Mac Ian tuvo una inspiración repentina sobre el marciano.

»Aire frío y seco, no como éste, y hermosas mujercitas de piel oscura. Tabernas ruidosas en los muelles del canal bajo de Jekkara. ¿Te gustaría volver allí? ¿A qué sí?

Para el mismo terrestre, estos pensamientos le supusieron un placer salvaje y se dijo para sí mismo.

*Ya te ajustaré las cuentas, pequeña rata, durante mucho tiempo me has estado torturado, recordándome lo que he perdido; te habría matado si esto no hubiera perjudicado mi plan. De acuerdo, ¡veremos si eres capaz de quitármelo!*

Lentamente, la oscuridad iba extendiéndose por el pantano; el rostro de Thekla se veía de forma borrosa, pero Mac Ian sabía que se encontraba recordando su casa y todo lo que había perdido y prosiguió con la inspiración que acababa de tener.

—Recuerda, Thekla, las fuentes cantarinas en los jardines de los palacios; el sol iluminando con sus rayos los interminables desiertos de arenas rojas; las bellas

muchachas marcianas, entonando cánticos inolvidables... y el thil de la casa de madame Kan.

»Thekla, ¿te acuerdas del thil? ¿Lo recuerdas, frío como el hielo y con sus burbujas verdes dentro de los vasos azules?

El terrestre sabía el porqué de los gruñidos de su compañero marciano y se dio cuenta de que estaba dispuesto a saltar sobre él. El terrestre no se arrojó sobre Thekla, derribándolo sobre la tierra blanda del parapeto, porque en ese momento recordó a un joven alto, de bigote rubio, que había intentado convencer al terrestre a rehacer su vida. Mac Ian pensó que era divertido considerar que algunos consejos, dados con buen corazón, producían heridas más profundas que los dados con mala voluntad.

Una gran zarpa se cerró sobre su hombro, levantándolo para hacer que se volviera. También vio que otra zarpa semejante sujetaba y levantaba a Thekla. Los ojos de la cosa peluda que Bhak, el ser proveniente de Titán, tenía como cara, les observaron desde arriba.

—Escuchad —les gruñó en su esperanto, extrañamente articulado—. Yo sé lo que pasa. Tengo oídos y las casas del pueblo tienen las paredes muy delgadas. He oído hablar a una muchacha nahali, y yo no sé cual de vosotros dos tiene el tesoro, pero yo también lo quiero; si no lo consigo...

Sus dedos se deslizaron, en dirección ascendente, sobre el hombro de Mac Ian, hasta que alcanzaron su garganta, haciendo presa sobre ella. Eran seis dedos con la fuerza de abrazaderas metálicas. Mac Ian oyó como el marciano Thekla maldecía con gritos ahogados, como si se le estuviera obstruyendo la garganta; reuniendo todas sus energías para poder hablar a pesar de la presa en su cuello, llegó a decir.

—Bhak, estás en el lugar equivocado, nosotros dos somos hombres, tú no. Creo que sólo eres capaz de estrangular mujeres.

La presión sobre el cuello se aflojó un poco y luego Bhak dijo con lentitud:

—También estrangulo hombres; por esta razón tuve que huir de Titán, por esto he aprendido a huir de cualquier parte; estrangulo tanto hombres como mujeres; estrangularé a cualquiera que se ría de mí.

Mac Ian miró al blanco de sus ojos y a su cara llena de pelo revuelto. Se maravilló de que cualquiera, ya fuera hombre o mujer, se pudiera reír de Bhak. Quizá pudiera tenerle lástima o ignorarle sin pretender humillarlo, pero reírse, desde luego no.

De repente, los dedos de Bhak le soltaron y se retiraron.

—Ellos se rieron de mí —repetía con tono lastimero el antiguo habitante de Titán—. Y se apartaban de mí, sé que soy feo, pero quiero tener amigos y también tener una mujer; quiero tener lo mismo que tiene cualquier otro. En primer lugar quiero tener una mujer, pero ellas se ríen de mí, me desprecian; sobre todo en el momento en que les pido...

Su cuerpo era presa de las sacudidas de la rabia y su rostro era la cara de una bestia, ciega y brutal.

—Las mataré. ¡Mataré a las malditas putas que se ríen de mí! —gritó Bhak, el antiguo habitante de Titán.

Miró con aire de estulticia hacia sus grandes manos y dijo:

—Entonces tendré que volver a huir, siempre huyendo en solitario.

Sus ojos brillantes se encontraron con los del terrestre y en ellos se percibía la intención de matar.

—Por esta razón quiero dinero; si tuviera dinero, seguro que le gustaría a las mujeres. A las mujeres siempre les gustan los hombres que tienen dinero; ellas son así. Si mato a uno de vosotros dos, me veré obligado nuevamente a tener que huir, pero no me importaría, si tengo alguien que venga conmigo; huiría mejor con un compañero.

Thekla mostró sus dientes puntiagudos y dijo:

—Bhak, intenta estrangular a una muchacha nahali, entonces seguro que nos habremos deshecho de ti...

Bhak gruñó, miró a sus dos compañeros y dijo:

—No soy tonto, yo se lo que los nahalies te han dado. Pero quiero el dinero del que habló la muchacha, y lo tendré. Este dinero será mío ahora porque sólo Lhen vendrá con nosotros.

El ser de Titán permanecía al lado de sus compañeros, mirándolos desde arriba con un gesto ceñudo. Mac Ian se apartó hacia atrás, observándolo con un sentimiento intermedio entre la lástima y el disgusto, sin que supiera discernir cuál de los dos sentimientos era más importante. Luego dijo con un susurro:

—Desde luego, la Legión es el cubo de basura del Sistema Solar. —Había hablado en marciano, lo bastante alto para que Thekla lo oyera y se sonrió cuando vio una rígida mueca burlona, en el rostro del antiguo habitante de los canales bajos de Marte.

Se colocó en posición de firmes, ya que se percató de que Lehn se acercaba; notó como sus pesadas botas para el agua se hundían en el húmedo terreno en que se encontraban.

Sin decir una palabra, los tres soldados siguieron al oficial, cuyo rostro había adquirido un aspecto de seriedad y rigidez, que no era familiar en el joven militar venusiano.

Mac Ian se preguntaba si el oficial estaría enfadado con él, o bien si la causa del cambio de aspecto de su rostro, era el temor de que fueran atacados en el pantano. Al cabo de un corto período de tiempo se encogió de hombros; el joven cachorro debía seguir su propio camino, sin que a él le importara a dónde le condujera este camino.

Mac Ian dejó de preocuparse y sus pensamientos dejaron de agitarse, todo estaba decidido. Sus propios pasos estaban irrevocablemente decididos, ya no había ninguna duda, y lo que es más importante, no había vuelta atrás. No volvería a pasar por todo lo que Lehn estaba pasando, no volvería a ser oficial. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

El puente de tablas chirrió bajo su peso cuando lo cruzaron, curvándose casi hasta tocar el agua del foso que rodeaba al fuerte.

Este foso era muy ingenioso. Los nahalies podían nadar por él, incluso tenía la profundidad suficiente para que nadaran sin ser vistos. Sin embargo, existían barras conductoras introducidas a lo largo del fondo del foso que podían hacer conductora el agua y electrocutar a cualquier nadador. Pero había un problema, si se les aplicaba un potencial invertido, las barras ardían literalmente, al sobrecargar sus circuitos. Las ratas del pantano producían mayor potencial que cualquier anguila eléctrica de la Tierra.

Mac Ian, mirando a las débiles luces que se veían en la miserable aldea que se encontraba debajo del fuerte, pudo ver que los nahalies, por lo menos, tenían una apariencia definitivamente humana. Los alegres sonidos de un piano venusiano de tres pisos sonaban a través del aire pesado y sofocante; junto a estos sonidos se oían gritos y risas, señal inequívoca de que el “zumo del pantano” corría libremente entre la concurrencia.

Los eslabones de la cadena de puestos militares que rodeaban las tierras pantanosas, sólo tenían guarnición durante la época de las lluvias; por ello, los nahalies menos belicosos y más emprendedores, estaban cosechando lo que podían de los soldados y de la chusma, de hombres y mujeres, que siempre les acompañaban.

Esas ratas del pantano eran unas criaturas verdaderamente extrañas, con sus ojos de color de rubí y sus escamas iridiscentes. La Naturaleza las había adaptado a su medio ambiente húmedo y caluroso; para ello, las había dejado en una posición intermedia entre los animales de sangre caliente y los animales de sangre fría, entre los mamíferos y los reptiles. Eran de forma antropoide, tenían el tamaño de un hombre y eran muy caprichosos.

El aspecto más destacable de la biología de estos seres era su aparato respiratorio; cada una de sus células epiteliales era, en realidad, una pequeña célula electrolítica, en donde se realizaba la electrólisis del agua, separándola en sus componentes: oxígeno e hidrógeno.

Estos seres eran anfibios; vivían igualmente en la tierra y en el agua, lo cual les convenía admirablemente, pues el aire de la zona pantanosa prácticamente era una niebla. Por esta razón, debían esperar a que llegara la época de las lluvias para poder hacer incursiones en las fértiles tierras altas, más allá del pantano.

Esta era la causa de que centenares de legionarios de diferentes mundos, sudaran sobre la estrecha franja de tierra húmeda entre el pantano y la meseta: Detener a estos seres.

Mac Ian era el último de la fila. En el mismo instante en que sus pies dejaron atrás las tablas que formaban el puente, cuatro cabezas se levantaron como si fuera una sola, con las caras frente al cielo cada vez más oscurecido y se oyó el grito de:

—¡Lluvia!

Grandes gotas caían con lentitud, chapoteando al llegar al suelo, produciendo un sonido silbante a través de las tierras del pantano. Las gaitas se pararon bruscamente, la ausencia de su sonido dejó los oídos de los legionarios como ensordecidos al faltarles esta música a la que se habían acostumbrado desde hacía tanto tiempo.

Mac Ian miró a Lehn y, en su interior, maldijo furiosamente.

Los tres soldados se detuvieron, esperando que su comandante les diera la orden de volver al fuerte; sin embargo, Lehn indicó con la mano que siguieran adelante.

—Está lloviendo, nos atacarán, —protestó Bhak.

El rostro del oficial venusiano, extrañamente rígido, se volvió hacia sus soldados y les dijo con un tono extraño y sin que ninguno pudiera adivinar con qué finalidad:

—No, no atacarán, al menos no todavía.

Siguieron hacia delante; siguieron hacia el pantano, que era mucho más tenebroso en silencio, de lo que lo había sido mientras se oía la música de las gaitas que interpretaban sus extrañas salmodias.

Mac Ian miró hacia delante de la columna, hacia la extraña colección de hombres que, hundiéndose penosamente en el blando terreno cenagoso, avanzaban ceñudamente a través del barro y tuvo el vislumbre de algo extraño, de algo oscuro y oculto, de algo mucho más allá de la simple amenaza de la muerte, riesgo que siempre se encontraba al acecho de cualquier patrulla de reconocimiento.

El pantano los rodeaba por todas partes.

Realmente, nunca hay una oscuridad total en Venus, debido a que su espesa atmósfera difunde la luz del sol. Siempre había luz suficiente para poder observar las pistas cenagosas y sus correspondientes bifurcaciones, las grandes lagunas en las que el agua permanecía inmóvil, llenas de vegetación semejante a los juncos de la Tierra, los grandes árboles liha, expandidos sobre el terreno, con sus enormes vainas llenas de polen, todo ello empapado y goteante a causa de la lenta lluvia.

Mac Ian pudo escuchar el lento repiquetear de la lluvia, en el aire silencioso, hasta varias millas de distancia; se trataba del plomizo anuncio de un auténtico diluvio.

El fuerte y el pueblo se perdieron en el húmedo crepúsculo.

Las botas de Lehn aplastaban la vegetación del pantano en su marcha hacia adelante, a través del barro de un camino que se elevaba gradualmente, hasta alcanzar la cresta de un terreno más elevado.

Cuando llegaron a la cima, Lehn se volvió con brusquedad hacia sus soldados; una pistola eléctrica parecía haberse materializado en su mano. Mac Ian quedó sorprendido por el nada prometedor aspecto que presentaba su joven rostro sonrosado.

—¡Alto! Deteneos justo en el lugar en que estáis, —dijo Lehn con tranquilidad, y luego añadió—: ¡Manos arriba! Y no habléis entre vosotros hasta que haya terminado...

El comandante del puesto esperó un corto período de tiempo, mientras la lluvia



tamborileaba sobre su mono impermeable, empapando las guías de su bigote rubio. Los soldados obedecieron la orden ciegamente, Bahk era semejante a una gran masa con una sonrisa bobalicona, colocado entre dos hombres delgados.

Lehn prosiguió su tarea con calma.

—Alguien nos ha vendido a los nahalies; por esta razón es por la que sé que no corremos riesgo inmediato; no nos atacarán hasta que les llegue la ayuda que están esperando. Tengo que descubrir, si es posible, antes de que esta ayuda llegue, qué preparativos han realizado para destruir nuestro suministro de electricidad, que, como sabéis, es nuestro único punto vulnerable —Tras una breve pausa, Lehn continuó—. Pero existe otro propósito para haber convocado esta patrulla de exploración. ¿Podéis adivinar cuál es este otro propósito?

Mac Ian sí podía adivinar cual era ese otro propósito al que se refería el oficial. Lehn prosiguió:

—El traidor ha puesto un precio a su traición, desertar de la legión y después huir de Venus, a través del pantano de Lhiva, en donde existen posibilidades de conseguir embarcar en alguna nave mercante que lo lleve fuera de Venus. Su único problema era salir del fuerte sin ser visto, ya que todos los pases han sido suprimidos temporalmente.

Los ojos color gris acero de Lehn, eran fríos como el hielo, cuando dijo a los soldados que tenía frente a él.

—Le voy a dar una oportunidad.

Bahk se rio en voz alta, produciendo un sonido que se notaba vacío y desagradable; a continuación dijo:

—¿Veis? Esto es lo que me había dicho la muchacha nahali. Me dijo: “Ahora que él puede conseguir lo que necesita, se marchará de aquí antes de las lluvias; probablemente saldrá con la patrulla; en ese momento, nuestro pueblo atacará a los extranjeros”. Sé lo que él necesita. ¡Dinero! Pues yo también quiero ese dinero para mí.

—Cállate —ordenó Lehn mientras con su pistola eléctrica realizaba un gesto perentorio y a continuación añadió— : Quiero saber la toda la verdad sobre este asunto. ¿Cuál de vosotros tres es el traidor?

Los puntiagudos y blancos dientes de Thekla brillaron; a continuación dijo a su superior:

—Señor, Mac Ian ama a la Legión; él no puede ser el culpable.

La mirada de Lehn se cruzó, por unos breves instantes, con la de Mac Ian; el escocés tuvo nuevamente una vislumbre fugaz de que había algo más suave bajo la recién adquirida dureza del oficial.

Este algo le llevaba hacia atrás en el tiempo, a un día cuando él había sido un inexperto oficial subalterno de los Guardias Terranos y un oficial superior, templado en el combate y endurecido por la vida militar, había constituido para él, un ejemplo viviente que seguir.

Así que la oferta que le había hecho Lehn de darle una nueva oportunidad, cuando el oficial ya conocía que la trampa estaba preparada y dispuesta a cerrarse, tenía otro significado. Esto iba a hacer que Lehn, ahora, sospechara mucho más de él que de Bhak o de Thekla.

Se trataba del culto al héroe y de las consecuencias que produce el que el héroe no sea tal como se espera.

Mac Ian dijo para sí mismo *Veamos*, y luego dijo en voz alta:

—Estamos en territorio nahali, pueden surgir problemas en cualquier instante, — y luego, dirigiéndose a Lehn—. ¿Piensa que éste es el momento de hacer trabajo de detective? En cualquier caso es posible que se haya equivocado y haya cogido a los hombres equivocados. Es mejor que cumpla su misión de hacer un reconocimiento y luego se preocupe de quien es el traidor, cuando estemos de vuelta en el fuerte.

Lehn le contestó inmediatamente con rudeza:

—¡Mac Ian, no me digas lo que tengo que hacer! ¡Ahora no eres un oficial! ¡Hablad, quiero la verdad! —A continuación dijo— : ¡Tú Thekla...!

Los ojos de Thekla eran penetrantes cuando contestó.

—Ya que no puedo estar en Marte, estoy aquí tan bien como en cualquier otra parte. ¿Cómo voy a volver si tengo allí pendiente una condena a la horca, que me está esperando?

—¿Mac Ian? —La mirada gris de Lehn se enfocó fijamente detrás de la cabeza.

Mac Ian en ese momento estaba ardiendo de rabia; rabia contra la vida que le había arrastrado hasta el lugar en el que se encontraba ahora, rabia contra Lehn, que era el símbolo que representaba todo lo que él había sido y ya no era.

—Piensa lo que quieras, —luego añadió susurrando en voz baja, para que no se oyera—. ¡Vete al Infierno!

El movimiento de Bhak fue tan rápido que tomó a todos por sorpresa, sin estar preparados. Agarrando al marciano como si fuera un saco de judías pequeño, de los que puede cargar un niño, lo levantó y lo arrojó contra Lehn. La pistola eléctrica disparó un rayo al aire vacío, disparo que no le produjo daño a nadie. Lehn y Thekla cayeron luchando sobre el suelo cubierto de barro.

Mac Ian se abalanzó hacia delante, pero los grandes dedos de Bhak se cerraron sobre su cuello. Con su mano libre, el colosal habitante de Titán, agarró a Thekla y lo levantó. Así mantuvo a los dos indefensos, sin que pudieran hacer nada, mientras daba una patada a Lehn en la sien.

En la fracción de segundo que trascurrió, antes de que Lehn perdiera el conocimiento por completo, su mirada se encontró con la de Mac Ian, los ojos del oficial eran terribles. Mac Ian gritó:

—¡Joven imbécil!

Después Lehn perdió el conocimiento, mientras el terrestre sintió como los dedos de Bhak estaban asfixiándole.

—¿Quién es el traidor? —Gruñó el habitante de Titán y continuó — . Dadme el

dinero y os dejaré ir, de una u otra forma voy a tener ese dinero, aunque tenga que mataros. Así las chicas no se reirán de mí. Decíme. ¿Quién es el traidor?

Los ojos azules de Mac Ian se abrieron de repente de par en par, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, consiguió decir una palabra, aunque fuera mal articulada.

—¡Nahalies!

Bhak les dejó caer al suelo con un gruñido. Moviendo de aquí para allá sus grandes manos, olvidando por completo su pistola, permaneció de pie paralizado por lo que veía.

Se trataba de una masa de cuerpos, que se movían por la oscuridad borrosa a causa de la lluvia. Un relámpago le permitió ver ojos escarlatas y bocas triangulares que reían, dentro de unas extrañas caras sin nariz. Entonces comenzó el ataque de unos seres escamosos, semejantes a hombres, que cargaban como si fueran arietes contra los legionarios.

La pistola de Mac Ian escupió una llama azul y dos nahalies cayeron electrocutados al húmedo suelo cubierto de barro. Pero había muchos, demasiados atacantes. Su casco cayó al suelo, por lo que su pelo empapado le cegó. Luchó contra los cuerpos escamosos de los reptiles atacantes, con sus puños cubiertos de guantes de goma y con sus pies.

En algún lugar, justo donde ya no le alcanzaba la vista, Thekla maldecía, ya casi sin aliento, en el argot de los habitantes de los canales bajos.

Lehn, todavía atontado, se arrastraba lastimosamente intentando levantarse. Su casco le había evitado sufrir todo el impacto de la patada que le había propinado Bhak.

El inmenso habitante de Titán se erguía en medio de un enjambre de ratas del pantano de ojos rojos. Mac Ian se percató, de repente, de que Bahk se había quitado los guantes cuando intentó estrangular a sus compañeros, ya que llevarlos puestos constituía una molestia. Las grandes manos de seis dedos apretaban ansiosamente la garganta de un nahali.

—¡Bahk! —Gritó Mac Ian—. No...

La pesada risa del habitante de Titán lo envolvió por completo, las grandes zarpas se cerraron en un alegre apretón. Inmediatamente todo cambió, el gran cuerpo se dobló y comenzó a temblar convulsivamente y por último se derrumbó, con su corazón abrasado por la electricidad que había recorrido su cuerpo.

En el momento en que había agarrado a sus enemigos con ambas manos, había cerrando el circuito.

La pistola de Lehn habló. Se produjo un olor a ozono producido por las descargas eléctricas y los nahalies gritaron como reptiles que fueran golpeados.

De repente el venusiano lanzó un grito lleno de dolor y después quedó en silencio. Mac Ian, luchando para no ser derribado, vio al oficial desaparecer bajo un montón de cuerpos escamosos. Luego, una mano fría y húmeda le rozó en su propio rostro. El terrestre sollozó como si le hubieran infringido una herida grave; un dolor intolerable

le recorrió el cuerpo, como si le hubieran dado un fuerte puñetazo y quedó semi inconsciente.

*Tuvo vagas sensaciones y recuerdos confusos de ser llevado en brazos y arrastrado, alternativamente, a través de lagos de aguas templadas y sobre el suelo sólido. Llegó a darse cuenta, aunque de forma borrosa, que lo habían descargado violentamente, como si fuera un montón de basura, bajo un árbol liha, en un claro de la maleza, donde se encontraba un conjunto de cabañas apelotonadas. También se dio cuenta de que estaba solo.*

Después de un tiempo, que al terrestre le pareció interminable, consiguió sentarse y ver, con claridad los alrededores del lugar en el que se encontraba prisionero.

Todavía más nítido era el delgado y oscuro rostro de Thekla, cuyos ojos le miraban burlescamente desde arriba.

El marciano descubrió sus puntiagudos dientes blancos y dijo:

—Hola, traidor.

Si Mac Ian no hubiera estado tan débil y mareado, se habría levantado inmediatamente y habría golpeado al miserable. Entonces se dio cuenta de que Thekla tenía una pistola.

Mac Ian se percató de que la funda de su pistola se encontraba vacía. El terrestre se levantó con lentitud, apartándose los cabellos blancos que le cubrían los ojos y dijo:

—¡Eres una sucia rata!

Thekla se rio, como una zorra podría haber reído desde dentro de su madriguera y contestó:

—¡Sigue maldiciéndome Mac Ian, tú que aunque seas un renegado, eres alto y fuerte! En una cosa tienes razón, prefiero bailar colgado de una cuerda en Marte que vivir otro mes en esta piojosa ratonera llena de sudor. Me puedo reír de ti Mac Ian, voy a volver a los desiertos y a las tabernas del Canal Bajo de Jekkara. —Y prosiguió — : La muchacha nahali no hablaba de dinero; hablaba de cirugía plástica, de darme otra cara. Yo soy libre, tú vas a morir, aquí mismo, sobre este sucio cieno de los pantanos.

Una triste sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en el rostro de Mac Ian, pero el terrestre se mantuvo en silencio.

Por el contrario Thekla, con aire burlesco, exclamó:

—¡Ah, ya comprendo! ¡Tu orgullo abatido y tu honor! Pero no te hagas ilusiones, al igual que no llevaste una vida honorable, no vas a morir con una muerte honorable...

Los ojos de Mac Ian, sin mostrar la más mínima preocupación, se veían llenos de desprecio por el marciano.

Los dientes puntiagudos del marciano brillaron, cuando Thekla explicó:

—Tú no te has enterado Mac Ian. Lehn no va a morir, va a regresar, una vez que el fuerte haya sido arrasado, para enfrentarse con su responsabilidad... y con un

consejo de guerra. No sé qué le harán sus superiores, pero estoy seguro de que no será nada agradable para él. Y lo que es más importante, recuerda Mac Ian, el comandante del puesto piensa que tú le vendiste. Creerá que tú le hiciste perder su fuerte, los soldados que estaban a su cargo, su carrera y lo que es más importante ¡su honor! ¡Tú, cerdo! Piensa sobre estas cuestiones cuando las ratas del pantano comiencen a realizar su trabajo sobre ti; se divertirán contigo poco a poco, muy despacio. ¡Entonces piensa que yo me estaré riendo!

Mac Ian quedó silencioso por un largo espacio de tiempo, con las manos apoyadas en sus caderas y su cara llena de ángulos, que parecía tallada en piedra oscura, bajo el cabello blanco que escurría continuamente el agua de la lluvia. Luego preguntó con un susurro:

—¿Por qué lo haces?

Los ojos de Thekla se encontraron con los suyos durante un breve instante y el terrestre pudo ver el odio intenso que desprendían; el marciano contestó:

—Porque quiero ver arrastrarse a tu maldito orgullo. ¡Quiero ver a tus arrogantes narices hundidas en el fango!

Mac Ian asintió. Su rostro presentaba un aspecto extraño, algo así como si se hubiera extendido una cortina frente a él y no viera lo que tenía delante; luego preguntó:

—¿Dónde está Lehn?

Thekla señaló hacia la cabaña más cercana y le dijo al terrestre:

—No te hará ningún bien el verle. Las ratas del pantano le dieron, accidentalmente, por supuesto, una sobredosis y seguirá sin recuperar el conocimiento todavía durante bastante tiempo.

Mac Ian se dirigió, a través de la lluvia que no cesaba, dando traspiés, hacia la cabaña que le habían señalado. Por detrás de su hombro oyó la voz de Thekla que decía:

—Mac Ian, no se te ocurra intentar nada divertido; puedo dispararte mucho antes de que alcances cualquier lugar desde el que puedas escapar. Además, aun en el supuesto de que lograras salir de aquí, dudo que pudieras encontrar el camino sin mí. Los nahalies se están reuniendo ahora en este lugar, vienen de todos los rincones del pantano. Dentro de media hora, comenzarán la marcha contra el fuerte y después de que haya sido tomado, proseguirán su marcha contra la meseta —El marciano prosiguió—. Ellos me enviarán, con una escolta, antes de que partan para el combate, pero tú y Lehn deberéis esperar hasta que los salvajes nahalies regresen; puedes dedicar tus últimos momentos, mientras te matan, a pensar en mí, Mac Ian ¡Me voy a Lhiva y a la libertad!

Mac Ian no respondió. El ritmo de la lluvia cambió desde un lento redoble de tambor hasta un rápido silbido que parecía lleno de maldad; podía ver el agua golpeando sobre las anchas hojas de los árboles de liha y desprenderse en forma de vapor, como si fuera humo.

Las gotas le golpeaban, azotando su cuerpo como si fueran látigos; por primera vez, se dio cuenta de que le habían quitado, además del mono, los pantalones y la camisa.

Sin su protector mono de goma, Thekla podría electrocutarle con su pistola de reglamento, mucho más rápido de lo que podría hacerlo cualquier nahali por fuerte que fuera.

La cabaña hacia la que se dirigía, que le había parecido encontrarse muy próxima, de repente se encontró muy, muy lejana, tan distante que apenas podía verla.

El barro que cubría el suelo no cesaba de moverse y hundirse bajo sus pies. El mismo Mac Ian comenzó a tener escalofríos, aunque intentaba mantenerse erguido. Se dio cuenta de que tenía fiebre.

Cualquier imbécil que se adentrara en el pantano, sin llevar las protecciones adecuadas para este viaje, era una víctima segura de la fiebre. Se volvió a mirar hacia Thekla, que se mantenía seguro con su casco y su mono, haciendo gestos como si fuese una comadreja, refugiado de la lluvia bajo las vainas que colgaban de las ramas del árbol.

La fiebre se retiró momentáneamente, de forma que cambió su perspectiva y la cabaña volvió a colocarse en su sitio. Lleno de dolor, temblando con un frío helado que había sentido de repente, se paró ante la puerta y entró.

Lehn yacía en el interior de la cabaña; estaba seco pero había sido despojado de su ropa al igual que lo había sido el terrestre. Su joven rostro parecía en calma, dentro de la inconsciencia en que se encontraba.

Mac Ian levantó una mano y después la dejó caer con impotencia. Lehn estaba paralizado por la descarga eléctrica. Podía pasar horas, o incluso días, antes de que se recuperara de la falta de conciencia que sufría. Quizá no se recuperara nunca, si no había sido atendido con los cuidados que requería su situación.

En aquel momento Mac Ian tuvo un pequeño ataque de locura, producido por la fiebre, las descargas que había sufrido en su propio cerebro y por el hecho de ver a Thekla. Tomó la camisa de Lehn con las dos manos y le golpeó con ella, como si pensara que golpeándole su cerebro recuperaría el conocimiento. También le gritó, lanzándole unos aullidos bestiales.

—¡Lo único que deseaba era morir! Esta es la causa de que me alistara en la Legión, para morir como un soldado, ya que no había sido capaz de vivir como un oficial, pero tengo que morir de una forma que sea honorable. ¡Te enteras, Lehn! Si no es así...

Tuvo un ataque de escalofríos y temblores; sus ojos azules brillaron bajo el pelo blanco que caía sobre ellos; prosiguió:

—¡Tu me robaste esto! ¡Maldito seas! Tú y Thekla. Tú me atrapaste. Tú ni siquiera me vas a dejar morir decentemente. Yo fui oficial, como tú Lehn. ¿Me oyes joven imbécil? Tuve que escoger entre dos alternativas y escogí la equivocada. Ciento veinticinco hombres murieron; perdí mi empleo sin esperar el fallo del

consejo.

»Podría haber sido absuelto en el consejo de guerra que se celebró, ya que había sido un error de buena fe, pero yo no esperé y presenté mi renuncia.

»Todo lo que quería era morir como un buen soldado. Por esta razón me presenté voluntario para esta patrulla de reconocimiento ¡Y tú me engañaste Lehn! ¡Tú y Thekla!

Dejó caer su cuerpo, flojo por la fiebre y se acurrucó allí, sujetándose con las manos la cabeza que parecía a punto de estallar. Se dio cuenta de que estaba llorando y de que no podía parar. La piel le ardía con la fiebre y sin embargo notaba el frío hasta en la médula de los huesos.

De repente miró a Lehn con sus ojos brillantes, enloquecidos por la fiebre y dijo con un susurro.

—De acuerdo, no quiero morir, tú no puedes matarme; tú y Thekla no podéis seguir creyendo que yo os he traicionado; os cargaré a mi espalda, a los dos y lucharé para salir de aquí y escapar. Evitaré que los naalies tomen el fuerte, de forma que no podáis decir que yo lo vendí.

»¡Haré que me creáis!

Desde algún lugar, bastante alejado, oyó reír a Thekla.

Mac Ian siguió acurrucado durante algún tiempo; su cerebro era un torbellino. Ciertas verdades se le hicieron evidentes y le golpearon, como si fueran piedras lanzadas con una onda; las comprendió a pesar del repiqueteo de la lluvia, de la niebla que producía en su cabeza la fiebre y de las sensaciones alternativas de calor y frío que recorrían su cuerpo,

Thekla tenía una pistola capaz de disparar una corriente de electricidad. Una pistola diseñada para la lucha contra los nahalies, cuyos sistemas nerviosos estaban preparados para soportar una cierta carga eléctrica, pero no más, como si fuera un conjunto de cables.

Una descarga de baja frecuencia era lo bastante fuerte para matar a un hombre normal, únicamente en condiciones ideales; y, como su propio nombre indica, estas condiciones sólo existían en los libros. Allí lo que había era: vestidos húmedos, piel húmeda, terreno húmedo incluso el aire se encontraba completamente saturado de humedad.

También había metal y goma. Metal en su cinturón y en el cinturón de Lehn; estos cinturones eran de malla metálica, si bien estaban ya medio deshechos, pues el aire húmedo del pantano corroía cualquier cosa. También había goma en las suelas de las botas que llevaba el terrestre y también en las suelas de las botas de Lehn.

La goma es aislante, el metal es conductor.

Mac Ian comprendió, aunque en su estado sólo podía razonar con parte de su mente, que debía estar loco para hacer lo que había planeado. Pero no le importó y se puso a trabajar para llevar a cabo el plan de acción que se había trazado.

Diez minutos después, el terrestre abandonó la cabaña en la que se encontraba

Lehn y cruzó el claro, que se encontraba totalmente empapado por el continuo aguacero.

Thekla había abandonado la protección que le daba el árbol liha para resguardarse en una cabaña que se encontraba situada en un lugar totalmente opuesto al que ocupaba la cabaña de Lehn; el marciano, situado en la entrada levantó con aire cansado su pistola, lista para disparar.

Los astutos ojos negros de Thekla se cruzaron con la salvaje mirada de los ojos azules de Mac Ian, en cuyas delgadas mejillas se veían pequeñas erupciones producidas por la fiebre que ardían dolorosamente. El marciano sonrió y dijo:

—Vuélvete a la cabaña, sería una lástima de que murieras antes de que los nahalies tengan la oportunidad de emplear su electroterapia.

Mac Ian no se detuvo. Llevaba el brazo derecho oculto detrás de su espalda. La mandíbula de Thekla se puso rígida cuando ordenó:

—¡Vuelve o te mato!

Las botas de Mac Ian se hundían en el barro. La lluvia que le golpeaba de forma incesante, producía regueros de agua que bajaban desde su pelo blanco, hasta su rostro anguloso y de ahí a sus delgados hombros.

El terrestre no dudó.

Los puntiagudos dientes de Thekla brillaron al dibujarse una mueca en el rostro del marciano. Su dedo pulgar apretó el disparador y un rayo de fuego azul silbó en la dirección del escocés que avanzaba con grandes zancadas.

En el mismo instante en el que la pistola habló, la mano derecha de Mac Ian se colocó inmediatamente delante de su cuerpo para protegerle. El brazo iba enfundado en una de las botas de goma de Lehn, que lo recubrían casi hasta el hombro. Alrededor del tobillo de la bota, llevaba una especie de pulsera de metal, conseguida a partir de dos cinturones de malla metálica unidos, de ella pendían dos cables de la misma procedencia.

La llama de fuego azul, que había salido de la pistola, fue captada por el círculo de metal, y descendió por dos cables hasta llegar al suelo del pantano, en donde la corriente eléctrica tomó a tierra.

La pistola chisporroteó como una autoinducción fundida, pues se encontraba en el mismo circuito que se descargaba a tierra.

Thekla maldijo y arrojó la pistola a la cabeza de Mac Ian. El escocés la esquivó y se lanzó a la carrera; mientras corría, se quitó del brazo la bota de Lehn para que sus manos pudieran estar más libres para pelear.

Thekla luchó como luchan las ratas de los canales bajos, pero Mac Ian era más grande; además, luchaba enajenado, con la primera locura que produce la fiebre. Derribó al pequeño marciano y lo amarró con su propio cinturón; una vez hecho esto, se dispuso a buscar sus ropas y su pistola.

Encontró sus ropas y su pistola, junto con el equipo de Lehn, en la cabaña que estaba situada justo al lado. En el bolsillo que colgaba de su cinturón llevaba quinina;



se tragó una dosis elevada y se sintió mejor.

Una vez que se hubo vestido, fue a la otra cabaña, metió a Lehn en su mono, le puso el casco y lo arrastró afuera, junto con Thekla, que había recuperado el conocimiento y estaba gruñendo sobre el barro.

Mac Ian miró y vio a tres nahalies que les estaban observando cautelosamente con sus ojos escarlatas, mientras se aproximaban hacia los legionarios.

La escolta de Thekla.

Ya se encontraban muy próximos al terrestre. Dos garras, frías y húmedas buscaron su rostro, sin alcanzarlo, antes de que los derribara sobre el lecho de barro, cayeron dando sacudidas, cuando la sobretensión eléctrica recorrió sus sistemas nerviosos.

Bocas triangulares se abrieron en rostros sin nariz; manos semejantes a garras desgarraron, en forma convulsiva, pechos cubiertos de escamas. Mac Ian los observó morir y dijo con voz calmada:

—Pronto, si nadie lo remedia, habrá centenares de criaturas como éstas asaltando el fuerte; mi pistola no será suficiente, pero de alguna forma, es necesario que los detenga.

Por el momento, no hubo ninguna respuesta. Mac Ian se encogió de hombros y le propinó una patada a Thekla que permanecía rígido sobre el suelo, mientras le ordenaba, riendo:

—Cerdo, vamos de vuelta para el fuerte.

Rodeó el cuello de Thekla con los dos cinturones unidos y sujetó el extremo que quedaba libre, con un gancho, a la bocacha de la pistola de Mac Ian, de forma que el más ligero movimiento, produjera la descarga del arma, Thekla gruñó:

—¿Qué pasará si tropiezo?

—¡Mejor que no tropieces! — Le contestó Mac Ian.

Lehn era grande y pesado, pero, de alguna forma, Mac Ian consiguió echárselo sobre sus hombros y así, el grupo de legionarios, comenzó su marcha hacia el fuerte.

Ya habían llegado a la vista de la misma franja que rodeaba el pantano, cuando el cerebro de Mac Ian volvió a estar momentáneamente lúcido. Otra dosis de quinina hizo retroceder las nieblas de su cerebro, de forma que el fuerte, que se encontraba a una distancia aproximada de cincuenta yardas, adquirió, a los ojos del terrestre, su forma verdadera. Mac Ian dejó caer a Lehn desde sus hombros hasta el barro del suelo y permaneció observando, con la mano dispuesta sobre su pistola.

En la lenta progresión de aquella húmeda aurora, el escocés pudo observar que el pueblo estaba lleno a rebosar de ratas del pantano. Estaban formados en orden cerrado, constituyendo una sólida masa en los mismos bordes del foso; los cañones del fuerte estaban silenciosos.

Mac Ian se preguntó la causa de que los cañones no dispararan, hasta que descubrió que el dique donde se encontraba la turbina que proporcionaba la potencia eléctrica al fuerte, había sido destruido.

Thekla se sonrió en silencio, y dijo:

—Fue idea mía Mac Ian. Los nahalies jamás lo habrían pensado por sí mismos. Tú sabes que ellos no pueden ahogarse; yo les enseñé como introducirse clandestinamente en el depósito que se encuentra justo debajo de los cañones del fuerte y permanecer bajo el agua, retirando, poco a poco, las piedras alrededor de rebosadero. La presión del agua hizo el resto. —El marciano prosiguió — : Ahora no hay suficiente potencia eléctrica para los grandes cañones del fuerte, ni para las barras conductoras que sirven para electrificar el foso, lo que impide el paso a los nahalies.

Thekla miró con sus ojos negros, cargados de odio a Mac Ian y prosiguió con su discurso:

—Has hecho el ridículo, tú no eres capaz de evitar que las ratas del pantano destrocen por completo el fuerte. Tú no eres capaz de detenerme e impedir que me vaya, una vez que los nahalies hayan arrasado el fuerte. Tú no eres capaz de evitar que Lehn piense lo que piensa sobre ti. ¡Tú no has conseguido cambiar nada, a pesar de los hechos realizados, que seguramente a ti te gustaría llamar heroicos!

—¡Heroicos!— Dijo Mac Ian roncamente y se rio, añadiendo — : Pudiera ser.

Con repentina virulencia, arrojó el extremo del cable formado por los dos cinturones unidos sobre una rama que se encontraba a poca distancia del suelo de árbol de liha; de esta forma, Thekla tenía que mantenerse de puntillas para no ahorcarse.

A continuación, mirando sin ver al fuerte asediado, intentó reorganizar sus ideas, a pesar de lo que le dolía la cabeza, que había estado abrasada por la fiebre.

El escocés se dijo para sí mismo:

—Hay algo, algo que mi mente me había dicho antes, cuando cruzábamos el pantano. Algo que mi mente está nuevamente intentando decirme, pero estoy delirando ¿De qué se trata? ¿De Thekla?

El marciano se encontraba silencioso, con una mueca de odio a muerte dibujada sobre su oscuro rostro.

Mac Ian le tomó por los hombros lo sacudió y le preguntó:

—¿De qué es de lo que has hablado antes?

Thekla se atragantó y luchó para que el roncal de metal que le sujetaba el cuello no le estrangulara; después, contestó:

—Nada imbécil, nada. Sólo hablé de los nahalies y de los árboles liha.

¡Árboles liha!

Los ojos de Mac Ian, brillantes con la fiebre, dirigieron su mirada a las grandes vainas verdes cargadas de polen, que colgaban entre las anchas hojas de estos árboles. Tuvo un escalofrío, producido en parte por el frío que sentía y en parte por la exultación que le produjo la idea que tuvo.

Como un loco, comenzó frenéticamente a despojar a Lehn y a Tekla de sus monos de goma.

Colocó el mono de Lehn, que era el más grande de los dos, extendido sobre dos ramas bajas y extendió debajo el de Thekla sobre el suelo cubierto de barro. Luego comenzó a desgarrar una vaina tras otra del árbol de liha, rompiendo las cáscaras de las vainas al abrigo de la improvisada tienda de campaña que había confeccionado con los monos. El terrestre derramaba el contenido de las vainas, que iba desgarrando, sobre el mono de goma que se encontraba en el suelo.

Cuando consiguió reunir un montón de, aproximadamente, dos pies de alto, se apartó, se puso de pie y disparó con su pistola un rayo de electricidad al interior del montón.

Se desprendió un espeso humo negro con aspecto aceitoso, muy lentamente al principio y luego más rápidamente, conforme el fuego se iba extendiendo por el montón.

Una brisa viscosa por la humedad soplaba sobre el pantano, impulsada por el aire más frío de las tierras altas que se encontraban más allá del fuerte. Esta brisa transportó, a la vez que lo extendía, al humo negro hacia la apretada masa que combatía sobre los terraplenes que rodeaban el fuerte.

En el campo de batalla, de improviso, los nahalies comenzaron a olisquear el aire y después cayeron al suelo presa de convulsiones, mientras se desgarraban sus cuerpos.

La lluvia, que seguía golpeando el suelo monótonamente, extendió cada vez más el hollín producido por el humo, dejando al final una oscura película sobre las pieles de reptil de los nahalies, en especial sobre sus pechos escamosos.

Cada vez más nahalies caían, conforme el humo iba siendo más denso, alimentado por el ennegrecido demente que lo avivaba, bajo el árbol de liha.

Finalmente, en el camino del humo, únicamente quedaron en pie los legionarios, que miraban, llenos de sorpresa, a las abatidas ratas del pantano que yacían a sus pies.

Los cuerpos temblorosos de los nahalies se ponían rígidos cuando les llegaba la muerte. Centenares de ratas del pantano, que se encontraban fuera del terreno alcanzado por el humo de las semillas de árbol liha, viendo como morían sus camaradas, huyeron, internándose en el interior del pantano.

Los terraplenes fueron despejados de enemigos; en ese momento Mac Ian dio un grito terrible que se oyó fuerte y claro en el fuerte; y, después de darlo, se desplomó, tiritando de fiebre, junto a Lehn que permanecía inconsciente, balbuciendo incoherentemente.

Thekla, manteniéndose de puntillas para no ahorcarse, con el cuerpo sometido a tensión para mantener esta postura, había dejado de reír.

Finalmente, las nieblas de la fiebre se alejaron del escocés.

Mac Ian se despertó y vio agachado sobre él, el joven rostro sonrosado de Lehn, si bien al terrestre le pareció que la cara del oficial era menos sonrosada de lo que era habitual.

La mano de Lehn bajó con torpeza y dijo:

—Lo siento Mac Ian, Thekla me dijo que él había sido el traidor.

Sus ojos grises se veían avergonzados. Mac Ian sonrió y le apretó la mano con las fuerzas que la fiebre le había dejado y le dijo:

—Fue un fallo mío, olvídalo.

Lehn se sentó en la cama donde se encontraba descansando el escocés y le preguntó con energía:

—¿Qué les hiciste a las ratas del pantano? Todos sus muertos están cubiertos por una capa, como si se les hubiera empapado en parafina.

Mac Ian se sonrió y dijo:

—En cierta manera fueron empapados en parafina. Usted sabe cómo respiran, cada célula de la piel es una diminuta célula de electrólisis que extrae oxígeno del agua; por supuesto, también extrae hidrógeno; durante el proceso respiratorio, el hidrógeno es continuamente expulsado, al igual que el dióxido de carbono.

»El humo negro se traduce en hollín y hollín significa carbono. La reacción del carbono con el hidrógeno da origen a los hidrocarburos de consistencia parecida a la cera. La cera es impermeable tanto al aire como al agua, de forma que cuando el hollín de consistencia aceitosa del humo reacciona con el hidrógeno exudado por los cuerpos de los nahalies, se forma una capa cerosa que sella las células de la piel, impidiéndoles ponerse en contacto con el agua portadora de la vida. Literalmente, han muerto asfixiados, como lo hubiera hecho una hormiga terrestre rebozada en polvo.

Lehn asintió con la cabeza y permaneció callado por un largo espacio de tiempo, con sus ojos vagabundeando por el suelo bien fregado de la enfermería; finalmente dijo:

—Mac Ian, mi oferta sigue en pie. Debes prepararte para los exámenes de ascenso a oficial. Un error cometido por un hombre honrado no debe robarte la vida. Tú no sabes qué habría ocurrido si hubieras tomado la decisión de seguir la otra alternativa; quizá, realmente, no había alternativas y obraras como obraras, hubiera sucedido lo mismo.

La blanca cabeza de Mac Ian asintió desde la almohada.

—Lehn, quizá siga su consejo; algo de lo que dijo Thekla me hizo pensar. Dijo que preferiría morir en Marte que vivir otro mes en el exilio. Lehn, yo también soy un exiliado, aunque de otra manera. Sí, he decidido que lo intentaré y si fallo nuevamente... — Se encogió de hombros, sonrió y dijo —: Siempre quedarán nahalies.

Por un minuto pareció como si hubiera caído dormido, luego murmuró, en voz tan baja que Lehn tuvo que agacharse para oírlo:

—Thekla será ahorcado después del consejo de guerra. ¿Puede conseguir que lo lleven primero a Marte?



# PLANET STORIES

STRANGE ADVENTURES ON OTHER WORLDS  
— THE UNIVERSE OF FUTURE CENTURIES

## THE DRAGON-QUEEN OF JUPITER

by LEIGH BRACKETT

## MUTINY ABOARD THE "TERRA"

by ROSS ROCKLYNNE

## INVADERS OF THE FORBIDDEN MOON

A NOVEL OF SPACE-  
ADVENTURE

by

RAYMOND Z.  
GALLUN

20c



HASSE • WINTERBOTHAM • BOND • CUMMINGS • KUMMER JR.

*A continuación podemos leer un nuevo episodio de la anteriormente citada Guerra de los Pantanos. Este episodio es bastante parecido al anterior; también aquí los salvajes asaltan un fuerte de la legión, que protege a los colonos. Aquí se insiste más en el problema demográfico que es la causa de la colonización.*

*Los defensores son también legionarios, si bien los caracteres que aquí aparecen están un tanto simplificados con relación a la historia anterior; el cabo tejano protagonista parece un muchacho que se ha alistado para correr aventuras nada más, sin los problemas de conciencia del legionario protagonista de la historia anterior.*

*Pero existe una variación importante en relación al enemigo. Aquí los enemigos también son humanos, no humanoides, es más, la capitana de los bárbaros parece prometer algo...*

*Por cierto, en esta historia aparece una panoplia (la palabra está bien usada pues son armas) de animales extraños como no aparece en ningún otro relato de Leigh Brackett. Originalmente reambientada en Júpiter durante su primera aparición en Planet Stories (pues en el mismo número ya había otro cuento ambientado en Venus), Leigh Brackett volvió a ubicarla en Venus en sus siguientes publicaciones.*



### *La reina dragón de Venus*

Tex se removió incómodo, en el lugar en el que se encontraba sobre el parapeto, mirando al interior de la pesada niebla venusiana. La humedad grasienta formaba riachuelos de agua que se escurrían por las murallas del fuerte y también por sus labios. Con un suspiro producido por el recuerdo del aire seco y caliente de Tejas y una maldición por la sed de aventuras que le había hecho abandonar su país, desplazó ligeramente su cuerpo, de baja estatura pero fuerte como el acero y frunció sus cejas, pelirrojas como la arena, en un esfuerzo que nunca obtenía resultado, para ver entre la niebla.

Una tos, interrumpida de repente, le hizo volver la cabeza, susurró:

—Hola, Breska.

El marciano hizo un gesto y se tumbó a su lado. Su piel estaba curtida por el viento, como la de Tex; sus ojos negros se encontraban rodeados de arrugas causadas por la lucha contra el sol y el polvo que no cesa de soplar.

Por un segundo se mantuvieron en silencio, sintiendo que el desierto era un lazo entre ellos. Luego Breska, controlando su tos, dijo con un gruñido:

—Ya llevan una hora de retraso. ¿Qué pasa con ellos?

También Tex estaba preocupado. El tradicional ataque que los habitantes de los pantanos realizaban al amanecer, hacía tiempo que tenía que haberse producido. Dijo:

—Cuenta con que están preparando alguna nueva estratagema. Estoy ansioso porque llegue nuestro relevo y pueda tomarme un permiso.

Los blancos dientes de Breska brillaron, cuando éste sonrió cínicamente.

—Si no vienen pronto, ya no importará nada. Morirse de hambre es más divertido



que morirse a causa de los escarabajos explosivos o las serpientes verdes. Aquí viene el jefe.

El capitán John Smith, — Smith era un apellido frecuente en la Legión de Voluntarios—, avanzaba con cuidado por el adarve. Se podían advertir nuevas arrugas en la delgada frente del oficial, causadas por la preocupación. La incomodidad de Tex se hizo aun mayor.

Sabía que se estaban quedando sin suministros. Se necesitaba urgentemente realizar diversas reparaciones. ¿La fuerza de relevo iba a venir o no?

Sin embargo, la agradable voz del capitán Smith, que hablaba en inglés, estaba tan calmada como si discutiera sobre las puntuaciones de críquet, en algún club de Londres.

—Tex, ¿alguna señal de los pedigüños?

—No mi capitán, pero tengo el presentimiento...

—Mmm, sí, todos nosotros lo tenemos; bien, mantened la vigilancia...

Un grito le cortó la frase, llegó de abajo, del patio cuadrado del fuerte. Tex, temblando, comenzó a bajar a través de una vieja red, que hacía las veces de escalera, dirigiéndose hacia el pozo.

Había oído gritos como ese con anterioridad.

Un soldado corría a través del patio cubierto de grasientas losas de piedra, intentado desgarrar algo que llevaba en su muñeca. Otros soldados corrían para ayudarlo; eran los andrajosos restos de la fuerza que había entrado hace tres meses a guarnecer el fuerte Washington. Era la primera guarnición que este fuerte había tenido nunca.

La serpiente, delgada y verde, que el soldado llevaba en la muñeca creció de forma increíble. Cuando el primer soldado le alcanzó, ya había crecido lo bastante como para cerrar con un nudo el cuello del desdichado. Con mayor rapidez de la que podía seguir el ojo humano, movió sus colmillos desde la muñeca hasta el cuello.

De repente pareció que el hombre se volvía loco. Empuñó su cuchillo y comenzó a lanzar cuchilladas contra sus camaradas, gritando para que no se acercaran.

Luego, también repentinamente, se desplomó. La serpiente verde que ahora medía casi diez pies de larga, se movió libre, dirigiéndose hacia la entrada del tubo de drenaje. Los soldados gritando la rodearon y empuñaron sus pistolas de tiro rápido, pero el capitán Smith les ordenó.

—Soldados, ¡no gastéis munición!

Rostros sorprendidos miraron hacia arriba; en este instante de descanso, la serpiente se escapó, introduciendo su cabeza plana en la rejilla que cerraba el desagüe.

Un chaparrón de trozos de metal oxidado cayó hacia fuera, mientras la serpiente se marchaba como si fuera un relámpago de fuego verde.

Tex oyó como Breska maldecía en voz baja. Un silencio repentino se apoderó del fuerte. Los soldados señalaban la rejilla rota; se pusieron pálidos en cuanto

comprendieron lo que aquello significaba. No tenían metal para realizar ninguna reparación, hasta que llegara la columna de relevo.

Era muy trabajoso transportar, incluso lo más necesario, a través de aquel salvaje terreno. El transporte aéreo era impracticable debido a las millas de espesas nieblas y a las inestabilidades magnéticas. Pronto no habría ni metal, ni municiones.

Tex lanzó un juramento y dijo:

—Capitán, cuente con que yo nunca me acostumbraré a estos gusanos; las culebras que hay allá, en casa, son cosa de niños.

Sin fijarse mucho en las palabras, el capitán Smith habló, mientras sus ojos miraban la red oxidada y medio destruida.

—En realidad, es bastante sencillo. Las serpientes verdes, como los planarios, disminuyen apreciablemente de tamaño al estar casi muertos de hambre. Tienen un metabolismo que puede acelerarse extraordinariamente. Cuando encuentran alimento, es decir sangre, vuelven a recobrar su tamaño normal. Inyectan a sus víctimas un veneno que hace que sus víctimas luchen para no recibir ayuda, hasta que la serpiente se ha alimentado.

Breska contestó:

—Buena estratagema desarrollaron los hombres de los pantanos; dejar medio morir de hambre a esos seres y luego lanzarlos contra nosotros a través de las tuberías de drenaje. Son tan pequeños que si te descuidas y alguno se adhiere a ti, te quedas sin una gota de sangre en un instante.

Tex señaló hacia el cadáver y añadió.

—Así consiguen esto; me pregunto quién será el jefe de los guerreros, me gustaría echarle un vistazo.

—Sí, y a mi también — dijo el capitán Smith.

Se volvió para seguir avanzando medio arrastras, protegido por el parapeto. Nunca se sabe lo que puede venir de entre la niebla, si alguien aparece como blanco. El cadáver fue llevado al incinerador, pues con aquel calor no había prescrita ninguna ceremonia para los entierros.

Tex se fijó en un rostro pálido, mofletudo, que miraba hacia arriba al oficial a través de la red oxidada. Con un gruñido comentó:

—Breska, ese es tu paisano; diría que no está muy comprometido en la tarea de hacer que Venus sea un lugar seguro para los colonos.

—Tex, déjalo.

La voz de Breska fue sofocada durante unos instantes por un golpe de tos, luego siguió:

—Sólo es un muchacho, tiene nostalgia de su mundo y, como yo, tiene los pulmones enfermos. El aire de las tierras bajas no es bueno para nosotros. Esperemos que pronto hagamos entrar en razón a estos diablos blancos y podamos establecernos en las mesetas elevadas.

Si iba a decir algo más para terminar, Tex no le oyó; el tejano pelirrojo miró

rígidamente hacia arriba, e inmediatamente empuñó su pistola.

No había visto ni oído nada, pero un momento después la niebla estaba llena con el batir de innumerables alas y agudos gritos de triunfo. Bajo las murallas, en donde la niebla pegada al suelo se extendía formando remolinos que se desplazaban lentamente, una multitud de cuerpos, medio ocultos por la niebla, provenientes del pantano en donde ningún hombre civilizado había penetrado jamás, comenzaron a agruparse.

La pistola de fuego rápido, en la mano de Tex, comenzó a bailar y a lanzar su mensaje de muerte. El capitán Smith, cuerpo a tierra, daba una orden tras otra, sin apresurarse, con su voz aguda. La batería C, que se encontraba en la esquina del fuerte que miraba al noroeste, no permitió que se oyera la voz del oficial, pues comenzó a tronar, disparando balas explosivas hacia los atacantes.

El corazón Tex latió con fuerza. El humo de la pólvora llenaba sus narices. Breska comenzó a silbar entre dientes, silbaba una canción que le había enseñado el tejano: “La pradera solitaria”.

Los pelotones que se encontraban destinados a repeler el ataque a nivel del suelo mantenían sus pistolas, sin dejar de disparar, preparadas para el combate. El barro comenzó a salpicarlos desde abajo. Pero esto no era suficiente, las dotaciones de la artillería estaban reducidas a la mitad y el resto de la reducida guarnición, los que no estaban de servicio, se encontraban en los edificios y el patio del fuerte.

Los venusianos, formando un enjambre, comenzaron a ascender por la pendiente en la que se encontraba el fuerte, atacándolo de frente y extendiéndose hacia ambos lados cuando lo alcanzaron. Las zonas pantanosas del este y del oeste eran absolutamente intransitables, incluso para los hombres de los pantanos; ésta era la razón que había hecho de Fort Washington una fortaleza tan envidiable.

Tex observaba a los atacantes con una mezcla de admiración y odio. Tenían valor, de la misma forma que los pieles rojas lo debían haber tenido en los viejos tiempos en América. También eran crueles y tenían un genio diabólico para diseñar estrategias.

Si la columna de relevo no llegaba pronto, aquí funcionaría una estrategia que dañaría a muchos. Si ellos caían, el camino quedaría despejado para una ruptura de la delgada línea de fuertes, difíciles de mantener. La línea sería fragmentada y luego aniquilada.

Tex sufrió un escalofrío al pensar lo que esto significaría para los colonos, que estaban llegando, llenos de esperanzas, a las fértiles mesetas.

Una brisa pegajosa arrastró la niebla hacia los pantanos del sur, de forma que Tex pudo tener la primera visión clara de sus enemigos. Su corazón sufrió un sobresalto.

No se trataba de una simple incursión, era un ataque en toda regla.

Hordas de guerreros de elevada estatura, se amontonaban, dirigiéndose hacia las murallas; gigantes de piel pálida, procedentes de la Tierra sin Sol, con el pelo blanco como la nieve, enrollado en forma de moños hasta la base del cráneo. Llevaban cinturones de piel de reptil y bolsas colgadas de sus poderosos hombros. En sus

manos llevaban garrotes y arcos primitivos.

Junto a ellos, rugiendo y silbando, venían sus perros de guerra, los llamados naalies, unos reptiles humanoides, con garras prensiles. Sus poderosas colas estaban armadas con espinas artificiales talladas en hueso.

Escalas de asalto fueron apoyadas contra las murallas. Hombres y bestias comenzaron a trepar por ellas, cubiertos por los compañeros que, desde el suelo, lanzaban granadas de lo que parecía barro cocido, que llevaban en las bolsas.

Al verlos, Tex gritó:

—¡Bombas de escarabajos! ¡Que cada uno se preocupe de sí mismo!

Empujó una escala que cayó al suelo y disparó, acertando el blanco, a un rostro pálido y mortal. Una bola de arcilla llegó volando y explotó junto al soldado que disparaba el cañón, colocado en la muralla, más próximo a Tex. En un instante, cada pulgada de la carne que el soldado tenía descubierta estaba cubierta con una capa de escarabajos color escarlata.

La cara de Tex, llena de pecas, adoptó una expresión severa. Los gritos del soldado se perdieron entre el tronar de las alas. Tex disparó, apuntando con cuidado para que la bala se introdujera en la cabeza del desgraciado, cuyo cuerpo cayó sobre el parapeto. Algunos de los escarabajos huyeron y Tex pudo ver el hueso desnudo y brillante del caído.

Los proyectiles caían desde arriba como si fuera una granizada: bombas de escarabajo, serpientes verdes que por falta de alimentación tenían el tamaño de gusanos. Ahora todos los soldados estaban acudiendo a los parapetos desde todos los lugares del fuerte, pero estos pocos segundos de retraso en guarecer las murallas casi resultaron fatales.

En medio de la espesa niebla podían verse a los atacantes aéreos, hombres de complexión ligera cabalgando unos seres horribles, medio pájaros medio lagartos.

La oxidada verja que defendía el fuerte fue sacudida por los pesados cuerpos de hombres y lagartos que caían por los disparos de las armas de los defensores. Tex contuvo el aliento. La verja era todo lo que tenían para protegerlos y evitar que los nativos pusieran un pie dentro de las murallas, mediante un ataque masivo, realizado simultáneamente desde el aire y desde tierra. Uno de los cañones de la batería A enmudeció. Seguro que era debido al óxido en alguna parte de su mecanismo. Se pusiera toda la grasa que se pusiera, no se podía evitar la corrosión.

Breska lanzó un juramento diabólico y machacó un pequeño ser verde aplanado. Escarabajos rojos avanzaban se arrastraban sobre las piedras, gracias a Dios estos seres no volaban. Los soldados luchaban contra las serpientes y algunos morían. De repente otro cañón cesó de disparar.

Tex disparó continuamente y con fiereza contra las cabezas blancas que empujaban contra el parapeto. El soldado que estaba junto a él, se tambaleó y cayó sobre las piedras infestadas. La voraz corriente escarlata cayó sobre él, en cuarenta

segundos, su uniforme envolvía únicamente unos huesos sin carne.

Breska lanzó un grito de aviso a Tex cuando un lagarto cayó en el adarve. Su jinete cayó en medio de la corriente de escarabajos, lo cual supuso su muerte. Unas alas batían cerca, por encima de su cabeza. Tex se agachó, dirigiendo su mirada hacia arriba.

Su rostro lleno de pecas, se relajó, presentando un aspecto de total incredulidad.

Era hermosa. Sus muslos, del color de las perlas blancas, rodeaban el tronco de su montura, de color gris verdoso. Cascadas de pelo plateado caían de una diadema de piel de serpiente adornada con los cuernos de un rinoceronte de los pantanos; un cuerpo esbelto, vestido con una faja y un sostén de escamas iridiscentes, completaban la figura.

Su rostro era hermoso, demasiado. Como si fuera una máscara tallada sobre una perla. Sus ojos ardían con pálidas llamas verdes; sobre ellos, sus cejas plateadas se extendían formando una mueca de enfado.

Tex nunca había visto un odio, tan frío y tan lleno de orgullo, en ninguna criatura viviente, ni siquiera en las culebras enrolladas dispuestas para atacar.

Ella estaba apuntando con su pistola, pero por alguna razón, no pudo apretar el gatillo. Cuando se recuperó de la sorpresa, la mujer había desaparecido, cruzando como un asombroso dragón, a través del fuego de los cañones. Ella no llevaba armas, lo único que portaba era algo parecido a un antiguo cuerno de caza.

Tex juró, en voz baja; sabía lo que significaba aquella diadema adornada con cuernos.

¡Era el jefe de los guerreros!

Los soldados habían alcanzado el parapeto justo a tiempo. Tex alcanzó con sus proyectiles la cabeza de un tiranosaurio en miniatura, evitó ser golpeado por el latigazo de su cola cubierta de espinas y arrojó al suelo otra escala. Los cañones disparaban continuamente mientras los cadáveres se apilaban a los pies de la muralla.

Tex contempló a la mujer mientras ella obligaba a su montura voladora a dirigirse hacia el pozo del patio y vio como ella intentaba hacerse una idea de cómo era el fuerte, las compañías, los depósitos de agua, las cocinas y la estación de radio.

Impulsado por algún sentimiento interior, que le obligaba a olvidar cualquier aprensión que tuviera a luchar contra una mujer, Tex disparó.

La bala cortó un bucle de su plateada cabellera. Unos ojos semejantes a pálidas llamas verdes, abarcaron a Tex durante unos instantes; sus labios se retiraron dejando ver unos dientes propios de un reptil, blancos, pequeños y puntiagudos.

Luego, ella dirigió su montura, haciendo que subiera describiendo una rápida espiral hasta que desapareció de la vista, brillando por encima de las corrientes de aire que arrastraban la niebla y el humo de la pólvora.

Un segundo después, Tex oyó las suaves notas del cuerno de la mujer; los atacantes retrocedieron y se desvanecieron en la niebla.

Lo anteriormente indicado ocurrió en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

Sin embargo, Tex, mientras se secaba y enjugaba el sudor de su frente, no estaba contento.

Deseaba que ella no le hubiera sonreído.

Soldados con lanzallamas limpiaban el fuerte de escarabajos y de serpientes verdes. Una partida arrojó aceite sobre el montón de cuerpos de los caídos y luego los quemó. Se limpió la red mientras se quemaba a los muertos.

Tex, que era cabo, juntó a sus hombres; cuando los contó, un gran pesar se apoderó de su corazón. Quedaban treinta y dos para defender el fuerte, cuya guarnición debería ser de setenta.

Otro ataque como éste y quizá no quedara ninguno. Además, Tex tenía el desagradable presentimiento de que detrás del ataque había algo más que un simple intento de tomar el fuerte por asalto. Pensó en la mujer cuyo cerebro había concebido aquella horrible estratagema: bombas de escarabajos y serpientes verdes. Volando bajo el fuego de cuatro baterías, no había arriesgado su cuello por nada.

Había recogido el bucle de cabello plateado que su bala había cortado. Ahora, casi parecía removerse en su bolsillo, animado por una vida maligna.

El capitán John Smith salió de la estación de radio; el delgado rostro del oficial aparecía extrañamente rígido, sus ojos grises parecían trocitos de piedra.

Hablando en un inglés cuyo tono recordaba la rigidez de la muerte, dijo:

—¡Descansen<sup>[1]</sup>! Acabo de recibir noticias del Cuartel General Regional. Los habitantes del pantano han atacado masivamente al este de aquí y han sitiado con fuerzas importantes el fuerte Nelson. Nuestra columna de relevo ha sido enviada en su socorro.

»Se están alistando muchos hombres, pero en cualquier caso pasarán al menos dos semanas antes de que nos llegue alguna ayuda.

Tex oyó los murmullos que las noticias provocaban entre los soldados, como si les acabaran de dar una patada en el estómago. Vio como los ojos de los soldados se dirigían de soslayo desde el denso humo negro que salía del incinerador hasta los depósitos de agua y la verja exterior destrozada.

Alguno se quejó, y Tex oyó como Breska maldecía, espetando:

—¡Cállate!

Quien se quejaba era Kuna, el joven marciano de rostro pálido que había estado mirando al capitán un poco antes.

El capitán Smith prosiguió.

—Nuestra situación es difícil. No obstante, podemos aguantar otra quincena. Será preciso racionar los suministros todavía más y debemos cuidar las municiones y evitar las bajas tanto como sea posible; todos debemos tener en mente esto: la ayuda está viniendo, el Cuartel General está haciendo todo lo que puede...

Con tristeza, Breska completó la frase del capitán, diciéndole a Tex al oído:

—...Con el dinero que tiene, ¡malditos contribuyentes!

El capitán prosiguió su arenga.

—...sólo tenemos que resistir unos pocos días más; después de todo, vinimos aquí voluntariamente. Venus es un planeta virgen, salvaje, sin civilizar, no conoce más ley que la fuerza bruta. Pero es posible construir aquí un gran mundo nuevo.

»Si hacemos bien nuestro trabajo, algún día estos pantanos serán desecados, las junglas roturadas, los nativos civilizados. La gente de la Tierra y de Marte encontrará aquí una nueva esperanza y libertad. Todo gracias a nosotros.

El rostro delgado y triste del capitán se relajó y sus ojos pestañearon. Luego dijo:

—Es una lástima que ninguno de nosotros usemos nuestros verdaderos nombres, porque pienso que ¡vamos a entrar en los libros de historia!

La tensión se rompió, los soldados rieron. El capitán Smith ordenó:

—¡Rompan filas!

El oficial se dirigió a sus habitaciones. Tex se volvió hacia Breska.

El marciano, con su rostro oscuro y correoso completamente serio, estaba abrazando a su joven paisano; los dos eran los únicos marcianos del fuerte.

Breska le decía con voz sibilante, mostrando sus dientes blancos como los colmillos de un perro:

—Escucha, tienes que controlarte; si no lo haces, te meterás en problemas.

Kuna temblaba; sus grandes ojos negros, abiertos de par en par, no se apartaban del humo de los cuerpos que ascendía mezclándose con la niebla. A su piel le faltaba el aspecto de cuero curtido que tenía la de Breska. Tex adivinó que venía de una de las ciudades del canal, en donde la vida era más cómoda.

Con suavidad Kuna le contestó:

—No quiero morir. No quiero morir en medio de esta podrida niebla.

Mientras Tex se acariciaba la barba de color rojo arena que cubría su barbilla, le dijo:

—Tranquilo, muchacho. El jefe nos sacará sanos y salvos de aquí. Es un as.

Los ojos de Kuna vagabundearon alrededor de Tex, luego le contestó:

—Quizá, pero, ¿por qué tengo que arriesgarme?

De repente sufrió un golpe de tos; cuando pudo hablar de nuevo, su voz era más alta y aguda, como el sonido de una cuerda de violín.

—¿Por qué tengo que seguir aquí y echar mis pulmones por la boca con cada golpe de tos, por algo que nunca podrá realizarse de ningún modo?

Con rudeza Breska le contestó:

—Porque en Marte hay hombres y mujeres que se rompen las espaldas, y los corazones, para sacar un poco de pan de los desiertos. Kuna, tú eres un hombre de ciudad. ¿Has visto alguna vez las hambrunas que azotan las Tierras Secas? ¿Has visto alguna vez hombres cuyas costillas atraviesan su piel? ¿Mujeres y niños con caras como si fueran cráneos?

»Por eso es por lo que estamos aquí, echando los pulmones por la boca con cada golpe de tos, en esta niebla maloliente. Porque la gente necesita tierra para cultivar

alimentos y agua para regarla.

Los ojos oscuros de Kuna miraron sin ver. Tex frunció las cejas. Había visto esa misma mirada perdida en los ojos del ganado al borde de la estampida.

Con voz aguda dijo:

—¿A qué viene esta queja ridícula? Tú viniste aquí voluntariamente, ¿no es así?

Kuna le contestó con un susurro, sin dejar de toser.

—Yo no sabía como era esto. Moriré si me quedo aquí. ¡No quiero morir!

Con amabilidad, Breska le contestó.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Cómo lo vas a solucionar?

Kuna sonrió y dijo:

—Era hermosa, ¿verdad Tex?

—Muchacho —repuso el tejano —, te aseguro que lo era. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Tienes un bucle de su cabello, te vi cogerlo de la red, que estará destrozada en poco tiempo, como le pasó a la verja exterior. Entonces ya no habrá nada para mantener a los escarabajos y a las serpientes lejos de nosotros. Ella se sentará allá arriba, nos mirará mientras morimos y se reirá.

»¡Pero yo no moriré! Te lo aseguro, ¡yo no moriré!

Comenzó a temblar entre las manos de Breska y luego a reír. La risa se transformó en un grito agudo, semejante al rugido de una pantera. Breska le golpeó con precisión, en la punta de la barbilla.

Mientras algunos soldados se acercaban a la carrera, dijo con un gruñido:

—*Cafard*<sup>[2]</sup>, volverá a estar bien.

Llevó a rastras a Kuna a la compañía y volvió, encogido y tosiendo por el esfuerzo. Tex vio el dolor reflejado en su oscuro rostro y le dijo:

—Creo que eres quien más derecho tiene a disfrutar un permiso, cuando llegue la columna de relevo.

—Si es que llega —comentó secamente el marciano — . El ataque a fuerte Nelson fue una maniobra para apartar de aquí los refuerzos.

Tex asintió.

—Incluso si estos gusanos fueran capaces de romper la línea de los fuertes por aquí, serían detenidos en el río Francés y en la fila de colinas quebradas que se encuentra tras él.

Se formó en su mente un mapa del lugar donde se encontraba el fuerte Washington. La fortaleza de piedra controlaba una estrecha lengua de tierra que se extendía entre zonas pantanosas intransitables, cortando el camino hacia el valle. El valle conducía hacia las tierras altas, dividiéndose en dos brazos, uno de los cuales discurría paralelo a los pantanos durante muchas millas.

Para una gente tan fiera y activa como los habitantes de los pantanos, no resultaría nada difícil concentrarse en ese valle, tomar por sorpresa Fuerte Albert y Fuerte George mediante un ataque desde la retaguardia y dejar abierto un gran boquete en



las defensas de la frontera, que llevaría mucho tiempo en volver a cerrarse..

Una vez que el boquete estuviera abierto, hordas de guerreros de pelo blanco saldrían al exterior, conducidos por aquella hermosa furia que cabalgaba el lagarto alado. Conseguiría arrastrar a las tribus de pastores, de por sí más pacíficas, contra los colonos y barrer a los pueblos de otros mundos de la superficie de Venus.

—Son capaces de hacerlo —comentó Tex—, nos superan en una proporción de mil a uno.

Con mala intención, Breska añadió:

—Y los piojosos contribuyentes ni siquiera nos dan un equipo decente con el que luchar.

Con una mueca triste, Tex le contestó:

—Los ejércitos siempre son unos apestados. Creo que a los corderos no les gustan los carneros de ninguna manera —Luego se encogió de hombros y continuó —: Será mejor que no le quites el ojo de encima a Kuna; podría intentar algo.

—¿Qué puede hacer el pobre hombre? Si deserta, lo atraparán mientras intenta huir por el exterior... eso si no lo atrapan antes los salvajes. No creo que intente nada.

Pero a la mañana siguiente, Kuna se había ido, y el bucle de cabello plateado había desaparecido con él.

Transcurrieron cinco días cálidos, empapados de vapor. El nivel del agua bajaba y bajaba en el depósito. Nada más tocar cualquier superficie de metal, se desprendían fragmentos de herrumbre.

Tex se sentó sobre un estrecho bloque de piedra, en el patio del fuerte, procurando olvidar el hambre y la sed, mientras remendaba sus pantalones. La niebla formaba pequeñas gotas sobre los pelos rojizos de sus piernas desnudas y cubría su cara con una película de grasa.

Breska se encontraba agachado a su lado, sufriendo espasmos lentos y profundos. Bajo la red de protección, medio hundida en su centro, los soldados, agotados, lavaban su ropa interior en un barril de agua del pantano hervida. Esta sustancia tenía algún componente químico que, hicieras lo que hicieras, te ponía enfermo sin remedio.

Tex miró sediento hacia el barril y dijo:

—¡Muchacho! ¡Qué no daría por un simple vaso de agua helada!

Breska le contestó con un gruñido:

—Cállate. Por lo menos yo ya no tengo hambre.

Volvió a toser y su rostro oscuro se contorsionó de dolor. Tex suspiró, procurando no sentir el hambre que estaba devorando su propio estómago, como si tuviera un lobo prisionero en el interior.

Transcurrieron nueve días más. El agua y la comida se racionó hasta el mínimo absoluto. Las piezas de los cañones se oxidaban a pesar de toda la grasa con que las

envolvían. Los cables de la red eran cada vez más peligrosamente delgados. Incluso la aguja que tenía en la mano estaba tan oxidada que rompía la tela de los pantalones.

De los treinta y un soldados que quedaban, después de la desertión de Kuna, habían perdido siete, cuatro por serpientes verdes que se habían deslizado por las rejillas rotas de los desagües y tres por escarabajos bomba lanzados por encima del parapeto. No había habido más ataques. En las oscuras noches cubiertas de niebla, los hombres del pantano se arrastraban en silencio sobre el cieno negro, bajo las murallas, entregaban su mensaje de muerte y desaparecían.

A pesar del calor, Tex sufrió un escalofrío. ¿Durante cuánto tiempo proseguiría aquella guerra silenciosa? Los hombres del pantano tenían que ocupar el fuerte antes de que llegara la columna de refuerzo. ¿Dónde estaba Kuna? ¿Por qué había robado el bucle de cabello? ¿Qué planeaba la belleza salvaje que dirigía a aquellos diablos?

La repugnante agua del barril se movía formando ondas. Alguien lanzó una maldición porque la ropa interior no se secaba nunca en aquel clima asqueroso. El calor del sol, oculto por la capa de nubes, descendía con lentitud, formando ondas de calor.

De repente, un guardia que se encontraba en el parapeto gritó:

—Alguien está saliendo del pantano. ¡Soldados, los cañones!

Tex tiró los pantalones y corrió con los otros. Subió corriendo a la torre de vigía, empuñó su pistola y aguardó.

Algo se arrastraba por la lengua de tierra seca, dirigiéndose al fuerte. Al principio, pensó que se trataba de uno de los perros de guerra cubiertos de escamas. Luego descubrió el vivo color rojo del galón que decoraba el cuello de la guerrera de los legionarios. Gritó:

—¡No disparéis! ¡Es Kuna!

La cosa gris y encorvada se aproximó más, andando a cuatro patas, con su oscura cabeza colgando. Tex oyó, junto a él, la fuerte respiración de Breska. Bruscamente, el marciano se dio la vuelta y bajó las escaleras. Tex le gritó:

—¡Breska, no salgas del fuerte! Puede ser una trampa.

Pero el marciano prosiguió su carrera, empujó los oxidados pasadores que sujetaban la puerta falsa, la abrió y salió al exterior.

Tex envió abajo a un grupo de soldados, para guardar la puerta, esperando que, de un momento a otro, figuras blancas brotaran de entre la niebla e intentaran forzar la puerta.

Breska alcanzó la figura que se arrastraba, la alzó hasta colocarla de pie y sujetándolo por un hombro, comenzó a volver hacia el fuerte lo más deprisa que pudo, pero sin dejar de tropezar.

No se produjo ningún ataque. Tex frunció el entrecejo, a la vez que sentía una profunda sensación de incomodidad. Si Kuna había ido a los pantanos, nunca podría haber vuelto con vida. En alguna parte de esta situación había una trampa oculta, pero a buen seguro, una trampa mortal.

Silencio. La niebla se extendía formando remolinos perezosos. No se estremecía ni una hoja en los límites del pantano.

Tex, lanzó una maldición y bajó las escaleras corriendo. Breska cayó en el umbral de la puerta, habiendo perdido toda su resistencia, tosiendo sangre. Fue Tex quien recogió a Kuna.

El joven reposó en sus brazos como si fuera un esqueleto gris; los huesos de su cara casi perforaban su piel. Su boca estaba abierta, su lengua estaba hinchada y negra, como la de un hombre que estuviera muriendo de sed.

Los ojos de Kuna, hundidos por la fiebre, estaban abiertos; localizaron el barril en el que todavía flotaban ropas sucias.

Con un impulso, cuya fuerza cogió completamente desprevenido a Tex, el joven se apartó de él y corrió en dirección al agua, sumergiendo su cabeza en el barril y tragando agua como si fuera un animal.

Tex lo apartó del barril, Kuna cayó al suelo completamente agotado, sollozando. Había algo perverso en su rostro, pero Tex no sabía decir qué era. El joven marciano susurró:

—No me dejéis beber, todavía no me dejéis beber. Tengo que conseguir agua —  
Se agarró a Tex y le pidió —: ¡Agua!

Tex envió a un soldado a por agua; mientras tanto, pensó qué había de extraño en el comportamiento de Kuna. En los pantanos había fuentes de agua dulce, los mismos nativos no podían beber el agua del pantano. ¿Le habían negado el agua todo este tiempo, simplemente para torturar al desertor?

Tex cogió al joven por el cuello y le preguntó:

—¿Cómo te escapaste?

Kuna consiguió ponerse de rodillas y comenzó a gritar.

—¡Breska! ¡Breska!

El soldado veterano le miró, mientras se limpiaba la sangre de sus labios. Le dijo a Kuna algo en marciano, tuvo una arcada, se sintió ahogado por su propia sangre y cayó al suelo. Tex se dio cuenta de que estaba muerto.

—Breska, ¿qué te dijo?

Por un instante el marciano mostró sus blancos dientes.

—Dijo que le hubiera gustado tener mi valor.

De repente su expresión cambió, cogió a Tex por el brazo y le dijo:

—¡Mira Tex! ¡Mira en el agua!

El agua casi había llenado el barril; ahora sólo quedaba un poco de humedad en el fondo. Mientras Tex observaba esta pequeña cantidad de agua también desapareció, dejando seco el fondo de madera del barril.

Tex cogió una camiseta de ropa interior; estaba tan seca como si hubiera estado expuesta al aire de las praderas, allá en Tejas. Tocó su rostro, la piel parecía cuero curtido al sol. En su pelo no había el menor rastro de la humedad de la niebla.

Sin embargo la neblina se extendía tan densa como siempre.

El capitán Smith salió de la estación de radio, mirando a la red y a los cañones. Tex le oyó murmurar, de forma inconsciente:

—Lo que nos está venciendo es la oxidación, es la oxidación lo que nos hará perder, finalmente, Venus.

Tex dijo:

—Mi capitán...

Smith le miró sorprendido. Pero no tuvo tiempo de preguntarle qué era lo que quería. Un grito llegó desde la torre de vigía. Se oyó un batir de alas sobre sus cabezas. Los cañones dispararon desde los parapetos. Se había iniciado un ataque.

Tex corrió automáticamente, dirigiéndose al adarve, pasando junto al encogido cuerpo de Kuna; en ese momento, se percató de algo de lo que se debiera haber dado cuenta anteriormente.

Comenzó a pensar: *Cuando llegó al fuerte, el cuerpo de Kuna se encontraba seco, totalmente seco, incluso sus ropas. ¿Por qué los hombres del pantano esperaron hasta que estuvo seguro en el interior del fuerte y con la puerta cerrada para atacar?*

Con la cuarta parte de sus cañones estropeados y unas bajas que suponían las dos terceras partes de la guarnición, seguían teniendo superioridad sobre el enemigo a causa de su posición y de sus armas.

No se produjo un ataque destinado a tomar las murallas. Grupos de guerreros de cabellos blancos se lanzaron al asalto, arrojando bombas de escarabajos mientras sopesaban, preparándose para lanzarlas, bolsas con serpientes verdes; y, a continuación, se retiraron a la niebla. Tuvieron algunas bajas, pero no muchas.

En el aire, la situación era diferente. Las extrañas monturas, medio cubiertas de plumas, volaban en círculos sobre el fuerte, bajando con gran rapidez, literalmente sumergiéndose, para evitar las explosiones de las balas de los cañones. Los jinetes lanzaban proyectiles con una puntería mortífera. Ellos caían a docenas, tanto hombres como lagartos.

Tex, sintiéndose extrañamente aturdido, seguía disparando automáticamente. Los cuerpos de los caídos quedaban atrapados en la red. Fragmentos de herrumbre caían al suelo como si estuviera lloviendo. Mirando lo delgados que se iban quedando los cables de la red, Tex se preguntó cuanto podrían aguantar.

De repente vio ante sí lo que subconscientemente había estado buscando. Ella estaba allí, volando por encima de la melee del combate, con su cabello plateado al viento; su cuerpo parecía una perla iridiscente en medio de la niebla.

El capitán Smith habló con suavidad.

—Tex, ¿la ves allá arriba? Los jinetes de las bestias aladas son voluntarios. Sus órdenes son matar a tantos de nuestros soldados como sea posible, antes de morir ellos mismos. Pero cuando mueran, deben caer dentro de las murallas, sobre la red Tex, para debilitarla y romperla, si es posible.

Tex asintió con la cabeza y le contestó:

—Y cuando esto ocurra...

—Moriremos. No tenemos bastantes soldados para derrotarlos, si consiguen penetrar en el interior de las murallas.

Smith se tocó su pequeño bigote de estilo militar; era el único gesto que delataba su nerviosismo. Tex le observó mientras el oficial comenzaba a tocarse su pelo cortado al rape; a continuación, se tocó la piel, su guerrera, el cabello de detrás de su cabeza... Mirando a la niebla, dijo con un grito:

—Seco. ¡Dios mío, está seco!

Con voz triste, Tex le contestó:

—Así es. Kuna trajo algo consigo. No podía conseguir que su cuerpo se hidratara, por mucho que bebiera. Trajo algo que devora el agua. Incluso si la red aguanta, moriremos de sed antes de que los lleguen refuerzos.

De repente, se dirigió con furia hacia la distante figura de la mujer y vació, inútilmente, el cargador de su pistola contra aquel cuerpo que no cesaba de moverse con rapidez.

Smith le amonestó, diciéndole:

—Ahorra munición.

Inmediatamente después, el capitán lanzó un grito agudo.

Tex vio una pequeña serpiente verde que se había agarrado con fuerza a su muñeca. Sacó su cuchillo y se lanzó hacia delante, pero la serpiente había crecido ya de forma increíble. Smith intentaba desgarrarla sin conseguirlo.

Tex le lanzó una cuchillada y sintió como su cuchillo se deslizaba sobre la piel de la serpiente, de textura semejante a la goma, sin producir ningún daño a aquel ser de enorme potencia contráctil. Luego el veneno comenzó a realizar su trabajo. Un aspecto de locura se apareció en el rostro del oficial, deformándolo. Desenfundó su pistola y comenzó a disparar balas.

Con tristeza, Tex le disparó a la mano, tirándole la pistola; luego le golpeó con el cañón. Smith cayó al suelo, pero la serpiente ya le había rodeado el cuello y apretaba en la yugular.

Tex cortó aquella carne, semejante a la goma, mientras la serpiente le golpeaba, como si fuera un pesado látigo. Finalmente, se quedó sólo con el cuerpo del oficial en sus manos, encorvado por el sufrimiento.

El capitán Smith estaba muerto. Las mandíbulas de la serpiente se hallaban enterradas en su garganta.

Débilmente, Tex oyó las suaves notas del cuerno del jefe de los guerreros. El cielo quedó libre de los restos del escuadrón suicida. Los atacantes terrestres se desvanecieron en los pantanos. La mujer hizo girar su montura y se dirigió directamente y a gran velocidad, hacia el fuerte.

Nubecillas de humo aparecieron alrededor de la mujer, pero ninguna bala la alcanzó. Bajó hasta casi llegar al nivel de los parapetos. Tex pudo ver las pupilas de sus ojos verde pálido y el flujo vital de sus músculos bajo su piel de perla.

Disparó, pero su pistola estaba descargada.

Ella levantó una de sus manos, en una parodia de saludo, y se fue. Suavemente, Breska habló detrás Tex.

—Ahora tú eres el jefe aquí; por si no lo sabes, quedamos catorce.

Tex permaneció mirando a los muertos y moribundos que yacían bajo la oxidada red. De repente, se sintió cansado; tan cansado que el simple hecho de mirar parecía hacerle desperdiciar demasiadas fuerzas.

No quería luchar más, quería beber, dormir y olvidar.

Aquella situación sólo podía tener un final. Su boca y su garganta estaban secas, pero con una nueva y extraña sequedad; su sed se multiplicó por cien. Los hombres del pantano únicamente tenían que esperar. En otra semana podrían tomar el fuerte sin perder un solo hombre más.

Incluso con el número de defensores tan reducido, aquella cosa demoníaca hacía que el suministro de agua que tenían fuera totalmente inservible. En ese momento, otro pensamiento apareció en su mente.

Supongamos que aquella cosa fuera duradera. En ese caso, incluso si la guarnición, por algún milagro, resistiera, sería imposible mantener el fuerte, sin importar el número de hombres que lo defendiera, ni cuanta agua tuvieran.

Los soldados le estaban buscando. Tex dejó que la serpiente muerta cayera al adarve, desapareciendo bajo una nube de escarabajos rojos.

Sin pensarlo, Tex ordenó:

—Limpiad esta basura.

Los negros ojos de Breska aparecían brillantes y su mirada muy dura. Ningún soldado se movió.

—Obedeced —gritó Tex —, aquí y ahora, yo soy el que tiene el mayor grado.

Los soldados siguieron haciendo sus tareas, con una extraña desgana. Uno de ellos, un tipo grande con un rostro cubierto de cicatrices y una mata de pelo más roja que la de Tex, siguió quieto, en pie, después de que los otros se hubieran retirado, mirándole y estrechando sus ojos verdes.

Tex bajó despacio hasta el patio. No había desgarros en la red, pero en unos pocos días el óxido terminaría con ella.

¿Cuál era la utilidad de seguir luchando? Si lo dejaban ahora, todavía podían salir vivos. El Cuartel General podría enviar más soldados para volver a tomar fuerte Washington.

Sin embargo, el Cuartel General no tenía muchos soldados. La mujer con ojos como llamas verde pálido, no desperdiciaría su ocasión.

Algún cuerpo, al caer, había roto una bomba de escarabajos que había quedado sujeta a la red. Los seres escarlatas caían, como gotas de sangre, sobre el cuerpo de Kuna. Tex sonrió con tristeza. En pocos segundos no quedaría nada de la carne que le había sido tan querida a Kuna.

En ese momento, Tex se restregó sus cansados ojos azules, con sus manos cubiertas de pecas, preguntándose si no estaba delirando.

Los escarabajos no se estaban comiendo a Kuna.

Daban vueltas a su alrededor, incansablemente; olían la comida, pero no la tocaban. El rostro del cadáver, bajo los jirones de niebla parecía tan seco como el pergamino. De repente Tex comprendió.

*No se lo comen porque está reseco; los escarabajos no tocan nada que esté seco.*

Sin tomar ninguna precaución, colocó su propia mano en medio de la corriente de escarabajos rojos; ésta se dividió en dos y siguió fluyendo a su alrededor, despreciando la carne reseca.

Tex se rio; fue una risa grave, con un poco de histeria. Ahora que iban a morir, de una u otra forma, no tenían que preocuparse de las bombas de escarabajos.

Se oyó el sonido de un gran número de pies cuando los soldados acudieron a donde él se encontraba arrodillado. El gigante de pelo rojo, con los ojos verdes, destacaba en medio de los soldados, agrupados tras él, que le miraban con rostros adustos y sombríos.

El hombre del pelo rojo, llamado Bull, tenía una pistola en su mano. Bruscamente, con voz ronca dijo:

—Tex, nos vamos.

Tex se levantó y contestó:

—¿Sí?

—Sí, pensamos que no tiene sentido seguir aquí. ¿Te vienes con nosotros?

¿Por qué no seguirlos? Era la única oportunidad que tenían de salir con vida. No tenía ningún interés por las colonias; se había alistado a la Legión buscando vivir aventuras.

Luego miro a Kuna y a Breska, pensando en toda la gente, de los dos mundos, que necesitaba tierra para cultivar alimentos y agua para regar los cultivos. Algo, quizá su antepasado que había muerto en El Álamo, le hizo mover su cabeza rubia, indicando su negativa a desertar. Les dijo:

—No contéis conmigo; yo tampoco contaré con vosotros.

Era rápido desenfundando, pero Bull ya tenía la pistola en la mano. La bala salió disparada hacia el cráneo de Tex. El mundo se sumergió en una tenebrosa oscuridad, a través de la que se oyó a Breska decir:

—De acuerdo Bull, ¿por qué me voy a quedar aquí a morir por nada?

Tex intentó gritar, pero la oscuridad se apoderó de él.

Cuando se despertó, estaba tumbado en el adarve; su cabeza estaba vendada. Frunció las cejas y abrió los ojos, el dolor le hizo pestañear.

Breska estaba agachado junto al cañón más cercano, silbando suavemente entre dientes “La pradera solitaria”. Tex le miró con incredulidad.

—Pensaba...pensaba que te habías ido con los otros.

Breska sonrió y dijo:

—No hice el imbécil como lo hiciste tú, me puse tras ellos hasta que todos estuvieron fuera, y entonces cerré la puerta. Vi que no estabas muerto y... bueno, la tos no se me va ir por salir del fuerte y, en cualquier caso, detesto las marchas forzadas; me producen ampollas.

Los dos amigos se rieron; luego, Tex le dijo:

—Somos un par de malditos locos, pero eso ya no tiene remedio. Vale, vamos a ver cuánto los podemos entretener.

Se levantó con mucho cuidado y le dijo al marciano:

—El jefe tenía algunos libros en sus habitaciones; quizá alguno de ellos nos pueda decir la causa de esta sequedad.

Breska tosió y asintió.

—Yo haré la guardia.

La garganta de Tex ardía, pero tenía miedo de beber. Si el agua se evaporara en su boca como había hecho en la de Kuna...

Tenía que intentarlo. La ignorancia era peor que el conocimiento. Un instante después se encontraba con una copa vacía en su mano. El agua ni le había llegado a tocar la lengua. Por lo demás, no había sucedido nada que mereciera verse, ni había sentido nada, sólo sequedad.

Se dio la vuelta y corrió hacia las habitaciones del capitán Smith.

Las “Junglas de Venus” de Hertford, era el texto más completo sobre aquellos parajes casi desconocidos. Se encontraba entre “Tácticas de campo” y “Alicia en el País de las Maravillas”. Tex tomó el libro, ojeándolo mientras subía al parapeto. De repente dijo:

—Aquí está: *“Los puntos secos son fenómenos muy frecuentes en ciertas partes de las tierras pantanosas. Parecen ser el método que emplea la Naturaleza para mantener el equilibrio de oxígeno libre en la atmósfera; estos puntos son colonias de animáculos microscópicos que desprenden oxígeno; se reproducen por esporas transportadas por animales, los cuales los transportan por error a zonas secas.”*

» *“Estos animáculos atacan a sus huéspedes, sean inanimados o de cualquier otra especie; absorben y descomponen todo el vapor de agua y el agua que se encuentra en los alrededores, utilizando el hidrógeno en alguna forma que todavía no se ha determinado y liberando oxígeno libre. Durante las épocas de lluvia, se encuentran en estado latente, incapaces de descomponer el agua que no esté estancada. Sólo se expanden dentro de unos límites muy concretos; la vida de cada colonia es de alrededor de tres semanas, pasadas las cuales desaparecen.”*

Breska comentó:

—Las lluvias comenzarán dentro de una semana; nuestro refuerzo no puede llegar aquí antes de nueve días. Pueden liquidarnos con serpientes o bombas de escarabajos o dejar que nos volvamos locos de sed, esperar a que el primer chaparrón limpie el fuerte de ¿Cómo les has llamado? ...animalutos y entrar después. Así podrán



masacrar a nuestros muchachos cuando vengan y tendrán todo Venus a su disposición.

Tex le contó lo que había visto de los escarabajos y Kuna:

—Probablemente las serpientes tampoco se atreverán a tocarnos.

Golpeó con su puño cubierto de pecas las piedras de la muralla y prosiguió.

—Si pudiéramos descubrir alguna forma de poder beber y los cañones y la red no se oxidaran, podríamos resistirlos el tiempo necesario.

Breska gruñó:

—Sí... y si estuviéramos en el Cielo, no tendríamos que preocuparnos de nada.

Los días que siguieron se fundieron en una mezcla de sed y vigilancia continua. Para facilitar la defensa, situaron en el parapeto el cañón menos oxidado, de forma que cubriera el pequeño hueco que había aparecido en la red. Así podrían mantener la posición hasta que ellos cayeran o la red cediera.

Desperdiciaron varios vasos de agua en un vano intento de beber. Finalmente lo dejaron. Esta ironía final hizo que Tex dijera:

—Aquí estamos. Somos más nobles que nadie, y nada nos importa. El jefe tenía razón, es el óxido lo que nos hará finalmente perder Venus, el óxido y estos puntos secos.

El alimento aumentaba su sed; por ello, dejaron de comer; llegaron a convertirse en simples esqueletos, moviéndose, llenos de debilidad, en medio de aquel calor húmedo. Breska dejó de toser.

Con un susurro ronco, le dijo:

—Me he curado por respirar aire seco; en la situación en la que estamos, es tan divertido que me dan ganas de reír.

Un escarabajo escarlata se arrastró sobre el rostro de Tex, que yacía, junto al marciano, sobre el adarve. Se lo quitó arrastrando sus débiles dedos por su frente. Su piel estaba seca, pero no tan seca como recordaba que había estado, después de los días de viento en la pradera.

—Estaría bien que me hubiera untado más aceite en la piel.

Se repente, se sentó de un salto y gritó:

—¡Aceite! Quizá funcione. ¡Dios mío, haz que funcione! ¡Debe hacerlo!

Breska le miró con sus ojos profundamente hundidos; parecía que estaba a punto de caer por las escaleras. Luego un fuerte sonido hizo que el marciano mirara hacia arriba.

—¡Un explorador! ¡Van a atacar!

A Tex no le importaba; toda su atención estaba concentrada en una única cosa, una cosa que significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

De forma confusa, mientras Tex penetraba en la habitación en la que se encontraba almacenado el aceite, oyó el batir de unas alas. Lanzó un gruñido, deseando que Breska pudiera mantener la posición, aunque sólo fuera por un momento.

Empleando todas sus fuerzas abrió la espita del barril de aceite. Estaba vacío. Todo el aceite había sido empleado para quemar los cuerpos. Casi llorando, Tex se arrastró hasta el siguiente barril, y luego al siguiente, sólo cuando llegó al cuarto pudo descubrir el viscoso fluido negro.

Obligando a su boca, Tex bebió.

Si le hubiera quedado algo en el estómago habría vomitado. El repugnante líquido empapó sus labios, su lengua, su garganta. En el exterior, el cañón de Breska disparaba sin cesar. Tex se arrojó sobre el tanque de agua. Pensó: Es mejor que el agua fluya.

Rápidamente, colocó su cabeza bajo la espita y abrió el grifo. El agua le empapó, parte de ella desapareció al tocar su piel, pero el resto bajó por su garganta recubierta de aceite, la notó, caliente, salobre y maravillosa al llegar a su estómago.

Rio y lanzó un ronco grito de rebeldía. Luego se volvió y salió al exterior, hacia las escaleras.

La red estaba combada por el peso de los guerreros de blancos cabellos muertos y sus rugientes lagartos. El cañón de Breska disparaba y enmudecía a intervalos irregulares. Tex lanzó un grito de total desesperación.

Era demasiado tarde, la herrumbre había roto la red.

Su cara recubierta de aceite y llena de pecas, adoptó un gesto hosco. Empuñando su pistola, ascendió por los peldaños.

Hablando entre dientes, Breska le preguntó:

—¿Dónde diablos te has metido? La cinta de municiones del cargador se ha atascado.

Agarró el otro cañón y lo dirigió al estrecho hueco en la red.

¡No había herrumbre! Tex se dio cuenta de otra cosa: no había fragmentos de herrumbre cayendo de la red.

Algo había detenido la oxidación. Antes, su angustia física era tan grande que no le había dejado ver que los cables de la red no habían disminuido su grosor y que las piezas de los cañones no estaban oxidadas.

Fragmentos de la explicación de esos hechos atravesaron la mente de Tex como si fueran relámpagos. La tos de Breska se había curado porque el aire se secaba antes de llegar a sus pulmones. Ropa seca. Piedras secas.

¡Metal seco! Los organismos que devoraban el agua, mantenían seca la superficie. Por ello no se podía oxidar.

—¡Les hemos vencido Berska! ¡Por Dios que les hemos vencido!

Tomó al marciano por los hombros y lo apartó de su camino; luego apretó los disparadores del cañón. Hablando entrecortadamente, le dijo a Berska cómo beber y le envió hacia el almacén, bajando por las escaleras.

Tex era capaz de mantener guardado el hueco de la red durante unos cuantos minutos.

Mirando hacia arriba, Tex la encontró, volando muy por encima de la batalla, con

su pelo de plata ondeando al viento. El tejano le gritó:

—¡Tú hiciste esto! Señora, te descubriste a ti misma ¡y nos mostraste el camino de la salvación!

Los científicos descubrirían como controlar los puntos secos para evitar la oxidación y que los soldados pudieran beber.

Algún día, los pantanos serían drenados y los hombres y las mujeres encontrarían allí, en Venus, una nueva riqueza, una nueva vida y un nuevo horizonte.

Breska volvió sonriendo, y comenzó a intentar reparar el atasco en el cargador del cañón. Los cuerpos blancos comenzaban a apilarse unos encima de los otros, mezclados con los cadáveres reptilianos de los perros de guerra.

En ese momento, sonaron, desde las alturas, las notas del cuerno del jefe de los guerreros; inmediatamente, los atacantes desaparecieron de vuelta a los pantanos.

De repente, separando su montura de las demás, la mujer guerrero se lanzó hacia abajo, hacia el parapeto. Tex siguió disparando. Por un momento, pensó que ella iba a estrellar su lagarto contra ellos. Entonces, cuando sólo faltaba un segundo hizo ascender a su montura alada, en una subida de vértigo.

Su rostro parecía una máscara furiosa tallada en perla, pero sus pálidos ojos verdes reflejaban la duda, el inicio de un miedo terrible. Luego, la mujer desapareció, agachada sobre su corcel, con el cabello plateado tapándole el rostro.

Breska la observó mientras se marchaba y, suavemente, dijo:

—¡Por Marte!

Luego abrazó a Tex con toda la fuerza de que era capaz.

Dos voces cansadas, roncadas y desafinadas, persiguieron al jefe de los guerreros, de blanco cabellos, que se retiraba; y aquellas voces cantaban:

—¡Oh, no nos entierres en la pradera solitaria, ah, ah!

***FIN***

# PLANET STORIES 20c

STRANGE ADVENTURES ON OTHER  
WORLDS—THE UNIVERSE OF  
FUTURE CENTURIES

## CITADEL OF LOST SHIPS

A Novolet of Space Rovers  
by LEIGH BRACKETT

## SLAVES OF THE NINTH MOON

by  
ROSS ROCKLYNNE  
NELSON S. BOND  
R. R. WINTERBOTHAM  
HASSE & DE PINA



*La Guerra de los Pantanos solo podía acabar de una manera: con la derrota absoluta de las tribus que defendían su tierra y la entrega de esta a los colonos; bueno, o a las compañías mineras.*

*Stark había luchado en el lado de los bárbaros y junto con él lo habían hecho algunos desertores de la Guardia Venusiana, la unidad de élite de este planeta, que en su momento luchará en las Guerras Interplanetarias. El más famoso de los desertores fue sin lugar a dudas un oficial llamado Luhor que durante un tiempo luchó junto con Stark. Claro que quien ha roto una vez su juramento, es fácil que lo rompa de nuevo. Luhor traicionó a los habitantes de los pantanos y fue una de las causas de que fueran definitivamente derrotados. Stark tuvo que huir y a la luz de las lunas gemelas de Marte junto a la antigua ciudad de Sinharat hizo justicia al doble traidor.*

*¿Qué ocurre cuando un pueblo sin recursos pierde una guerra contra un poder mil veces más poderoso? Piense el lector en los indios de Norteamérica o en una época mucho más reciente, en los cristianos de Kosovo, Irak, Siria,... simplemente son exterminados. Los kraylenes de los pantanos de Venus tuvieron algo más de suerte, pues encontraron un valedor en Roy Campbell.*



## *La ciudadela de las naves perdidas*

*Era un mundo de gitanos, construido a partir de pecios espaciales, poblado por las pocas razas libres del Sistema Solar. Roy Campbell proscrito, buscado por la Coalición, penetró en sus profundidades para buscar un puerto de salvación para los kraylenes de Venus... solo para encontrarse con que se había metido en una trampa para cazar esclavos de la que no había escape.*

## *Capítulo 1*

Roy Campbell despertó totalmente dolorido. Su cuerpo hizo el movimiento instintivo, ciego, de agarrar el panel de control; sólo cuando sus manos tocaron el barro de la pared, suave y duro, comprendió que ya no se encontraba en ninguna nave y que la Guardia del Espacio no le estaba persiguiendo con sus cañones que disparaban la muerte.

Se recostó contra la pared, sudando copiosamente a través de su pecho poderoso, con los ojos abiertos de par en par y recordando. Podía sentirlo otra vez, como si el apresurado combate no hubiera terminado, podía sentir el tacto de su lisa nave, modelo Fitts-Sothorn, bajo el tranquilo control de sus manos, podía recordar el pincel de rayos perforando a través de la noche, buscándole a él, buscando su vida.

Pudo recordar la breve plegaria que había permanecido grabada en su memoria desde el momento en que luchaba tan hábilmente y con tanto peligro para evadirse de su incansable perseguidor.

Luego se acordó de un período nebuloso, en el que un cañón de rayos había

dejado su nave como una hoja sacudida por el viento y su cabeza se había golpeado dolorosamente contra el panel de control. Después, el breve tiempo en que había corrido furtivamente, buscando un lugar seguro; por último, las horas, llenas de humedad, en las que dormir era la única cosa del universo por la que imploraba.

Se volvió a recostar en el catre de armazón de piel, con un gesto intermedio entre sonrisa y maldición. Estaba sudando; su cuerpo, delgado pero fuerte, dio un tirón brusco. Encontró un cigarrillo, lo encendió al segundo intento y se sentó en silencio, escuchando cómo sus latidos disminuían de intensidad al tranquilizarse.

Entonces comenzó a preguntarse qué le había despertado.

Era de noche, la noche color índigo profundo de Venus. Más allá de la puerta abierta de la cabaña, Campbell podía ver los árboles liha, balanceándose ligeramente con la cálida y suave brisa. Parecía como si toda la noche se balanceara, como si fuera un velo azul oscuro.

Durante mucho tiempo, lo único que oyó fue el grito lejano de algún animal del pantano que había capturado a su presa. Después, un tambor comenzó a redoblar, penetrante y cruel a través del silencio azul.

Esto hizo que el corazón de Campbell saltase. El sonido no era fuerte, pero transportaba una nota, dura y densa, de salvajismo, algo tan primitivo como el pantano e igual de extraño, sin importar el tiempo que se hubiera vivido allí.

El redoble del tambor paró. Ahora comenzaba el segundo, o quizá el tercer preludeo del ritual. El primero debía haberle debilitado. Campbell miró a la puerta con sus ojos oscuros, forzando la vista.

Esta vez sólo había estado con los kraylenes dos días, que en su mayor parte había pasado durmiendo. En ese momento se dio cuenta de que, a pesar de su agotamiento, había sentido algo maligno en el pueblo.

Ocurría algo malo, muy malo, cuando el tambor redoblaba de esa forma durante la noche, húmeda y calurosa.

Se vistió con sus calzoncillos, pantalones, botas negras de hombre del espacio y salió de la cabaña. Nadie se movía en el pueblo. El único signo de vida era que el viento suave hacía crujir lentamente los techos de paja.

Campbell se encaminó hacia un sendero que pasaba bajo los susurrantes árboles liha. No llevaba nada más que los ajustados pantalones negros de su vestimenta espacial; el viento cálido tocaba su piel como si fueran manos suaves. Respiró hondo; olía a agua estancada, cálida y verde, a cosas que crecían, a...

Libertad, sobre todo olía a libertad. Éste era el único lugar en donde un hombre podía erguirse de pie y sentirse humano.

El redoble de los tambores comenzó de nuevo, como el latido del corazón de un hombre enfadado en la noche color índigo. Campbell tuvo un escalofrío. Los árboles se apartaron, mostrando una planta oscura y redondeada.

El cálido resplandor de una hoguera de vainas de liha iluminaba la escena. Un humo, dulce y aceitoso, se enrollaba entre las ramas. A través de los árboles se

percibía un oscuro destello de agua, pero también había otros destellos más próximos, más brillantes, más fieros, más mortales.

Los ojos brillantes de hombres, de hombres silenciosos, dispuestos en círculo alrededor de la planta.

Un hombre pequeño se encontraba doblado sobre un montículo en el centro. Su piel tenía el color blanco azulado de la leche batida; llevaba un faldellín de escamas iridiscentes. Su cara tenía un sutil aspecto de reptil, con las mandíbulas anchas y la barbilla terminada en punta.

Una cresta de plumas brillantes comenzaba en los pliegues de su frente y descendía por la columna vertebral hasta la cintura; realmente no eran plumas pero era el vocablo más parecido que Campbell era capaz de encontrar. Ahora estaban erectas, brillando a la luz del fuego.

Tenía un tambor entre sus rodillas; cuando comenzó a tocarlo, dejó de ser un simple tambor para transformarse en su propio corazón que cantaba y latía con odio.

Cambell se detuvo próximo al círculo. Todavía tenía sus nervios tensos por su encuentro, casi fatal, con la Guardia del Espacio; seguía con todo el cuerpo lleno de pequeños pinchazos.

Anteriormente, nunca había visto algo como aquello.

El hombre pequeño se balanceaba ligeramente, mirando el humo. Tenía los ojos medio cerrados. El tambor era parte de él y de la noche color índigo. También era parte de Campbell, latiendo en su sangre.

Era el corazón del pantano, llorando con un odio y una angustia crecientes, tan desnudos como Adán y Eva en la mañana de la Creación.

Cambell debió realizar algún movimiento involuntario, porque un hombre que se encontraba de pie en un extremo de la planta volvió su cabeza y le vio. Era alto y delgado; su cresta era totalmente blanca, lo que constituía un signo de ancianidad.

Se volvió y se encaminó hacia Campbell, mirándole con sus ojos opalescentes. La luz del fuego, al iluminar el oscuro rostro del terrestre, le proporcionaba un relieve afilado, con ángulos agudos que manifestaban dureza; la nariz de puente elevado había sido rota y no se había compuesto adecuadamente; la boca era arisca.

Cambell preguntó en puro venusiano líquido:

—¿Qué es esto, Padre?

Los ojos del kraylen se dirigieron al pecho desnudo del terrestre, del que nacía un vello negro; bajo este vello, unas líneas plateadas y azul profundo se extendían y retorcían formando un intrincado tatuaje, realizado con exquisita habilidad.

La cresta blanca del anciano se movió, indicando algo.

Cambell se dio la vuelta y se retiró siguiendo el camino por donde había venido. El viento y los árboles liha y el calor de la noche azul latían con el enfado y el odio de un hombre pequeño con un tambor.

Ninguno habló hasta que se encontraron de vuelta en la cabaña. Cambell encendió una lámpara que humeaba. El anciano kraylen dio un suspiro largo, largo.



—Mi casi hijo —dijo—. Esta es la última vez que puedo darte refugio. Cuando estés bien, debes irte y no volver nunca más.

Campbell le miró.

—¡Pero Padre! ¿Por qué?

El anciano extendió sus largas manos de color azul blanquecino. Su voz era triste.

—Porque nosotros, los kraylenes, habremos cesado de existir.

Por un minuto, Campbell no dijo nada; se sentó en el catre de armazón de piel y se apartó el pelo moreno de la frente, con sus manos.

—Cuéntame Padre —dijo tranquilamente y con tristeza.

La cresta blanca del kraylen se ondulaba a la luz de la lámpara.

—No es tu lucha.

Campbell se levantó.

—Tú has salvado mi cuello más veces de las que puedo contar, me has aceptado como uno de los tuyos; he sido más feliz aquí que en ningún... bueno borra esto. No digas que ésta no es mi lucha.

La pálida y vieja cara triangular sonrió. Pero la cresta blanca se sacudió.

—No, realmente no es una lucha. Sólo muerte, somos una tribu moribunda, un simple resto del antiguo Venus. ¿Qué más da si morimos ahora o más tarde?

Campbell encendió un cigarrillo con movimientos bruscos y rápidos. Su voz sonaba dura cuando dijo:

—Padre cuéntamelo todo y rápido.

Unos ojos opalescentes se encontraron con los suyos.

—Es mejor que no lo haga.

—¡Te digo que me lo cuentes!

—Muy bien —dijo el anciano con un suspiro—. A pesar de todo, lo oirás. ¿Recuerdas la ciudad fronteriza de Lhi?

—Sí, la recuerdo —los dientes de Campbell, blancos y brillantes, resplandecieron—. Cada piedra sucia tiene allí su sitio, desde la estación de bombeo hacia arriba. El mejor sitio en los tres planetas para enfrentarse con tipos duros.

Se calló; de repente se sintió molesto. El kraylen dijo gentilmente:

—Hijo mío, tienes tus negocios, pero has estado ausente mucho tiempo. Lhi ha cambiado. La administración de la Coalición Tierra-Venus la ha ocupado y convertido en el centro administrativo de la provincia de Tehara.

Al mencionar a la administración de la Coalición, los ojos de Campbell adquirieron un brillo cálido y duro.

—Sigue —animó.

La cara del anciano parecía tallada en mármol; su voz sonaba rígida y distante.

—Han entrado hombres en los pantanos; nos han llegado noticias de que parece que hay carbón aquí, y petróleo, y ciertos minerales apreciados por los hombres. Drenarán muchas millas de pantanos para trabajar allí.

Campbell dejó salir, muy lentamente, el humo de sus pulmones.

—¿Y qué va a pasar con vosotros?

El kraylen se retiró y se puso de pie en el cuadrado índigo de la puerta. El distante tambor lloraba y gritaba. Hacía calor, pero sobre el cuerpo de Campbell el sudor se quedaba frío.

La voz del anciano sonó distante, palpitante, llena de enfado, como el tambor. Cambell tuvo que esforzarse para entenderla.

—Nos deportarán a campamentos junto a las grandes ciudades. En pequeños grupos, de forma que primero seremos divididos y nuestro pueblo roto. Muchos pagarán por vernos, los extraños restos del antiguo Venus. Pagarán por nuestras habilidades para curar la piel de quien haya enfermado de leshen, para escribir música singular y hacer tatuajes. Nos haremos ricos.

Campbell dejó caer el cigarrillo y lo pisó en el sucio suelo. Venas prominentes se marcaron en la frente de su rostro cruel. El anciano susurró:

—Antes moriremos.

Había pasado mucho tiempo desde que alguno de los dos había hablado. El redoble de los tambores se había detenido, pero su eco latía en el pulso de Campbell. Miró a sus fuertes manos, extendidas sobre sus rodillas y tragó saliva, porque las venas de su cuello estaban hinchadas y le dolían. Luego dijo:

—¿No podríais retiraros hacia el interior de los pantanos?

El anciano kraylen contestó sin moverse. Seguía en la puerta, observando el balanceo de los árboles y el viento suave.

—Allí viven los nahalies<sup>[1]</sup>; además no hay agua limpia ni tierra para sembrar. No somos comedores de lagartos.

Sombríamente, Campbell dijo:

—Yo he visto acontecer esto antes, en la Tierra, en Marte, en Mercurio y en las lunas de Júpiter y Saturno. Gentes débiles expulsadas de sus hogares, privadas de su forma de vida, explotadas y tomadas como idiotas en los puestos comerciales. Gentes débiles que no se preocupaban del progreso, ni de hacerse ricas. Gentes débiles que sólo querían vivir, respirar y que las dejaran tranquilas.

Se levantó con un impulso rápido y salvaje, tomó y arrojó una calabaza de agua contra la esquina, donde se rompió, y entonces se volvió a sentar. Estaba tiritando. El anciano kraylen dijo:

—¿Gente débil cómo tú, hijo mío?

Campbell se encogió de hombros.

—Quizá. Habíamos trabajado en nuestra granja durante trescientos años. Mi padre no quería venderla. Ellos se las ingenieron para condenarla. Ahora está bajo el agua, junto al dique en el que construyeron las grandes fábricas.

—Lo siento.

Campbell miró hacia lo alto y su rostro se suavizó.

—Nunca lo comprenderé, — dijo —. Tu gente son los ciudadanos más cumplidores de las leyes de todos los que he conocido. No os gustan los extranjeros;

sin embargo, en el calor de la pelea, yo me he ocultado aquí, feo como un dragón del pantano, y tú...

Se detuvo. Probablemente era la excitación la que estaba haciendo que se le hiciera un nudo en la garganta. El humo de la lámpara le irritaba los ojos; parpadeó y se agachó para colocar la lámpara en otro lugar.

—Hijo mío, estas herido y tienes problemas. Tu pelea contra la policía no fue cosa nuestra. Nosotros habríamos ayudado a cualquiera; después, mientras tenías fiebre y tus defensas estaban bajas, nos mostraste que necesitabas ayuda y no sólo para tu cuerpo. Te dimos lo que pudimos.

—Sí, —dijo Campbell hoscamente. No dijo nada, pero sabía muy bien lo que los kraylenes le habían dado y cómo habían evitado que se volviera completamente loco.

Ahora los kraylenes iban a seguir el camino que tantos otros habían seguido antes, pajas barridas por la gran escoba del Progreso. Nada podía detener este proceso. El imperio de la Tierra se extendía a través de los planetas, construyendo, negociando, destruyendo con el paso del tiempo costumbres y razas para hacer dinero, y encerrando a todos en la jaula de la eficiencia construida con barrotes de acero brillante.

Una jaula en la que una oveja podía vivir relativamente feliz, bien alimentada y opulenta. El problema era que Campbell no era una oveja. Lo había intentado, pero no había podido sintonizar esta melodía. Era un lobo solitario que ahora preocupaba al rebaño.

En poco tiempo, no quedaría en el sistema solar un solo lugar en el que un hombre pudiera erguirse sobre sus propios pies y respirar.

Se sintió envarado; se levantó y caminó hacia la puerta observando a los árboles removerse en la cálida oscuridad color índigo. Los árboles desaparecerían. Serían sustituidos por pozos y minas, escoria y hollín, maquinaria estruendosa, y hombres con camisas manchadas por el sudor, trabajando noche y día para hacer crecer la producción.

La boca de Cambell se torció con un gesto amargo y sardónico y dijo con suavidad:

—¡Que Dios ayude a los improductivos!

El anciano kraylen murmuró:

—¿Qué les pasó a los demás, hijo mío?

Los delgados hombros de Campbell se giraron.

—Algunos murieron, otros se sometieron, el resto...

Se giró tan rápidamente que el anciano se encogió de miedo. Los ojos oscuros de Campbell tenían una luz cálida y su rostro estaba claramente excitado.

—El resto, se fueron a Romany —dijo con sencillez.

Entonces habló. Con urgencia, recorriendo la cabaña con zancadas felinas, intentando recordar cosas que había oído en alguna ocasión, pero a las que no había prestado mucha atención. Cuando estaba pensando, el kraylen le dijo:

—Esto sería mejor, infinitamente mejor, pero... —Extendió sus manos pálidas y largas y su cresta blanca se abatió — . Pero no hay tiempo. Los hombres de la administración vendrán dentro de tres días para llevársenos, este es el tiempo que se fijó. Y dado que no vamos a ir...

Campbell pensó en lo que les había sucedido a otras tribus rebeldes. Se sintió enfermo, pero consiguió que su voz sonara firme.

—Padre, esta vez tendremos esperanza. Romany ahora se encuentra en órbita, en torno a Venus; al venir hacia aquí, casi me estrellé con ella; en cualquier caso lo voy a intentar. Si no lo consigo... bien, dales evasivas todo el tiempo que puedas.

Recordando el tambor y la forma en que los hombres miraban, no pensó que las evasivas pudieran durar mucho tiempo. Se puso una camisa amplia de seda verde de araña, se abrochó sobre un hombro el cinturón de su pesada pistola de agujas y tomó su guerrera negra.

Puso su mano en el hombro del kraylen y sonrió.

—Padre, me ocuparé de esto.

Los ojos opalescentes del anciano estaban ensombrecidos.

—Quisiera poder detenerte; no hay esperanza para nosotros, y tu estás caliente ¿Es así como se dice?

Campbell hizo una mueca más bien triste.

—Sí se dice caliente, mejor dicho ¡Quemando! La Coalición se vuelve terriblemente loca cuando alguien vuelve contra ella sus atracos realizados en fraude de ley. Pero yo estoy acostumbrado a hacerlo.

Estaba empezando a entrar luz desde el exterior. El anciano dijo con tranquilidad:

—Que los dioses te acompañen, hijo mío.

Campbell salió, pensando que los iba a necesitar.

Era completamente de día cuando llegó a la nave que tenía oculta. Una esbelta Fitts-Sothorn con alimentación especial, parecida a cualquier otra nave espacial. Al pasar rápidamente por la escotilla, miró el bochornoso color verde de los árboles liha bajo el cielo color perla con matices grisáceos; la niebla blanquecina le llegaba a la cintura.

Pasó largo tiempo frente a sus cartas de navegación, alimentando con números sus calculadoras. Cuando alcanzó un resultado que le convenía, hizo despegar su Fitts-Sothorn con sus hélices ronroneantes, volando por encima de los profundos pantanos. Se sintió mejor con la nave bajo su control.

La vigilancia de la Patrulla Planetaria sobre los pantanos profundos era pequeña, pero era vigilancia. Campbell tenía los nervios tensos. La tensión siguió creciendo, conforme se aproximaba al lugar en donde iba a comenzar su salto al espacio.

En ese momento, cuando iba a alcanzar el interruptor de encendido de los cohetes, una pequeña luz roja comenzó a brillar en el panel de indicadores.

Alguien le enfocaba con un rayo detector, tenía la certeza moral de que ese

alguien era una nave voladora de la Patrulla.

## Capítulo 2

Había algo en la atmósfera de Venus que hacía imposible el ver a través de ella a larga distancia, ni siquiera con rayos infrarrojos. El dial de intensidad mostraba que la nave de la Patrulla estaba todavía lejos; probablemente, aún no sospechaba nada, si bien resultaba extraño encontrar naves vagabundeando sobre los pantanos.

En un minuto, la nave de los policías estaría pidiendo información; mandaría a la Fitts-Sothorn un mensaje con sus detectores de masas. Campbell no pensaba esperar. Hizo que los cohetes entraran en ignición, manteniéndolos a baja potencia, mientras los tubos se calentaban; aun en estas circunstancias, se encontraban dispuestos.

La Fitts-Sothorn se elevó siguiendo una trayectoria en espiral. La luz roja tembló, se apagó y volvió a encenderse. La nave de la policía era muy buena con su rayo. Campbell introdujo más combustible.

La luz roja se volvió a apagar, pero la nave de la Patrulla intentaba enfocarle ahora con todos sus rayos, extendiéndolos como si fueran una red de pesca. La Fitts-Sothorn cruzó uno de los rayos, evitó otro, volvió a cruzar otro pero esta vez no se rompió.

Campbell sintió de repente en todo su cuerpo una sacudida atroz.

—Rayos tractores, — dijo —. ¿No es así?

Los cohetes reactores propulsores ahora estaban verdaderamente calientes; en ese momento los disparó. Por un instante infinitesimal, la Fitts-Sothorn, con su casco de triple abrazadera vibrando, se mantuvo quieta. Campbell apretó los dientes.

Luego se elevó como un relámpago a través de la red de rayos. Campbell manejó con habilidad los controles, dirigiendo los reactores. La nave saltaba y se estremecía de forma salvaje. La nave de los policías no tuvo tiempo de enfocar toda su potencia sobre ninguna parte de la nave de Campbell. La baja potencia de la Fitts-Sothorn era una molestia, pero nada más.

Campbell pasó por encima de la nave de la Patrulla y se dirigió en la dirección contraria a la que intentaba seguir, ascendiendo en espiral hasta que estuvo seguro de que la había dejado atrás; luego volvió a descender nuevamente.

La nave de la Patrulla no estaba esperando a que volviera. El piloto estaba concentrado en a dónde habría ido Campbell, no en dónde estaba. Campbell hizo una mueca, abrió completamente la válvula y siguió deslizándose por la curva del planeta hasta encontrar la sombra de la noche, de avanzaba a su encuentro.

No se encontró con ninguna otra nave. Estaba alejado de las rutas comerciales y se movía tan rápidamente que sólo la suerte podía seguirle de cerca. Esperaba que la

patrulla reuniera más naves y fuera a buscarle allí donde le habían perdido. Esperaba que no le persiguieran mucho tiempo.

En ese momento ascendió, y una vez fuera de la atmósfera, amortiguó e hizo descender la velocidad de los reactores. Su negra nave se fundió indistinguiblemente en la negra sombra del planeta. Siguió bajando la velocidad aún más, hasta compensar únicamente la atracción gravitacional de Venus y comenzó a desplazarse lentamente hacia un punto marcado en la carta de astrogración.

Una nave de la Patrulla Exterior pasó por allí, pero demasiado lejos para molestarse por Campbell. Encendió un cigarrillo con manos nerviosas; sólo había fumado la cuarta parte del mismo cuando el objeto que había estado esperando surgió en el espacio.

Su rayo infrarrojo lo mostraba claramente. Una masa redonda con forma de plato de aproximadamente una milla de diámetro, formada por tres niveles de naves espaciales. Cascos antiguos y oxidados, cosas agujereadas que habían muerto y no habían sido decentemente enterradas, que se mantenían unidas, formando una masa sólida, por largas tuberías fijadas a sus estructuras.

Cuando Campbell había encontrado esto anteriormente, tenía mucha prisa para hacer algo más que maldecirlo por haberse interpuesto en su camino. Ahora pensó que esta cosa era algo lastimoso, una masa de chatarra olvidada de Dios; por eso se había maravillado de por qué la gente se molestaba en ir a vivir allí.

Tocó la válvula, tentado de volver a los pantanos. Luego pensó en lo que iba a suceder cuando volviera y siguió adelante.

—¡Diablos, puedo ver el interior!

No sabía nada sobre la estructura interna del Romany, qué le hacía mantenerse así, ni cómo. Sabía que Romany no le tenía ningún cariño a la Coalición, pero si estaban dispuestos a dar refugio a criminales, era otra cuestión.

No sería extraño que les hubieran dado pasquines con fotos de Roy Campbell y les hubieran dicho que vigilaran para encontrarlo. Pensando en la recompensa que ofrecían por él, Campbell hubiera querido no ser tan famoso.

Romany le recordaba una ratonera circular pasada de moda. Una vez dentro, no podría salir fácilmente.

—¡Por todos los idiotas plateados de platino! —gruñó de repente — , ¿Por qué estoy jugándome el cuello por una banda de semihumanos que se arrastran por los pantanos?

No respondió a esta pregunta. El borde delantero de Romany parecía lanzado como un cuchillo hacia él. En algunos de los cascos había luces, principalmente en nivel superior. Campbell tomó la radio.

Tenía que contactar con los grandes jefes; ningún otro le podía proporcionar lo que necesitaba. Por ello, tendría que pasar directamente por la puerta superior delantera, y anunciarse a sí mismo. Después de esto...

En el manual aparecía la longitud de onda que necesitaba. Ajustó los diales y los

verniers, deseando que sus manos no sudaran demasiado.

—Nave espacial Estrella Negra llamando a Romany. Llamando a Romany...

Su pantalla fulguró, parpadeó y al final se iluminó.

—Romany recibiendo. ¿Quién eres y qué quieres?

La pantalla de Campbell le mostró un hombre joven; pensó que era un taxil de algún lugar atrasado de Mercurio. Era de color negro ébano y guapo; parecía como si la visión de Campbell le hubiera producido el mismo efecto que beberse una cerveza rancia.

—¿Eres un tío simpático, verdad? —dijo Cambell—. Soy Thomas Black, comerciante de Terra y quiero pasar a bordo.

—Eso requiere el correspondiente permiso.

—Si, vale, ponme con el mandamás.

Entonces, el taxil le miró como si estuviera oliendo algo que llevaba mucho tiempo muerto.

—¿Es posible que quieras hablar con Eran Mak el consejero en jefe?

—Es posible, —admitió Campbell—. Hablaré —Si el resto de los gitanos eran algo parecidos a éste, seguro que odiaban a la gente de fuera.

Bien, él no se lo reprochaba. La pantalla se volvió borrosa y siguió de la misma forma; mientras, Campbell se fumó tres cigarrillos y agotó su excelente vocabulario. Luego, la pantalla se iluminó de repente.

Eran Mark sonaba a marciano, pero el hombre que apareció en la pantalla no era marciano. Era un terrestre con un rostro que parecía una cuña de granito y un cuerpo delgado que era todo huesos y ángulos que sobresalían.

Su cabello era fino, rojo pálido y enmarañado. Su boca era fina; incluso sus ojos eran estrechos, pequeñas ranuras de azul pálido sin pestañas. A Campbell le desagradó inmediatamente.

—Soy Tredrick —Su voz sonaba poco convincente, semejante al rumor que se hacía al pasear sobre gravilla fría—. ¿Por qué quiere aterrizar señor Black?

—Traigo un mensaje del pueblo de los kraylenes. Necesitan ayuda.

Los ojos de Tredrick llegaron a ser, si es que era posible, más estrechos y más pálidos.

—¿Ayuda?

—Sí, ayuda —Campbell tuvo una sospecha repentina, fue un parpadeo que vislumbró en las fracciones e granito de Tredrick, cuando dijo la palabra kraylen. Entonces, continuó lentamente —. La Coalición está avanzando sobre ellos. He oído decir que el pueblo de los Romany presta ayuda en casos semejantes.

Hubo un instante de silencio tenso.

—Lo siento, — dijo Tredrick —. No hay nada que podamos hacer.

El rostro moreno de Campbell se puso rígido.

—¿Por qué no? Ayudasteis al pueblo de Shenyat de Ganímedes<sup>[2]</sup> y a los habitantes de las Tierras Secas de Marte. Esto es Romany ¿No? Un refugio para gente

como ésta.

—Como los latnik, hay muchos que tú no conoces. Esta vez no podemos ayudar a nadie. Lo siento Black, por favor aparta la nave.

La pantalla se apagó. Campbell la miró con ojos cansados. *Al infierno con eso de que lo sientes, en cualquier caso ¿Qué dan aquí?* Empujó el transmisor con una mano. De repente, volvió a aparecer el taxil mirándole desde la pantalla.

El aspecto hostil había desaparecido, lo había reemplazado el enfado pero no con Campbell. El taxil dijo con una voz débil y rápida.

—¿No mientes al decir que vienes de parte de los kraylenes?

—No, no estoy mintiendo —se abrió la camisa y mostró su tatuaje.

—Señor Black aparque la nave y haga contacto con uno de los cascos exteriores, en el nivel inferior. Encontrará escotillas de emergencia en alguna de las tuberías. Entre y espere —Sus ojos oscuros tenían un brillo salvaje—. Algunos de nosotros, señor Black, ¡Todavía consideramos a Romany como un refugio!

Campbell apartó la nave; sus nervios seguían tensos; había notado algo aquí, algo grande y feo. Había notado un cierto tono preocupante en la voz del taxil. Tenía otra cosa en la cabeza, algo importante relativo a los kraylenes. ¿Por qué los kraylenes, de entre todos los pueblos de poca importancia de Venus?

Problemas en Romany, el mundo de los gitanos, el hijastro del Sistema Solar. ¿Qué negocios podía hacer con un Enemigo Público? Después pensó en el tambor redoblando en la noche índigo y en un anciano observando cómo el cálido viento removía los árboles de liha.

Roy Campbell se insultó a sí mismo, suspiró y extendió sus delgadas manos morenas para tocar los controles.

Descubrió un antiguo carguero Krub en el borde del nivel inferior, unido a los deshechos que tenía por compañeros mediante secciones de una tubería de doce pies de diámetro. Había una escotilla en una tubería con cierre de rueda.

La Fitts-Sothorn se deslizó con exquisita elegancia hasta tocar la tubería, lanzó sus grapas magnéticas y dispositivos de succión. La escotilla cubrió exactamente la portezuela de la nave. Campbell se levantó; estaba sudando como un gato. Con cuidado, se colocó su voluminosa pistola en la pistolera de la cadera; luego pasó por la escotilla.

Probó con cuidado las grapas y el dispositivo de succión, y abrió la escotilla sin tocar el metal helado; dentro había una estancia con aspecto cilíndrico. Campbell se humedeció los labios resacos con la lengua, se encogió de hombros y comenzó a subir.

Llegó a un lugar tan negro como un saco de carbón; el aire era tenue y muy frío. Campbell, con su camisa de seda, tiritó. Colocó su mano sobre el gatillo de su pistola y dio, con cuidado, dos pasos, alejándose de la escotilla, deseando estar en otra parte. Una fría luz verde apareció ante él de la nada; medio giró su pistola, pero no tuvo tiempo de disparar.



Algo le golpeó un centro nervioso en un lado del cuello. Su cuerpo cayó en la inconsciencia, desplomándose de bruces y así quedó, luchando con todas sus fuerzas para moverse, para lograr un pequeño movimiento de sus músculos. Vagamente, sintió que alguien pasaba sobre él. Pestañeó por la luz verde y oyó la voz suave y profunda de un hombre diciendo, desde la oscuridad detrás de él:

—¿Qué te hace pensar que puedas seguir con este juego?

Campbell lo intentó tres veces antes de poder decir.

—¿Con qué?

—Espiendo. ¿Se cree Tredrick que somos niños?

—No lo sé, —esta vez le era más fácil hablar; su cuerpo estaba empezando a desvanecerse nuevamente, como una pantalla de televisión. Intentó cerrar la mano y no lo pudo hacer; no importaba, le habían quitado la pistola.

Algo se movió ante la luz, el cuerpo de un hombre enorme, lleno de músculos de color bronce oscuro. Se arrodilló como un felino junto a Campbell. Los adornos de metal de su faldellín hicieron un ruido metálico. Llevaba un collar enjorjado alrededor de su garganta, las piedras preciosas tenían un brillo maligno.

La voz suave y profunda dijo:

—¿Quién eres?

Campbell intentó que su cuerpo se recuperara lo más rápidamente posible. El rostro del hombre estaba en las sombras. Campbell miró hacia arriba con ojos furiosos y consiguió levantarse. El gigante arrodillado apartó su mano derecha, en la que brillaba la luz verde. Campbell le miró la garganta, mientras su cara llegó a ser una máscara irregular tallada en madera oscura.

El brazo tenía músculos fuertes y hermosos, pero donde debiera estar la mano había un arnés de cuero que sujetaba un gancho de bronce marciano pulido.

Campbell se dio cuenta de lo que le había golpeado, la dura curva del gancho, más potente que el filo de cualquier mano. La punta le había pinchado la garganta en el lado izquierdo; el hombre dijo con suavidad:

—Sigue tumbado, enano, y contesta.

Campbell seguía tumbado, no había nada que hacer.

—Soy Thomas Black, si esto te ayuda — dijo —. ¿Quién eres tú?

—¿Qué te dijo Tredrick que hicieras?

—Que me fuera al Infierno. ¿Qué tiene que ver con vosotros? —Si el taxil estaba divulgando quién era él, sería mejor apresurarse. Campbell decidió aprovechar la oportunidad, el tío con el gancho no parecía simpatizar con Tredrick—. El chico negro de la estación de radio, me dijo que subiera a bordo y esperara. Parece que a él también le molesta Tredrick y a mí. Esto nos hace a todos compañeros ¿Verdad?

—Mientes enano —la voz profunda hablaba con seguridad—. Fuiste enviado como espía. ¡Responde!

La punta del gancho colaboró a la exclamación. Campbell hizo una mueca de dolor; no quería que le llamaran enano. No recordaba haberse sentido tan indefenso

nunca.

—Malditos sean tus ojos — dijo —. No estoy mintiendo, pregúntale al taxil y te lo dirá.

—¿Y traicionarlo a Tredrick? Enano, eres astuto.

El gancho se clavó más profundamente. El cuello de Campbell comenzó a sangrar. Se dio cuenta de que todo iba mal. Se preguntó si tendría alguna oportunidad de darle al hombre una patada en el estómago antes de que le desgarrara el cuello; intentó apartarse algo más adelante, pero la pared de la tubería no le dejaba.

Entonces, de repente, se oyó una voz de mujer desde más allá de la luz verde. Campbell se sobresaltó; no había pensado que hubiera nadie más allí. Ahora era obvio que alguien sujetaba la luz.

—Espera Marah —dijo la voz—, Zard me está llamando ahora mismo.

Era una voz débil pero clara y musical. Campbell la habría adorado aunque fuera discordante, pero ésta hizo que sus nervios sintieran un éxtasis absoluto.

El gancho se apartó un poco de la herida que había hecho. Campbell levantó un poco la cabeza. El borde inferior de la luz verde mostraba un par de pies con sandalias. Las piernas, blancas y desnudas que estaban encima, eran tan hermosas como la voz y en el mismo sentido que ella.

Hubo un largo silencio. Marah, el hombre del gancho, volvió ligeramente su rostro a la luz; era alargado, con cicatrices y duro como el bronce forjado. Sus ojos eran de color ámbar ahumado, colocados bajo una mata de cabello leonado.

Después de un tiempo bastante largo, la mujer volvió a hablar. Su voz era diferente esta vez; estaba enfadada y el enfado le hacía cantar y redoblar como un tambor kraylen.

—Marah, el terrestre está diciendo la verdad. Zard le envía, está aquí por los kraylenes.

El gigante, un marciano de las Tierras Áridas, de algún lugar próximo a Kesh, según pensó Campbell, dijo apresuradamente:

—¡Los kraylenes!

—Solicitó ayuda, y Tredrick lo despidió —La luz se aproximó—. Pero esto no es todo Marah. Tredrick nos ha descubierto. El Viejo Ekla habló ¡Nos están esperando en la nave!

## *Capítulo 3*

Marah se volvió. Sus ojos tenían un matiz verdoso, semejantes a los de un león que estuviera de caza; luego dijo:

—Lo siento, enano.

Ahora Campbell se puso de pie y dijo:

—No te preocupes, —luego añadió severamente—. Un error natural —Miró el gancho, se limpió la sangre del cuello y se sintió enfermo; terminó diciendo —. Me llamo Black, Thomas Black.

—¿No te llamarás Campbell, Roy Campbell? — dijo la mujer. Campbell bizqueó en la luz, sin decir nada, y ella añadió — . Tú eres Roy Campbell; la Guardia del Espacio estuvo buscándote aquí hace poco. Dejaron tu fotografía.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo, soy Roy Campbell.

—Esto, — dijo Marah suavemente — ¡ayuda un montón! —Habría dicho esto en cualquier caso. Su gancho brilló salvajemente en la luz verde.

—Hay problemas aquí, en Romany: una guerra civil; antes de que termine, van a morir hombres, quizá ahora mismo. ¿De qué lado estás?

—¿Cómo lo voy a saber? La Coalición está atacando a los kraylenes; yo les debo algo; por esto he venido aquí, a pedir ayuda. ¡Sí, ayuda!

—La tendrás, —dijo la mujer — . La tendrás de alguna manera... si alguno de nosotros sobrevive.

Campbell levantó sus cejas morenas.

—¿Qué pasa aquí?

La suave voz de la mujer rebotó contra las paredes de la tubería.

—Hace mucho tiempo, había pocas naves, viejas naves atestadas de personas sin hogar, nómadas que vivían de vender su artesanía en los espaciopuertos, que eran odiados como una amenaza a la navegación y sospechosos de robar; quizá fueran ladrones. Tenían hambre, frío y resentimiento. Pasado un tiempo, las naves comenzaron a unirse; de esta manera, la vida era más fácil; podían compartir comida y combustible; también hablar e intercambiar ideas. El espacio ya no era tan solitario. Más y más naves se fueron uniendo. Pronto hubo muchísimas, casi un nuevo mundo.

»Le llamaron Romany, según el nombre de un antiguo pueblo nómada de la Tierra, ya que los habitantes de este mundo, a su manera, también eran gitanos.

»Siguieron con sus antiguas costumbres; comerciaban con la ruidosa gente de los planetas de los que habían huido, pero éstos les odiaban, como los gitanos siempre habían sido odiados.

»No era una vida fácil, pero eran libres. Podían aguantar cualquier cosa, en tanto fueran libres y siempre, en cualquier parte del Sistema Solar en donde una pequeña tribu estaba siendo destruida y necesitaba ayuda, las naves de Romany acudían en su auxilio.

Su voz se apagó. Campbell volvió a pensar en el tambor de los kraylenes cantando su angustia en la noche color índigo.

—Este fue el credo de Romany, — susurró la mujer —. Siempre ayudar, siempre prestar refugio a los pueblos débiles que no se podían adaptar al progreso, que sólo querían morir en paz con dignidad; ahora...

—Ahora —dijo Marah sombríamente—, hay una guerra civil.

Campbell dio un largo suspiro; la voz de la mujer seguía latiendo en su interior; su cuello estaba rígido.

—¿Tredrick?

Marah asintió.

—Tredrick; pero hay más que esto; si sólo fuera Tredrick, no sería tan malo.

Se pasó la curva del gancho por su barbilla y sus ojos brillaron como las llamas de una candela.

—Romany envejeció y se hizo débil; éste es el verdadero problema, decadencia; si no, Tredrick hubiera sido expulsado al espacio hace mucho tiempo; hay viejos en el Consejo, que sólo piensan en su comodidad...

—Lo sé. ¿Cuál es la perspectiva de Tredrick?

—No lo sé, es un hombre extraño; no puedes comprenderle; algunas veces pienso que está trabajando para la Coalición.

Campbell frunció el ceño.

—Quizá. Los gitanos tenéis muchos talentos y algunas habilidades únicas; he conocido a algunos de vosotros. Quién os controle puede considerarse afortunado; a la Coalición también le gustaría. La mujer dijo con amargura:

—Y, en el peor de los casos, siempre nos podrían exhibir. ¡Hacer excursiones a distintas secciones de mundos perdidos!

—Tredrick es el hombre fuerte —dijo Marah—. Eran Mak es el consejero jefe, pero hace lo que le dice Tredrick. La idea es que si Romany deja de crear problemas a las coaliciones planetarias, se nos concederán órbitas regulares, comercio regular y así sucesivamente.

—En otras palabras —dijo Campbell—. Romany dejaría de existir.

—Lo entiendes; un cachorro extraño, una atracción para turistas, una buena fuente de ingresos, —el gancho volvió a brillar salvajemente—. ¡Un maldito circo!

—Tredrick ha decidido que tú estas amenazando el futuro de Romany con la rebelión, y por eso te ha señalado con el dedo.

—Exacto, —la mirada de Marah, brillante y dura se cruzó con la de Campbell.

Campbell pensó en la Fitts-Sothorn que estaba fuera y en los lugares a los que podía ir. Había montones de naves de la Coalición para abordar y lugares sin ley para gastar el botín. Todo lo que tenía que hacer era irse.

Pero estaba la voz de la mujer, con una nota que recordaba el redoble de un tambor furioso, estaba la voz de un anciano murmurando: *¿Gente débil cómo tú hijo mío?*

Era divertido cómo uno, estando sólo, no terminaba de conocerse y, de repente, encontrarse con gente y darse cuenta que ya no estaba sólo y que los comprendía. Le había pasado así con los kraylenes y le volvía a pasar ahora. Campbell se encogió de hombros

—Me daré una vuelta —Y añadió con irritación—. Hermana, por amor de Dios.

¿Puedes apartar esa luz de mis ojos?

Ella se movió, bajó la luz y dijo:

—Me llamo Moore, Stella Moore.

Campbell hizo una mueca y dijo:

—Lo siento, pero ¿tienes cara?

No era hermosa; era pálida y su rostro tenía forma de corazón rodeado por una masa de desordenado cabello rojo dorado; tenía grandes ojos grises, bajo cejas de un rubio oscuro que nunca habían sido depiladas y unos labios rojos y malhumorados.

Sus dientes eran blancos y desiguales cuando sonreía. A Campbell le gustaron. El rojo de sus labios era natural. Llevaba una túnica corta de color uvas de Tokay; el cuerpo que estaba debajo era alto y bien construido; sus brazos y piernas tenían la blancura de la perla.

Marah dijo despacio:

—Contacta con Zard; dile que deje el sistema PA totalmente abierto y dile que vamos a tomar una nave para ir a buscar a los kraylenes.

Stella permaneció absolutamente rígida. Sus ojos grises tomaron un aspecto fantasmal y remoto. Campbell sintió un escalofrío. Había conocido la telepatía entre los pueblos atrasados del sistema, pero nunca le había parecido normal.

Luego ella dijo:

—Ya está comunicado, —y volvió a ser humana. La luz verde se apagó, la mujer explicó — : No la necesitamos; deme su mano señor Campbell.

Así lo hizo, sin ninguna repugnancia.

—Mis amigos generalmente me llaman Roy —Ella se sonrió y comenzaron a moverse rápidamente en la oscuridad negra y helada.

La nave, al parecer, estaba en el segundo nivel, junto a los barrios habitados. Debajo se encontraba la maquinaria que mantenía vivo a Romany, proporcionando calor luz, agua, aire, refrigeración y muchos tanques de almacenamiento.

El tercer nivel era una enorme granja hidropónica, donde crecía el grano, la fruta y la verdura que alimentaba a los miles de habitantes de Romany.

Dando tumbos a través de tuberías y cascotes de navíos desmantelados, que olían a verduras secas y aceite, avanzaron hasta donde los líderes rebeldes habían mantenido una reunión secreta. Marah y la chica estaban de regreso cuando encontraron a Campbell. Tomaron la decisión de rescatar a los kraylenes, pasara lo que pasara.

Conocían a los kraylenes desde antes de que Campbell les contara su historia. Los gitanos que comerciaban en Lhi les habían traído la noticia. Ahora los kraylenes se habían convertido en un símbolo del choque entre los dos puntos de vista opuestos.

Recordando la delgada cara de Tredrick, Campbell se preguntó cuántos quedarían vivos para tomar la nave. Gradualmente, llegó a oír un sonido rítmico que se transmitía por las paredes de metal.

—Martillos, —dijo Stella suavemente — . Martillos y soldados, quitando el óxido para mantener vivo Romany. Nada de este mundo es rechazado como basura

—Su voz se hizo más débil—. Incluyendo a las personas.

—Estos días se están destruyendo algunas cosas hermosas —dijo Campbell.

Ella sabía lo que Campbell quería decir, y se sonrió ligeramente.

—Nací en Romany; hay mucha gente de la Tierra que no tiene lugar en ella.

—Lo sé —Campbell recordó la granja de su padre, con el agua fría sobre los campos en vez del cielo —. ¿Y Tredrick?

—El también nació aquí, pero la culpa está en él... —De repente dio un grito agudo —: ¡Marah, Marah es Zard!

Se detuvieron. Campbell notó un latido bajo su mandíbula. Stella susurró:

—Se ha ido, le sentía llamar pero se ha ido. Está procurando avisarnos.

Marah dijo tristemente:

—Tredrick lo ha capturado; probablemente le golpeó hasta que perdió el sentido, al intentar abandonar la estación de radio.

—Estaba asustado, — dijo Stella en voz baja —. Tredrick ha hecho algo; quiere avisarnos.

Marah gruñó:

—Ten preparada tu pistola; vamos a subir ahora mismo.

Subieron por una escalera de madera; de repente, sintieron calor. Campbell supuso que Romany estaba nuevamente en el lado iluminado por el Sol. El marciano abrió una puerta superior muy, muy despacio.

Una voz joven y vibrante dijo:

—¡No hay peligro!

Penetraron en una estancia en la que cuatro o cinco jóvenes bárbaros paniki de Venus permanecían de pie, junto a dos terrestres atados que estaban dormitando.

Campbell les miró; el aire estaba caliente y cargado de velos de niebla; el suelo era de tierra con musgo y numerosos charcos de agua tibia. Había árboles liha verde oscuro bajo una luz color perla más brillante que la oscuridad índigo.

Una ráfaga de viento cálido removía la niebla y los árboles liha; olía a agua cálida estancada, a cosas que crecían, y a libertad.

Campbell dio un profundo suspiro; sus ojos y las venas del cuello comenzaron a dolerle. Sabía que esto era el casco de un navío muerto con un cielo de metal encima de la niebla color gris perla. Pero olía a libertad.

Entonces dijo:

—¿Qué esperamos?

Marah se sonrió y también lo hicieron los jóvenes venusianos. Los bárbaros iban a luchar y por eso se reían. Los ojos de Stella eran una llama oscura; sus labios eran de color sangre anaranjada y temblaban.

Campbell la besó. Se sonrió suavemente y dijo:

—De acuerdo, gitanos, vamos.

Marcharon a través de los siete cascos que constituían el barrio venusiano. A causa de los kraylenes, la mayor parte de los venusianos estaban con los rebeldes,

pero aún así se levantaron voces furiosas, puños y algunas armas. Un poco de sangre fue derramada.

Más jóvenes se unieron a ellos y pequeños nómadas de las tierras altas que podían hablar con los animales y tres hombres serpiente de cuatro brazos de los pantanos de Lohari. En el borde del barrio venusiano encontraron un enorme y destartado carguero Hoyt. Había pilas de mercancías esperando ser cargadas a través de una fila de escotillas en naves comerciales más pequeñas. Marah se detuvo y penetró en la nave; los adornos de su collar brillaban como joyas a la luz del Sol; los demás le siguieron. Había una estrecha galería a mitad de camino a la pared interior. Campbell miró. Había gente en las escaleras y en los dos niveles inferiores. Una oscura y fea multitud de la Tierra, Venus, Marte, Mercurio y de las lunas de Júpiter y Saturno.

Hombres, cuasi hombres y monstruos, silenciosos observándoles en la cálida luz. Aquí, una cresta de antenas escarlatas, ahí la sinuosa carne de una espalda escamosa; más allá, la ominosa ondulación de unos tentáculos negros.

Una criatura semejante a una enorme araña azul con cara de niño lanzó un agudo grito fantasmal:

—¡Traidor! ¡Traidor!

La masa que se encontraba en las escaleras y galerías se removió como un tapiz ante un golpe de viento. El sonido de sus movimientos, de su respiración y de su furia, subió por los nervios de Campbell como chispas de fuego.

Furia. Furia en el tambor de Kraylen, en la voz de Stella y en los ojos amarillos de Marah. Furia como la luz del Sol, cálida y primigenia. La furia de hombres pequeños empujados a las grandes hazañas.

Una voz habló desde la cubierta de abajo. Fría clara y sin el más mínimo temor.

—No queremos problemas, volved tranquilamente a vuestros barrios.

—¡Los kraylenes!

El nombre, como un trueno, salió de todas aquellas gargantas furiosas, golpeando contra la delgada y erecta figura que permanecía delante de un círculo de terrestres que guardaban las entradas con las pistolas preparadas.

La delgada y roja cabeza de Tredrick no se movió de su posición erecta.

—Los kraylenes están ahora fuera de vuestras manos; dieron cobijo a un peligroso criminal y han sido aprisionados en Lhi para responder por ello.

Roy Campbell apretó la barandilla de hierro que tenía delante, le pareció que podía ver a través del espacio la fría y brillante llama de satisfacción en los ojos de Tredrick. La voz tranquila se deslizó a través de sus oídos con la cruel falta de personalidad del bisturí de un cirujano.

—Este criminal, Roy Campbell, se encuentra ahora en Romany. La Guardia del Espacio está ahora en camino hacia aquí. Por la salvación de vuestras familias y por el futuro de Romany, os aconsejo que no le ocultéis, ni le dejéis escapar.

## Capítulo 4

Campbell permaneció rígido sin hablar o moverse, con su rostro duro y oscuro rígido como el de un muerto, como una talla en madera vieja. A una gran distancia, oyó a Marah lanzar una furiosa maldición, la respiración acelerada de Stella y el tenebroso removerse de la multitud que ya no estaba segura de lo que quería.

Pero todo lo que podía ver era la pálida y agradable cara de un anciano sonriendo en la cálida noche azul y las sórdidas y sucias piedras de Lhi.

Una voz habló desde el círculo de hombres armados. Campbell la oyó con una parte de su cerebro. Se trataba de una voz vieja, seca y ronca que poseía una gran dignidad y denotaba un gran dolor.

—Hijos míos, —dijo—. Tened paciencia, tened fe en que nosotros, vuestros dirigentes, buscamos de corazón el bien de Romany.

Campbell miró al orador, que estaba situado junto a Tredrick con sus mortíferos ojos oscuros. Era un hombre pequeño con un manto de piel blanca. Era un marciano de una de las Ciudades Polares, frágil con graves ojos negros y gentilmente fuerte.

—Recordad el frío, el hambre, la inseguridad que hemos aguantado. Ahora tenemos la oportunidad de tener paz y seguridad. No causemos problemas, ni ahora ni cuando llegue la Guardia del Espacio. Volved tranquilamente a vuestros barrios.

—¡Problemas! —la voz de Marah atronó a través del aire caliente. Todos los rostros que miraban hacia abajo se giraron hacia arriba de la plataforma. Campbell observó a Tredrick hablar con uno de los guardias. El guardia salió sin apresurarse. Campbell juró por lo bajo y su cerebro comenzó a funcionar rápidamente de nuevo.

Marah siguió atronando, un titán de bronce en el oscuro resplandor. Su collar, sus ojos amarillos, los adornos metálicos de su faldellín parecían las chispas de una llama furiosa.

—¡Tú, Eran Mak, que eres un marciano! ¿Has olvidado Kesh, Balakar, los Pozos de tamboina? ¿Te vas arrastrar ante la Coalición, por los huesos que te dejan roer, como si fueras un sindar? Tredrick, nos has vendido. ¿Desde cuándo los latniks han sido llamados a mezclarse en los asuntos de Romany?

La voz fría de Tredrick seguía sin expresar ninguna emoción.

—Marah, los kraylenes están más allá de nuestro alcance. Una revuelta no conduciría a nada ¿Quieres mancharte las manos de sangre?

—He aquí mi mano, —dijo Marah con suavidad, mientras su gancho describía un arco, rebotando de odio, en la cálida luz—. Si hay sangre en ella, la derramó la Coalición, cuando su Oficial de Fronteras me cortó la mano derecha por haberla alzado contra él.

La multitud se removió y murmuró. Entonces Campbell dijo con rapidez:

—Tredrick tiene razón, pero todavía hay una oportunidad, si queréis intentarlo.



Stella Moore puso su mano en el brazo de Marah.

—¿Cómo?

Tredrick todavía pretendía que no había visto a Campbell; también pretendía no conocer que había hombres arrastrándose a través de túneles oscuros para atraparlo.

—Esto supone problemas, puede significar la muerte o el cautiverio. La probabilidad de que tengamos éxito es de una contra un millón; lo mejor que podrías hacer es entregarme y olvidaros de lo demás.

Marah se rascó bajo la mandíbula con la punta de su gancho.

—¡Habla con rapidez enano!

—De acuerdo, díles como se tienen que comportar. ¡Después salgamos fuera de aquí deprisa!

Los hombres de Tredrick conocían su camino; además, un montón de gitanos que le apoyaban se unieron a la caza del latnik; no querían problemas con la Guardia del Espacio.

Campbell fue dando tumbos a través de un laberinto de pasajes oscuros y sofocantes, con Stella a su lado y pensando que las naves de la Guardia del Espacio cada vez estaban más cerca. En su camino a través de Romany hacia la Fitts-Sothorn, casi le habían atrapado una docena de veces.

La caza parecía ser una liberación de los sentimientos de los habitantes de Romany. Campbell decidió que nunca más volvería a ir de caza. Cuando ya estaban encima de la nave, cayeron en una trampa.

Estaban en el barrio de Saturno, en el casco habitado por refugiados de Titán; allí había refrigeradores funcionando; había nieve y rocas desnudas brillando con una extraña luz, semejante a un arco iris oscuro.

—Las cuevas —dijo Stella Moore—. Los baraki.

A su alrededor, se produjo el eco de un clamor de voces, se oyó ruido de pisadas sobre metal y roca helada. Corrieron jadeando a través de unos acantilados de poca altura y de una cresta, después, unas cuevas iluminadas por un fantasmal fuego azul violeta se abrieron ante ellos.

Había criaturas sentadas a las bocas de las cuevas; eran pequeñas, vagamente antropoides, de un desagradable color blanco cadavérico. Estaban completamente desnudos; únicamente tenían un ojo que era fosforescente. Marah se arrodilló.

—Pequeños Padres, os solicitamos refugio en nombre de la libertad.

Los gritos y las pisadas se oían cada vez más cerca. Había sudor en la frente de Campbell; uno de los seres blancuzcos inclinó ligeramente la cabeza.

—No nos molestes —susurró—. Nuestros pensamientos no deben distraerse; ocúltate, de forma que ese horrible ruido se detenga.

—Gracias Pequeño Padre —Marah se introdujo en la cueva con los demás a sus talones.

—¡Vienen a capturarnos! —gritó Campbell.

Los malhumorados labios de Stella sonrieron con un aire lobuno.

—No, observa.

El fuego violeta de la cueva desapareció de repente, dando paso a una extraña oscuridad; un escalofrío eléctrico recorrió la piel de Campbell. Se sobresaltó. La muchacha le susurró:

—Telequinesis. Han construido un muro de fuerza a nuestro alrededor; desde el exterior parece roca, como la pared de la cueva.

Marah se movió; los adornos metálicos de su faldellín resonaron con un ruido metálico.

—Cuando estos cerdos se marchen, dejarán una trampa en el casco que conduce a la tubería donde se encuentra tu nave. Ahora cuéntenos tu plan.

Campbell se rio amargamente.

—Al diablo con el plan; se está jugando con una ruleta que está parada y nosotros somos los tontos que jugamos.

—¿Y si abandonamos?

—Yo voy a ir de una forma u otra; los kraylenes... les debo algo.

—Entonces dinos el plan

Así lo hizo, empleando frases cortas, ocultándolas mediante una cortina mental de los cerebros alienígenas. Marah rio con suavidad.

—¡Por los dioses, enano, deberías haber sido un keshi!

—Creo que podría haber sido un montón de cosas, — dijo Campbell con amargura —. ¡Eh, nuestro muro de fuerza desaparece!

El encierro en muro de fuerza no había durado más de cuatro minutos, lo suficiente para que sus perseguidores pasaran de largo. Todavía tenían tiempo antes de que llegara la Guardia del Espacio.

Llegaron justo a tiempo, alcanzaron la escotilla perfectamente sincronizados y Campbell dio potencia a sus cohetes con suma habilidad.

Ni él, ni los gitanos, tenían muchas probabilidades de salir con bien de la aventura, pero los kraylenes no se pudrirían en los establos como esclavos de Lhi, por culpa de Roy Campbell.

No, mientras Roy Campbell siguiera vivo y pudiera pensar sobre esa cuestión, si bien esto podría no durar mucho tiempo.

Lanzó la Fitts-Sothorn a toda velocidad hacia el hemisferio nocturno de Venus que se veía perfectamente allá abajo. Las naves de la Guardia del Espacio, nueve patrulleros rápidos, se arrojaron sobre él, dejando Romany de lado, sin detenerse allí. No se equivocaban sobre la nave negra y delgada, ni sobre las manos que la controlaban.

Campbell abrió los interruptores de los cohetes y la Fitts-Sothorn se disparó como un gato. Por un segundo, no pudo ver con claridad.

—Lo siento, vieja amiga, —dijo—, pero las cosas son como son.

Fue una hermosa cacería. Las naves de la Guardia emplearon todos los trucos que sabían, y sabían muchos. Campbell estaba inclinado sobre los interruptores, sudando,

y con su cara morena contraída en una mueca que no mostraba piedad. Únicamente se movían sus manos nerviosas y delicadas a una velocidad de vértigo.

La nave lo hizo todo. Dispararon rayos tractores pero su nave rompió la tracción. Procuraron rodearle y la nave se escapó. El tener un poco más de potencia permitió a Roy Campbell escapar de los que un instante antes creían que se trataría de una captura fácil.

Se ocultó en la sombra; entonces la Guardia del Espacio comenzó a sentirse burlada y furiosa. Dejaron de intentar detenerle y pusieron en posición de disparar sus cañones de rayos mortales.

Campbell estaba jadeando a través de sus dientes; su piel morena estaba aceitosa con el sudor, extendida sobre sus huesos, músculos y venas hinchadas. A propósito, disminuyó la velocidad un poco.

Una ráfaga de fuego envolvió las escotillas de estribor. Disminuyó la velocidad aún más y giró un poco. La Fitts-Sothorn estaba viva en sus manos.

No dijo nada cuando le golpeó la siguiente ráfaga, ni siquiera una maldición. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó el sabor de la sal en sus labios. Se levantó del asiento del piloto y dijo una única palabra.

—¡Judas!

La siguiente ráfaga alcanzó el panel de control; le golpeó, arrojándolo al otro extremo de la cabina; quemándose con el metal a temperatura de fusión, se levantó y bajó a un pasaje inferior, para poder bloquear el compartimiento. Sangre en abundancia corría por su mejilla, pero no le importó.

Notaba como la nave moría bajo sus pies; los timones estaban destrozados, por lo que la atormentada estructura de chapas metálicas seguía una loca y ciega trayectoria en espiral.

Se vistió con el traje de vacío; era uno especial; incluso el casco era negro y disponía de un superpoderoso arnés con un cohete de potencia ilegal. Esperó que sus manos no estuvieran demasiado quemadas.

La nave, sujeta por los rayos tractores, se detuvo de forma brutal. Campbell se arrastró hacia la escotilla, mientras su garganta profería un alarido animal. Esperaba no vomitar dentro del casco.

La escotilla se abrió y la presión del aire lo arrojó al espacio de una negrura azabache. La pequeña llama del cohete del arnés brilló unos instantes y después se extinguió, pasando desapercibida entre el fuego de la nave destrozada.

Campbell siguió rígido en el traje espacial negro. Las naves de la Guardia Espacial siguieron disparando, empleando sus rayos tractores para jugar con la Fitts-Sothorn como un pescador con un pez. Campbell cerró los ojos y los maldijo, lentamente y sin expresión, hasta que le empezó a doler la rígida garganta.

Esperó a que se alejaran a gran distancia y luego encendió su cohete dirigiéndose hacia abajo, hacia los pantanos velados por la noche de la provincia de Tehara.

No conservó un recuerdo muy nítido del viaje. Cuando ya estaba muy abajo, una nave espacial, que se dirigía hacia Lhi, pasó sobre él. Todavía quedaban ocho horas de oscuridad en los pantanos.

Aterrizó en un claro, estaba seguro que él era el único que lo conocía; lo había empleado con anterioridad, cuando tenía mercancías que introducir en Lhi y no estaba seguro de quién dominaba la ciudad en aquel momento.

Había aprendido a tener cuidado en estas cuestiones.

En ese momento, allí había una nave, una pequeña nave mercante del tipo interlunar. La miró sin creer realmente que se encontrara allí; después se quitó el casco.

Cuando el mundo cesó de dar vueltas, se encontró yaciendo con su cabeza en el regazo de Stella Moore. La mujer había sustituido su túnica por un traje espacial ordinario negro; esto hacía que su rostro pareciera aún más blanco y más adorable, enmarcado por sus cabellos negros. Sus labios todavía eran rojos y parecían malhumorados.

Campbell se sentó y la besó. Entonces se encontró mucho mejor, aunque no del todo bien. Por lo menos estaba vivo.

Stella sonrió y dijo:

—¡Bien! Te estás recuperando.

—Hermana —dijo Campbell—, tú sí que eres una buena medicina para curar cualquier cosa.

Una mano, que reconoció como perteneciente a Marah, se materializó en la oscuridad índigo; sostenía una botella. Roy la aceptó con alegría. Cuando bebió, el hielo mortal que tenía en su estómago se deshelo y pudo ver todas las cosas con mayor claridad.

Se levantó, de forma más bien inestable, y comenzó a buscar un cigarrillo. La mayor parte de su camisa había sido desgarrada y quemada, además sus manos le dolían como si se encontraran en el infierno.

Stella le dio un cigarrillo y se lo encendió. Campbell aspiró el humo con agradecimiento y dijo:

—Vale, muchachos. ¿Estamos todos preparados?

Lo estaban.

Campbell les guió. Terminó la botella y se sintió feliz de encontrarse nuevamente dispuesto a todo. Se sentía vacío, relajado y dispuesto para cualquier cosa. Esperaba que el efecto del licor no le abandonara demasiado pronto.

Existía un sendero que se extendía a través de la vegetación del pantano, las ciénagas, las cuevas, los juncos y los árboles liha. Únicamente Campbell, que había construido este sendero, era capaz de seguirlo. Recordando sus caminatas dando tumbos y a ciegas por los corredores de Romany, se sentía feliz de recorrer este

sendero. Dijo con un aire más bien satisfecho:

—Tened cuidado para no escurriros. ¿Cómo pudisteis llegar hasta la escotilla?

Marah esbozó una sonrisa ligera y triste.

—Romany era un manicomio que intentaba darte caza. Algunos de los muchachos de sangre más caliente comenzaron a discutir acerca de la mejor forma de capturarte. Tredrick tuvo que usar la mayor parte de sus hombres para intentar restablecer el orden. Además, por supuesto, pensaba que nos había derrotado en el asunto de los kraylenes.

—Únicamente había cuatro hombres guardando las escotillas de salida, — dijo Stella —. Marah y una pareja de los muchachos paniki se encargaron de ellos.

Campbell recordó la nave espacial que se dirigía a Lhi, con la que se había cruzado y se lo comentó a Stella.

—Puede que sea el mismo Tredrick, que ha venido para supervisar en persona nuestra derrota. — ¡Derrota! Por supuesto, quizá fuera porque estaba un poco bebido pero no pensaba que nadie pudiera derrotarle aquella noche. Se sonrió.

Algo se movió en la noche color índigo, respondiendo a su risa. Algo tan infinitamente dulce y suave que le hizo querer llorar y luego le sorprendió por su profundidad y potencia de hierro. Pensó:

Diablos, ¿estos son los tipos que cumplirán la misión, si es se cumple?

Stella estaba detrás de él; detrás de ella se encontraba un hombre pequeño y delgado con cuatro brazos. No llevaba más vestido que su propio pelo blanco, su cabeza se encontraba coronada con antenas de estructura semejante a plumas. Incluso en la noche azul, las antenas y los ojos del hombrecillo quemaban como fuego rojo que estuviera vivo.

El ser venía de Calixto y llevaba en sus manos una cosa vagamente parecida a un arpa; la única diferencia se encontraba en que las cuerdas se encontraban sujetas a ambos extremos del armazón. Era el arpa quien había hablado. Campbell esperaba que nunca volviera a hablar.

Marah lo colocó en la retaguardia, deslizándolo entre los demás sin consideración por los bultos que transportaban. Mirando por encima de su hombro desnudo, Campbell pudo ver la cara blanca y rígida del baraki de Titán, el Pequeño Padre que los había salvado de los cazadores. Había tentáculos rodeando el fornido cuerpo de Marah, como si fueran cuerdas blancas.

Cuatro gitanos y un Enemigo Público. Cinco miembros de la gente débil contra la Coalición Terro-Venusiana. No tenía sentido.

Un viento suave y caliente removía los árboles de liha. Campbell lo respiró y se sonrió.

—¿Es aquí? —Se preguntó y apartó un haz de ramas. Más allá había un túnel de piedra —. Vamos, muchachos, juntad las manos como si fuérais ratoncitos —Tomó la mano de Stella con su mano izquierda, empuñando con la derecha su pistola para que nada dañara a la mujer de ninguna forma.

## Capítulo 5

Los condujo, de forma rápida y silenciosa, a lo largo de un túnel en desuso del antiguo sistema de alcantarillas, que él había usado frecuentemente como su entrada particular en la ciudad. Posteriormente, bajaron a un nivel inferior que pertenecía al auténtico sistema de desagüe de Lhi.

Cuando llovía abundantemente, las alcantarillas discurrían llenas de agua, pero ahora sólo circulaba el líquido que se filtraba en el bombeo. Vadearon la corriente envueltos en unas tinieblas como de pez, rodearon una estación de bombeo pasando por un túnel que una vez fue empleado para el almacenaje frigorífico por uno de los precavidos hombres de negocios de Lhi y por fin encontraron unos escalones, resbaladizos, que subían hacia el exterior.

—Con cuidado, —susurró Campbell. Se paró sobre un estrecho saliente y comenzó a escuchar. El habitante de Calixto murmuró con un tono ligeramente divertido:

—No hay nadie más allá.

Antenas y orejas. Campbell se sonrió cuando encontró un resorte oculto.

—Lhi está lleno de cosas como éstas, —dijo—. Los muchachos las empleaban para divertirse peleando sus pequeñas guerras. Todos los chicos listos conocen varios lugares con resortes trampa como éste. Era frecuente que los mapas conteniendo la indicación de dónde se encontraban estos dispositivos, se vendieran caros.

Salieron a una bodega muy profunda y muy oscura. Estaba completamente silenciosa. Campbell se sintió un poco triste. Aún podía acordarse de cuando “Mak el marciano” era el mercado de ladrones con más actividad de todo Lhi y un hombre podía escuchar una lucha incluso desde aquí. Sonrió con amargura y los condujo escaleras arriba.

Finalmente llegaron a un lugar desde el que podían mirar hacia abajo y ver la puerta principal, la plaza principal y los establos para esclavos de Lhi.

Las calles que los rodeaban se encontraban vacías y la mayoría de los edificios no tenían luces. La Coalición había realizado una verdadera limpieza cuando se hizo cargo de la ciudad. Esta situación era horriblemente deprimente.

Campbell indicó:

—Tiene que haber algún tipo de comité de recepción; en cualquier caso, Tredrick avisó por radio; os apuesto veinte contra uno que este individuo nos seguirá en persona.

Una gran área alrededor de la puerta de la ciudad estaba brillantemente iluminada; allí se encontraba un montón de hombres de aspecto rudo con pistolas de agujas capaces de dejar fuera de combate a cualquiera. En estos días, con las agujas anestésicas se podían realizar disparos muy efectivos sin infringir ningún daño

permanente. En los establos de los esclavos había más hombres y más luces.

Campbell no podía ver mucho, a causa de las altas paredes de piedra que cercaban los establos. Sólo vagos movimientos, o el ocasional brillo de una cresta. Se había dado cuenta de que los kraylenes estaban allí. Era el único lugar de Lhi en el que podías encerrar a un montón de gente y estar seguro de que no escaparían.

La cara morena de Campbell adoptó un aspecto cruel.

—Vale, —dijo—. Vamos allá.

Descendieron los escalones de piedra hasta la entrada. Se oía el respirar acelerado de Stella en la cálida oscuridad y el rítmico tintineo de los adornos de metal del faldellín de Marah.

Campbell vio los ojos del arpista de Calixto, brillantes, rojos y furiosos. Se dio cuenta de que estaba sudando. Había olvidado sus quemaduras.

Stella abrió la pesada puerta forrada de acero. Con lentitud, en silencio. El baraki susurró:

—Ponme en el suelo.

Marah le dejó con gentileza sobre el suelo de piedra. Se dobló sobre sí mismo, con sus tentáculos blancos, de carne semejante a goma, rodeándolo. Su único ojo quemaba con una fría fosforescencia.

—Ahora —susurró.

El arpista de Calixto fue hasta la puerta. La luz reflejada iluminó brevemente su piel recubierta de espeso pelo blanco, como la de un oso polar, la cresta escarlata, el arpa fantasmal y los ojos brillantes y furiosos.

Desapareció; desde la nada, un arpa comenzó a tañer.

A través de la puerta parcialmente abierta, Campbell tuvo una clara visión de la plaza y del portón. Nada se movía sobre toda la extensión de piedra vacía que se encontraba iluminada. Sin embargo, la música lo llenaba todo.

Los guardias. Campbell pudo ver, en la zona iluminada, el brillo asustado de sus globos oculares. No había nada a lo que disparar. La música del arpa era parte de la noche, algo intangible que lo envolvía todo.

Campbell sufrió un escalofrío. Un latido intenso bajo su mandíbula semejante a un martillazo. Le llegó la voz de Stella como un débil suspiro en la oscuridad.

—El baraki le está blindando con su pensamiento. Un muro de fuerza rodea la luz.

El extremo de la débil luz le tocaba la mejilla y resaltaba la negrura de su pelo. Marah se agachó más allá de ella, sin ningún movimiento. Su gancho, curvo y cruel, resplandecía con un brillo apagado.

A ellos sólo les alcanzaban los efectos más débiles del arpa. El habitante de Calixto dirigía su música hacia fuera. Campbell la sintió y tembló, fundiéndose con el cálido viento que soplaba lentamente a través del cielo índigo.

Existía algún truco en las vibraciones, alguna diabólica combinación de notas que se introducían en el cerebro como si fueran dedos, para presionarlo y dirigirlo. Algo

brotaba de las cuerdas dispuestas en dos filas a las que hacían vibrar cuatro hábiles manos. Era algo parecido a una brujería.

—El arpa de Dagda, —susurró Stella Moore, la música irlandesa de su voz era más antigua que el tiempo. El escocés que había en Campbell le respondió.

En algún lugar del exterior, un hombre lanzó una maldición, como la que lanzaría alguien que estuviera asustado, drogado y somnoliento. Una pistola cayó al suelo produciendo un sonido metálico. Algunos de los guardias ya se habían derrumbado.

El arpa sonaba con más potencia, latiendo a través de las piedras grises. Era el viento que soplaba despacio, el calor, la profundidad de la noche azul. Era el sueño.

Las luces brillaban sobre las losas de piedra vacías, los guardias dormían.

El baraki suspiró, tuvo un escalofrío y cerró los ojos. Campbell vio al arpista de Calixto, de pie, en medio de la plaza, con su cresta escarlata erecta, arrancando las últimas notas a su arpa.

Campbell se enderezó, recogiendo su aliento en un suspiro quebrado. Marah levantó al baraki. Se encontraba sin fuerzas, como un niño agotado. Los ojos de Stella estaban brillantes y llenos de misterio. Campbell avanzó hacia el exterior al frente del grupo.

Cruzar la plaza, en silencio y bajo las luces brillantes, fue un largo camino. Campbell pensó que el arpa era un arma agradable. No atrajeron la atención de nadie, pues todos los ocupantes de la plaza estaban durmiendo.

Retrocedieron hasta alcanzar las tres pesadas barras que cerraban el Portón de los esclavos.

El dolor de sus manos quemadas le apartó el extraño sentimiento que el arpa y su sangre celta le había producido. Nuevamente comenzó a pensar.

—¡Deprisa! —les gritó a los kraylenes—. ¡Deprisa, arriba! —Comenzaron a salir por el portón. Hombres, mujeres con bebés y niños pequeños. Sus crestas brillaban en la luz plomiza.

Campbell señaló a Marah.

—¡Seguidle! —Le reconocieron, intentaron hablarle, pero Roy los apresuró entre maldiciones. Un anciano le dijo:

—Hijo mío.

Campbell le miró, y después miró a las losas del empedrado.

—¡Por amor de Dios, Padre, deprisa! —Una mano tocó su hombro con gentileza. Miró nuevamente hacia arriba e hizo una mueca de desagrado. No podía ver nada.

—Sigue el infierno ¿Verdad? Alguien encontró el interruptor y apagó las luces más próximas.

Una mano le apretó el hombro y se retiró. Movié la cabeza violentamente. En ese momento los kraylenes estaban corriendo hacia la casa. De repente, Marah lanzó un grito.

Unos hombres estaban entrando, a la carrera, en la plaza. Eran ocho o diez, probablemente la guardia personal del individuo fornido, de pelo gris, que los dirigía.



Junto al hombre de pelo gris se encontraba Tredrick, Jefe Supremo del barrio terrestre de Romany.

Los ojos de Campbell, acostumbrados a las batallas, descubrieron que los recién llegados estaban sorprendidos; no habían esperado lo que encontraron. Probablemente estaban haciendo una inspección de rutina y se encontraron en medio del combate.

Campbell disparó sin desenfundar su pistola. Las agujas anestésicas alcanzaron el compacto grupo de atacantes. Dos o tres de ellos cayeron. El resto se dispersó y se puso cuerpo a tierra. A Campbell le hubiera gustado haber tenido tiempo para apagar las luces del portón. Al menos las sombras hacían que disparar no fuera fácil.

Se agachó y comenzó a correr, defendiendo la línea de retaguardia de los kraylenes. Stella, a cubierto en la arcada, disparaba metódicamente, formando una auténtica muralla de agujas. El rostro de Campbell seguía igual de severo.

Algunos de los kaylenes fueron derribados y tuvieron que ser llevados en brazos. Esto retrasó la marcha. La pistola de Campbell hizo un sonido metálico, indicando que ya no tenía agujas; colocó otro cargador, maldiciendo sus dedos quemados. Una aguja pasó junto a él, moviendo sus cabellos. Volvió a disparar, barriendo todo el sector en el que se encontraba cuerpo a tierra el enemigo. Quería poder acertar a Tredrick en la cabeza.

Los kraylenes estaban desapareciendo en el interior de la casa. Marah y el habitante de Calixto iban en cabeza, dirigiéndolos. Campbell gruñó; lo que el necesitaba era velocidad. Velocidad. Un niño separado de su madre durante el alboroto, se arrodilló sobre las losas de piedra y lloró. Campbell le cogió y siguió corriendo.

El fuego enemigo iba disminuyendo. Stella estaba haciendo muy bien su tarea.

El último de los kraylenes desapareció a través de la puerta. Campbell comenzó a subir los escalones. Stella se levantó de su posición cuerpo a tierra y le sonrió; sus ojos brillaban. Estaban a medio camino del portón cuando una voz fría dijo a sus espaldas:

—Mi pistola está cargada con agujas letales; sería mejor que os detuviereis.

Campbell se volvió con lentitud; su cara estaba rígida como si fuera de madera. Tredrick se encontraba en la parte más baja de la escalinata. Se debía haber arrastrado siguiendo el borde de la plaza, allí donde las sombras de las paredes eran más oscuras.

—Tira tu pistola, Campbell, y tú también, Stella Moore.

Campbell la tiró. Era posible que Tredrick estuviera fanfarroneando sobre las agujas, pero un error en esta fase del juego podía resultar fatal. La pistola de Stella produjo un sonido metálico a su lado. La mujer no dijo nada, pero en su rostro se leía un frío deseo de asesinar.

De repente, Tredrick dijo:

—Campbell, puedes llamarlos para que regresen; tú les conducirás dentro, no

como pretendías.

Campbell pensó que era divertido cómo la voz de un hombre podía ser tan fría mientras sus ojos desprendían fuego. Luego dijo con un tono hosco:

—Vale Tredrick, tú ganas, pero dime. ¿Qué gran idea hay detrás de todo esto?

El rostro de Tredrick podía haber estado tallado en granito, salvo por sus ojos asustados.

—Nací en Romany, me congelé y pasé un hambre atroz en aquellos malditos cascos. Odio esto. Odio la oscuridad, la soledad, la incertidumbre. Pero cuando digo que odio esto siento como que me da golpes.

»Todo el mundo piensa que Romany vale la pena, yo no. Ellos hablaron de libertad, pero Romany es una prisión para mí. Yo quería crecer y no se me permitió. Entonces tuve una idea.

»Si yo pudiera gobernar Romany y hacer un tratado con la Coalición, tendría dinero y poder: Sería capaz de ordenar que no se criaran más niños entre el frío, el hambre y el miedo.

»Marah se me opuso; después se planteó el asunto de los kraylenes —Tredrick sonrió, pero en su gesto no había suavidad ni piedad.

»Las cosas han salido bien. La Coalición podrá detenerte a ti, a Marah y los demás que se unieron a vosotros en este asunto. Mi camino está libre.

Stella Moore dijo, con suavidad, entre dientes.

—Nunca te perdonarán el haber entregado a gente de Romany a los latniks. Habrá guerra.

Tredrick asintió sobriamente.

—Ningún cambio importante se realiza sin derramamiento de sangre, lo siento, pero Romany será más feliz.

—No queremos ser más felices, únicamente queremos ser libres.

Cambell dijo con cansancio:

—Stella, coge al niño, por favor —Él sujetaba al pequeño kraylen, desanimado, pero ahora silencioso. Ella le miró, alarmada de inmediato; sus piernas estaban abiertas y su cabeza inclinada hacia delante.

Stella cogió al niño. Las rodillas de Campbell se doblaron, se tapó la cara con un brazo quemado, cubierto por una manga verde destrozada; el otro tanteó ciegamente la pared; después, el terrestre cayó lentamente hasta quedar de rodillas.

Una mano buscó a tientas, entre los pies de Stella la pistola que había tirado. Con un rápido movimiento, Campbell la cogió, la arrojó contra Tredrick y la siguió con su propio cuerpo.

La pistola falló, pero pasó lo suficientemente cerca de la cara de Tredrick para hacer que moviera la cabeza. La contracción muscular que se produjo involuntariamente en todo su cuerpo hizo que dejara de apuntar a sus prisioneros. Campbell lo golpeó contra la pared.

Chocaron sobre las piedras. Campbell apretó la muñeca de Tredrick. Sabía que no

podía mantener la presa mucho tiempo; atacó con la otra mano y golpeó con su codo el rostro de Tredrick.

La pistola cayó, nuevamente inofensiva. Tredrick gritó; su brazo era más débil. Campbell atacó y puso su rodilla encima de su enemigo. El otro puño de Tredrick estaba machacando su ya torturado cuerpo.

Campbell golpeó con el puño el rostro de Tredrick; lo hizo dos veces y luego lloró y maldijo, porque no era lo suficientemente fuerte para levantar nuevamente su brazo. Tredrick estaba sangrando, pero estaba lejos de encontrarse vencido; estaba volviendo a empuñar su pistola. Campbell tenía mucho que hacer; todavía no había sonado su hora.

Campbell apretó los dientes; no podía ni ver a Tredrick pero volvió a golpear a ciegas, nunca supo si había acertado o no.

Algo semejante aun sonido musical pasó junto a su cabeza; no pudo decir si lo oyó o no, más bien fue un sentimiento. Pero se trataba de algo extraño y mortal. Tredrick no hizo ningún sonido; en ese instante, Campbell comprendió que estaba muerto.

Se levantó muy despacio, tiritando y con frío. El arpista de Calixto se encontraba de pie en la arcada. Estaba bajando sus manos, y sus ojos eran como carbones encendidos. No dijo nada, tampoco Stella, pero la mujer sonrió. El niño se removía y lloriqueaba en sus brazos.

Campbell se le acercó. Ella le miró con ojos extraños y susurró:

—Le llamé con mi mente, sabía que te mataría.

El tomó su rostro entre sus dos manos.

—Escucha, Stella, tienes que conducirles de vuelta, tienes un lazo mental con los tuyos, déjame que yo te guíe a ti en el camino de vuelta a la nave.

Los ojos de ella se ensancharon.

—Tú puedes venir; él ha muerto. Ahora, tú eres libre.

—No, —podía sentir la garganta temblorosa bajo sus manos. El corazón de la mujer latía con fuerza. Así era. Dijo con dureza —: Tonta. ¿Crees que te dejen seguir con todo esto, como si no hubiera pasado nada? Estás enfrentándote con la Coalición. No pueden permitirse mirarte y no hacer nada. ¡Tienen que tener un chivo expiatorio! ¡Alguién con quien salvar la cara!

»Por ahora, Romany está fuera del control planetario; empújalo con tus sistemas tractores hacia el exterior del Sistema. Dirígete hacia Saturno, si puedes. Nadie vio al habitante de Calixto. Nadie vio a nadie, salvo a mí; además, los kraylenes son inidentificables. Sólo nos vio Tredrick y éste no hablará. ¿Comprendes?

Stella asintió, pero no estaba conforme. Sus labios estaban malhumorados y furiosos; sus ojos brillaban con lágrimas y emoción.

—¿Y tú, Roy?

El retiró sus manos.

—¡Condenada mujer! Si yo me ocultara en Romany, os pondría bajo la

jurisdicción de la Guardia del Espacio; sería capturado y la última oportunidad de Romany de seguir libre habría desaparecido.

Stella dijo con terquedad:

—Si fuera necesario, tú podrías huir desde Romany. Tenemos naves.

—Por supuesto, pero los kraylenes estarán en Romany y tú no puedes ocultarlos a todos. La Coalición registrará Romany; harán preguntas. ¡Te repito que necesitan un chivo expiatorio!

Campbell estaba verdaderamente débil en ese momento; esperaba poder extender sus manos y que no le sucediera nada desagradable. Se alejó de la mujer mirándola en la plaza. Alguno de los guardias comenzaba a removerse.

—¿Irás? ¿Harás que no se desencadene el Infierno?

Ella puso sus manos sobre él.

—Roy...

Él se apartó; su rostro moreno era rígido y cruel.

—¿Tienes que hacer esto más doloroso? ¿Piensas que me quiero pudrir en las apestosas minas de Fobos con los pies encadenados? —Se volvió, desafiándola con ojos salvajes.

—¿De qué otra forma piensas que Romany seguirá libre? No se puede jugar de esta forma al gato y al ratón con la Coafición. Ya deben estar hartos de este asunto. Promulgarán las leyes necesarias para atraparte allá donde vayas. Alguien va a empezar a hablar de Romany por todo el Sistema Solar. Alguien va a lanzar una campaña de publicidad destinada a que el público, que no se ocupa de política, se siente y piense. Si tienes a la opinión pública contigo, estás salvada.

Sonrió.

—Yo soy Roy Campbell, “el que sale en las noticias”, hermana. Puedo envolver en glamour tu piojoso montón de botes de hojalata, de forma que el gran público no permita que toquen ni un cabello de tu cabecita. Si quieres, me puedes levantar una estatua en el salón del Consejo.

»Ahora, por amor de Dios. ¿Te quieres ir?

Stella no estaba llorando pero sus ojos grises brillaban.

—Eres maravilloso Roy, no alcanzaba a comprender hasta qué punto.

Roy estaba avergonzado.

—Diablos, con este lío no esperes irte para siempre. Soy un perro viejo, conozco mi camino y tengo recursos; no estaremos separados mucho tiempo.

—Espero que no, —dijo Stella—. ¡Roy, esto es tan estúpido! ¿Por qué los terrestres tienen que alterar todo lo que tocan con sus manos?

Campbell miró a Tredrick, que yacía sobre las losas de piedra; su voz sonó despacio y con aire sombrío.

—Están construyendo, Stella; cuando terminen poseerán un mundo grande, fuerte y próspero, que se extenderá por los planetas y la gente de este mundo será feliz.

»Pero antes de que puedas construir, tienes que nivelar el terreno, destruir las cosas que encuentras en tu camino. Nosotros somos esas cosas, los juncos y las rocas, de tal forma que no pueden ser modificadas para adaptarse al nuevo mundo.

»Están construyendo, Stella, están creciendo, no lo puedes detener. Al final esto será bueno, supongo, pero ahora...

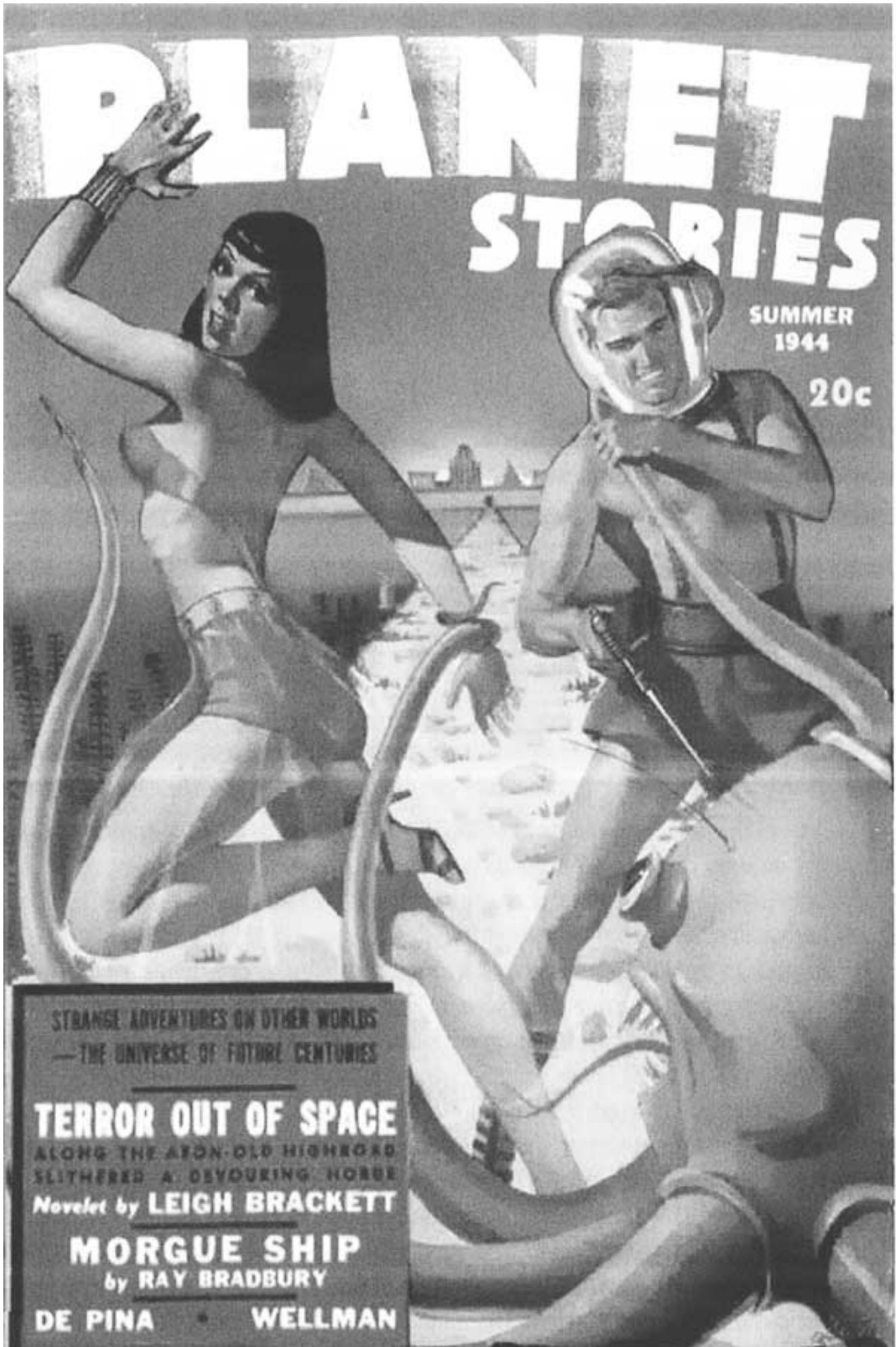
Estaba oscuro y hacía calor. El niño kraylen sollozó. Campbell pudo sentir a Stella cerca de él. Encontró sus labios y la besó.

—Hasta pronto chica, —dijo Roy—. Y, respecto a esa estatua, es mejor que esperes a que vuelva, para que pueda posar.

Su voz se transformó en un largo susurro.

—Y volveré, —prometió.

*FIN*



STRANGE ADVENTURES ON OTHER WORLDS  
— THE UNIVERSE OF FUTURE CENTURIES

**TERROR OUT OF SPACE**  
ALONG THE AFOUN-OLD HIGHROAD  
SLITHERED A DEVOURING HORDE  
Novel by **LEIGH BRACKETT**

**MORGUE SHIP**  
by **RAY BRADBURY**

**DE PINA • WELLMAN**

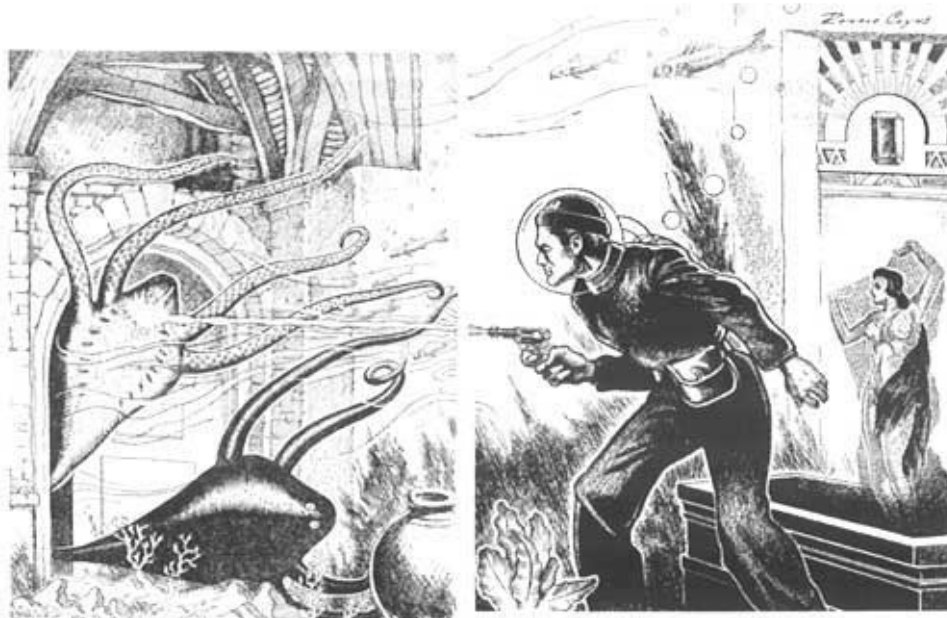
*Tras el fin de la Guerra de los Pantanos, Venus prosigue un camino de integración no muy distinto del seguido por los otros planetas interiores.*

*La ciudad clave en este proceso de unificación es sin lugar a dudas, Vhia, la ciudad venusiana del antiguo Triángulo.*

*Es preciso indicar que, pese a la unificación, siguen existiendo grandes extensiones, sobre todo marinas, del planeta que aún no han sido exploradas adecuadamente y en las cuales pueden morar seres vivos con características de lo más peculiares.*

*Lógicamente, los fugitivos de cualquier tipo, incluso del espacio, intentarán refugiarse en aquellos lugares; claro que lo que allí encontrarán... a lo mejor los convence de que es mejor saldar sus cuentas con quién las tengan... o alistarse en la Legión Estelar. Adicionalmente, debe indicarse que el fugitivo que aparece en esta historia no es humano, sino que recuerda a las vampiresas espaciales que tanto gustaban a C. L. Moore, que sin lugar a dudas inspiró esta historia.*

*Por cierto, también en este relato aparece un número apreciable de criaturas curiosas.*



## *El terror que vino del espacio*

### **I**

Lundy dirigía por sí mismo la nave espacial convertible. Lo llevaba haciendo tanto, tanto tiempo que, desde la cintura hasta los dedos de los pies, tenía el cuerpo dormido y entumecido. La mitad de arriba todavía la tenía peor y, además, dos dolores agudos, como el que produce una muela infectada, se alojaban en su cabeza y en su espalda.

La nave marchaba rauda a través de aquel cielo cubierto de nubes gris perla a las que arrancaba jirones. Sus cohetes palpitaban y martilleaban. Los instrumentos se movían erráticamente en aquel remolino de corrientes magnéticas que convertía la atmósfera venusiana en un buen sitio para que los pilotos demostraran su valor.

Jackie Smith seguía rígido y frío en el asiento del copiloto. Lundy oía gritar y debatirse a Farrell, a través de la puerta cerrada que tenía a sus espaldas y que daba paso a la minúscula cabina interior.

Llevaba gritando mucho tiempo, desde que la inyección de avertina que le puso Lundy, cuando le apresaron, comenzó a disminuir su efecto. Luchaba chillando e intentando zafarse de las correas que le aprisionaban, profiriendo roncadas exclamaciones sin sentido.

Gritaba para liberarse a causa de *Aquello*.

En alguna parte, en el interior de Lundy, dentro del uniforme negro de la Sección Especial de la Policía de los Tres Mundos<sup>[1]</sup>, arrugado y mojado por el sudor, dentro de los cinco pies y seis pulgadas de abultados y elásticos músculos que este uniforme recubría, había un nudo. Era un nudo muy grande, y muy, muy frío, a pesar del sofocante calor que había en la cabina, y tenía la desagradable costumbre de



retorcerse cada pocos minutos, haciendo que Lundy tuviese un espasmo y sudase, sintiendo como si le hubiesen pinchado.

A Lundy no le gustaba tener aquel nudo frío en su vientre, pues quería decir que tenía miedo. Había tenido miedo antes, muchas veces, y no se avergonzaba de esto. Pero justo ahora necesitaba toda su inteligencia y su valor para devolver *aquello* al cuartel general de la Sección Especial en Vhia, y no quería tener que luchar también consigo mismo.

El miedo puede estropear cualquier cosa. Puede debilitarte cuando necesitas ser fuerte, si quieres salvar la vida. La tuya y la de los dos tipos que dependen de ti.

Lundy esperaba poder dominar su miedo, y también su cansancio. *Aquello* seguía aprisionado en la arqueta guardada en la caja fuerte, esperando que alguien le cediera el control de su mente.

Desde luego, Farrell lo había cedido por completo, pero estaba atado. Jackie Smith había comenzado a mostrar signos de pérdida del control; por ello Lundy tenía una mano puesta sobre la pistola cargada con una jeringuilla hipodérmica, llena de anestésico, que colgaba de un lado de su asiento. Y Lundy pensó: *Maldita sea, no sabes cuando empieza a afectarte. No tiene un patrón de actuación, o si lo tiene, lo desconozco. Quizás ahora mismo, las indicaciones que veo en estas esferas sean falsas...*

Debajo de ellos, por entre los jirones de nubes grises podía atisbar, de vez en cuando, pequeñas extensiones de océano. El agua negra, inmóvil, sin mareas ni oleajes de Venus, que oculta innúmeros secretos de la vida pasada del planeta.

Esto no era de ninguna utilidad para Lundy. Le era imposible saber si iba en buena o mala dirección, ya que dependía de sobre qué porción del océano se encontraba y no había forma de saberlo. Esperaba que no le sucediera nada a los motores; de lo contrario, se darían un buen baño, en medio de aquellas aguas negras y tranquilas.

Farrell seguía gritando. Parecía tener la garganta forrada con impervium. Gritaba y luchaba para desatarse, porque *Aquello* estaba encerrado y pedía ayuda.

—Oye, enano —dijo Smith—. Tengo frío.

Lundy volvió la cabeza. Normalmente, tenía una cara redonda, fresca y alegre, en donde brillaban unos ojos oscuros y una sonrisa infantil que descubría sus dientes blancos. Ahora, su aspecto era parecido al de la suciedad que el camarero hubiese sacado con la escoba de debajo una mesa a las cuatro de la madrugada, de la Nochevieja.

—Tienes frío, ¿eh? —Dijo con voz ronca, pasándose la lengua por los labios empapados por el sudor—. ¡Muy bien! Eso es lo que todos necesitamos.

Jackie Smith se removió ligeramente, gruñó y se estiró. Su guerrera negra estaba abierta sobre su pecho, mostrando los vendajes blancos que se lo cruzaban, y tenía la mano izquierda sobre el extremo de la cremallera que cerraba la guerrera. Era un hombre corpulento y no más viejo que Lundy, de facciones prominentes y feas pero

agradables, unas greñas ásperas y claras y una tez que parecía cuero reseco.

—En Mercurio —dijo—, donde nací, el clima es adecuado para los seres humanos. Vosotros, los afeminados del Viejo Mundo...—Se calló, palideciendo bajo su piel curtida, y con los dientes muy apretados añadió—: ¡Eh! Veo que Farrell ha hecho un buen trabajo conmigo.

—Seguirás con vida —repuso Lundy, tratando de no pensar en lo cerca que tanto él como Smith habían estado de morir. Farrell había luchado como un demonio cuando lo descubrieron en un pueblo nativo, situada en lo alto de los Montes de la Nube Blanca<sup>[2]</sup>.

Lundy aun se sentía enfermo por lo que había sucedido. No le importaba enténderselas con matones o andar a tortas con los peores rufianes. Pero Farrell no era de esta clase. Simplemente era un buen tipo que había sido atrapado por algo que era demasiado grande para él.

Un buen tipo, locamente enamorado de alguien que no existía. Un tipo decente y trabajador, con esposa y dos hijos, que había perdido la cabeza, el corazón y el alma por un ente del espacio, hasta el punto que estaba dispuesto a matar para proteger a *Aquello*.

¡*Maldita sea!* pensó Lundy, agotado. ¿*No parará nunca de chillar?*

Los cohetes tronaban con su empuje. A su paso, la nave iba desgarrando el cielo gris. Jackie Smith permanecía sentado, rígido, con los ojos cerrados, los labios pálidos y jadeando profundamente. *Vhia* todavía estaba muy lejos.

Quizás había cosas que no sabía. Quizás ni siquiera se dirigía hacia *Vhia*. Quizás *Aquello* se había apoderado él, y nunca lo sabría hasta que se estrellase.

El frío nudo se apretó aún más en su vientre, como una fría hoja que acuchillara su carne.

Lundy lanzó una maldición. Seguir pensando cosas así era la forma más segura de sacar un billete para ir directamente al infierno.

Pero no podía dejar de pensar en *Aquello*. En el ente que había capturado gracias a una red especial de densa malla metálica. Lanzó aquella red sobre algo que Farrell podía ver pero él no. El ente que había sido introducido a la fuerza en la caja fuerte de *glasita*<sup>[3]</sup>, cubriéndolo con una tela negra, porque le habían avisado para que que no lo mirase.

Las manos de Lundy estaban muy calientes y le cosquilleaban de una forma que no era desagradable. Todavía le parecía notar aquel pequeño ente salvaje, cubierto por la red, luchando denodadamente para escapar. Le pareció de una forma vagamente cilíndrica y estaba terriblemente vivo.

Estaba vivo. Pero era vida del espacio exterior, brotada de una nube de polvo cósmico atraída por el impulso gravitatorio de Venus. Desde que el planeta cruzó la nube, se había desencadenado una extraña oleada de locura en todo el planeta. Una locura como la de Farrell, que había causado muertes y cosas aún peores.

Los científicos tenían algunas ideas sobre lo que podía ser aquella vida del

exterior. Tuvieron la suerte de descubrir uno de aquellos entes muerto, y circulaban vagos rumores acerca de una substancia de apariencia cristalina que no era realmente cristal, de unas tres pulgadas de largo y magníficamente pulida y estriada, provista además de unos pequeños y extrañísimos utensilios sobre cuyo uso nadie se atrevió a opinar.

Aquel ente muerto no les servía de mucho. Si querían descubrir de qué estaba hecho y aprender el medio de terminar con lo que los telecomentadores habían denominado “La locura del más allá”, o “La seducción del vampiro”, necesitaban obtener uno vivo.

Había una cosa sobre estos entes que todo el mundo conocía. Los tipos que, de repente, babeando y totalmente enloquecidos, habían sido atrapados por aquellos seres, llegaban a decir claramente que habían encontrado a la Mujer Soñada, a la más perfecta de todas las mujeres en todos los sueños. Nadie más podía verla, pero esto les traía sin cuidado. Ellos la veían, y para ellos, ella era *Ella*. Y los ojos de ésta aparecían siempre velados.

Y *Ella* era una maestra de la hipnosis y del control de la mente. Por esta razón nunca se había conseguido apresar con vida anteriormente a *Ella*, o a *Aquello*. Esto únicamente se había podido conseguir cuando Lundy y Smith, contando con toda la ayuda científica que la Sección Especial podía darles, consiguieron localizar a Farrell y capturar al ente que lo tenía poseído.

Lograron capturar al poseído por una suerte loca. Lundy movió su cabeza palpitante y rígida sobre su cuello dolorido, parpadeó para apartar el sudor que caía sobre sus ojos inyectados en sangre, y deseó ardientemente encontrarse en su casa y acostado.

Jackie Smith dijo de repente:

—Enano, tengo frío. Dame una manta.

Lundy le miró. Sus ojos verde claro estaban entreabiertos, pero podían ver algo. Estaba temblando.

—Jackie, No puedo dejar los mandos.

—Tonterías. Aún tengo una mano útil. Aun puedo dirigir esta piojosa lata de sardinas durante un rato.

Lundy frunció el ceño. Sabía que Smith no bromeaba sobre el frío. Las temperaturas de Mercurio hacían que los colonos de la primera generación fuesen sensibles a todas las temperaturas inferiores a la de un horno eléctrico. Además de la herida, Smith podía contraer una pulmonía si no le abrigaban.

—Vale —Lundy estiró la mano y cerró el interruptor señalado con una A—. Pero dejaré que Mike se encargue del vuelo. Probablemente puede aguantar al menos cinco minutos antes de escacharrarse.

Mike Hierro, el piloto automático, dejaba de ser operativo cuando se trataba de volar por la atmósfera de Venus. La constante compensación magnética calentaba las bobinas del robot hasta el punto de fusión, prácticamente en muy pocos instantes.

Lundy pensó fugazmente que era agradable saber que todavía había un par de cosas que los hombres podían hacer mejor que las máquinas.

Se levantó, y le pareció como si hubiese estado oxidándose en el exterior unos cuatrocientos años más o menos. Smith no volvió la cabeza. Lundy le gruñó:

—¡La próxima vez, hijito, ponte calzoncillos largos y déjame tranquilo!

Luego se detuvo y notó como el nudo se apretaba en su estómago.

Un sudor frío comenzó a molestarle cuerpo y una rápida oleada de fuego recorrió sus nervios.

Farrell había cesado de gritar.

La nave quedó en silencio. Nada la perturbaba. El ruido de los cohetes era ajeno a aquel silencio. Incluso la cuidadosa respiración de Jackie Smith había cesado. Lundy se dirigió lentamente adelante, hacia la puerta. Dio dos pasos.

Ésta se abrió. Lundy se detuvo de nuevo, completamente rígido.

En el umbral se encontraba Farrell en pie. Farrell, un tipo agradable, con mujer y dos hijos. Su rostro era el mismo de siempre, pero los ojos que brillaban en él no pertenecían a un hombre cuerdo. Ni siquiera eran humanos.

Lundy le había atado a la litera con cuatro fuertes correas. Pecho, cintura, piernas y pies. Las marcas de las mismas podían verse en Farrell. Habían desgarrado su camisa y sus pantalones y se habían clavado en su carne, y en sus tendones, lo bastante profundo como para mostrar sus desnudas y blancas costillas. Había sangre, mucha sangre, pero a Farrel no le importaba.

Mientras le sonreía a Lundy, dijo:

—Rompí las correas. Ella me llamó y rompí las correas.

Comenzó a dirigirse hacia la caja fuerte que se encontraba en una esquina de la cabina. Lundy, que no se sentía bien, intentó salir de la nube negra y fría que le rodeaba y consiguió que sus pies se movieran.

Jackie Smith dijo tranquilamente:

—Quieto, enano. A *Ella* no le gusta estar encerrada en la caja fuerte. Tiene frío y quiere salir.

Lundy miró por encima del hombro. Smith se había vuelto en su asiento y empuñaba la pistola hipodérmica, que había sacado de la funda colgada en el asiento del piloto. Sus pálidos ojos verdes tenían un brillo distante y soñador, pero Lundy no se fiaba en absoluto de ello.

Sin inflexión en su voz, dijo:

—Tú la has visto.

—No, no... pero la he oído —Los gruesos labios de Smith se plegaron en un rictus. El aire penetró a través de ellos lentamente, produciendo un sonido ronco.

Farrell se arrodilló junto a la caja fuerte. Poniendo sus manos sobre su superficie negra y brillante y se volvió hacia Lundy. Estaba llorando.

—Ábrelo. Tienes que abrirlo. *Ella* quiere salir. Está asustada.

Jackie Smith levantó la pistola una fracción de pulgada y dijo con un susurro:

—Ábrelo, enano, *ella* tiene frío ahí dentro.

Lundy se quedó parado. El sudor corría por su cuerpo y a pesar de ello estaba más frío que la tripa de un sapo en medio de la lluvia. Sin ningún motivo, respondió con lengua pastosa:

—No. Tiene calor. Allí dentro no puede respirar. Tiene calor — Luego levantó la cabeza y gritó. Se dirigió a enfrentarse con Smith, y con paso inseguro pero rápido se dirigió hacia él.

En la fea cara de Smith apareció una mueca como si fuese a llorar:

—¡Enano! No quiero tener que disparar contra ti. Abre la caja fuerte.

Lundy, con un hilo de voz, dijo:

—Eres un maldito estúpido — Y siguió avanzando.

Smith apretó el gatillo.

Las agujas cargadas de anestésico se clavaron en el pecho de Lundy. No le dañaron mucho. Sólo un pequeño pinchazo. El siguió avanzando, sin ningún motivo. Era como si desde siempre hubiera estado haciendo este recorrido.

Detrás de él, Farrell gimíó como un cachorro y se tendió sobre la pequeña caja fuerte. Ya no se movió nunca más. Lundy cayó de rodillas y siguió avanzando a gatas y como en sueños hacia los controles. Jackie Smith le miraba aturdido con sus ojos verdes.

De repente, Mike Hierro explotó. Del cuadro de mandos surgió una llama azul. Su brillo y su calor hicieron caer a Lundy de espaldas. La cabina se llenó de silbidos, aullidos y empezó a girar locamente, mientras la nave convertible bailaba como una hoja atrapada por una tempestad. El mecanismo automático de seguridad apagó los cohetes.

La nave empezó a caer.

Smith dijo algo en lo que se mencionaba a Ella y plegó su asiento. Lundy le frotó la cara con la mano. Las facciones eran borrosas y estúpidas. Sus ojos negros carecían de expresión. Empezó a arrastrarse sobre el suelo, que se estremecía, en dirección a la caja fuerte.

La proa de la nave arrancaba jirones de nubes mientras las rasgaba; finalmente, solo pudo verse agua. Un agua negra y tranquila, sin oleaje, punteado por islitas de sargazos flotantes, que se removían y agitaban con vida propia.

Aguas negras que ascendían a su encuentro.

A Lundy no le importó. Se arrastró sobre la sangre de Farrell sin darle importancia; empujó su cuerpo hacia la pared de la cabina, y empezó a arañar la puerta brillante, aullando como un perro al que no dejan entrar en casa y está disgustado por ello.

La nave chocó con el agua dándose un golpe terrible. Se levantaron chorros de espuma como si se hubiera formado un géiser, todo blanco contra aquel negro mar. Finalmente, todo terminó; las olas que se habían levantado acabaron por extinguirse.

Las islas de sargazos, de color verde oscuro se desplazaron sinuosamente sobre sí

mismas. Una bandada de pequeños dragones marinos agitó sus alas, que parecían enjoyadas, y comenzó a pescar; ninguno de aquellos seres se preocupó por la nave que se hundía bajo ellos.

Ni siquiera se preocupó el propio Lundy, que se sentía helado en la cabina cerrada herméticamente, apretando con su cuerpo la caja fuerte, mientras las lágrimas y el sudor se secaban en sus mejillas en las que aparecía una barba rala.

## *II*

Lo primero de lo que se percató Lundy fue la de inmovilidad en que se encontraba. Un sentimiento de muerte, como si toda la creación hubiese dejado de respirar.

Lo segundo que notó fue su cuerpo. Le dolía de una forma infernal, tenía calor y no le gustaba el aire espeso y viciado que respiraba. Lundy se sentó penosamente e intentó poner su cerebro a funcionar. Esto suponía un trabajo duro, porque alguien parecía haberle roto la cabeza en cuatro trozos con un hacha.

La cabina no estaba realmente a oscuras. Un oscilante resplandor plateado, casi como si fuera la luz de la luna, penetraba por las escotillas. Lundy podía ver bastante bien. Podía ver el cuerpo de Farrell extendido por el suelo, y una masa de chatarra que alguna vez había sido equipamiento.

Pudo ver la caja fuerte.

La miró largo rato, aunque no había mucho que ver. No era más que una caja fuerte abierta y vacía, y un trozo de tela negra caído en el suelo.

—¡Dios mío! —susurró Lundy — , ¡Oh, Dios mío!

Entonces todo se le vino encima. En su interior no quedaba nada, salvo su estómago, y éste se encontraba bien sujeto. Sin embargo, quiso salirse por su boca. Finalmente, los espasmos cesaron, y entonces fue cuando Lundy oyó que llamaban a la puerta.

La llamada no era muy fuerte. Tenía un ritmo lento y relajado, como si el que llamaba tuviese mucho tiempo y no le importara cuando entrara. El sonido procedía de la esclusa de salida.

Lundy se levantó lentamente, más frío que el vientre de un sapo y blanco como éste. Contrajo los labios mostrando los dientes y permaneció en pie, paralizado por la impresión.

Las llamadas continuaron, produciendo un ritmo que daba sueño. El tipo de afuera podía permitirse esperar. Alguna vez, aquella puerta cerrada se abriría; mientras tanto, podía esperar. No tenía prisa. Nunca tenía prisa.

Lundy paseó la mirada por toda la cabina, sin hablar. Miró de soslayo a la

escotilla. Allí fuera había agua. La negra agua de los mares de Venus, clara y negra, como una noche profunda.

El suelo arenoso y llano se extendía alrededor de la nave. La luz plateada era reflejada por este suelo. Era algún tipo de luz fosforescente, tan brillante como la luz de la luna y ligeramente teñida de verde.

Agua marina negra. Arena plateada. El tipo seguía llamando a la puerta, lenta y relajadamente. Con paciencia. Uno... dos. Uno... dos. Al compás del latido del corazón de Lundy.

Lundy pasó a la cabina interior, caminando con paso firme. Miró cuidadosamente a su alrededor y luego se volvió. Se detuvo ante la escotilla que daba al exterior.

—Vale, Jackie—dijo—. Espera un minuto. Un minuto, muchacho.

Entonces se volvió y se dirigió rápidamente hacia el armario de babor y sacó de él una botella de un cuarto de galón, que se encontraba en un departamento antichoque y la levantó. Empleó las dos manos.

Después de permanecer así un rato bajó la botella y se quedó quieto, sin mirar hacia ninguna parte, hasta que dejó de temblar. Luego descolgó su traje de vacío del gancho del que colgaba y se lo puso. Su rostro estaba gris y completamente inexpresivo.

Tomó todas las botellas de oxígeno que podía llevar, las raciones de emergencia y toda la bencedrina que había en el botiquín. Mezcló la dosis más elevada posible de este estimulante con brandy y se lo tomó antes de cerrar el casco. No se molestó en coger la pistola hipodérmica. Tomó las dos pistolas desintegradoras de reglamento... la suya y la de Smith. El dulce repiqueteo no cesaba.

Permaneció por un momento mirando la caja fuerte vacía y la tela negra caída junto a ella. Una expresión cruel apareció a su rostro. Sus músculos se contrajeron involuntariamente y se pusieron duros; una terrible expresión de paciencia apareció en su cara.

Encontrarse bajo el agua no molestaría a un ente del espacio exterior. Descolgó de su gancho la red de densa malla metálica y se la aseguró al cinturón. Luego se dirigió a la esclusa y abrió la escotilla exterior. El agua negra irrumpió, formando remolinos en torno a sus botas lastradas. Luego, la escotilla exterior se abrió de par en par y Jackie Smith entró.

El cadáver había estado esperando en la esclusa inundada, dando patadas con sus botas a la escotilla exterior, relajadamente, con el lento oleaje del mar. Ahora el agua empujaba sus pies hacia abajo y tiraba de él desde detrás. Miró a Lundy al pasar. Era un hombre rubio y corpulento de ojos verdes con vendas blancas que asomaban por su guerrera negra entreabierta; miraba a Lundy. No por mucho tiempo, únicamente por un instante. Pero fue suficiente.

Lundy se calló después del tercer grito de terror. Tenía que hacerlo, porque sabía que si seguía gritando nunca podría detenerse. Las negras aguas habían alejado a Jackie Smith, llevándoselo hasta la pared opuesta y cubriendo su rostro.

—¡Dios mío! —susurró Lundy—. ¡Dios mío...! ¿Qué es lo que vio antes de ahogarse?

Nadie respondió. Las oscuras aguas empujaba a Lundy, mientras se alzaban a su sabedor, procurando llevarlo hacia donde se encontraba Jackie Smith. La boca de Lundy comenzó a contraerse.

Apretó con los dientes su labio inferior. Comenzó a correr torpemente, luchando contra el agua, hasta que finalmente se detuvo. Entonces empezó a caminar, sin mirar hacia atrás, por la esclusa inundada. La escotilla se deslizó tras él, para cerrarse automáticamente.

Caminó sobre la arena compacta de color verde plateado, mientras tragaba la sangre que le llegaba a su boca y le ahogaba. No se apresuró. Iba a estar caminando durante mucho, mucho tiempo. A partir de la posición de la nave cuando se hundió, debía ser capaz de encontrar la costa y lograr salir a la superficie... Salvo que *Aquello* hubiese influido sobre él, haciéndole ver en los diales unas cifras que nunca habían estado allí.

Comprobó la dirección en que se movía, ajustó el control de la presión de su traje de vacío, y siguió caminando por aquel sobrenatural paisaje, que parecía bañado por una luz de luna submarina. La marcha no era agotadora. Si no encontraba en algún lugar un pozo profundo, algo que estuviera fuera de su alcance, o se convirtiera en alimento de alguna especie de voraz alga venusiana, debería sobrevivir para enfrentarse al Viejo en el cuartel general, y comunicarle que dos hombres habían muerto, la nave se había perdido y la misión que le habían encomendado había terminado en un infierno.

Lo que se encontraba allí, a su alrededor era hermoso. Como los mundos de ensueño que puedes ver cuando estás drogado o deliras. La fosforescencia se alzaba en el agua negra y danzaba, formando trémulas espirales de fuego frío. Los peces, aquellos extraños seres de llamativos colores, con ojos que parecían joyas, pasaban como centellas de brillantes colores junto a Lundy; allí se encontraban grandes extensiones de algas que parecían bosques recién plantados, extendiendo en el agua negra y fosforescente; enormes y brillantes manchas azules, violetas, verdes y plateadas.

Flores. Una vez, Lundy se acercó demasiado a algunas de ellas. Estas le alcanzaron y abrieron unas bocas redondas llenas de espinas, que intentaron sorberle vorazmente. Los peces se mantenían a buena distancia de las flores. Después de aquello, Lundy hizo lo mismo.

No había estado caminando más de media hora cuando descubrió la calzada.

Era una calzada perfectamente buena, que avanzaba en línea recta a través de la arena. Aquí y allá aparecían algunas grietas; algunos de sus enormes bloques cuadrangulares estaban alzados o apartados a un lado, pero todavía era una buena calzada que se dirigía a alguna parte.

Lundy permaneció mirándola mientras un escalofrío recorría hacia arriba y hacia



abajo su columna vertebral. Había oído hablar de cosas como ésta. Todavía nadie sabía mucho sobre Venus. Era un planeta joven, duro, desconcertante y puñetero, capaz de darle más de una patada en la boca a los científicos que se ocupaban de fisgonear en sus secretos.

Pero incluso los planetas jóvenes tienen un largo pasado; así se cuenta en las historias que circulan por él. Leyendas, canciones y cuentos populares. Que gran parte de la superficie de Venus que hoy se hallaba sumergida no lo estuvo en otros tiempos, y viceversa, era algo generalmente aceptado. La chica, que ya no era joven, había cambiado varias veces de maquillaje antes de adoptar su rostro definitivo.

Así que podía decirse que, en algún tiempo indeterminado, como se dice en los cuentos, aquella calzada, que conducía a alguna parte, había cruzado una llanura bajo un cálido cielo gris perla. Probablemente, por ella pasaban las caravanas que venían de la costa. Por allí pasarían los fardos de especias y seda de araña, junto con los toneles de vakhi procedentes de los cañaverales de Nahali<sup>[4]</sup>, y las jóvenes esclavas de cabellos de plata que venían de las tierras altas donde moraba el Pueblo de las Nubes, caminando, con un calor bochornoso, bajo por los verdes árboles liha, para ser vendidas en el mercado.

Ahora, la calzada cruzaba una planicie de arena brillante bajo unas tranquilas aguas oscuras. Los únicos árboles que le daban sombra eran los elevados tallos de aquellas hierbas en los que aparecían aquellas flores brillantes y hambrientas. Las únicas criaturas que marchaban por ella eran los pequeños peces de ojos como joyas. Pero la calzada seguía allí, conduciendo a alguna parte.

La calzada seguía la misma dirección que llevaba Lundy. Antes quizá hubiera cambiado de dirección y por eso la había encontrado. Lundy se pasó la lengua por sus labios cubiertos de frío sudor y caminó siguiendo aquella calzada.

Caminaba lentamente y con cuidado, como el que penetra a solas en la nave de una iglesia vacía.

Caminó sobre la calzada durante largo rato. Las algas, cada vez más espesas, se amontonaban a ambos lados de ella. Parecía estar cruzando un espeso bosque de algas que se extendía por ambos lados, hasta allá donde llegaba la vista de Lundy. Estaba contento con la calzada, ya que ésta era ancha y, si se mantenía en el centro, las flores no podían alcanzarle.

Fuera, cada vez estaba más oscuro, debido a las algas que cubrían la arena. Cualquiera que fuese la causa de la fosforescencia, aquel amontonamiento de algas no le iba bien; pronto estuvo tan oscuro que Lundy tuvo que encender la luz que llevaba en la parte superior de su casco. En los bordes de su haz luminoso pudo ver las frondas de algas moviéndose perezosamente en el lento oleaje del mar.

Las flores aquí eran de colores más brillantes. Pendían como lámparas en medio de aquellas aguas negras, iluminando aquel paisaje con una luz que parecía surgir de ellas mismas. Eran de colores rojos tenebrosos, amarillos apasionados y azules fríos y viciosos.

A Lundy no le gustaban.

Las algas cada vez eran más espesas y se encontraban más juntas. Sus raíces rebosaban de los bordes del empedrado. Las flores abrían sus brillantes y hambrientas bocas e intentaban alcanzar a Lundy.

Trataban de alcanzarle, sin tocarle, de momento.

Estaba cansado. En su interior, el efecto del brandy y la bencedrina comenzaba a desaparecer. Cambió la botella de oxígeno por otra. Esto le ayudó pero no mucho. Tomó más estimulante, pero le daba miedo abusar, para que su corazón no fuera demasiado presionado. Sus piernas estaban entumecidas.

No había dormido desde hacía mucho tiempo. Seguir la pista de Farrell no había sido fácil, y atraparle constituyó, dicho de forma clara, una verdadera hazaña. Lundy no era más que un ser humano. Por lo que era lógico que se encontrase cansado. Arrastrado. Desarmado. Más muerto que vivo.

Se sentó y descansó un rato, apagando la lámpara para ahorrar la batería. Las flores le observaban, brillando en la oscuridad. Cerró los ojos, pero seguía sintiendo su presencia, observándole y esperando.

Después de uno o dos minutos, se levantó y siguió la marcha.

Las algas se hicieron más espesas y más altas y más cargadas de flores.

Tomó más bencedrina, olvidándose de su corazón. La luz del casco abría un túnel blanco y frío a través de la negrura. Lo siguió, caminando deprisa. Las frondas de algas se trababan y se entretejían por encima de su cabeza, encerrándole en su interior. Las flores se doblaban hacia abajo, sobre él. Sus pétalos casi le rozaban. Pétalos carnosos, voraces y vivos.

Echó a correr sobre los surcos abiertos por las ruedas en la piedra y las desgastadas losas de piedra de la carretera, que aún llevaba a alguna parte, bajo aquel oscuro mar.

Lundy corrió torpemente durante mucho tiempo, entre las oscuras y agobiantes paredes de aquel túnel. Las flores cada vez estaban más cerca. Lo bastante cerca como para sujetarle su traje de vacío, como manos que le agarraran, se deslizaran y le volvieran a agarrar. Comenzó a usar su pistola de rayos.

De esta forma quemó un gran número de algas. A ellas no les gustó esto. Empezaron a balancearse sobre sus raíces, asestándole golpes desde el techo enramado que le cubría. Estaban enfadadas. Lundy corría penosamente, sollozando pero sin llorar.

La carretera le llevó allí. Se cruzó con él de pronto, sin previo aviso. Estaba corriendo relajadamente por el túnel de algas, cuando se encontró con una masa caótica de enormes bloques de piedra, esparcidos sin orden ni concierto, como si un niño gigante se hubiese cansado de jugar con ellos.

Y las algas habían encontrado lugares para crecer entre ellos.

Lundy tropezó y cayó, dándose de con la cabeza en la parte posterior de su casco. Por un momento lo único que pudo ver fueron brillantes relámpagos de luz. Luego,

aquello se detuvo y comprendió que se había roto una conexión, pues su propia luz se había apagado.

Comenzó a arrastrarse por encima de un gran bloque inclinado. Las flores resplandecían en la oscuridad, brillantes y cercanas. Demasiado cercanas. Lundy abrió la boca, pero lo único que pudo articular fue un ronco gemido animal. Todavía empuñaba la pistola. La disparó un par de veces y luego se encontró en lo alto del bloque, tendido de bruces.

Ya no se podía mover. Se dio cuenta de que estaba llegando al final

Las brillantes flores bajaban descendiendo a través de la oscuridad. Lundy yacía sobre la piedra observándolas con rostro inexpresivo. En sus ojos oscuros brillaba un odio obstinado, pero nada más.

Observó cómo las flores se adherían a su traje de vacío y comenzaban a trabajar. Entonces, allá en lo alto, a través del oscuro y estrecho túnel de algas, vio brillar la luz.

De repente flameó como un relámpago. Un lienzo de oro cálido y brillante que ondeaba como una bandera, iluminando el final de la carretera. Iluminando también la ciudad y la pequeña procesión que salía de ella.

Lundy no podía creer nada de lo que veía. Ya estaba medio muerto, con su espíritu flotando libre de su cuerpo y comenzando a ser envuelto por las oscuras nubes. Consideró, sin curiosidad, lo que advertía con sus ojos.

La luz dorada se extinguió, y luego, volvió a brillar rítmicamente dos veces más. La carretera seguía suavemente más allá del final del túnel, a través de una estrecha llanura. Más allá de la llanura se alzaba la ciudad.

Lundy no podía ver más que una parte de la misma, a causa de las algas. Pero parecía ser una gran ciudad. Estaba rodeada por una muralla, de mármol verde vetado de rosa oscuro, y con sus bordes desgastados por siglos de erosión marina. Había anchas puertas de oro puro, no deslustrado por el paso del tiempo, y que se abrían sobre pernos que también eran de oro. Más allá de las puertas se extendía una gran plaza pavimentada con cuarzo de color gris nube; alrededor de la plaza se alzaban unos edificios semejantes a los castillos que Lundy había visto en la Tierra durante su infancia, bajo las nubes que llenaban el cielo antes del crepúsculo.

A esto se asemejaba aquel lugar, bajo los destellos de luz dorada. La Tierra de Nunca Jamás en el crepúsculo. Remota, con una belleza de ensueño, cubierta por las oscuras aguas, como si fueran un velo... algo que nunca podría ser destruido, porque nunca existió.

Las criaturas que salieron por las puertas doradas y se acercaron por la calzada eran como pequeños retazos de aquellas nubes desgajados por una brisa vagabunda y fría, alejados de la luz.

Marchando a la deriva llegaron junto a Lundy.

No parecían moverse deprisa, pero sí que debían hacerlo, ya que, de repente, se hallaron entre las algas. Había muchos, tal vez cuarenta o cincuenta. Parecían tener

entre tres y cuatro pies de altura, y todos presentaban el mismo triste color azul grisáceo crepuscular.

Lundy no podía ver qué eran. Parecían vagamente humanos, aunque también, vagamente parecían tener aletas, y alguna otra cosa que, vagamente, adivinaba, si bien no podía situar.

De repente todo aquello dejó de importarle. La sombría cortina negra que envolvía su mente se rasgó, y el miedo penetró gritando por la aquella fisura. Notaba cómo las flores mordían y empujaban su traje de vacío como si fuese de su propia piel.

Podía sentir el sudor que se deslizaba, frío, sobre su cuerpo. En un minuto, el agua del mar estaría en el interior del traje y entonces...

Lundy empezó a luchar. Contrajo los labios pero no hizo ningún ruido, salvo su pesada respiración. Luchó contra las flores, utilizando en parte la pistola de rayos y en parte la fuerza bruta. No empleaba ciencia ni método. Era como la última lucha ciega de un animal que no quiere morir.

Las flores le sujetaban. Le sofocaban y le aplastaban, envolviéndole en adorables y brillantes pétalos de destrucción. Abrasó muchas de aquellas criaturas, pero siempre aparecían más. Lundy no pudo seguir luchando por mucho tiempo.

Yacía tendido sobre su espalda, con las rodillas un poco dobladas hacía su rígido vientre atenazado por un nudo, ciego por el sudor y con el corazón latiéndole con el sonido de unas botas claveteadas a la carrera. Frío, tenso, esperando.

Entonces, las flores empezaron a apartarse.

No deseaban marcharse, se iban a disgusto, se retiraban refunfuñando como gatos a los que se ha quitado de un ratón rollizo, haciendo amagos rápidos y débiles de atraparle. Pero se fueron.

Lundy estaba más cerca de perder el control de lo que nunca había estado. Se sentía al límite extremo de sus fuerzas. Entonces reaccionó y su cuerpo se retorció como si buera una bayeta mojada. Su corazón dejó de latir; su cuerpo saltó como si fuera un muelle.

Entonces, a través de una niebla que podía ser sudor o lágrimas, al borde de la Otra Vida, vio las pequeñas criaturas gris azulado que le miraban desde arriba.

Revoloteaban formando una nube sobre él, sosteniéndose gracias a sus membranas que no dejaban de oscilar, tan delicadas como el trino de un pájaro en un día de viento. Las membranas se extendían entre sus brazos y piernas, las cuales estaban provistas de unas pequeñas aletas natatorias con otras pequeñas membranas. Las piernas tenían ventosas, en donde debieran haber estado los talones, si aquellos seres hubieran tenido pies.

Sus cuerpos eran esbeltos y flexibles, con aspecto marcadamente femenino, sin tener ninguna de las características humanas más específicas. Eran unas hermosas criaturas. Eran diferentes de todo cuanto Lundy había visto antes o sobre lo que había soñado, pero eran hermosas.

Tenían caras. Extrañas caritas de duendecillos sin nariz. Su nariz era un minúsculo orificio redondo y adorable; podría decirse que los ojos eran su rasgo dominante.

Ojos enormes, redondos, dorados y con pupilas de un color marrón oscuro. Ojos suaves, gentiles; inquisitivos, esto hizo que a Lundy le dieran ganas de llorar y le asustaron tanto que casi enloqueció.

Las flores se mantenían a su alrededor, llenas de esperanza. Cuando una llegaba demasiado cerca de Lundy, uno de aquellos pequeños seres le daba un golpecillo cariñoso, como hacemos nosotros con un perro de compañía, y la espantaba.

—*¿Estás vivo?*

### III

Lundy no se sorprendió por aquella voz telepática. La comunicación de los pensamientos era tan habitual como la oral y era mucho más sencilla que ésta, en muchos lugares de los mundos habitados. El Departamento Especial daba a sus hombres una completa formación en comunicación telepática.

—*Vivo gracias a vosotras.*

Había algo en la cualidad de cerebro que sondeó que le sorprendía. No se parecía a nada de lo que había conocido anteriormente.

Se puso en pie, con poca firmeza.

—*Habéis llegado justo a tiempo. ¿Cómo supisteis que estaba aquí?*

—*Tus pensamientos de miedo nos alcanzaron. Sabemos lo que es tener miedo. Por eso, vinimos.*

—*Lo único que puedo deciros es: ¡Gracias!*

—*¡Por supuesto que te ayudamos! ¿Por qué no te íbamos a ayudar? Por ello, no necesitas darnos las gracias.*

Lundy miró las flores que brillaban con un hosco resplandor en la oscuridad.

—*¿Cómo conseguís que os obedezcan? ¿Por qué no os...?*

—*¡Pero si no son caníbales! No son como... los Otros* —Este último pensamiento ponía de manifiesto un terror frío.

Caníbales. Lundy miró a la nube de delicadas formas femeninas de color gris azulado. Sintió como su piel se ponía fría y se encogía.

Le sonrieron con sus suaves ojos dorados.

—*Sí, somos diferentes de ti. Al igual que somos diferentes de los peces. ¿Qué es lo que piensas? En las algas brillantes que han crecido y se han desarrollado sí, son familia nuestra.*

*Familia, pensó Lundy. Sí. Como nosotros somos familia de los animales. Eran*

*plantas*. Las plantas vivientes no eran nada nuevo en Venus<sup>[5]</sup>. ¿Porqué no podían existir plantas con mentes racionales? Plantas que se desplazaban llevándose sus raíces con ellas, y te miraban con tristes ojos suaves.

—*Vámonos de aquí* —dijo Lundy.

Salieron de aquel oscuro túnel a la calzada, mientras las flores abrían sus bocas como perros hambrientos intentando morder a Lundy, pero no lograron alcanzarle. Comenzó a cruzar la estrecha llanura, con las plantas femeninas desplazándose a su alrededor, como si fueran una nube.

Eran algas. Pequeños fragmentos de vegetación marina que podían hablar contigo. Esto hacía que Lundy tuviera un sentimiento de extrañeza.

La ciudad también le hizo sentir extrañeza. La primera vez que la vio desde la llanura, estaba sumida en la oscuridad, únicamente iluminada por el resplandor de luz de luna de la arena. Era una gran ciudad, que se extendía a lo lejos, rodeada por sus murallas. Grande, silenciosa y muy antigua. Esperándole, al final del camino.

Resultaba curioso, pero con aquella luz mortecina parecía más real. Lundy se olvidó por un momento de la existencia del agua. Era como caminar, a la luz de la luna, hacia una ciudad dormida, sintiendo su fuerza secreta y débilmente hostil oculta y sometida hasta el amanecer...

Sin embargo, jamás amanecería en aquella ciudad. Nunca, nunca más.

De repente, Lundy sintió deseos de emprender la fuga.

—*No tengas miedo. Nosotros vivimos aquí. Es un lugar seguro.*

Lundy, enfadado, negó con la cabeza. De repente la luz brillante centelleó de nuevo por tres veces consecutivas. Parecía venir de algún lugar a la derecha, más allá de una cordillera submarina. Lundy sintió un débil temblor en la arena. Probablemente, una hendidura volcánica que se había abierto al hundirse la arena.

La luz dorada cambió de nuevo el aspecto de la ciudad, que volvió a parecer la Tierra de Nunca Jamás en el crepúsculo, un lugar que solo se encuentra en los sueños.

Cuando pasó a través de las puertas sentía respeto, pero no miedo. Y entonces, mientras permanecía en pie en la plaza, contemplando los inmensos edificios sombríos, le llegó el pensamiento procedente de la nube de pequeñas criaturas femeninas.

—*Era un lugar seguro y feliz, antes de que Ella viniese.*

Tras una larga pausa, Lundy preguntó:

—*¿Ella?*

—*No la hemos visto. Pero nuestros compañeros si la vieron. Ella vino hace poco y paseó las calles, y todos nuestros hombres nos dejaron para seguirla. Decían, que su belleza era muy superior a la de cualquiera de nosotras y...*

—*...Que sus ojos están velados y que tienen que verlos. Si no le ven los ojos enloquecerán por eso la siguen.*

La triste nubecilla azul grisácea se removió en las aguas oscuras. Los ojos dorados le miraron desde arriba.

—¿Cómo lo sabes? ¿También la seguiste?

Lundy suspiró lenta y profundamente. Tenía las palmas de las manos húmedas.

—Sí. Sí, yo también la seguí.

—*Captamos tu pensamiento...* —Bajaron, se le aproximaron y le rodearon, mientras sus delicadas membranas batían como las transparentes alas de las hadas. Sus enormes ojos dorados eran adorables y suplicantes —. *¿Puedes ayudarnos? ¿Puedes hacer que vuelvan nuestros hombres sanos y salvos? Lo han olvidado todo. Si los Otros vinieran...*

—¿Los Otros?

El cerebro de Lundy se sumergió en un mar de terror espantoso, de donde emergían imágenes espantosas. Pesadillas grandiosas...

—*Vienen cabalgando las corrientes que existen entre las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Comen. Destruyen* —Los pequeños seres de aspecto femenino se echaron a temblar como hojas movidas por el vendaval.

»*Nos escondemos de ellos en los edificios. Así los podemos mantener fuera, alejados de nuestras semillas y de nuestros pequeños. Pero nuestros compañeros lo han olvidado. Si los Otros vienen mientras ellos la siguen fuera de la ciudad y sin amparo alguno, los matarán a todos. Nosotras nos quedaremos solas, ya no habrá semillas para nosotras, ya no habrá más pequeños.*

Se amontonaron a su alrededor, apretándose las unas contra las otras, tocándole con sus pequeñas aletas delanteras de color gris azulado.

—¿Puedes ayudarnos? ¿Oh, puedes ayudarnos?

Lundy cerró sus ojos. Contrajo la boca y apretó los dientes. Cuando abrió los ojos de nuevo, éstos eran duros como ágatas.

—*Os ayudaré, o moriré en el intento.*

En la gran plaza reinaba la oscuridad, ya que por las puertas abiertas solo se filtraba un pálido resplandor procedente de la arena. Por un momento, las pequeñas mujeres-planta de color gris azulado se apiñaron a su alrededor, sin moverse; únicamente toda la masa en su conjunto oscilaba bajo la acción del lento ritmo del océano.

Luego todas se apartaron de él, impulsadas por una esperanza salvaje... y Lundy se quedó con la boca abierta, mirándolas.

Ya no eran de color gris azulado. De repente brillaron y sus alas y sus delicados y flexibles cuerpos tomaron un cálido tono verde que latía con la vibrante pulsación de la vida. Y florecieron.

Sus largos y esbeltos pétalos vivientes debían de estar contraídos, como las frondas de una mimosa púdica<sup>[6]</sup> y mostraban un triste color gris. De pronto estallaron como coronas de llamas en torno a sus cabecitas.

Azul, escarlata y oro, rojas como amapolas y violetas y de color de fuego, blanco plateado y rosa cálido como las nubes de la mañana, tiñendo las negras aguas. Los colores fueron transmitidos desde los pequeños cuerpos verdes que daban vueltas y

subían a gran altura junto a los oscuros edificios propios de un sueño, como si fueran las mariposas que habían bailado allí, antes de que la luz del sol hubiera desaparecido para siempre.

Luego, de repente detuvieron la danza. Se dejaron arrastrar, sin moverse, por el agua y sus colores se oscurecieron. Lundy dijo:

—¿Dónde están?

—*En el interior de la ciudad, más allá de nuestros edificios... en las calles a las que únicamente van, alguna vez, los jóvenes curiosos. ¡Tráelos de vuelta, por favor! ¡Tráelos de vuelta!*

Las dejó nadando sobre la gran plaza oscura y se dirigió hacia el interior de la ciudad.

Caminó sobre anchas calles pavimentadas marcadas por profundas rodadas y desgastadas por generaciones de pies con sandalias. Los grandes edificios, erosionados por el agua, se alzaban a ambos lados, iluminados por el resplandor errático de la lejana grieta volcánica.

Las ventanas, con la forma típica de la mayor parte de la arquitectura venusina, estaban cubiertas por enrejados de mármol y de piedra semipreciosa, delicadamente labrada como si fueran piezas de joyería. Las grandes puertas doradas seguían abiertas con sus bisagras no atacadas por la corrosión. Por aquellas puertas Lundy pudo observar cómo era la vida que aquel pequeño pueblo vegetal había vivido.

La planta baja de algunos de los edificios se hallaba recubierta de arena. Sobre ella nadaban con gesto protector algunas mujeres-planta, alisando la arena cuando el movimiento del agua la alteraba. Lundy pensó que aquellos eran lechos de semillas.

En otros lugares había colonias enteras de diminutos seres, que parecían flores, plantados en la arena; brillaban en la oscuridad con un resplandor primaveral verde pálido. Sentadas en plácidas hileras, haciendo oscilar sus pequeñas coronas de color pastel y jugando solemnemente con trozos brillantes de alga y piedras de colores. Aquí también, las mujeres-planta vigilaban y cuidaban amorosamente a las florecitas.

Varias veces, Lundy vio grupos de retoños jóvenes, que ya se habían liberado de estar sujetos a la arena, a las que las mujeres-planta enseñaban a nadar, agitándose en el agua negra como pétalos de vivos colores bajo el viento de la primavera.

Todas las mujeres-planta eran del mismo triste color gris azulado, con sus flores ocultas.

Seguirían de esta forma salvo que, él, Lundy pudiese terminar el trabajo que la Sección Especial le había enviado a hacer. Un trabajo que, hasta ahora, se había mostrado como demasiado grande para él.

Farrell, con la carne arrancada de sus huesos y sin sentirlo porque sólo era capaz de pensar en *Ella*. Jackie Smith, ahogado en una esclusa porque *Ella* quería ser libre y él tuvo que ayudarla.

¿Sería este Lundy un tipo más fuerte que Farrell y Smith y todos los otros



hombres a los que *Ella* había vuelto locos? ¿Sería lo bastante fuerte para apresar a aquella seductora vampiresa en una red y mantenerla allí, sin volverse loco?

Lundy no se sentía tan fuerte. Ni siquiera consideraba que estuviera cerca de tener esas fuerzas.

Comenzó a recordar cosas. La primera vez que consiguió apresar *Aquello* en una red. Recordó cómo durante los últimos minutos antes del naufragio, la oyó suplicar por su libertad desde el interior de la caja fuerte. Recordó la cara de Jackie Smith cuando penetró en la cabina, arrastrado por el agua que inundaba la esclusa, y la propia pregunta que Lundy se hizo a sí mismo... Dios mío, ¿qué vio antes de ahogarse?

De nuevo un nudo fuerte y frío se le formó en el estómago, pero esta vez el nudo tenía espuelas que le aguijoneaban.

Dejó atrás la colonia de plantas y bajó por las calles desiertas, iluminadas por el rítmico centelleo de la fisura volcánica. Allí se había producido daño. Pavimentos agrietados y retorcidos, torres derribadas, las celosías talladas en piedra caídas de las ventanas. En algunos sitios, estaban derribadas paredes completas, y la mayor parte de las puertas doradas estaban rotas, destrozadas y abiertas de par en par o faltaban por completo. Una ciudad muerta. Tan muerta y silenciosa que no podías respirar en ella, y tan antigua que hacía sentirte como un gusano, que debiera arrastrarse en su interior.

Un sitio magnífico para volverse loco persiguiendo un sueño.

Después de mucho tiempo, Lundy los vio; vio a los compañeros de las pequeñas algas femeninas. Formaban una larga fila, como si fueran una bandada de aves migratorias, que se retorcía entre las torres oscuras y destrozadas.

Se parecían a sus hembras. Un poco más grandes, un poco más gruesos, con fuertes cuerpos verde oscuro y brillantes coronas. Sus ojos dorados miraban fijamente algo que Lundy no podía ver, y hubiérase dicho que eran los ojos de Lucifer suplicando que le abriesen las puertas del Cielo.

Lundy empezó a correr contra la corriente, cruzando en diagonal una amplia plaza hasta llegar a la cabeza de la procesión. Desenganchó, con sus manos que le parecían un par de peces muertos, la red que llevaba en la cintura.

De repente se tambaleó, perdió pie y cayó al suelo desmadejado. Fue como si alguien, con una mano muy fuerte, le hubiera empujado. Cuando intentó levantarse, algo le volvió a empujar con fuerza. El resplandor dorado de la fisura brillaba ahora de forma continua, y era muy brillante.

La fila de aquellos seres, semejantes a hombrecillos, se dobló repentinamente, formando una curva, como la de un látigo, y Lundy se dio cuenta de por qué se disponían así.

En la ciudad se estaba produciendo una corriente. Era una corriente que recordaba a los vientos cálidos que antiguamente soplaban, procedentes del mar, y que traían las lluvias.

“Cabalgan las corrientes que unen las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Comen. Destruyen.”

Los Otros. Los Otros, que eran caníbales...

*Ella* condujo el brillante cortejo de hombres-planta entre las torres; ahí, una corriente se dirigía hacia las calles.

Lundy se levantó. Se equilibró contra el empuje de la corriente, y corrió siguiendo aquella procesión. Corrió torpemente, por la dificultad que suponía el agua y las botas con contrapeso. Procuró calcular dónde se encontraba *Aquello*, o *Ella*, por el lugar hacia donde miraban los hombres-planta.

La cálida luz brilló más brillante. El agua unas veces le frenaba y otras le empujaba. Una vez miró hacia atrás, pero no pudo ver nada en las sombras que se extendían entre las torres. Sintió miedo.

Cuando extendió la red, estaba asustado.

Resultaba divertido que *Aquello*, o *Ella*, no le viera, aunque la idea de divertido no tuviera lugar en su mente, que procuraba mantener cerrada. Ciertamente, él era algo muy pequeño entre las sombras que se extendían bajo las murallas, pero el esfuerzo de crear una ilusión para tantas mentes debía ser muy trabajoso incluso para aquella criatura del espacio exterior.

Anteriormente había tenido una oportunidad, cuando, junto con Farrel, la pudo capturar. Ahora rezó para poder volver a tenerla.

La tuvo y la supo aprovechar. La corriente empujó a la procesión hacia cerca del lugar donde se hallaba Lundy. Observó los ojos de los hombres-planta. *Ella* todavía los dirigía, tenía un cuerpo físico, aunque no lo pudieses ver, y la corriente lo empujaría, sin importar lo pequeño que fuese. Lanzó rápidamente la red.

La red se hinchó en el agua negra y se aproximó a él respondiendo a su tirón. Había algo en ella. Algo pequeño, cilíndrico y perverso. Algo vivo.

Apretó el lazo que cerraba la red, temblando y sudando por la excitación nerviosa. Y entonces los hombres-planta le atacaron.

Se abalanzaron sobre él como una nube resplandeciente. Sus ojos dorados ardían. Habían perdido el juicio. Sus mentes chillaban con el estruendo de la ira, era un aullido sin forma de rabia y de miedo por *Ella*.

Le golpearon con sus pequeñas aletas verdes. Sus coronas echaban chispas, cálidas manchas de furioso color, llamas que brillaban en el agua oscura. Agarraron la red, intentaron desgarrarla, golpeándola con sus membranas como si fueran alas, luchando contra la corriente que cada vez era más intensa.

Lundy era un tipo bajo, pero fuerte y musculoso. A gritos, luchó para defender la red como hubiera hecho un lobo al que quisieran arrebatarse un cordero añejo. A pesar de todo, la perdió. Cayó de bruces bajo una pequeña montaña de hombres-planta que no dejaban de moverse. Quedó tumbado jadeando bajo su peso mientras le golpeaban, dando gracias de que su traje de vacío le protegía de morir aplastado.

Vio como ellos se apoderaban de la red. Se amontonaron a su alrededor,

formando una esfera, como un enjambre de abejas, danzando alrededor de la red en la corriente de agua. Sus ojos dorados tenían una terrible expresión de aflicción.

No podían abrir la red. Lundy la había atado y asegurado, y los hombres-planta no tenían dedos. La golpearon y sobaron con sus aletas, pero eran incapaces de lograr que *Ella* saliese.

Lundy se puso a gatas. La corriente era cada vez más rápida. Rugía entre las torres desmoronadas como un negro huracán y se llevó el enjambre de hombres-planta, que seguían aferrando la red.

Y entonces llegaron los Otros.

## IV

Lundy les vio desde muy lejos. Por un momento no creyó lo que veía. Pensó que eran sombras arrojadas por los destellos de luz de la fisura. Se apoyó en la pared de un edificio y permaneció en pie observándolos.

Permanecía en pie observándolos cuando vio que la corriente impetuosa los aproximaba al lugar donde él se encontraba. No se movió, únicamente abrió un poco la boca intentando de respirar. Permaneció allí, tan frío como los pies de un un cadáver e igual de entumecido.

Parecían algo así como rayas gigantes que él había visto en la Tierra, con la diferencia de que eran plantas. Bulbos vegetales grandes y esbeltos, con sus hojas extendidas como alas para aprovechar la corriente. Sus largos cuerpos en forma de lágrima terminaban en una proyección semejante a una cola de pez que les servía de timón. En lugar de brazos tenían tentáculos.

Eran de oscuro color pardo rojizo, como la sangre coagulada. El resplandor dorado de la fisura daba un extraño brillo a sus fríos ojos. Mostraba asimismo sus bocas redondas rodeadas de agudas espinas, y las mortíferas ventosas punzantes que se encontraban en la parte interior de sus enormes tentáculos.

Aquellos brazos eran lo suficientemente largos y fuertes para perforar la tela de un traje de vacío. Lundy no sabía si aquellas criaturas comían carne o no, pero esto poco importaba. De nada le serviría preocuparse después de que uno de aquellos tentáculos le hubiese golpeado.

La red con *Ella* se estaba alejando de donde él se encontraba, y los Otros se estaban acercando. Aunque hubiese deseado renunciar entonces a su misión, no había ningún lugar para ocultarse en aquellos edificios arrumados y sin puertas.

Lundy llenó su traje con el precioso oxígeno, y se sumó a las criaturas que aquella negra corriente arrastraba hacia el infierno.

Fue arrastrado como una burbuja por entre las torres muertas, pero no lo bastante

rápido. No estaba lo bastante adelantado sobre aquellas algas asesinas. Trató de nadar, para ir más deprisa, pero aquello era como si un bote de remos quisiese competir con una flota de balandros de dieciséis metros con toda su tripulación.

Podía ver el grupo de hombres-planta ante él. No habían cambiado de posición. Daban vueltas y giros en el agua, empleando en ello el impulso que les daba la corriente, por lo que Lundy consiguió alcanzarlos fácilmente.

Pero no era lo bastante rápido, ni siquiera se aproximaba a serlo.

Lo diabólico era que no sabía qué hacer cuando los alcanzase. La red estaba dentro del enjambre de hombres-planta, y éstos no le permitirían llevársela. Y si conseguía la red, ¿de qué le serviría? Los hombres-planta la seguirían, pues estaban tan obnubilados que no se alejarían de las algas-monstruo

Salvo que...

Se le ocurrió a Lundy totalmente de repente. Una esperanza, una solución. Se le ocurrió claramente cuando el alga que iba delante se sujetó a sus talones y le estrechó con fuerza con sus hojas en forma de ala.

Lundy lanzó un aullido de terror animal y dio patadas salvajemente, inyectando más aire en su traje. Subió con rapidez y las alas rozaron sus botas, pero no consiguieron agarrarle. Volviéndose, Lundy descargó su pistola desintegradora, a plena carga, contra el terrible ser, alcanzándole justo en un ojo.

Aquel ser empezó a debatirse y a mover las patas, como un pájaro herido. Las que venían justo detrás chocaron con ella, y se detuvieron para comérsela. Muy pronto, muchos de aquellos seres se tambalearon y emprendieron la lucha, como una bandada de gaviotas por un pez. Lundy nadó furiosamente, maldiciendo su aparatoso traje.

Había muchas de aquellas criaturas que no se habían parado, y las otras que sí lo habían hecho no permanecerían detenidas por mucho tiempo. Lundy daba patadas, cansándose y sudando. Estaba asustado. Aquello había acabado de forma que estaba a punto de echar las tripas. Era como nadar en una pesadilla, en la que te sientes atado y no puedes moverte.

La corriente parecía ser más rápida allá arriba en donde estaba ahora. Reunió todos sus pensamientos en un apretado haz, y lo arrojó hacia el corazón del montón de hombres-planta, y a la criatura atrapada en la red.

—*Puedo liberarte. Soy el único que puede hacerlo.*

Una voz le contestó dentro de su cerebro. Una voz que había oído ya una vez anteriormente en la cabina de la nave aérea naufragada. Una voz tan dulce y ligera como las flautas de Pan llenando de armonía las Colinas de Arcadia.

—*Lo sé. Mis pensamientos se han cruzado con los tuyos...* —Aquella voz élfica se interrumpió de pronto, casi con un suspiro de dolor. Muy débilmente, Lundy oyó —: *¡Qué peso! ¡Qué peso! Soy tan lenta...*

Un ansia por conseguir algo que estaba más allá de su experiencia atravesó la mente de Lundy como el grito de un niño asustado. Entonces el enjambre de hombres-planta se dispersó como barrido por un huracán.

Lundy vio como despertaban, abandonando su sueño.

*Ella* había desaparecido, y ahora ellos no sabían por qué estaban allí ni qué estaban haciendo. Tenían el apasionante recuerdo de una belleza que no podían alcanzar, y eso era todo. Estaban perdidos y asustados.

Entonces vieron a los otros.

Fue como si alguien les hubiese propinado un gran golpe con su puño. Quedaron inmóviles, arrastrados por la corriente, mirando hacia atrás con sus sorprendidos ojos dorados. Sus brillantes pétalos se plegaron sobre sí mismos y desaparecieron, el verde de sus cuerpos se oscureció hasta llegar a ser casi negro.

Los monstruos vegetales desplegaron sus alas y se lanzaron sobre ellos como grandes pájaros oscuros. Y más allá, bajo el plomizo resplandor dorado, Lundy pudo ver los distantes edificios de la colonia. Algunas de las puertas aún estaban abiertas, y junto a ellas esperaban grupos de pequeñas figuras.

Lundy aún estaba un poco por delante de los primeros monstruos vegetales. Agarró la red flotante y la sujetó a su cinturón; luego se dirigió torpemente hacia una torre en ruinas que sobresalía a su derecha.

Envió un salvaje aviso telepático a los hombres-planta, intentando que se volvieran y huyeran, diciéndoles que él se enfrentaría a los Otros. Estaban demasiado asustados para captar su pensamiento. Casi llorando, los maldijo. Al tercer intento consiguió que volvieran a la vida y entonces huyeron apresuradamente, con toda la velocidad que podían desarrollar.

Entre tanto, Lundy, se había apoyado en un pináculo de piedra mientras que los monstruos estaban justo encima de él.

Con una pistola de rayos en cada mano se empleó a fondo. Quemó muchos monstruos. Muy pronto, el agua que le rodeaba estuvo llena de cuerpos quemados, en donde los vivos se detuvieron para devorar a los muertos. Pero no podía contenerlos a todos, y algunos monstruos llegaron hasta él.

Casi sin volver la cabeza podía ver las enormes formas rojas semejantes a pájaros que caían sobre los moribundos, los envolvían con sus anchas alas, y luego permanecían quietos, empujados por la corriente, digiriendo su comida.

Las pequeñas mujeres-planta mantenían las puertas abiertas. Esperaron hasta que el último de sus compañeros volvió a casa, y entonces cerraron con un portazo los paneles dorados en las narices romas de los monstruos. Sólo unos pocos hombres-planta se perdieron. Solo unas pocas viudas tendrían que ocultar sus pétalos y adoptar la triste coloración gris azulada. Lundy se alegró por ello.

Era bueno tener un motivo por el que sentirse contento, porque una de aquellas siniestras criaturas había subido hasta los hombros de Lundy. Enseñándole los dientes. Los monstruos habían descubierto finalmente a quien los estaba matando. Además, Lundy era para entonces el único alimento visible.

Se reunieron para dar la acometida final, guando y deslizándose por el agua oscura. Lundy consiguió eliminar a dos más antes de que una de sus pistolas se

quedase sin carga. Poco después, la otra comenzó a perder potencia.

Lundy permanecía en pie solo, sobre la torre en ruinas, viendo cómo la muerte giraba a su alrededor. Y entonces le habló de nuevo la suave voz élfica del ser encerrado en la red:

—*¡Déjame libre! ¡Déjame libre!*

Lundy apretó fuertemente las mandíbulas e hizo lo único que se le ocurrió hacer. Desinfló su traje de vacío y saltó, hundiéndose en las negras profundidades del edificio en ruinas.

Los monstruos plegaron sus alas como un pájaro que se lanzara en picado y descendieron tras él, usando sus colas para dar potencia a su impulso.

A través de las grietas de los muros y de los huecos de las ventanas penetraban destellos de luz. Lundy descendió largo rato. No tenía que molestarse en buscar escaleras. Las sacudidas habían derribado casi todos los pisos.

Los monstruos seguían persiguiéndole. Sus cuerpos largos y sinuosos eran tan maniobrables como el de un tiburón; eran muy rápidos.

Durante todo el tiempo, la vocecilla no cesaba de gritar en su mente, pidiéndole libertad.

Lundy llegó al fondo.

Allí abajo, los muros eran muy sólidos, y reinaba la obscuridad. El lugar se encontraba lleno de escombros. Todo parecía un poco confuso. La luz del casco de Lundy se había estropeado; por lo demás, tampoco la hubiera utilizado para no atraer a los cazadores.

Sentía su presencia, girando veloces a su alrededor. Corrió sin dirigirse a ninguna parte. Las piedras fragmentadas se oponían a su paso. Por tres veces le rozaron unos cuerpos grandes y vigorosos, golpeándole y haciendo que se girase pero, en aquella oscuridad, no pudieron agarrarle, fundamentalmente porque chocaban entre sí al cruzarse sus trayectorias.

De pronto, Lundy se halló en una gran sala, contigua a la estancia en que se hallaba y un poco por debajo. La habitación estaba muy dañada. Las puertas doradas se abrían al agua, y había bastante luz.

Bastante luz para que Lundy viese los rostros ansiosos de algunos monstruos que empujaban para entrar, y también bastante luz para que éstos viesan a Lundy.

La voz élfica le dijo:

—*¡Déjame salir, déjame salir!*

A Lundy no le quedaba aliento para maldecir. Se volvió y echó a correr, pero los monstruos movieron lánguidamente sus colas y le atraparon antes de que hubiese podido recorrer treinta pies. Casi se reían de él en su misma cara.

Lo único que salvó a Lundy fue que cuando desplegaron sus hojas en forma de alas para envolverle con ellas, chocaron unas con otras. Esto las ralentizó por un momento. Justo lo bastante largo para que Lundy viese la puerta.

Era una puerta pequeña de piedra negra sin ningún grabado, que permanecía

entreabierta sobre un pivote dorado; estaba a unos diez pies de distancia.

Lundy se dirigió hacia ella. Esquivó un ala enorme que se precipitaba sobre él, dio un salto colosal que casi le partió en dos, agarró el borde de la puerta con sus manos y tiró de él.

La punta de un tentáculo golpeó sus pies. Sus botas con contrapeso golpearon el suelo, y por un minuto pensó que sus piernas estaban rotas. Pero la ola de agua producida por el golpe le ayudó a pasar por la estrecha abertura.

Media docena de romas cabezas pardorojizas trataron de introducirse por la abertura tras él, pero se detuvieron. Lundy se hallaba a gatas. Intentó respirar, pero sentía como si alguien hubiera puesto un pesado edificio sobre su pecho. Además, le estaba empezando a costar ver cualquier cosa.

Se arrastró hasta colocar su hombro junto a la puerta y empujó. Pero la puerta no se movió. El edificio se había desplazado, atascando la puerta sobre su pivote. Ni siquiera los cabezazos de los monstruos eran capaces de moverla.

Pero seguían intentándolo. Lundy se arrastró, alejándose de allí. Al poco rato, parte de aquel peso que oprimía su pecho desapareció, y pudo ver mejor.

Un rayo de luz dorada, que brillaba irregularmente, penetraba a través de una grieta situada a diez pies sobre él. Era una hendidura pequeña; ni siquiera era lo bastante grande para que un bebé entrara y saliera. Esta era la única abertura que había, aparte de la puerta.

La habitación era pequeña. Sus paredes de piedra eran completamente negras, sin adornos ni relieves, salvo la pared del fondo.

Aquí había un bloque cuadrado de azabache, de unos ocho pies de largo por cuatro de ancho, ahuecado de una forma singular y que sugería algo desagradable. Encima se encontraba un único rubí enorme, engarzado en la piedra, con un rojo resplandor, que parecía preludiar el fuego del infierno.

Lundy había visto pequeñas cámaras parecidas en antiguas ciudades que aún se encontraban en tierra firme. Allí era donde iban a morir los hombres que habían cometido crímenes contra la sociedad o contra los dioses.

Lundy miró los monstruos hambrientos que empujaban la puerta inamovible, y se rio, aunque aquella situación no tenía nada de divertida. Disparó su último tiro y se sentó.

Aquellos monstruos se marcharían alguna vez, quizá. Pero si no se iban dentro de pocos minutos, ya no le importaría que se quedasen. El oxígeno de Lundy se estaba acabando, y aún estaba muy lejos de la costa.

La voz de la red gritó:

—*¡Déjame libre!*

Lundy le dijo:

—Vete al infierno —Estaba muy cansado. Tan cansado que ya lo mismo le daba vivir o morir.

Se aseguró de que la red estuviera bien sujeta a su cinturón, y bien cerrada.

—Si vivo, volverás a Vhia conmigo. Y si muero, bien, ya no podrás hacerle daño a nadie. Habrá un diablo menos suelto en Venus.

—*¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¡Quiero ser libre! Este peso agobiante...*

—Seguro. Libre para volver locos a hombres como Farrell, y hacer que abandonen a sus mujeres y a sus hijos para seguirte. Libre para matar... —miró la red con ojos apasionados—, Jackie Smith era mi amigo del alma. ¿Y tú crees que de alguna forma podrás obligarme a que te suelte?

Entonces la vio.

Justo a través de la red, como si la apretada malla metálica fuese celofán. Se acurrucaba sobre su regazo, una pequeña criatura de apenas dos pies de estatura, con las rodillas dobladas. La curva de su espalda parecía esculpida por un ángel sobre el jirón de una cálida nube de nácar rosado.

## V

Lundy comenzó a sudar mientras temblaba. Cerró los ojos. Pero le dio igual. La vio. No pudo evitar verla. Intentó luchar con su mente, pero estaba tan cansado...

Sus cabellos ocultaban la mayor parte del cuerpo, en él había algo de la oscuridad de la noche y de los rayos de luna. Había chispas de fuego como en el pecho de un colibrí. Una cabellera de ensueño. Una cabellera con la que se hubiera estrangulado a sí mismo y hubiera muerto feliz.

*Ella* levantó lentamente la cabeza, dejando caer aquel velo de cálida oscuridad. Sus ojos estaban ensombrecidos, casi ocultos, por espesas pestañas. *Ella* levantó sus manos hacia Lundy, como una niña rezando.

Pero no era una niña. Era una mujer, desnuda como una perla y tan adorable que Lundy sollozó al verla, presa de un trémulo éxtasis.

—No — dijo roncamente —. No. ¡No!

Ella le tendió los brazos para que la liberara, y no se movió.

Lundy se soltó la red del cinturón y la arrojó sobre el altar de piedra. Levantándose, se dirigió dando tumbos hacia la puerta, pero los monstruos todavía estaban allí, todavía estaban hambrientos. Volvió a sentarse en el rincón que pudo encontrar más alejado de los dos sitios, y tomó un poco de bencedrina.

Hacerlo fue una equivocación. Había alcanzado ya el límite que podía soportar. La bencedrina le mareó. No podía luchar contra *Ella*, no podía cerrarle su mente. *Ella* se arrodilló sobre el altar tendiéndole sus manos, mientras un rayo de luz dorada caía sobre ella, como si se encontrara en una iglesia.

—*¡Abre los ojos!* —le dijo—: *¡Abre los ojos y mírame! ¡Déjame libre! ¡Déjame libre!*



La libertad de la que *Ella* hablaba era algo que Lundy desconocía, la libertad del espacio exterior, con toda la Vía Láctea para jugar, sin nada de lo que preocuparse. Y con aquella añoranza se mezclaba el temor. Un pánico ciego, propio de los condenados...

—¡No! —dijo Lundy.

Todo le empezó a parecer oscuro a Lundy. Finalmente, se encontró ante el altar, revolviendo la red.

Se apartó dolorosamente de esta tarea y volvió tambaleándose a su rincón. Temblaba de pies a cabeza como un perro asustado.

—¿Por qué quieres hacerlo? ¿Por qué tienes que torturarme y volverme loco por algo que no pueden conseguir... por algo que producirá una matanza.

—¿Torturar? ¿Volverse loco? ¿Matar? *No entiendo. Ellos me rinden culto. Es muy placentero ser objeto de culto.*

—¿Placentero? —gritó Lundy, sin darse cuenta —. ¡Placentero, maldita sea! Por placer has matado a un buen tipo como Farrell y ahogado a Jackie Smith...

—¿Matar? *Espera... piensa de nuevo en esta palabra...*

Algo en el interior de Lundy se paralizó y volvió frío, conteniendo el aliento. Le envió de nuevo aquel pensamiento. Muerte. Final. Silencio y la oscuridad...

La pequeña figura brillante que se encontraba sobre el altar de piedra negra se postró de rodillas nuevamente, y su aspecto era más triste que el grito de un ave marina al atardecer.

—*Así estaré yo pronto. Así estaremos todos nosotros. ¿Por qué este planeta nos arrancó del espacio? El peso y la presión nos oprimen y nos aplastan, y no podemos liberarnos. En el espacio no existía la muerte, pero ahora moriremos...*

Lundy permanecía totalmente quieto, mientras la sangre martilleaba en sus sienes.

—¿Quieres decir que todas vosotras, las criaturas del espacio exterior estáis muriendo? ¿Qué esta... que esta ola de locura cesará por si misma?

—*Pronto. Muy pronto. ¡No hay muerte en el espacio! ¡Ni dolor! No los conocíamos. Aquí todo era nuevo, lo saboreamos y jugamos con él. No nos dábamos cuenta...*

—¡Diablos! —maldijo Lundy, y miró a los monstruos que golpeaban la hendidura de la puerta de piedra. Al punto se sentó.

—*Tú también morirás.*

Lundy levantó despacio su cabeza. Sus ojos tenían un brillo terrible.

Con un murmullo dijo:

—Te gusta ser adorada. ¿Te gustaría ser adorada después de tu muerte? ¿Te gustaría ser recordada siempre como algo bueno y hermoso... como una diosa?

—*Esto sería mejor que caer en el olvido.*

—¿Entonces harás lo que yo te pida? Si quieres, puedes salvarme la vida. Puedes salvar la vida de muchas de esas pequeñas criaturas del pueblo de las flores. Yo me encargaré de que todo el mundo conozca tu verdadera historia. Ahora eres odiada y

temida, pero después de que lo sepan te amarán.

—¿*Quieres liberarme de esta red?*

—Sí, si me prometes hacer lo que te pido.

—*Si he de morir, al menos prefiero hacerlo libre de esta red.* —La pequeña figura tembló y se echó hacia atrás el velo de su oscura cabellera —. *Date prisa. Dime que...*

—Aleja esos monstruos de la puerta. Aléjalos junto con los que se encuentran en la ciudad, llévalos hasta el fuego de la montaña, en donde serán destruidos.

—*Me adorarán. Es mejor esto que morir en una red. Te lo prometo.*

Lundy se levantó y se dirigió hacia el altar. Avanzaba con pasos temblorosos. También temblaron sus manos al desatar la red. El sudor le caía en los ojos. *Ella* podía no mantener su promesa. No tenía por qué hacerlo...

Abrió la red y la arrojó lejos. *Ella* se irguió sobre sus piecitos sonrosados.

Lentamente, como un jirón de niebla enderezado por una suave brisa, *Ella* echó para atrás su cabeza y sonrió. Sus labios eran rojos y manifestaban enfado, sus dientes eran más blancos que la nieve recién caída. Pintada sobre sus párpados cerrados, había una tenue sombra azul.

Empezó a crecer, iluminada por un rayo de luz dorada, como una columna de niebla alzándose hacia el sol. El corazón de Lundy pareció detenerse. El claro brillo de su piel, el hermoso contorno de su garganta y de sus jóvenes pechos, la curva flexible de su cadera y de sus muslos...

—*Tú también me adoras.*

Lundy dio dos pasos inseguros hacia atrás. Susurró:

—Te adoro. Déjame ver tus ojos.

*Ella* le sonrió y volvió la cabeza. Descendió del bloque de piedra que constituía el altar, y pasó flotando junto a través del agua negra. Era una criatura del país de los sueños, sin peso ni substancia, y más deseable que todas las mujeres que Lundy había visto en su vida o en sus sueños. Él la siguió, tambaleándose. Trató de cogerla.

—¡Abre los ojos! ¡Te lo ruego, ábrelos!

*Ella* siguió flotando y pasó a través de la grieta que había en la puerta de piedra. Los monstruos no la vieron. Lo único que vieron fue a Lundy que avanzaba hacia ellas.

—¡Abre tus ojos!

*Ella* se volvió entonces, justo antes de que Lundy encontrara una muerte cierta en la sala que estaba más allá. Lundy se detuvo, y vio cómo *Ella* alzaba sus sombrías pestañas.

Gritó, una sola vez, y cayó de bruces sobre aquel suelo negro.

Nunca supo cuánto tiempo yació allí. No debió ser mucho, porque cuando recuperó el sentido aún le quedaba el oxígeno suficiente para alcanzar la costa. Los monstruos se habían ido.

Pero aquel tiempo fue una eternidad para Lundy... una eternidad de la que

emergió con el pelo blanco, amargas arrugas en torno a su boca, y una tristeza que nunca abandonaría su mirada.

Su sueño fue breve. Duró unos pocos instantes, ensombrecido por la muerte, su mente se encontraba drogada y cansada, y no sentía las cosas con la fuerza y claridad que deseaba. Solo esto fue lo que le salvó.

Pero ya sabía lo que vio Jackie Smith antes de ahogarse. Sabía por qué los hombres habían muerto o se habían vuelto locos, cuando veían los ojos de su sueño, y al mirarlos se destruían.

Porque tras aquellas pestañas, largas y perfectas, se encontraba... la Nada.

*FIN*

## *Epílogo*

Parece ser que Venus ya se encuentra más o menos unificado, siendo su capital la antigua ciudad comercial de Vhia. Este planeta tiene riquezas naturales superiores a las de cualquiera de los planetas del Sistema Solar, incluyendo a la Tierra y su población, tanto la nativa como los colonos terrestres, sigue siendo escasa, y quizá por esta razón, se encuentra relativamente integrada.

Uno de los recursos que Venus tiene en exceso es agua, exactamente lo que necesita Marte y todos los planetas, satélites y planetoides exteriores... parece ser que un conflicto interplanetario está servido.

La Primera Guerra Interplanetaria, comenzará con un ataque sorpresa a la ciudad comercial de Vhia en Venus, efectuado por la armada espacial de... decir de donde procede es más complejo de lo que se pueda pensar; en primer lugar, parece ser que los atacantes son los jovianos; sin embargo, a lo que se ve, utilizan naves de diseño marciano y con los emblemas marcianos, el antiguo emblema de las dos lunas o dos coronas que conoció Stark en manos de los jinetes nómadas shunni y keshi, todo demasiado claro... (“Reportero Interplanetario”). Esta guerra se iniciará al principio del siglo XXVI d.C.

Pero el desarrollo de esta guerra, su resultado y las consecuencias de la misma, constituyen otra historia...

# Notas

[1] Famosa ciudad marciana situada en los canales bajos, aparece en numerosas historias de Leigh Brackett desarrolladas en Marte. <<

[2] Esta empresa, que aquí se nos dice que es *Incorporated*, una especie de Sociedad Anónima, estará en el origen de la Guerra de los Pantanos, de la que se hablará en otros relatos. <<

[3] No se ha cruzado todavía el Cinturón, nos encontramos en la primera la expansión terrestre. (N del T). <<



[4] Se trata de un miembro de uno de los pueblos que se enfrentará a la Legión Estelar en la Guerra de los Pantanos; ver “*La reina dragón de Venus*”. <<

[5] El concepto de naves espaciales, en la que los fogoneros van alimentando los motores con paletadas de algún mineral, aparece en varias historias de Brackett, quizá en donde mejor aparece es en “El niño verde”. Curiosamente el *curriculum vitae* de Starke, que aquí se presenta, no es muy distinto del de Stark. <<

[6] El Mar Rojo no es de agua sino de gas, creo que Bradbury que terminó esta historia no llegó a tener claro este concepto. <<

[7] Sic. *Erotic flowers*. <<

[8] Bradbury está confundido, el Mar Rojo no es de agua, es de un gas denso. <<

[9] Como he indicado anteriormente, aquí hay una confusión “*from the water*”. No debe olvidarse que el Mar Rojo NO es un mar de agua sino de un pesado gas rojo. Pienso que Bradbury, que debió escribir esta parte de la historia, no lo había comprendido. <<

[10] Darknesses no creo que sea conveniente traducirlo por noches (N. del T.) <<

[1] Se trata de una bebida marciana que aparece en numerosas historias de Leigh Brackett, véase “*El behemot azul*”. <<



[2] El ya conocido Mar Rojo. <<

[1] Un poco de vocabulario náutico. Combés: “Espacio en la cubierta superior desde el palo mayor hasta el castillo de proa.” (Diccionario de la RAE). <<

[2] Imbornal: “Agujero o registro en los trancaniles para dar salida a las aguas que se depositan en las respectivas cubiertas, y muy especialmente a la que embarca el buque en los golpes de mar.” (Diccionario de la RAE).

Trancanil: “Serie de maderos fuertes tendidos tope a tope y desde la proa a la popa, para ligar los baos a las cuadernas y al forro exterior”. (Diccionario de la RAE) <<

[3] El pemmican o pemmikan es una comida concentrada, consistente en una masa de carne seca pulverizada, bayas desecadas y grasas; las grasas sirven como aglutinante además de aportar calorías, la carne seca (tipo tasajo molido) aporta proteínas y las bayas diferentes compuestos, en especial vitaminas. (Wikipedia). <<

[4] *Centaurea cyanuses*: una planta herbácea anual de la familia de las asteráceas. Clasificado en el género *Centaurea* section *Cyanus*. En lenguaje vulgar se aceptan en español los dos nombres: scabiosa y azulejo. (N del T). <<

[1] Thil: Bebida marciana. Era famoso el de la taberna de Madame Kan en Jekkara. Véase “La legión estelar”, “El velo de Astellar”, “Némesis de Terra”.... <<

[2] ¡Cuidado! La autora emplea la palabra *slips*, que he traducido por tarjetas. Cuando se escribió este relato no había tarjetas de crédito, quizá se trate de una forma de billete/moneda.(N. del T.) <<

[3] Tetis o Saturno III es el quinto satélite más grande de Saturno con un diámetro de 1060 km. Está situado a una distancia de 294 619 km del centro del planeta y su periodo orbital es de 1,888 días, el mismo que su rotación. Fue descubierto en 1684 por el astrónomo francés de origen italiano Giovanni Domenico Cassini (1625 — 1712) (Wikipedia). <<



[4] Estructura política que agrupa de forma laxa a la Tierra, Marte y Venus. La Tierra es la parte dominante. Esta estructura aparece en la mayoría de las historias de Leigh Brackett (N.del T.). <<

[5] Los *nahalies* son uno de los diversos pueblos que habitan en los pantanos de Venus, en la Guerra de los Pantanos se enfrentarán, con poco éxito, a la legión estelar. Véase “*La luna que desapareció*”, “*La legión estelar*”... <<

[6] Se trata de un habitante humano de los pantanos, también participarán en la Guerra de los Pantanos y se enfrentarán a la Legión Estelar, véase “*La reina dragón de Venus*”. <<

[7] He traducido *cripes* por *diantres*, el diccionario lo define como “*used as a mild oath or an exclamation of astonishment*”. <<

[8] Los gatos de las cavernas debían ser muy empleados en el circo. Véase “*El híbrido*”. <<

[9] Uno de estos animales llegó a asustar a Stark al salir de Valkis, véase “*La reina de las catacumbas marcianas*”. <<

[10] Behemot o Bégimo es una bestia mencionada en el Libro de Job 40:15-24. Metafóricamente, su nombre ha llegado a ser usado para connotar algo extremadamente grande o poderoso. Según las características que dice la Biblia y las investigaciones sobre aquellas, el behemot debió de ser un hipopótamo (Wikipedia).

<<

[1] “¡At ease!” es la voz militar de ¡descansen!, en el texto aparece sin exclamaciones pero no lo he tenido en cuenta. <<



[2] *Cafard* no es palabra marciana, ni venusiana, ni inglesa; es francesa, si bien la he leído en español en alguna ocasión. Aparece muchas veces en la trilogía de P.C. Wren que comienza en “Beau Geste”, lo que me reafirma en mi opinión de que esta historia y la de la “Legión del Estelar” están inspiradas en la obra de Wren. Se trata de una locura transitoria que sufre un combatiente aislado. <<

[1] Como ha podido verse previamente, los *nahalies* fueron uno de los pueblos de los pantanos que más resistieron la penetración de las fuerzas del Triángulo, básicamente constituidas por la Legión Estelar. <<

[2] Véase “La danzarina de Ganímedes”. <<

[1] Se trata del conocido Triángulo, que todavía existía, aunque cada vez más vaciado de contenido hasta el estallido de la Primera Guerra Interplanetaria. <<

[2] Cadena de montañas en las que perviven antiguas culturas venusianas. Véase “La luna que desapareció”. <<

[3] Sustancia transparente que aparece en numerosos relatos de Leigh Brackett, por ejemplo en “Némesis de Terra”. <<

[4] Este es uno de los párrafos en que me baso para situar este relato como avanzado en el tiempo. La referencia a varios pueblos, que aparecen en otras historias de la Brackett, como algo remoto; los *nahalies* constituyen uno de los pueblos que lucharon contra la Legión en la Guerra de los Pantanos. <<

[5] Véase “Los venusianos evanescentes”. <<



[6] Mimosa púdica (del latín: púdica “tímida, temerosa o encogida”, también llamada planta sensible, planta dormida, dormilones, tímida o planta tímida) es una hierba anual o perenne de la familia de los guisantes Fabaceae. Es conocida por su “curiosidad”: las hojas del compuesto se doblan hacia adentro y se inclinan cuando se tocan o se sacuden, para defenderse del daño, y reabrirse unos minutos más tarde. La especie es nativa de Sudamérica y América Central, pero ahora es una mala hierba pantropical. También se puede encontrar en Asia en países como Bangladesh , Tailandia , India , Indonesia , Malasia , Filipinas y Japón. Crece principalmente en áreas de sombra sin perturbación, bajo los árboles o arbustos. (Wikipedia). <<